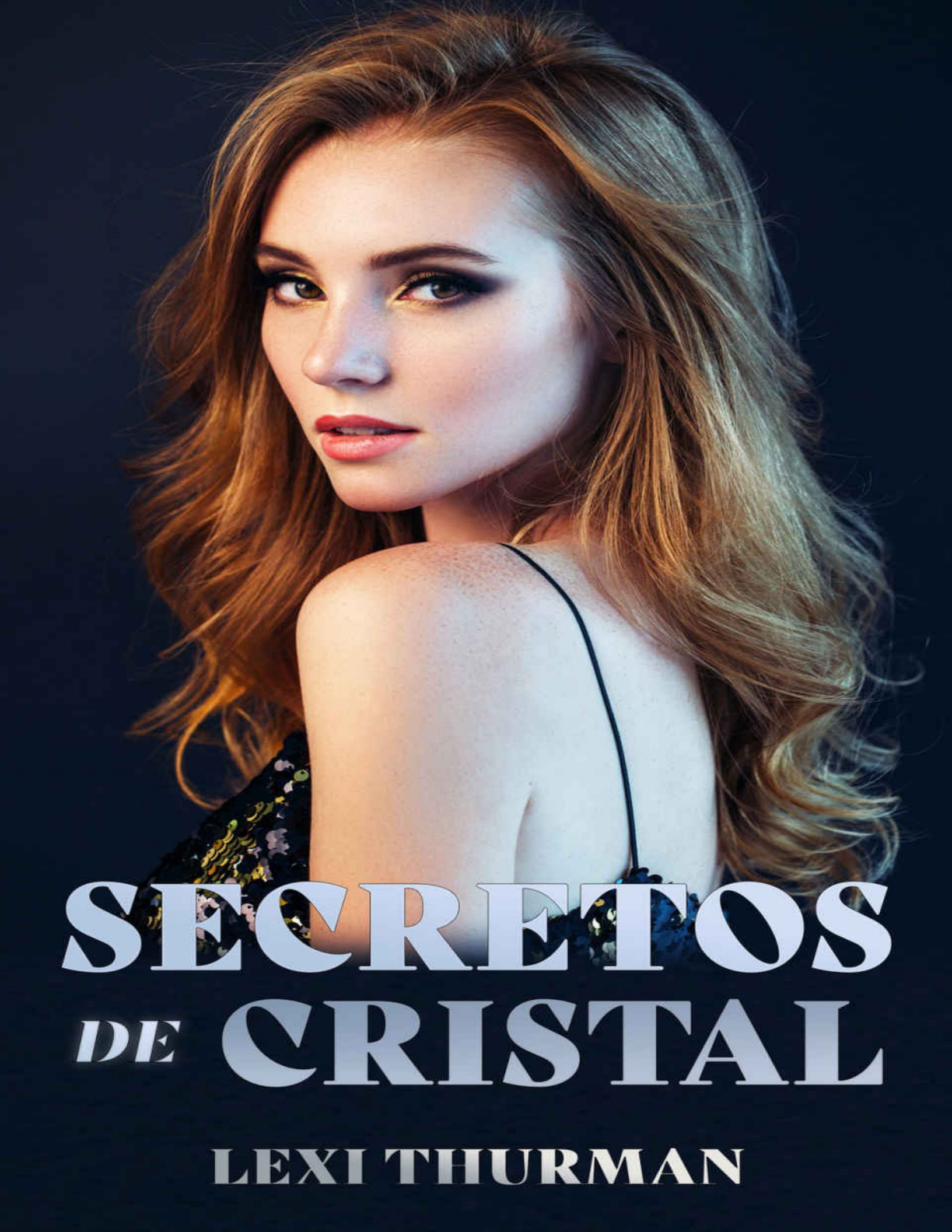

SECRETOS
DE CRISTAL
LEXI THURMAN

Capítulo 1

—¡Feliz cumpleaños! —Las copas de *champagne* tintinearon en el aire.

Mis labios se curvaron en una sonrisa, a pesar de que lo único que deseaba en ese instante era desaparecer.

Le di un trago a mi copa, sintiendo como el líquido pasaba por mi garganta.

—¡Feliz cumpleaños, Enya! —Bindi rodeó mi cintura y me abrazó.

Bindi era mi mejor amiga y quien había organizado esa fiesta sorpresa en un *pub* del centro; uno de los locales de moda y más exclusivos del momento. No sabía cómo había logrado alquilar un reservado. Aunque no había nada que el poder de persuasión de Bindi no consiguiese. De la misma manera que había logrado llevarme hasta el *pub* engañada.

—¡Ven, vamos a por unos chupitos! —exclamó con entusiasmo, agarrando mi muñeca. Bindi, que tenía la apariencia de una muñeca y a la que le sacaba más de una cabeza, tenía la fuerza de un tsunami, porque prácticamente me arrastró hasta el fondo de la sala donde se encontraba la barra.

El camarero nos ofreció una sonrisa.

Bindi golpeó la barra con sus manos y mordió su labio inferior, dubitativa. Me miró durante un segundo, para después, centrar su atención de nuevo en el camarero.

—Dos chupitos de tequila —le pidió al camarero.

—Bindi, no creo que…

—Vamos, Enya, no seas sosa. Es tu cumpleaños.

—No vas a dejar de insistir hasta que no te diga que sí, ¿verdad? —Bindi me sonrió mientras asentía con la cabeza. Suspiré, derrotada. A veces, simplemente era más fácil cuando le daba lo que quería—. Está bien —cedí—. Pero solo uno.

—¡Esa es mi chica! —Bindi pegó un pequeño brinco a la vez que alzaba sus manos en señal de victoria.—. ¡De un solo trago! —gritó, mientras acercaba el vaso a sus labios.

Imité sus acciones, ya que no me gustaba el sabor del tequila y cuanto antes lo bebiera, mejor. Además, tampoco quería se diese cuenta de que el camarero no nos había dado sal y limón. Aún recordaba la vez que Bindi lamió la sal de mis dedos y me obligó a hacer lo mismo con los de ella. Mi amiga era muy alocada la mayor parte del tiempo y yo no sabía decirle que *no*. En realidad, me costaba decir que *no* en casi todas las facetas de mi vida. Estaba trabajando en ello, pero aún estaba muy lejos de conseguirlo.

Hice una mueca cuando sentí que el alcohol ardía en mi garganta que hizo reír a Bindi.

—Sigues siendo una bebedora pésima —dijo, dejando el vaso vacío sobre la barra.

—No me gusta el sabor.

Bindi negó con la cabeza a la vez que chasqueaba la lengua.

—No bebemos para disfrutar del sabor. No tenemos ochenta años, Enya. Bebemos para disfrutar de la vida.

Entorné los ojos, provocando que ella se riese.

—Si tú lo dices…

—Sí, lo digo yo —respondió, dándome una palmada cariñosa en el hombro—. Por cierto, tengo que reconocer que esos amigos tuyos son un poco raritos. —Se giró y señaló sin ningún tipo de pudor a mis invitados. O mejor dicho, los de ella.

—No son mis amigos —me di la vuelta y apoyé mi espalda sobre la barra—, son gente que tú has cogido de mis contactos y has llamado sin mi permiso —le recriminé, mientras agarraba su muñeca y bajaba su mano—. Nunca debí decirte mi contraseña.

—Las buenas amigas no se ocultan nada —dijo ella con una sonrisa, ignorando mi reproche —. ¿Ese chico con gafas que le tapan media cara está leyendo un libro?

Observé al chico que miraba mi mejor amiga. Efectivamente, estaba sentado en uno de los sillones, leyendo. Si era completamente honesta, no estaba segura de qué le conocía, pese a que me resultaba vagamente familiar.

No era una persona muy sociable y la mayor parte de mis conocidos eran compañeros de universidad con los que había mantenido contacto por obligación. Trabajos de clase, tutorías o cualquier otra razón académica.

—En su defensa, tengo que decir que le comprendo —continuó Bindi cuando no contesté—. No soy una gran lectora, pero los invitados son bastante aburridos y poco agraciados. —Esa era otra, ella solo había invitado a la parte masculina de mis contactos. Bueno, y a Charly, una de mis compañeras, pero no tenía la menor duda de que Bindi había creído que se trataba de un chico—. Aunque hay una excepción. —Señaló a un chico que estaba apoyado en la pared, apartado del resto. Tenía una expresión aburrida y sostenía una cerveza en su mano derecha—. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí, Tarzán —se respondió así misma.

Resoplé y agarré su muñeca de nuevo, bajando su mano. Bindi y su manía de señalar a todo el mundo.

—No seas descarada. Y es Tarka.

—Eso, Tarka —repitió ella, haciendo una mueca—. Es muy mono y no ha dejado de mirarte en toda la noche.

—Él no ha estado mirándome. Ni siquiera sé por qué ha venido de todos modos.

Tarka y yo apenas habíamos mantenido contacto. Éramos compañeros de universidad, pero la única vez que habíamos hablado había sido para hacer un trabajo el año pasado. Por eso guardaba su número y viendo que había sido utilizado para otros fines, debería haberlo borrado.

—Le gustas —insistió Bindi—. Vamos, hazme caso. Sé de lo que hablo.

—No, no lo sabes —repliqué—. Ni yo le intereso a él ni él a mí. Él tiene novia y además, no es mi tipo.

—¿Tu tipo? —se burló Bindi—. No tienes un tipo, Enya. Además, míralo —Bindí apuntó hacia él con su dedo índice. Pero, esta vez, tuvo la decencia de bajar la mano ante mi mirada de reproche—, ese chico es el tipo de cualquiera. Deberías divertirte un poco, hacer alguna locura. Por una vez en tu vida, suéltate la melena y permítete disfrutar de la vida.

Claramente, el concepto de diversión de Bindi y el mío eran totalmente diferentes. Puede que no tuviera un tipo, pero Tarka, desde luego, no era el mío. El tipo de chicos como él, tan pagados de sí mismos, no me interesaban.

—Creo que me voy a marchar a casa —anuncié, aunque sabía que iba a obtener una negativa por parte de Bindi.

Mi amiga había montado aquella fiesta con la mejor de las intenciones, pero no quería seguir allí. Lo único que deseaba era regresar a casa y tumbarme en el sofá; evadirme del mundo. Había cumpleaños que habían sido felices para mí, pero no ese. No desde que mi abuelo falleció. Ya nunca volvería a tener un cumpleaños feliz.

—No, no te vas a ir. —Iba a replicar, pero Bindi habló de nuevo antes de que pudiera pronunciar una sola palabra—: Además, yo estaba en lo cierto, a Tarzán le gustas. Mi radar nunca falla.

—¿Qué? —pregunté, aturdida.

Bindi me hizo un gesto y miré al frente, viendo cómo Tarka se dirigía hacia nosotras.

¿Qué narices?

—Feliz cumpleaños —me felicitó Tarka cuando se detuvo frente a mí.

Forcé una sonrisa.

—Gracias.

—Os dejo intimidad —dijo Bindi, guiñándome un ojo. Antes de que pudiera detenerla, se alejó de nosotros a una velocidad sorprendente para llevar unos zapatos de tacón de diez centímetros.

Maldita traidora.

—¿Otro chupito? —me preguntó Tarka, señalando los vasos vacíos que había sobre la barra.

—No, gracias. Estoy bien. Ya he bebido suficiente por hoy.

—Un Aussie Beach Blonde y una cerveza —le pidió Tarka al camarero, haciendo caso omiso a mis palabras—. A todas las mujeres os gusta ese cóctel. Demasiado dulce para mi gusto, si te soy sincero.

Abrí la boca para decirle que yo no le había pedido uno, pero la cerré. No merecía la pena. De hecho, ni siquiera me estaba prestando atención, tan ocupado como estaba observando su reflejo en el espejo que se encontraba detrás de la barra. Tarka se pasó una mano por el pelo, peinando su cabello con los dedos.

—Aunque es tu cumpleaños, invito yo —dijo Tarka cuando el camarero nos entregó nuestras bebidas.

Tarka sacó la cartera del bolsillo derecho de sus bermudas negras, pero el camarero le detuvo.

—Las bebidas están incluidas —aclaró, a pesar de que Tarka debería saberlo. Y, seguramente, lo hacía, ya que le había visto bebiendo una cerveza.

—Aun así, quédate con la propina. —Tarka sacó unas monedas de la cartera y se las entregó al camarero, como si le estuviese dando millones.

El camarero miró las monedas que Tarka había depositado en la palma de su mano con los ojos abiertos, pero no hizo ningún comentario. Se limitó a asentir y a ofrecerme una sonrisa compasiva antes de alejarse de nosotros.

Pobrecito, lo que tenía que aguantar.

Agarré el vaso de mi cóctel y le di un pequeño sorbo. Aunque me arrepentí al momento, ya que llevaba demasiado ron, una bebida que aborrecía. Dejé el cóctel encima de la barra y miré a Tarka. Él me observaba detenidamente. Curvó sus labios en una sonrisa, mostrándome una hilera de dientes blancos que contrastaban con su piel bronceada. Una sonrisa que él creía que era encantadora y que me haría caer rendida a sus pies. Sin embargo, lo único que estaba consiguiendo era que me sintiese más incómoda.

Mordí mi labio inferior, sin saber qué decir. No soportaba los silencios incómodos, pero no tenía nada que hablar con Tarka y esa realmente no era mi noche. Aunque no quería ser desagradable. Al fin y al cabo, él había acudido a mi cumpleaños. En realidad, Tarka estaba siendo amable conmigo. A lo mejor, estaba siendo injusta con él. No me gustaba prejuzgar a las personas, pero con él lo estaba haciendo, así que decidí mantener una conversación con él.

—Gracias por haber venido.

Él me guiñó un ojo como respuesta.

—No te voy a mentir, cuando tu amiga me llamó para invitarme a tu cumpleaños, me sorprendí.

—Sí, Bindi puede ser un poco…

—Pero luego, lo comprendí —continuó, interrumpiéndome—. Tú y yo tenemos algo pendiente. —Me señaló a mí y luego a él.

Arrugué el ceño, sin comprender sus palabras.

—¿Algo pendiente?

—Oh, vamos, nena —dijo, inclinándose hacia mí y susurrando en mi oído—. No hace falta que sigas fingiendo. Ahora entiendo las miradas en las clases. Te gusto, lo entiendo. Es normal. Tú tampoco estás mal.

¿Qué miradas? ¿De qué estaba hablando?

Tenía muchas preguntas que hacer, pero la única que salió de mis labios fue: —¿Y Kayla?

—¿Kayla? —repitió él, como si acabara de pronunciar el nombre de una extraña en vez del de su novia. Por un instante, incluso pensé en que me había equivocado de nombre—. Ah, sí, Kayla —dijo un segundo después—. No te preocupes por eso, ella y yo tenemos una relación abierta.

¿Y ella lo sabe? Apreté los labios, evitando que la pregunta saliera por ellos.

Por supuesto que no lo hacía. La semana anterior Kayla había discutido con Tarka porque este le había guiñado un ojo a la nueva camarera de la cafetería de la universidad y la había llamado preciosa. Lo había visto con mis propios ojos, especialmente porque había estado en la fila detrás de ellos cuando había pasado. Incluso me había apartado y cubierto mi cara con mis manos a modo de protección en el momento en el que Kayla casi le lanzó la bandeja de comida encima a Tarka.

Lo mejor que podía hacer era decirle educadamente que aquella había sido una equivocación producida de su extremo narcisismo. Bueno, la última parte también me la guardaría para mí misma.

—Mira, Tarka, yo…

Pero, por segunda vez esa noche, me interrumpió.

—Entonces, ¿cómo lo hacemos? ¿Vamos a tu casa o…? —Tarka dejó la frase incompleta—. En mi casa están mis padres… Aunque igual es mejor idea que primero vayamos al baño. La tensión sexual entre los dos es tan grande que no vamos a poder aguantar —sugirió con una sonrisa cómplice.

Dios santo, ¿pero qué estaba diciendo?

Sentí que mi teléfono comenzaba a vibrar dentro de mi bolso negro. Abrí el bolso, escuchando la familiar melodía de la canción *There is a light that never goes out* opacada por la música electrónica que sonaba en el *pub* en esos momentos.

Salvada por la campana. Nunca mejor dicho.

Agarré mi teléfono y miré la pantalla iluminada, frunciendo el ceño cuando vi un número que no conocía en ella. Me di cuenta de que era de otro país, ya que no comenzaba con el prefijo 61.

—¿Sí? —respondí, llevándome el móvil a la oreja.

—¿Enya Perkins? —Apenas pude distinguir la voz del hombre al otro lado de la línea—. Siento molestarla, señorita Perkins, mi nombre es Connor West. Me gustaría hablar con usted. ¿Tiene unos minutos?

No sabía quién era ese tal Connor West y por qué quería hablar conmigo. Pero, en ese momento, hubiera hablado hasta con el mismísimo diablo con tal de deshacerme de Tarka.

—Claro —contesté, demasiado deprisa—. Solo dame un momento. —Me aparté el teléfono de la oreja durante un segundo y miré a Tarka, quien me observaba, impaciente—. Tengo que responder —me excusé, dándome la vuelta y diriguiéndome a la salida.

—¡Nena! —me llamó—. ¿Adónde vas?

Sin molestarme en contestarle, salí de la sala y atravesé los pasillos hasta dirigirme a la salida de *pub*.

Hacía una noche cálida, no muy normal a principios de septiembre en Melbourne, pero que agradecí. El cielo estaba despejado y podía verse las estrellas, algo que me gustaba observar desde que era una niña. Lo que no me agradó tanto fue ver que una luna llena reinaba el cielo. Sentí cómo mi estómago se encogía y la bilis ascendía por mi garganta.

Había habido luna llena la noche que mi abuelo me contó que le habían diagnosticado una enfermedad potencialmente mortal y también estaba llena el día que mi abuelo falleció.

Él tenía razón: la luna llena no presagiaba nada bueno.

—Señorita Perkins, ¿sigue al teléfono? —La voz al otro lado de la línea me sacó de mis pensamientos. Me había olvidado por completo de Connor.

—Sí, lo siento —me disculpé.

—Como le he dicho, siento molestarla —continuó—. Mi nombre es Connor West, soy abogado. Siento ser yo el que le dé esta terrible noticia, pero su padre falleció hace un mes.

—¿Mi padre? —repetí, atónita—. Discúlpeme, señor West, pero creo que se ha equivocado de persona.

—Hablo con Enya Perkins, ¿verdad?

—Sí, pero tanto mi padre como mi madre fallecieron en un accidente de coche cuando yo era muy pequeña.

La línea se quedó en silencio durante unos segundos que parecieron ser horas.

—¿El nombre de su abuelo era Thomas Perkins?

Mi estómago se hundió al oír el nombre de mi abuelo. La última vez que había escuchado su nombre completo había sido en boca del notario, en el despacho de este, dos años atrás.

—Sí.

—Señorita Perkins, ¿nunca se ha planteado por qué lleva el apellido de su abuelo?

—Porque era el deseo de mi madre que llevase su apellido y mi padre le complació —respondí, recordando las palabras que mi abuelo había pronunciado años atrás, cuando todavía solo era una niña.

Connor carraspeó.

—¿Sabe usted cuál era el apellido de su padre?

Tragué saliva a la vez que los recuerdos inundaban mi mente. Esa era una pregunta que le había hecho a mi abuelo millones de veces, pero él nunca había querido responderme. Hablar de mi padre le causaba mucho dolor. Podía verlo en sus ojos, especialmente en las pocas ocasiones en las que lo había mencionado.

Mi abuelo nunca había sido demasiado claro al respecto, pero intuía que su relación con mi padre y mi familia paterna no había sido buena.

Con el tiempo, a medida que había ido creciendo, había decidido evitarle ese sufrimiento y había dejado de preguntar.

—No, solo sé que era irlandés.

—Señorita Perkins, el deseo de su padre era que usted conociese la verdad. No pudo cumplirlo en vida, pero ha dejado ese legado a su hijo. Su hermano ha estado buscándola durante este mes. Él está deseando conocerla.

—¿Mi hermano? ¿Tengo un hermano?

—Sí, su padre tuvo un hijo antes de casarse con su madre. No me corresponde a mí contarle nada más. Su hermano es un hombre muy ocupado y no puede viajar a Australia para verla. Es su

deseo que usted viaje a Dublín. Hay muchas cosas que no sabe, señorita Perkins. Él le explicará todo.

—No puedo dejarlo todo e irme a Dublín. Yo… —balbuceé, intentando asimilar toda la información que Connor había compartido conmigo—. Estoy muy confusa. No me puedo creer que mi abuelo me mintiese. ¿Por qué lo haría? —pregunté, más para mí misma que para Connor.

En realidad, mi abuelo no me había mentido. Él me había dicho que era la única hija que había tenido mi madre, pero había omitido que mi padre hubiera tenido más hijos antes de haberse casado con mi madre y yo lo había dado por hecho. Aun así, ¿por qué me lo ocultó?

—No conozco todos los detalles —respondió Connor, sacándome de mis pensamientos—. Como le he dicho, su hermano se lo explicará todo. Cuando esté preparada, llámeme. Le conseguiré un pasaje en el primer vuelo disponible. No se preocupe por el dinero, su hermano se encargará de todos los gastos.

Tras despedirse, Connor cortó la llamada. Permanecí inmóvil, asimilando toda la información que acababa de recibir. ¿Tenía un hermano qué me estaba buscando?

No tenía recuerdos de mi vida en Irlanda, ni de mis padres. Tenía cuatro años cuando me vine a vivir junto a mi abuelo a Australia. Él me había dicho que nos habíamos mudado porque Irlanda le recordaba demasiado a su hija fallecida. Nunca había puesto sus palabras en duda. Y no quería hacerlo en esos momentos, no cuando él estaba muerto y no podía defenderse. Pero si de verdad tenía una familia, quería conocerla.

Siempre habíamos sido mi abuelo y yo. Los dos contra el mundo. Él me había dicho que era mi única familia, la única que me quedaba. Pero yo siempre me había preguntado si tendría algún tío paterno o algún primo que mi abuelo desconociese. Ansiaba tener más familia. Y ahora que mi abuelo no estaba, lo ansiaba con más fuerzas. Un hermano era todo lo que había deseado. Un compañero de viaje, alguien que me quisiese incondicionalmente. Y aunque tenía muchas dudas sobre lo que Connor me había contado, no podía evitar preguntarme si era cierto. Mi abuelo había sido un hombre muy reservado y una parte de mí siempre había sabido que me ocultaba algo. Pero ¿quería saber lo que era?

—¡Enya, por fin te encuentro! —Bindi corrió hacia mí—. Te he estado buscando por todo el *pub*. —Su voz sonaba preocupada y bastante ebria.

Al parecer, había hecho un buen uso de la barra durante el tiempo que había estado fuera.

—En serio, tus amigos son muy raros. Han pedido que bajen el volumende la música y se han puesto a jugar a las películas. Cuando me he ido, uno de ellos estaba saltando desde una de las mesas al suelo mientras estiraba sus brazos delante de él.

—Superman —dije.

—¿Qué? —me preguntó, enarcando una ceja.

—Que estaba interpretando una de las películas de Superman.

Bindi negó con la cabeza.

—Tarzán se ha marchado hace un rato. Él parecía indignado.

Ni siquiera le había visto salir.

—Se llama Tarka y es un idiota.

—No me gustan los idiotas. —Hizo una mueca—. Vámonos a otro bar. ¡Te invito a otro chupito! —exclamó, entusiasmada—. Tal vez encontremos chicos guapos que no sean idiotas. —Agarró mi muñeca, pero no me moví.

—Yo he tenido suficiente alcohol y hombres por hoy y tú, también. Vámonos a casa. Voy a llamar a un *uber*. —Bindi abrió la boca, dispuesta a replicar, pero hablé antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra: —Es mi deseo de cumpleaños y no le vas a negar su deseo a la

chica del cumple, ¿no?

Con resignación, Bindi asintió con la cabeza, aunque con un mohín dibujado en sus labios. Busqué la aplicación del *uber* en mi teléfono y pedí uno.

—Viene en cinco minutos —le informé a Bindi.

—¿Dónde has estado?

—Aquí fuera, disfrutando de la noche. Necesitaba un poco de tiempo para mi. —Miré al cielo.

Bindi volvió a asentir mientras seguía mi mirada.

—¿No seguirás creyendo en esa absurda maldición de la luna llena, no? —Los chupitos de tequila habían hecho que Bindi se olvidara de la delicadeza, pero no me lo tomé a mal. Sabía que no había maldad en sus palabras—. No todas las noches de luna llena tiene que pasar algo malo. Puede que en el pasado haya sido así, pero, a partir de ahora, eso va a cambiar. Has cumplido veinte años y es la edad mágica, Enya. A partir de hoy, todo va a ir bien.

Suspiré, recordando la conversación que acababa de tener con Connor. Y, en ese instante, tomé una decisión que iba a cambiar el trascurso de mi vida.

—Tal vez tengas razón —susurré cuando el *uber* se detuvo frente a nosotras.

Capítulo 2

—Buenos días, dormilona —le saludé a Bindi cuando esta apareció en el salón.

—Oh, Dios —murmuró, golpeando su frente con la palma de su mano—, juro que no voy a volver a beber.

Observé a mi amiga. Incluso con el cabello enmarañado, recién levantada y de resaca, estaba guapa. Llevaba uno de sus pijamas favoritos: un conjunto rosa de rayas negras de Victoria's Secret, que combinaban a la perfección con las zapatillas de estar por casa de plumas que le había regalado por su último cumpleaños.

—Eso es lo que dices siempre —dije, riéndome—. Y ambas sabemos que es mentira.

Bindi no me respondió, se sentó en el sofá, a mi lado y hundió su cabeza entre los muslos, mientras murmuraba palabras ilegibles. Aunque seguramente serían algo así como «esta vez de verdad» o «me quiero morir». Sin embargo, bien sabía yo que sus buenas intenciones duraban lo que tardaba en que se le pasara la resaca.

Me levanté del sofá y me dirigí a la cocina americana. Preparé un café, un *smoothie* de frambuesas y unas tostadas con aguacate y lo puse sobre una bandeja. También añadí un cruasán relleno con crema de cacahuete.

Cuando regresé al salón, Bindi se había adueñado por completo del sofá. Estaba tumbada bocarriba, con el cojín sobre su rostro.

—Vamos —le dije, a la vez que dejaba la bandeja sobre la mesa de cristal que se hallaba frente al sofá.

Como no me hizo caso, agarré su tobillo en un intento porque se levantara, pero tampoco funcionó.

—No quiero. —Las palabras de Bindi salían estranguladas contra el cojín.

—¿Ni siquiera tus cruasanes favoritos?

Como si acabara de pronunciar las palabras mágicas, Bindi se incorporó de golpe, sentándose y tirando el cojín al suelo.

—¿De crema de cacahuate? —preguntó con entusiasmo.

Asentí, mordiendo mi labio inferior para ahogar una risa. A veces, mi mejor amiga era peor que una niña.

—¿Has ido a Lovely Cakes?

Lovely Cakes era la pastelería favorita de Bindi, que se encontraba a un par de calles de donde vivíamos.

—Sí.

—Eres la mejor —dijo, mientras se estiraba para coger un cruasán y le daba un mordisco—. ¿Ya has desayunado?

—Hace como seis horas. —Cuando Bindi arqueó una ceja, añadí: —Son las cinco de la tarde.

En realidad, apenas había podido conciliar el sueño durante toda la noche. No había podido dejar de darle vueltas a la llamada del abogado de mi supuesta familia y a su propuesta.

A cada segundo que pasaba, estaba más confundida pero también más decidida. Tenía muchas preguntas sobre mis padres que mi abuelo nunca me había respondido. Dudas que, aunque había dejado apartadas en un lado de mi mente, habían salido a la luz tras la llamada de Connor. Aceptar las palabras de Connor me hacía sentir que iba contra la memoria de mi abuelo.

Aunque, por otro lado, no podía dejarlo pasar.

—¿No estás enfadada conmigo por lo de anoche? —me preguntó Bindi, devolviéndome a la realidad.

Bindi me había llevado hasta el *pub* con la promesa de que solo nos tomaríamos una copa ella y yo a solas.

Negué con la cabeza y un suspiro de alivio brotó de los labios de mi amiga.

—Lo siento —se disculpó—. Sé que no debería haberte mentido, pero si te llego a decir que te había organizado una fiesta sorpresa de cumpleaños no hubieras venido. No podía permitir que te quedaras en la cama como el año pasado.

Mi estómago se hundió, porque eso era exactamente lo que hubiera sucedido.

—No me gusta celebrar mi cumpleaños.

—Antes sí te gustaba. —Las palabras de Bindi fueron suaves, ya que sabía que ese era un tema delicado para mí. Conocía a Bindi desde que ambas teníamos nueve años y llevábamos celebrando nuestros cumpleaños juntas desde entonces.

—Antes, pero ya no —repliqué.

Hubo una época en la que me gustaba. Una época en la que el día de mi cumpleaños era el más feliz de todo el año. Por desgracia, esa época nunca volvería.

—No tiene por qué ser para siempre así, ¿sabes? A *él* le gustaría que eso cambie.

Bindi tenía razón. Estaba segura de que, allá dónde mi abuelo estuviera, querría que celebrara mi cumpleaños como en los viejos tiempos. Pero ¿cómo podía hacerlo cuando él ya no estaba a mi lado?

Ya nada sería como antes.

Sobre todo, no desde que él había fallecido el día de mi decimoctavo cumpleaños. Mi abuelo había estado agonizando durante quince días. Quince largos días en los que los médicos me decían que no llegaría a ver la luz del día siguiente, pero él había aguantado. Lo había hecho hasta el día en el que yo había cumplido la mayoría de edad, el día que ante la ley ya era una mujer adulta. Era como si hubiera estado esperando para dejarme hasta ese momento.

—Bindi —dije, cambiando de tema—, voy a aceptar la propuesta de Connor.

—¿Connor? —repitió, arrugando el ceño.

—Sí, el abogado que me llamó anoche durante la fiesta. ¿Te acuerdas de que te lo conté en el *uber* de camino a casa? —Eso fue unos minutos antes de que se quedara dormida en mi hombro —. He estado pensando en ello —continué—, y creo que te voy a hacer caso. Voy a ir a conocer a mi hermano.

La expresión de confusión de Bindi cambió a una de cautela.

—Espera, para el carro. —Alzó su mano derecha—. ¿Tienes una hermano?

—Medio hermano, en realidad.

—¿Y dónde vive?

—En Irlanda.

—Déjame ver si lo entiendo. —Hizo una pausa mientras ponía sus pensamientos en orden—. ¿Un hombre que te dijo que era abogado te llamó anoche diciéndote que tienes un hermano y tú vas a recorrer medio mundo para conocerlo?

—Tú misma me animaste ayer a hacerlo —respondí, sin comprender por qué utilizaba ese tono ahora.

—Estaba borracha, Enya. —Bindi se inclinó para coger el vaso y darle un sorbo a su *smoothie*—. Hasta que me lo has mencionado, pensaba que había sido un sueño. ¿Quién es ese abogado que te ha llamado? —preguntó, aunque habló de nuevo antes de que pudiera responder:

—Podía ser un estafador. ¿Acaso se te ha ocurrido buscarlo en Internet?

Mordí mi labio inferior, negando con la cabeza. Maldita sea, Bindi estaba en lo cierto. Pero tan emocionada como estaba con la idea de tener una familia que desconocía, no había pensado en ninguna de esas cosas.

—Connor West —Bindi cogió su móvil y comenzó a teclear con rapidez—. Creo que estás exagerando —dije, tratando de tranquilizarla a ella y a mí misma—. ¿Por qué alguien iba a hacerse pasar por un abogado? —Aquel hombre sabía todos mis datos. Conocía el nombre de mi abuelo—. Además, si su objetivo es estafarme, pronto se va a dar cuenta de que no va a poder conseguir mucho dinero a mi costa.

—No lo sé, Enya. Hay gente muy mala en el mundo —me dijo Bindi, con la mirada fija en la pantalla de su móvil—. ¿Es este? —me preguntó, girando su teléfono hacia mí y mostrándome un hombre con el cabello blanco y expresión seria. Llevaba un traje azul marino y una corbata del mismo color. Aunque no tenía ni la menor idea de cómo era Connor West, el hombre que estaba mirando definitivamente lucía como un abogado.

—No lo sé, Bindi. Solamente hablé por teléfono con él, no tengo ni idea de cómo es.

—Este hombre es irlandés y es abogado, pero no quiere decir que el que te ha llamado sea este. El otro día, vi un documental de suplantación de identidad. Deberías pedirle que te mande una fotografía. No… espera, mejor un vídeo sosteniendo un periódico en el que salga la fecha.

—Bindi, relájate. —Ese comportamiento no era normal en ella. Bindi era la alocada y la despreocupada de las dos—. Sé que puede parecer una locura, ¿vale? —De hecho, era consciente de lo disparatado que sonaba todo—. A mí también me ha costado asimilarlo —todavía no lo hacía—, pero he estado pensando en ello. Siempre hemos sido mi abuelo y yo. Si retrocediera atrás, no cambiaría nada —mi abuelo había hecho todo lo que estaba en su mano para darme la infancia y adolescencia más feliz que pudiese tener—, pero desde que él no está, me siento un poco sola. —Bindi abrió la boca para replicar, pero yo hablé antes de que ella pudiera pronunciar una sola palabra, porque sabía lo que me iba a decir: —Sé que te tengo a ti. —Desde que nos habíamos conocido, Bindi había estado ahí para mí en los buenos momentos y en los malos—. Mi abuelo era la única familia que tenía, Bindi. He estado dándole vueltas y si tengo un hermano, quiero conocerlo. Siempre me dices que me tengo que dejar llevar más, ¿no? Hacer una locura por una vez en mi vida.

Bindi entrecerró los ojos a la vez que mordisqueaba la pajita del *smoothie* que le había preparado.

—Me refería a emborracharte o a tener sexo con un desconocido en los baños de una discoteca, no a coger un avión hasta Irlanda para conocer a un hermano perdido.

—Sabes que mi abuelo nunca me ha hablado demasiado de mi familia paterna —continué, ignorando su puntualización—. ¿Recuerdas que una vez tú misma me dijiste que tal vez era una princesa de un país europeo?

—Teníamos diez años, Enya. Y fue después de que viésemos *Princesa por sorpresa*. Pero ahora somos adultas. Si de verdad tu padre no falleció en un accidente junto a tu madre, ¿te has parado a pensar que, tal vez, tu abuelo te alejo de él por una buena razón?. ¿O quizá él no quería saber nada de ti y tu abuelo no quiso decírtelo para no hacerte daño?

—Por eso quiero ir a Irlanda, para descubrirlo.

Bindí negó con la cabeza y me miró con desaprobación.

—Te adoro, Enya, pero, a veces, eres muy inocente.

Suspiré pesadamente.

—Tú tienes una hermana, padres, primos, tíos, pero yo no tengo a nadie. ¿Tú no querrías

conocer a tu familia si estuvieras en mi lugar?

—Me tienes a mí —fue su única respuesta.

—Lo sé y doy gracias a Dios todos los días por haberte puesto en mi camino.

—No fue Dios —replicó Bindi con una sonrisa—, fue lo despistada que eres.

Tuve que morderme la mejilla para no reírme recordando cómo nos conocimos.

—Tal vez yo soy despistada, pero tú ibas en la bici con los ojos cerrados. Aún tengo una cicatriz en la rodilla del golpe que me diste.

—No fue mi culpa. Mi hermana me retó y ya sabes que no pudo resistirme a un reto.

No, ella no podía. Mi amiga era toda una aventurera. En cambio, yo no era así; yo siempre me había sentido cómoda en mi zona de confort.

—Tengo que hacer esto, Bindi —insistí—. Además, siempre he querido regresar a Irlanda. —No tenía recuerdos del país en el que nací—. Allí está enterrada mi madre. Y necesito conocer toda la verdad.

—¿Y si es todo un engaño? ¿Y si no hay ninguna verdad qué conocer?

—Entonces ¿por qué mi abuelo me enseñó fotos de mi madre, pero no tenía ninguna de mi padre? ¿Por qué ni siquiera me dijo su nombre? —repliqué—. Bindi, sabes que puede ser posible. Puede que sea verdad que tenga una familia que quiera conocerme.

La verdad es que, a esas alturas, estaba bastante segura que lo que Connor me había dicho era cierto. Durante la noche le había dado vueltas a la cabeza; había recordado todas las palabras de mi abuelo, incluso aquellas enigmáticas a las que no había querido darle mucha importancia. A lo mejor Bindi tenía razón y mi padre no había sido un buen hombre. O tal vez, yo no le había importado. Pero, desde luego, mi hermano no tenía ninguna culpa de ello. Si él quería conocerme, ¿por qué debería rechazarlo?

Bindi dejó el vaso de *smoothie* que sostenía en su mano derecha sobre la mesa y mordió su labio inferior, sopesando mis palabras.

—Es posible, sí —aceptó finalmente—. ¿Cuándo tienes pensado irte?

—Tengo que hablarlo con Connor. —Aún ni siquiera le había confirmado, ya que habíamos quedado en que le devolvería la llamada con una respuesta—. Pero, intentaré que sea en una semana. —Le hice un gesto a Bindi con la mano, silenciándola antes de que ella me dijera que era demasiado precipitado—. Aún quedarán un par de semanas antes de tener que regresar de nuevo a clase —le recordé.

—Voy contigo —dijo con decisión.

Negué con la cabeza.

—Esto es algo que debo hacer sola. —Además, Bindi solía ir todos los años de vacaciones en esas fechas con sus padres y ya se había comprometido con ellos—. Solo serán unos días.

Bindi suspiró.

—¿Y el trabajo?

Trabajaba de ayudante en la biblioteca del campus. Un empleo a tiempo parcial que cubría mis gastos. Como no tenía que pagarme los estudios, ya que me habían concedido una beca y aún tenía los ahorros de mi abuelo por si surgía algún imprevisto, podía vivir tranquila. Al menos, hasta que finalizase la carrera.

—Aunque la biblioteca va a estar abierta, dudo que muchos alumnos o profesores se pasen por allí. Me deben días de vacaciones, es el mejor momento para pedirlos.

Bindi me miró fijamente durante unos segundos y después, aceptó con la cabeza.

—Siempre he querido que seas más atrevida, que te dejes llevar. Y ahora que por fin lo haces, me estoy comportando como una madre protectora —dijo entre risas—. Está bien, pero

voy a llenarte el móvil de mensajes y más te vale responder a todos o cogeré el primer avión a Irlanda e iré en tu búsqueda.

No tenía ninguna duda de que ella cumpliría su amenaza. Tenía mucha suerte de tenerla como amiga.

—Todo va a ir bien, Bindi —dije con convicción, porque estaba segura de ello—. Puede parecerte ridículo, pero hay algo aquí —señalé mi corazón—, que me dice que vaya. Es una intuición.

Y, como estaba a punto de descubrir, había veces en las que era mejor no guiarse por la intuición. Si tan solo lo hubiera sabido en ese momento…

Capítulo 3

Acababa de bajar del avión cuando mi móvil comenzó a sonar. Ni siquiera me había dado tiempo a hacerme a la idea de que había llegado a Irlanda; el país en el que había nacido y del que no tenía ningún recuerdo. Estaba emocionada y a la vez asustada, preocupada de sí me llevaba una decepción. Pero no me iba a permitir pensar en eso, todo iba a salir bien.

Mi bolso estaba lleno de cosas, por lo que para cuando encontré el móvil, la otra persona había cortado la llamada, aunque antes de que pudiese mirar quien me había llamado, volvió a sonar.

—¿Sí?

—¿Enya? —Bindi parecía preocupada—. ¿Estás bien? ¿Por qué no me has llamado?

—Bindi, el avión acaba de aterrizar hace…

—Cinco minutos y treinta segundos —terminó ella por mí—. Tiempo suficiente para enviarme un mensaje de texto.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—He instalado una alerta para que me avise cuando aterrizabas en el aeropuerto de Dublín. Te he dejado unos minutos para que te diese tiempo a quitar el modo avión

—¿Eso se puede hacer? —pregunté, mientras dejaba pasar a un señor que casi me atropella para poder adelantarme.

—Claro, hay una *app* y todo —contestó Bindi, como si fuera algo que debería saber—. Dios, a veces pienso que vives en la Edad de Piedra. —A pesar de que no podía verla, estaba convencida de que estaba entornando los ojos—. ¿Qué tal ha ido el vuelo?

—Interminable —le respondí—. Pensaba que no se acababa nunca. Hasta tengo la sensación de que me han salido varias canas.

Bindi se rio.

—¿Qué tal tus vacaciones?

Los padres de Bindi tenían una casa en Bali y solía ir con ellos todos los años unos días durante las vacaciones de invierno.

—Bieeen. —Esperé, cuando Bindi alargaba las vocales, quería decir que tenía algo más que decir—. Aburrida como una ostra. Y eso que no llevo aquí ni dos días y ya te echo de menos. Me encantaría que pudieses acompañarme el año que viene.

Bindi llevaba invitándome a acompañarla desde que nos conocíamos y siempre declinaba la invitación. Primero, porque era demasiado pequeña y a mi abuelo le daba miedo que saliese del país y después, cuando fui lo suficientemente mayor, mi abuelo enfermó y no podía dejarlo solo. Y los dos últimos años no me había encontrado con fuerza.

—Quién sabe, quizá el año que vine vengamos juntas a Irlanda —dije, con la esperanza de que este viaje me sirviese, no solo para conocer a mi hermano, sino para tener una buena relación con él.

—Eso no estaría mal. Y si tu hermano es guapo, hasta quizá podamos ser cuñadas. Háblale de mí.

—Antes de hacer de celestina, tengo que conocerle yo. Ni siquiera sé cómo se llama.

Tampoco sabía su apellido, ni ningún dato sobre él. Connor no me los había dado. Y mi abuelo jamás me había dicho ni el nombre ni el apellido de mi progenitor.

—El nombre es lo de menos, tú envíame una foto. Pensándolo bien, sí que quiero saber su nombre, me gusta gritar el nombre de mis compañeros de cama cuando me corro.

Estallé en carcajadas. Una señora que pasaba por el pasillo, a mi lado, me miró como si me hubiese vuelto loca.

—Por tu culpa la gente me mira raro —le dije a mi amiga—. Estás chalada.

—Lo que importa es que te he hecho reír y he logrado que te relajes.

Efectivamente, ella lo había conseguido. Bindi era como mi tabla salvavidas en medio del océano. Siempre acudía a mi rescate cuando ni siquiera yo sabía que la necesitaba.

—Tengo que dejarte. Este aeropuerto es enorme y no tengo ni idea de dónde se encuentra la recogida de maletas.

—Solo tienes que seguir las indicaciones. Los aeropuertos están muy bien señalizados. Es fácil moverse en ellos.

Lo sería para ella, que viajaba en avión varias veces al año. Para mí, que la única vez que había montado en un avión era muy pequeña y no tenía recuerdos, era una odisea.

—Lo mismo me has dicho cuando he hecho escala en Catar y porque una anciana muy amable me ha ayudado, sino aún seguiría dando vueltas por el aeropuerto.

—Todavía no me puedo creer que hayas confundido el baño con la puerta de embarque. —Bindi se echó a reír, recordando la anécdota que no debía de haberle contado.

—No lo he confundido, he seguido las señales —me defendí—. ¿Desde cuándo hay un ascensor para bajar a los baños?

—Desde que los ponen en el sótano y las personas con movilidad reducida no pueden bajar las escaleras.

—De acuerdo —le concedí—, pero ¿quién pone unos baños en el sótano? —contraataqué.

—¿Un arquitecto que quiere aprovechar bien el espacio? —apuntó Bindi entre risas.

Entrecerré mis ojos al escucharla, aunque una carcajada suave se escapó de mis labios. Como siempre, mi amiga tenía una respuesta para todo.

—Esta conversación es absurda —me quejé, a la vez que me detenía para mirar las señales y darme cuenta de que estaba yendo hacia la dirección contraria—. Te dejo, Bindi. Necesito todos mis sentidos alerta para no perderme.

—Está bien. No quiero que vuelvas a meterte por equivocación en un baño, no vaya a ser que esta vez no sepas salir.

—No eres graciosa —farfullé.

—Sí que lo soy —rebatió ella, riéndose—. Avísame en cuanto te instales en el hotel.

En la conversación que había mantenido con Connor por teléfono el día anterior, horas antes de subir al avión, me había dicho que enviaría a un chófer a buscarme que me llevaría al hotel que él mismo había reservado para mí. Había insistido en que no era necesario, que podía coger un taxi. Sin embargo, Connor no había dado su brazo a torcer, él me había dado la misma respuesta que había estado empleando durante las charlas que habíamos mantenido esa semana cada vez que trataba de hacerme cargo de los gastos del viaje: «es el deseo de tu hermano. Él dice que, ya que vas a venir desde tan lejos solo para conocerlo, es lo menos que puede hacer por ti».

—Lo haré —dije y colgué la llamada para guardar el móvil en mi bolso.

Tras varias equivocaciones, encontré la cinta de salida del equipaje. Por una vez, la suerte estuvo de mi lado y mi maleta salió justo en el momento que me detenía frente a la cinta. Tan solo había llevado una maleta grande, ya que solo pensaba quedarme un máximo de quince días. No quería faltar ningún día a la universidad. Eso era algo que no me podía permitir, ya que no

podía bajar la nota media o perdería la beca. Y lo más importante: decepcionaría a mi abuelo.

Cuando salí de la sala y caminé hacia la sala de llegadas, había mucha gente. Cuando Connor me había dicho que el chofer me esperaría con una hoja de papel en la que estaba escrito mi nombre, había pensado que era un poco cliché, un método que solo se utilizaba en las películas, pero viendo a todas las personas que sostenían un cártel en las manos con diferentes nombres, me di cuenta de que era una práctica bastante habitual.

Unas chicas que habían ido en mi mismo avión y que no tendrían más de quince años, pasaron corriendo por mi lado, casi llevándome por delante. Un matrimonio de mediana edad les esperaba con los brazos abiertos.

Sentí envidia de ellas. La de veces que me había quedado ensimismada viendo a familias disfrutando de la vida. A padres con sus hijos dando un paseo por el parque o, simplemente, hablando; a hermanos jugando juntos o yendo de compras y a grandes familias disfrutando de la Navidad. Yo había deseado eso. Nunca iba a tener unos padres a mi lado, pero sí podía tener un hermano y con suerte, primos y tíos.

A partir de ahora, todo cambiaría.

Una sonrisa se dibujó en mis labios y la esperanza afloró en mi pecho. No quería hacerme ilusiones antes de tiempo, no cuando ni siquiera había hablado con mi hermano aún. Los nervios se arremolinaron en mi estómago y las dudas me asolaron. ¿Y si me había precipitado recorriendo medio continente? ¿Y si las cosas no salían como yo pensaba? A pesar de que éramos familia, no dejaba de ser un desconocido para mí, no sabía cómo era. Pero, si él se había molestado en contactarme y había insistido en que fuera a visitarlo, era porque él también deseaba conocerme, ¿no?

Estaba pensando demasiado. Respiré hondo para calmarme. Cuando sentí que volvía a tener el dominio de mí misma, escudriñé la estancia en busca de un cartel con mi nombre. No fue una tarea fácil, ya que la sala estaba abarrotada de gente. Hombres de traje que sostenían un cártel entre sus manos, familias que miraban hacia la sala de espera con ojos ansiosos y hasta vi a una mujer con dos niños pequeños agarrados de la mano que gritaban papá al aire.

Aunque todas esas personas no evitaron que mi atención se centrase en los ojos azules más claros y bonitos que había visto en toda mi vida. El chico no tendría más que unos pocos años más que yo y se encontraba a unos pasos de la multitud, por lo que no podía verle con claridad, pero eso no impidió que mi corazón latiese con más fuerza.

Su cabello era rubio, un mechón se coló entre sus ojos y él se movió, incómodo, para apartárselo. Fue un movimiento elegante. Tenía una cara bonita, de esas que veías en las revistas de moda o en las películas de Hollywood.

Podía ser un modelo, no me sorprendería que lo fuera. Su mirada se centró en la mía y yo aparté la mirada, avergonzada.

Me regañé a mí misma por haber sido tan descarada. Yo no era así. No me dejaba en evidencia a mí misma por un chico atractivo.

Bindi se iba a morir de la risa cuando se lo contase. Aunque también era posible que se enfadase conmigo por no haberme acercado a pedirle el número de teléfono. Definitivamente, no le diría nada.

Suspirando, retomé mi búsqueda. El *jet lag* estaba haciendo estragos en mí. Necesitaba encontrar al chofer cuanto antes. Para mi desgracia, por más que revisé todos los carteles, ninguno llevaba mi nombre. Tal vez aún no había llegado.

Pasé entre toda la multitud con la intención de esperar en una esquina cuando vi mi nombre en grande en un cartel con el fondo blanco, pero el chico que la sostenía era el de los ojos azules.

¿Ese era mi chofer? ¿Él se había dado cuenta de que le había mirado como si fuese una adolescente que se deja impresionar por el primer chico atractivo que ve?

Quería morirme de la vergüenza. Reprimiendo el impulso de agachar la cabeza, ir a la salida y pedir un taxi, sostuve el asa de mi maleta con fuerza y caminé entre la gente, dirigiéndome hacia el chico. La nueva Enya era decidida y valiente, no se amedrentaba con tonterías. Bueno, eso y que, en el caso de que me hubiera montado en un taxi, no tenía ni idea de adónde ir, ya que Connor no me había dicho el nombre del hotel en el que me alojaría.

—Hola, soy Enya Perkins —me presenté cuando estuve frente al chico. Curvé mis labios en una sonrisa cordial—. Imagino que tú eres mi chofer.

Al escuchar mi voz, él centró su atención en mí. Me miró con profundidad, analizando cada parte de mi rostro. Al igual que me había pasado minutos antes, tuve la imperiosa necesidad de apartar la mirada, pero, en esta ocasión, no estaba relacionado con la vergüenza. No, era más bien mi instinto de protección. Era absurdo, pero había algo en él que gritaba peligro.

—¿Qué le ha pasado a tu pelo? —preguntó un segundo más tarde, en lo que a mí me pareció una eternidad.

Volví a fijar mis ojos en los suyos y en un movimiento que no me esperaba, él estiró su mano y agarró un mechón de mi cabello entre sus dedos. Él inspeccionó mi cabello oscuro, acariciándolo entre la yema de sus dedos, como si lo hubiese hecho muchas veces antes, como si fuera algo natural entre nosotros. Algo que no era y él debió de darse cuenta, porque sus labios se fruncieron en una mueca y bajó su mano con rapidez, soltando el mechón de mi pelo y dando un paso hacia atrás.

Aquello había sido terriblemente inapropiado, además de extraño. Y, aun así, pregunté: —¿Qué quieres decir?

—No importa —masculló y antes de que pudiera insistir o pronunciar una sola palabra, dijo: —Déjame ayudarte. —Cogió mi maleta—. ¿Has tenido un vuelo agradable? —inquirió a la vez que se dirigía hacia la salida.

Tuve que correr para lograr seguirle el ritmo. Aquel hombre era alto y sus zancadas eran el doble que las mías. Aunque no todo era malo, ya que yendo detrás de él tenía una perfecta perspectiva de su culo embutido en unos pantalones de traje negros. El trasero no era la parte de los hombres en la que solía fijarme. En realidad, no solía fijarme en ninguna parte en especial. Lo que más valoraba de un chico era su intelecto y su sentido del humor; me gustaba que tuvieran una conversación interesante.

Sin embargo, tenía que reconocer que ese chico tenía un buen culo. Por Dios Santo, ¿qué me pasaba? ¿En qué momento me había convertido en Bindi?

—¿Me has escuchado? —me preguntó, deteniéndose delante de un coche negro parado en la zona de recogida de pasajeros. Aunque no entendía demasiado de automóviles, por no decir que no entendía nada, era obvio que se trataba de un coche de alta gama—. ¿Enya? —me llamó cuando tardé en responderle.

—Perdona. —Necesité unos segundos para intentar recordar lo que me había preguntado instantes antes. A pesar de que una sonrisa cordial iluminaba la cara del chico, su mirada era dura. Estaba molesto—. El vuelo ha sido agradable, pero muy largo. Estoy deseando llegar al hotel para descansar un rato.

Él movió su cabeza en un asentimiento. Pensé que metería la maleta en el maletero y después abriría la puerta, pero se quedó quieto, observando el coche. Iba a preguntarle a qué estábamos esperando cuando un hombre de mediana edad y con cara de pocos amigos, salió del asiento del conductor. No era mucho más alto que mi metro setenta y tres, solamente unos pocos

centímetros. Llevaba una camiseta negra apretada que marcaba unos músculos ejercitados día a día en el gimnasio. El hombre era un armario. Me fijé en su brazo derecho, que estaba cubierto de tinta; diferentes tatuajes cubrían su piel.

Ambos hombres compartieron una mirada. El chico de los bonitos ojos azules hizo un gesto hacia mi maleta y el hombre de la camiseta negra la cogió, metiéndola en el maletero. Le esbocé una sonrisa a modo de agradecimiento, pero este pasó por mi lado sin saludarme, ni fijarse en mí. Por un instante, tuve miedo de que me hubiese confundido con más equipaje y me metiese en el maletero.

—Entra en el coche, Enya —me pidió el chico rubio, abriendo la puerta de pasajeros.

A esas alturas, tenía claro que él no era mi chofer, pero pensé que se trataría de algún hombre de confianza que Connor había enviado en mi busca. En vez de sentarse en el asiento de copiloto, lo hizo a mi lado, sorprendiéndome.

Me abroché el cinturón a la vez que el verdadero chofer encendía el motor.

—Discúlpame —comencé, carraspeando—, he sido una maleducada, no he preguntado tu nombre.

El chico ladeó la cabeza para mirarme.

—¿No sabes cómo me llamo? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—No, lo siento. Connor no me dijo tu nombre. En realidad, le entendí que enviaría un chofer a buscarme, no a su asistente. —No se lo había entendido, estaba convencida de que eso era lo que me había dicho, pero preferí ser cauta con las palabras. Lo último que deseaba era meter a Connor en problemas.

—¿Crees que soy un asistente? —A pesar de que el chico no alzó la voz al formular aquella pregunta y su rostro se mantuvo impasible, tuve la sensación de que había metido la pata hasta el fondo. El sonido de un carraspeo proveniente del asiento del conductor confirmó mis sospechas —. Dugan, limítate a estar atento a la carretera. —Su voz, aunque emitida en tono bajo, resonó en el interior del coche como un trueno.

—Por supuesto, jefe —contestó.

Él me miró, esperando una respuesta.

—Has venido a buscarme al aeropuerto, eres joven, así que es la conclusión a la que he llegado —dije, dubitativa—. ¿Me he equivocado?

—De hecho, sí. Soy tu medio hermano, Enya.

—¿Mi hermano?

Durante la última semana, había recreado en mi cabeza cómo sería mi primer encuentro con mi hermano. Había pensado en diferentes escenarios. Pero, en ninguno de ellos, confundía a mi hermano con un asistente. Y, mucho menos, le miraba el culo.

—Lo siento, Connor me ha dicho que eras un hombre ocupado y que nos veríamos en unos días. Por eso no se me ha ocurrido pensar que vendrías al aeropuerto. Discúlpame si te he ofendido, no quería… —me interrumpí a mí misma al darme cuenta de que estaba hablando de más. Pues sí que había empezado con buen pie. No me extrañaría si me enviaba de vuelta en el primer vuelo disponible—. De todas maneras, no sé tu nombre. Connor no me lo dijo.

—Y tú no lo recuerdas. —Aunque podía sonar como una acusación, él solo estaba constatando un hecho.

Mis dedos se enroscaron en la tira de mi bolso, jugando nerviosamente con ella.

—No sabía que tenía un hermano hasta hace unos días. Mi abuelo no me lo dijo y no tengo ningún recuerdo de mis primeros años de vida. ¿Tú te acuerdas de mí?

—En absoluto. No tuvimos mucho contacto. —No pude evitar sentirme decepcionada. Si él

me recordaba, tal vez me había echado de menos. Tenía la esperanza de que, quizá, habíamos estado unidos y podíamos reconstruir nuestra relación. Pero parecía que íbamos a tener que empezar de cero—. Me llamo Cian.

—Encantada de conocerte, Cian. —Era algo absurdo para decir, pero fue lo único que se me ocurrió—. Gracias por venir a buscarme al aeropuerto. Aún es pronto —dije, mirando mi reloj de muñeca. Eran las tres y media de la tarde—. Podemos ir al despacho de Connor. Hay muchas preguntas que me gustaría que ambos me respondieseis.

Sin embargo, parecía que las cosas no iban a salir como esperaba.

—Connor ha tenido una urgencia familiar y ha tenido que marcharse de Dublín.

—¿Está todo bien? —pregunté con preocupación. No conocía apenas al hombre, pero esperaba que no fuese nada grave.

—Sí, no te preocupes.

Esperé a que dijese algo más, pero Cian sacó su teléfono de su bolsillo, centrando su atención en él, dando por terminada la conversación. Mordí mi labio inferior, pensando en un tema que poder sacar. No me desenvolvía bien en los silencios incómodos, los aborrecía, pero no me atreví a decir nada. Si él quisiese hablar, no hubiese finalizado la conversación. Además, igual tenía asuntos importantes de los que encargarse. Aunque miraba la pantalla de su teléfono con desinterés y parecía casi aburrido, como si estuviese evitando mirarme para no tener que dirigirme la palabra. O quizá eran mis inseguridades las que hablaban y simplemente me estaba dando espacio. Tal vez, solo estaba siendo cortés.

Mi abuelo me había dicho muchas veces que debía respetar los silencios, que se aprendía más de una persona por lo que callaba, que por lo que decía. Aunque puede que fuera cierto, los nervios se adueñaron de mi estómago. Para evitar decir algo improcedente, ladeé la cabeza para mirar por la ventanilla. Desgraciadamente, no había nada interesante que ver más que coches y carretera, así que decidí jugar al juego que me había enseñado mi abuelo cuando era pequeña y viajábamos en coche. Podía parecer infantil y sí, estaba mayorcita para jugar a esas cosas, pero no se me ocurrió mejor distracción que esa. Me encantaba ese juego y por lo que mi abuelo me había contado, también había sido el favorito de mi madre. Ese pensamiento provocó que la nostalgia se apoderase de mí y no pude evitar preguntarme si mi madre había recorrido esa misma carretera o incluso si yo lo había hecho con ella. Abrí la boca con intención de preguntarle a Cian si se acordaba de mi progenitora, pero me arrepentí en el último momento y no lo hice. Un coche no era el lugar para hablar de ese tema.

Volví a fijar mi atención en la carretera, centrándome en el juego. En voz baja, comencé a contar las señales redondas que veía. Con cada señal que sumaba, sentí que la tensión de mi cuerpo se evaporaba y todos los pensamientos que bombardeaban mi cabeza iban desapareciendo, sumergiéndome por completo en mi tarea. Al llegar a diez, tal y como las normas lo estipulaban, aplaudí. Lo hice de la forma más suave y menos ruidosa que pude. Después, pasé a contar las que tenían el fondo de color verde.

—¡Conseguido! —Alcé los brazos, victoriosa.

Solo cuando escuché la voz de Cian un segundo más tarde, me di cuenta de que había hablado demasiado alto. Había estado tan sumergida en el juego, que, por un instante, me había olvidado de donde me encontraba.

—¿Hablas sola?

Giré la cabeza para ver cómo Cian me observaba con una ceja arqueada e incluso, pude ver cómo el conductor me miraba a través del espejo retrovisor. Sentí que mis mejillas ardían en sangre. Al final, no había sido capaz de seguir el consejo de mi abuelo y no había respetado el

silencio.

—Es lo que se dice cuando le toca el turno al otro jugador… —Las palabras salieron atropelladas de mis labios.

—¿El otro jugador soy yo?

—Sí… no… quiero decir, si jugases conmigo, sí. —Mi confusa explicación solo logró que Cian entrecerrase sus ojos como si estuviese intentando comprenderme, pero le resultase imposible—. Es un juego que jugaba con mi abuelo cuando viajábamos en coche. No es juego conocido, es más, creo que se lo invento él. Era algo nuestro. Tú también puedes jugar si quieres. Aunque claro, primero debería explicarte las normas. —¿Pero qué estaba diciendo? Por Dios, que alguien me pusiese una mano en la boca para que me callase. Al final, conseguí hacerlo yo misma y apreté mis labios con fuerza, no queriendo avergonzarme más a mí misma de lo que ya lo había hecho.

Esperé a que Cian dijera algo, cualquier cosa, pero mi hermano se limitó a permanecer en silencio. No parecía que estuviera dispuesto a hacer ese momento menos vergonzoso para mí o, tal vez, solamente estaba pensando que era un bicho raro. Por la imperturbable expresión de su rostro, no era capaz de descifrarlo.

—Estoy diciendo tonterías, ¿verdad? —Me pasé una mano por el pelo y una pequeña carcajada histérica se escapó de mis labios—. Siempre lo hago cuando estoy nerviosa. No puedo evitarlo —confesé—. Esta última semana ha sido como una montaña rusa para mí. Apenas me ha dado tiempo a hacerme la idea de que mi padre no falleció cuando era una niña y de que tengo un medio hermano. Y además, estoy a miles de kilómetros de mi país.

—Estás en tu país —fue lo único que Cian dijo—. Eres irlandesa.

—Sí, pero me crie en Australia y…

—No fue tu decisión irte de Irlanda —me interrumpió—. Esta es la tierra a la que perteneces. Nunca permitas que nadie te diga lo contrario. —Tal era la convicción en su voz, que aunque no estaba de acuerdo, preferí dejar el tema. Lo último que deseaba en esos momentos era discutir con mi hermano.

—Sí, supongo… —Las palabras murieron en mis labios cuando vi lo que estaba sucediendo en la carretera—. ¡Oh, Dios mío! —Me llevé una mano a la boca. Cian miró hacia la ventanilla para ver qué me había sobresaltado tanto. Él apenas se inmutó cuando vio un coche volcado en el arcén del que salían llamas. Después, centró su mirada de nuevo a su teléfono móvil.

—¡Para el coche! —le grité al conductor.

Este miró hacia Cian, quien le hizo un gesto con las manos.

—Debemos socorrerlo. —Era una carretera desértica. ¿Y si había alguien dentro? ¿O si había logrado salir, pero estaba herido?—. ¡Para el coche!

—Enya, había dos hombres en el arcén con sus teléfonos móviles en la oreja. Ya se estaban encargando ellos, no es necesario que nosotros nos detengamos. El coche puede explotar y es peligroso. Más que ayudar, estorbaríamos.

Fruncí el ceño, poco convencida con su explicación.

—Yo no he visto a nadie.

—Estabas demasiado alterada para darte cuenta. —Cian se encogió de hombros y volvió a centrar su atención en su teléfono.

—Cómo no iba a estarlo. —Froté mis manos contra mis brazos desnudos—. Es la primera vez que veo un accidente de coche. Tú, en cambio, no parecías sorprendido. ¿Hay muchos accidentes por esta zona?

—Últimamente, la ciudad se está poniendo muy peligrosa —respondió Cian—. ¿A qué sí,

Dugan? —Miró al conductor, compartiendo con él una broma privada que no comprendí.

—Y que lo diga, jefe —dijo él y pude ver por el reflejo del retrovisor como sonreía por primera desde que lo había conocido. Usualmente, las sonrisas solían suavizar el aspecto de las personas, hacerlas parecer más amables; sin embargo, no había rastro de amabilidad en la sonrisa de Dugan. Todo lo contrario, le hacía parecer más escalofriante.

—Pero ¿no deberíamos llamar a la policía para asegurarnos? ¿O acercarnos para asegurarnos de que de verdad había dos hombres en el arcén?

—Tengo una vista de halcón. La policía estará de camino —me aseguró Cian. Antes de que pudiera volver a insistir, me preguntó: —¿Has comido algo en el avión?

Arrugué mi ceño, dándome cuenta de que me había cambiado el tema a propósito, haciéndome otra pregunta. Como si fuera una niña pequeña a la que podía distraer tan fácilmente. Odiaba cuando la gente hacía eso.

—Macarrones con queso y unas natillas —contesté, aplacando la irritación que se había formado dentro de mí. Cian tecleó en su móvil y después, guardó su teléfono en el bolsillo derecho de su pantalón—. Gracias por pagarme el billete —le agradecí—. Aunque ha sido un vuelo largo, ha sido bastante cómodo. —Mordí mi labio inferior, nerviosa, cuando Cian fijó su mirada en mí—. Sé que Connor me ha dicho que tú te encargarías de todos los gastos, pero el hotel corre de mi cuenta. —Bastante había hecho ya.

Solo esperaba que me hubiesen reservado una habitación en un hotel barato o iba a tener que vender un riñón en el mercado negro, pero no me parecía bien que mi hermano pagase todos mis gastos. Ni siquiera sabía cuál era su posición económica. Podía estar haciendo un esfuerzo sobrehumano para que yo estuviese cómoda.

—No voy a permitir que gastes tu dinero. Eres mi invitada. —Sus palabras no dejaban lugar a discusión.

—De acuerdo, pero puedo alojarme en un hostal alejado del centro. Con que tenga un baño, una cama y la habitación esté limpia me llega. No quiero que gastes tus ahorros en mí.

Cian resopló, como si no pudiese creerse las palabras que salían por mi boca. Sin embargo, su tono de voz fue cortés cuando dijo: —No te preocupes, vas a quedarte en mi casa.

—¿En tu casa? —repetí como una tonta—. Pero Connor me dijo…

—Al final, cambié de opinión —me aclaró Cian, interrumpiéndome—. Un hotel es un lugar demasiado frío para un familiar. ¿Qué mejor sitio para que te quedes que en mi casa?

—No es necesario, no quiero molestar. Tienes tu vida y yo no quiero interferir en ella.

Cian negó con la cabeza.

—No molestas, Enya. Tengo una casa grande. Además, ya le he dicho a Noreen, mi ama de llaves, que te prepare una habitación.

—Está bien —cedí finalmente. Mi hermano estaba siendo muy hospitalario conmigo, haciendo todo lo posible para que me sintiera cómoda—. Muchas gracias, Cian.

Este me ofreció una sonrisa como respuesta. Movió su mano hacia su bolsillo y supe que iba a volver a centrar su atención en el teléfono.

—¿A qué te dedicas? —pregunté, sacando el primer tema de conversación que pasó por mi cabeza.

—Al negocio familiar —respondió escuetamente.

—¿Y ese sería? —inquirí—. Lo siento, pero Connor no me dio ninguna información. Me dijo que era mejor que lo hablásemos en persona.

—Puedo imaginármelo —musitó, pasándose la lengua por los labios—. Hay muchas cosas de las que tenemos que hablar, pero lo haremos cuando Connor regrese.

—¿Ni siquiera puedes decirme por qué nuestro padre nunca me busco en vida? —La pregunta que había estado rondando por mi cabeza desde que había descubierto que mi progenitor no había fallecido en un accidente de coche cuando yo tan solo era una cría, se escapó de mis labios de una forma más brusca de la que me hubiera gustado. No era el momento, ni la forma en la que había querido abordar el tema, pero no había podido evitarlo.

Cian no me contestó de inmediato; él permaneció en silencio. Su mirada estaba fija en mí, pero pude ver esa distancia en sus ojos, como si estuviera en otro lugar. Tuve la esperanza de que, quizá, mi pregunta hubiera logrado despertar algo en él y obtendría una respuesta. Al menos, parte de la información que tan desesperadamente necesitaba. Sin embargo, mis ilusiones se rompieron en pedazos en el instante en el que él habló.

—Todo a su tiempo, Enya. Aprovechemos la oportunidad que nos ha dado el imprevisto que le ha surgido a Connor para conocernos.

—Quiero conocerte, pero durante toda mi vida he vivido en la ignorancia. Necesito saber la verdad.

—La verdad no siempre es bonita —rebatió Cian, ladeando su cabeza y mirando por la ventana.

—Seguramente no. Pero prefiero la verdad a una bonita mentira. Sé que si mi abuelo me mantuvo en la ignorancia fue para protegerme, pero ya soy adulta, no necesito que nadie me proteja. Quiero entender por qué mi abuelo tomó esas decisiones y por qué nuestro padre lo permitió. Quiero saber de dónde provengo.

Cian se giró y sus ojos azules se centraron en los míos. Su mirada abrasadora. Durante unos instantes, sentí como si pudiese leer mi alma mientras yo era incapaz de interpretar la expresión de su rostro.

—Sabrás toda la verdad. Responderé a todas tus preguntas. Pero hay un testamento de por medio que está en el poder de Connor. Una carta que nuestro padre te dejó. En ella, te lo explica todo. Solo Connor tiene esa carta y solo él puede entregártela. Era su deseo que la leyeses antes de nada. Debo respetar su última voluntad. Él deseaba que la leyeses sin estar contaminada por versiones de otras personas, incluida la mía.

Asentí con la cabeza, porque eso podía entenderlo. Cian solo estaba siendo un buen hijo, uno respetuoso con la memoria de su padre. Podía esperar unos días más y mientras, disfrutaría de la compañía de mi hermano.

—¿Tenemos más familia? —inquirí—. ¿O solo somos tú y yo?

—Mi familia es muy grande.

Abrí la boca para preguntar cuánto de grande era, pero me detuve al darme cuenta de que se había inclinado hacia mí.

—¿Por qué morena? —preguntó, agarrando un mechón de mi cabello negro entre sus dedos. De nuevo, lo hizo parecer un gesto habitual entre nosotros. Como si tuviéramos esa confianza, como si tuviera derecho a hacerlo. Lo hizo parecer tan natural, que quizá por esa razón no le había apartado como se merecía antes y quizá, por eso, tampoco lo hacía ahora—. No es tu color natural —apreció.

—Tienes razón, no lo es.

La primera vez que me había teñido tenía quince años. Era una idea que llevaba meses rondando por mi cabeza. Una que pasaba por ella cada vez que veía una fotografía de mi madre. Con una larga cabellera negra y unos bonitos ojos verdes, mi madre era una mujer muy hermosa. Aunque nunca la había conocido, mi abuelo me hablaba con frecuencia de ella; a él le encantaba contarme anécdotas de ella y a mí me encantaba escucharlas. Él solía decirme que me parecía

mucho a ella. En un impulso y con la ayuda de Bindi, había ido al supermercado y me había teñido el cabello de negro, del mismo color que el de mi madre.

Desde entonces, no había dejado de teñirme.

—¿Cómo sabes que no soy morena? ¿Has visto fotos mías de niña?

—¿Por qué? —preguntó Cian de nuevo, acariciando mi cabello entre sus dedos, sin responder a mi pregunta.

—Me siento más cómoda así. —Y el abuelo también lo hacía. Nunca me lo había manifestado en voz alta, pero había podido ver el alivio en sus ojos el día en el que me teñí. Mi color de cabello parecía ser un recordatorio doloroso para él—. Además, el rojo nunca ha sido mi color.

Cian arrugó levemente el ceño en un gesto que pude interpretar como desaprobación. Sin embargo, tan solo duró un instante.

Estaba tan cerca de mí que podía sentir su aliento contra mi mejilla. Había algo más, un olor a metálico me invadió. Era suave, casi pasaba desapercibido. No tardé en identificarlo como el olor a sangre. Se mezclaba con su perfume, pero estaba ahí.

Inhalé aire. Cian arrugó el ceño y movió la nariz, repitiendo el mismo movimiento que el mío. Soltó mi cabello y se apartó de mí, regresando a su posición anterior.

Antes de que pudiera decir algo o pensar en lo que acababa de pasar, sentí que el vehículo se detenía.

—¿Hemos llegado? —pregunté, aturdida.

Cian asintió y abrió la puerta. Salió del coche y me hizo un gesto para que repitiera sus movimientos. Desabroché el cinturón de seguridad y salí del vehículo.

Esperaba encontrarme frente a una bonita propiedad en un barrio residencial de Dublín, no frente a lo que parecía ser un helipuerto. Observé el pequeño helicóptero que se encontraba a unos pasos de nosotros.

Abrí y cerré la boca, sin saber qué decir.

—Vamos. —Cian me hizo un gesto con su mano para que le siguiera mientras Dugan llevaba mi maleta al helicóptero.

Sin embargo, yo no me moví.

—¿Vamos a montarnos ahí? —pregunté, apuntando con mi dedo índice hacia el helicóptero. Mi voz sonó mucho más alta de lo que me hubiera gustado—. Pero ¿no íbamos a tu casa?

Cian me miró con extrañeza.

—Sí. Mi residencia se encuentra a las afueras. —Cian me repetía las palabras con detenimiento, como si me costara asimilarlas—. El helicóptero es un método de transporte más rápido —dijo—. Y también, más seguro —añadió.

—¿Y quién va a pilotarlo? —No veía a ningún piloto.

Cian señaló a Dugan. Este se encontraba al lado del helicóptero, observándonos con expresión seria y los brazos cruzados.

—¿Él? —pregunté, incrédula—. ¿Pero él no ha sido quién nos ha traído hasta aquí?

No me consideraba una persona especialmente miedosa, ni tampoco quería dudar de las habilidades de Dugan, pero aquello no sonaba bien. ¿Además de chófer también era piloto?

—¿Y el saber conducir un coche invalida que sepa pilotar? —preguntó Cian, arqueando una ceja. Sentí que enrojecía, porque lo último que quería era haberles ofendido, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, Cian habló de nuevo: —Vamos, se nos está haciendo tarde —dijo, haciendo un gesto con su mano y sin esperar a que respondiera, comenzó a caminar hasta el helicóptero.

Dubitativa, le seguí.

Con la ayuda de Cian, subí al helicóptero.

—¿Es normal viajar en helicóptero en Irlanda?

Cian ladeó su cabeza hacia mí.

—No pasará nada, Enya. Confía en mí.

Aquellas palabras dulces que estaban destinadas a tranquilizarme provocaron el efecto contrario en mí. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral y mis ganas de bajar del helicóptero y correr hacia el coche aumentaron.

Maldita sea, ¿por qué mirando a Cian a los ojos tenía la sensación de que, con aquellas palabras, había querido decir justamente lo contrario?

—Confío en ti, eres mi hermano —aseguré, aplacando todos esos pensamientos negativos producidos por el pánico que estaba sintiendo en esos momentos. Mi pulso se aceleró cuando escuché el ruido de las hélices al comenzar a moverse—. Solo que me cuesta salir de mi zona de confort. Mi abuelo me ha mantenido en una burbuja toda mi vida. En una cómoda y confortable. Y ahora me resulta difícil salir de ella.

—Has venido hasta aquí. Eso es ya un gran paso.

Sí, suponía que él tenía razón y lo era. Así todo, durante todo el vuelo, me sujeté con fuerza al asiento, como si eso pudiese evitar que me matase si nos estrellábamos.

(SEPARADOR)

¿Quién tiene un helipuerto en la puerta de su casa?

Esa fue la pregunta que me hice mentalmente mientras salía del helicóptero. Estaba claro que mi medio hermano nadaba en dinero.

No había visto casas alrededor mientras volábamos, aunque en honor a la verdad, no me había atrevido a mirar demasiado por la ventana. Pero estaba claro que nos encontrábamos en una zona aislada rodeada de vegetación.

No me resultó excesivamente extraño, ya que una mansión como la que se alzaba a mis pies era más fácil de construir en las afueras que en medio de la ciudad. A pesar de que mis nociones sobre arquitectura eran muy básicas, podía ver que se trataba de una construcción moderna con grandes ventanales, tejados planos, balcones con vistas a la piscina y lo que parecía una pista de tenis. No podía ver toda la propiedad debido a que estaba comenzando a oscurecer y pese a ser agosto, se había levantado un viento que heló mis brazos descubiertos.

El verano era mi época favorita del año y había estado feliz de poder disfrutar de esa estación dos veces ese año, pero parecía que en Irlanda el tiempo no acompañaba.

—¿Tienes frío? —me preguntó Cian al ver cómo cruzaba mis brazos sobre mi pecho para acariciar mis hombros.

—Un poco. Pensaba que en agosto haría buen tiempo. —Cian se quitó la americana que llevaba puesta y la colocó por encima de mis hombros, en un gesto que me pareció muy tierno—. Gracias, pero vas a quedarte helado —le dije, mirando su camisa de manga corta.

—No te preocupes, dentro de la casa hace calor, es solo un corto paseo.

—Corto, corto… —refuté, mirando el largo camino empedrado que llevaba hasta la puerta de entrada.

La mansión de tres pisos eran enorme, pero los jardines también. Aunque, por lo que podía ver, estaban muy cuidados. Una verja de acero rodeaba la propiedad, impidiendo que pudiesen entrar invitados no deseados. Por otro lado, dudaba que alguien se molestase en ir hasta allí para robar.

—Vamos, Dugan se encargará de tu equipaje. —Cian me hizo un gesto con la mano para que le siguiera.

La puerta de entrada estaba abierta, pero cuando entramos en la mansión, no vi a nadie en el *hall*, aunque era evidente que tenía servicio en la casa. Los suelos de madera estaban relucientes y no había una mota de polvo por ningún lado.

La opulencia estaba presente en cada esquina que miraba. Desde el jarrón de cerámica antiguo hasta el espejo con diseño exclusivo que adornaba la pared encima del mueble recibidor. No era una gran entendida en decoración, pero mi amiga Bindi sí y había aprendido lo básico para saber que no habían escatimado en gastos a la hora de decorar la casa.

Al recordar a mi amiga, saqué el móvil de mi bolso para ver si me había escrito.

—No hay cobertura en la casa y tampoco en los alrededores —me explicó Cian, provocando que me sobresaltase. Tan ensimismada había estado observando la decoración, que me había olvidado de mi hermano.

Miré las rayas de cobertura en mi móvil y, efectivamente, no había ninguna.

—¿Tienes teléfono fijo? —pregunté—. Tengo que llamar a mi mejor amiga. Si no lo hago, es capaz de enviar a la policía en mi busca.

—No tengo fijo. Se estropeó y no lo usaba nunca, así que lo quite —dijo a modo de explicación—. Tengo conexión a Internet y un ordenador desde el que le puedes enviar un *email*. Desgraciadamente, la conexión wifi no funciona.

—No pasa nada. Tu ordenador servirá.

Cian me hizo un gesto para que le siguiera por el pasillo. Él se detuvo frente a una puerta de madera. Metió unos números en un panel electrónico colocado en la pared y la puerta se abrió. Entró y le seguí. No tuve ni que dar dos pasos en el interior para ser consciente de que se trataba de un despacho. Las paredes blancas estaban decoradas con cuadros modernos y una lámpara hexagonal reinaba en el techo. Cian apretó el interruptor y la estancia se iluminó con una cálida luz ámbar.

En medio del escritorio de madera se encontraba la pantalla de un ordenador de mesa. El escritorio estaba sumamente ordenado, al igual que el resto de la estancia. Un sofá blanco de dos plazas al lado de un enorme ventanal llamó mi atención. No estaba acostumbrada a despachos donde no solo había un sofá, sino que posiblemente costaba más que lo que una persona normal cobraba en seis meses.

A pesar de la bonita decoración, el despacho resultaba impersonal. No había ni fotos ni nada que diese la impresión de que una persona trabajaba allí. Es más, parecía una estancia de esas que se decoraban para la portada de una revista, pero que nunca nadie usaría. Aunque, pensándolo bien, lo que había visto de la vivienda me había dado la misma impresión.

Yo había vivido con mi abuelo en una casa en la que todo siempre estaba revuelto. En cambio, en la propiedad de mi hermano, todo lucía impoluto.

—¿Enya? —me llamó, sacándome de mi ensoñación—. ¿Vas a escribir a tu amiga?

Cian me observaba desde el otro lado del escritorio. Se encontraba de pie, con las manos apoyadas en la madera. Al acercarme a él, me di cuenta de que había encendido el ordenador. Me senté en la cómoda silla de cuero negro y tecleé en el teclado.

Cian se giró, acercándose a la ventana para mirar hacia el exterior, dándome intimidad. Cuando terminé de enviar un mensaje a Bindi diciéndole que estaba bien, pero que no tenía cobertura y que le escribiría lo antes posible, no avisé a Cian de que había finalizado. Me quedé observando su espalda musculosa; sus músculos se tensaban debajo de la camisa. Debido a la americana que le había devuelto cuando habíamos entrado en la casa, no me había dado cuenta

de que mi hermano tenía un cuerpo trabajado. No me extrañaría que pasara horas en el gimnasio.

—¿Quieres subir a tu habitación a descansar un poco o prefieres comer algo? —me preguntó sin girarse, evidenciando que se había dado cuenta de que le estaba mirando.

Tragué saliva, muerta de la vergüenza, pero pude obtener las fuerzas necesarias para responder sin tartamudear.

—Me gustaría darme una ducha, cambiarme de ropa y descansar un poco. ¿Puedes decirme dónde está el baño?

—Todas las habitaciones tienen un baño adherido a ellas —contestó, dándose la vuelta para mirarme—. Vamos, te acompaño.

Salimos del despacho y pensé que se dirigiría a las escaleras que había visto al llegar, pero giró a la derecha, hacia un corto pasillo que llevaba a un ascensor. ¿Tenían un ascensor dentro de casa?

Observé el ascensor de cristal con un panel de mandos digital en el que Cian metió una contraseña para que funcionase. Nos llevó al segundo piso y él me hizo un gesto para que bajase.

El pasillo se dividía en dos. Me quedé quieta, sin saber hacia que dirección tenía que ir. Por suerte, Cian se adelantó y giró hacia la derecha, disolviendo mis dudas. La casa era enorme, menos mal que era bastante buena orientándome, sino iba a necesitar un mapa.

Mi hermano se detuvo en la segunda puerta y la abrió, haciéndome un gesto para que entrase.

—Tu equipaje ya está dentro. Cualquier cosa que necesites, pídesela a Noreen, mi ama de llaves —aclaró marchándose antes de que pudiese recordarle que no me había presentado a Noreen y que tampoco sabía cómo encontrarla.

Necesitaba una ducha y descanso. Aquel había sido el día más extraño que había tenido nunca. Lo que no sabía es que eso solo había sido el principio.

Capítulo 4

Los rayos de luz colándose por las rendijas de la persiana me despertaron de un profundo sueño, relajado y reparador. No sabía si había sido el cansancio del largo y agotador viaje, pero hacía años que no descansaba tan bien. No desde que mi abuelo enfermó.

A pesar de que mi intención había sido descansar un poco y después ir a la cocina a cenar algo, el sueño me había vencido.

Mi vejiga llena se quejó en protesta, por lo que me levanté a toda prisa corriendo hacia el baño. El día anterior no había prestado demasiada atención a la decoración de la habitación, pero según mis ojos se iban acomodando a la luz, podía ver que la estancia seguía las normas del resto de la casa. Aunque la escasa hora que había estado despierta ya había dejado mi seña de identificación: el desorden.

La toalla de baño azul adornaba la baldosa beis del amplio baño. La recogí, dejándola en el toallero, pero antes limpié con ella la humedad del suelo. Aunque la verdad es que no sirvió para nada, porque, acto seguido, me di una ducha y el baño volvía a parecer una piscina. Daba igual que la ducha tuviese mampara en vez de cortina, yo siempre inundaba el baño.

Me sequé con la toalla y el aroma a cereza inundó mis fosas nasales. Mi olor favorito. Con las prisas se me habían olvidado mis productos de higiene, pero el baño estaba provisto de ellos. Para mi sorpresa, el gel de ducha con extractos de la flor de cerezo era como el que yo siempre utilizaba en mi casa, aunque de una marca diferente. Mientras yo compraba un gel barato, solo el bote de cristal con el tapón con forma de cereza de este me decía que costaba un dineral. El olor también perduraba por más tiempo y era más intenso.

Me sequé el pelo y salí del baño envuelta en la toalla. La maleta se encontraba abierta en mitad de la habitación, tal y como yo la había dejado la noche anterior. Miré a mi alrededor y me tomé unos minutos para observar el que sería mi dormitorio durante unos días. Era una estancia bonita y elegante. El azul de las paredes le daba un aire relajante al ambiente. La cama de matrimonio, cuyo edredón floreado se encontraba en el suelo, reinaba la habitación y el cabecero de madera rectangular anclado combinaba con el tapizado del canapé.

Mi estómago rugió, recordándome que era no había comido nada desde la tarde anterior. Me vestí con una sudadera de Winnie the Pooh, unos *leggins* y unas deportivas blancas. Después, cerré la maleta y la dejé apoyada contra la pared.

Salí de la habitación y bajé al primer piso por las escaleras. Cuando llegué al *hall*, me quede quieta, intentando averiguar dónde estaba la cocina. Eran las ocho y media de la mañana, por lo que agudicé el olfato, esperando que el aroma a café recién hecho actuase como un reguero de migas de pan indicándome el lugar exacto. No tuve suerte, así que no me quedó más remedio que utilizar la intuición.

Seguí el pasillo contrario al que conducía al despacho de Cian. Encontré un aseo y el armario de la limpieza, pero ni rastro del comedor ni de la cocina.

Iba a darme por vencida y regresar a mi dormitorio, cuando escuché unas voces procedentes del pasillo del fondo. Me dirigí hacia él, entrando en una estancia abierta, sin duda el comedor, si teníamos en cuenta la larga mesa de madera y las sillas. Continué hacia las puertas correderas blancas que estaban medio abiertas, pero me detuve cuando las voces aumentaron de volumen.

Pese a que no me gustaba escuchar a escondidas, no pude evitar aguzar el oído. Aunque, en

mi defensa, tenía que decir que no me escondí detrás de las puertas mirando de reojo por la apertura.

—Él no va a dejar las cosas así —dijo una voz masculina que no reconocí.

—Por supuesto que no lo va a hacer. Solo hay que esperar un poco. La paciencia no es uno de sus atributos. Antes o después… —Mi hermano se interrumpió cuando un estornudo me pilló por sorpresa. Dos segundos después, las puertas se abrieron del todo y Cian emergió por ellas. Llevaba un polo blanco de manga corta y unos pantalones de cuadros grises.

—Buenos días, Enya —me saludó—. ¿Estás buscando la cocina? —A pesar de la forma casual en la que pronunció la pregunta y la sonrisa que curvaba en sus labios, pude percibir por la pequeña arruga que se formaba en su entrecejo que no estaba feliz con mi intromisión.

Sentí como el calor se apoderaba de mi cara, ya que mi hermano me había descubierto escuchando a escondidas. Por Dios, menuda vergüenza. Pensé en disculparme, pero terminé optando por hacerme la tonta.

—Sí, estoy hambrienta. Estaba tan cansada que me quedé dormida de inmediato. La cama es muy cómoda. Gracias por dejarme quedarme en tu casa.

—No tienes que darlas. ¿Cómo te gusta el café? —me preguntó, haciéndome un gesto con su mano para que entrase en la cocina.

Pasé por delante de él, cruzando las puertas correderas.

—Con leche y mucho azúcar.

—Por fin una persona golosa en la casa. Así tú puedes convencer a Noreen que haga su sabrosa tarta de manzana. A mí ya no me hace ni caso. —Desvié la mirada hacia el chico que me acababa de hablar. Estaba apoyado sobre la encimera de mármol.

Sus ojos marrones me miraron con simpatía y una pizca de burla mientras se llevaba la taza que sostenía en su mano izquierda a los labios y le daba un trago a su bebida. Tenía el cabello rapado y una oscura barba incipiente adornaba su barbilla. No pude evitar fijarme en los tatuajes que cubrían su cuello y sus manos.

—Te presento a Sullivan, nuestro primo —dijo Cian, señalando al hombre—. Sullivan, ella es Enya.

—La *famosa* Enya. —Sullivan dejó la taza sobre la encimera para avanzar unos pasos y estirar su mano hacia mí—. Es un placer conocerte al fin.

—¿Primo? —repetí, estrechando su mano—. No sabía que tenía un primo. —Aunque no debería sorprenderme tanto, teniendo en cuenta que Cian me había contado el día anterior que nuestra familia era grande.

—Hay muchas cosas de nuestra familia que no sabes. —Sullivan se rio y yo me separé de él —. Somos como una caja de sorpresas, te irás acostumbrando.

—Estoy deseando que Connor regrese. Quiero saberlo todo —dije, emocionada.

—Es una pena lo que le ha sucedido. —Sullivan suspiró.

—¿Qué le ha pasado? —pregunté, sentándome en una de las cuatro sillas de madera que rodeaban una mesa redonda con un mantel beis de rayas—. ¿No ha tenido un imprevisto familiar?

—Así es —reconoció Sullivan—. Una de sus familiares ha desaparecido. La están buscando.

—¿Es un familiar muy cercano? ¿La policía sabe qué le ha pasado? —inquirí. Aunque no conocía a Connor en persona ni a la mujer desaparecida, no pude evitar preocuparme por ella.

Sullivan dijo algo, pero no pude escucharle con claridad, porque Cian había encendido la cafetera eléctrica y hacía el mismo ruido que un reactor nuclear.

—¡Vas a tener que enviarla al servicio técnico! —gritó Sullivan con una medio sonrisa—. Se

supone que es silenciosa o eso ponía en las características. ¿Qué programa estás usando? —preguntó.

Cian no respondió. Se limitó a esperar que el café estuviese preparado. Después, lo puso delante de mí. Sin leche ni azúcar.

—Lo siento, pero soy incapaz de tomar café solo.

Sullivan soltó una carcajada que provocó que mi hermano le fulminase con la mirada. Se acercó a la nevera de doble puerta de color negro y sacó una caja de leche.

—¿La prefieres fría o caliente?

—Fría.

Sullivan se acercó a mí y echó un chorro de leche en mi taza de café.

—Primo, trae el azucarero —le pidió a Cian.

No miré si Cian estaba siguiendo la petición de Sullivan, porque mi mirada se fijó en su camiseta de manga corta negra, en la que había varios agujeros y una pequeña mancha de barro adornaba el bolsillo decorativo.

El aspecto descuidado de Sullivan contrastaba con el impoluto de Cian.

—Aún no me he acostado y no he tenido la oportunidad de cambiarme —me dijo Sullivan con una sonrisa al darse cuenta de lo que estaba mirando—. He tenido una noche atareada —bromeó.

—¿Mucha fiesta? —pregunté. Era entresemana, pero estábamos en agosto, no era extraño que las personas saliesen de fiesta hasta tarde en cualquier día de la semana.

—Ha sido una fiesta muy ruidosa, incluso para mí. —Sullivan chasqueó la lengua—. Además, los invitados carecían de sentido del humor. Así todo, me he divertido de lo lindo.

—Me alegro —respondí, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Aparte del café, necesitas comer algo —dijo Cian, dejando el azucarero frente a mí—. Noreen estará encantada de prepararte un buen desayuno. —Ladeó la cabeza para mirar a Sullivan. Este se había vuelto a apoyar sobre la encimera y se llevó la taza de café a los labios. Parecía que Cian quería decirle algo, pero Sullivan ni siquiera estaba prestándole atención. Sus ojos estaban fijos en un punto de la pared—. Sullivan, ¿puedes ir a buscarla?

—¿Yo? —repitió, señalándose a sí mismo.

—Sí, tú —respondió Cian, su labio inferior curvándose ligeramente.

—No hace falta que vayas a buscarla —intervine—. Puedo prepararme algo yo misma.

Sin embargo, Cian ignoró mis palabras. Ni siquiera miró en mi dirección cuando dijo: —Sullivan, ahora.

—Vale, vale. —Sullivan le dio un último trago a la taza de café y la dejó sobre la encimera —. Nos vemos pronto, Enya. —Sullivan me guiñó un ojo y se dio media vuelta, desapareciendo por la puerta.

—Ahora voy —le dijo Cian.

Alcé la mano derecha, despidiéndome de mi primo.

—¿Qué ha pasado con la familiar de Connor? —le pregunté a mi hermano cuando nos quedamos solos, ya que Sullivan no me había contestado.

Aunque, como sucedió el día anterior, no obtuve ninguna respuesta.

—No te preocupes por eso, es un familiar lejano. Pronto podrá regresar y darte la carta de nuestro padre.

Sabía que mi hermano no me lo estaba contando todo, pero no quise insistir. Se trataba de la vida privada de Connor y entendía que Cian no fuese divulgando sus problemas a cualquiera. Solo esperaba que la mujer apareciese pronto y todo quedase en un susto.

—Después de desayunar, podrías enseñarme los alrededores —le propuse. Así podríamos aprovechar para hablar un rato y conocernos mejor.

—Lamentablemente, tengo negocios que atender y no voy a poder acompañarte durante el día de hoy. —A pesar de sus palabras, tenía la sensación de que no lo lamentaba en absoluto—. Le he dicho a Noreen que te enseñe las instalaciones de la casa. —Cian bajó su mirada hasta el reloj plateado que lucía en su muñeca derecha—. Te veo esta noche en la cena, a las ocho en punto. Espero que tengas un buen día.

—De acuerdo —acepté, aunque no pude evitar que la desilusión inundase mis palabras. Él se dio cuenta, porque sus ojos azules se centraron en los míos como si estuviese buscando algo en ellos—. Ten un buen día tú también —me despedí, forzando una sonrisa en mi rostro.

Cian asintió, pero su mirada seguía perforando la mía hasta el punto de comenzar a sentirme incómoda. Iba a preguntarle si había algo que le había molestado, cuando apartó la mirada y sin decir nada más, se marchó.

Tiré cuatro cucharadas de azúcar en el café y me lo bebí antes de que Noreen llegase. Iba a necesitar toda esa energía extra.

(SEPARADOR)

—Y como ve, este es el recinto de la piscina —me dijo Noreen mientras yo observaba las tumbonas blancas distribuidas en la baldosa gris.

Di un par de pasos, acercándome al agua cristalina desde el que se podía ver con claridad el suelo de la piscina. No pude evitar que los ojos de Cian se dibujasen en mi cabeza. Aunque también eran azules, no tenían el color del agua de la piscina. No transmitan la calma y la tranquilidad del agua estancada; los ojos de mi hermanastro eran intensos y salvajes como el agua del un mar embravecido.

—¿Pasa algo, señorita Perkins? —me preguntó Noreen, sacándome de mi ensoñación.

—En absoluto —respondí, girándome para mirar a la mujer de mediana edad con el pelo recogido en un moño y ataviada con un pantalón de vestir negro y una camisa blanca—. No me llames de usted, solo tengo veinte años —le dije por décima vez desde que nos habíamos conocido una media hora antes—. La propiedad es maravillosa.

Noreen esbozó una sonrisa.

—Y aún no le he enseñado el interior de la mansión. —Mordí mi labio inferior cuando me di cuenta de que, de nuevo, Noreen había ignorado mi petición y seguía sin tutearme—. ¿Le gusta leer?

Me encogí de hombros.

—Sí, aunque últimamente no leo demasiado. —En los últimos años, había estado tan ocupada con la universidad y el trabajo, que apenas había tenido tiempo libre.

—El señor dispone de una gran biblioteca con libros antiguos que haría las delicias de cualquier lector.

—Luego me la enseñas. Ahora me gustaría disfrutar de los escasos rayos de sol. —Por lo que había descubierto, en Irlanda el tiempo era inestable incluso en verano. Pasabas de tener calor a frío con una hora de diferencia—. ¿Te importa si paseo un rato a solas?

Noreen movió su cabeza en un asentimiento.

—Como desee —respondió de manera mecánica.

Con una sonrisa, me despedí de Noreen y me dirigí hacia el jardín. Por el camino, me choqué con una joven empleada. Esta ni siquiera me miró y se marchó antes de que pudiera disculparme.

Con un suspiro, recorrí el jardín hasta encontrarme un banco de piedra. Me senté en él,

echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos. No estaba cansada y me sentía más relajada de lo que me había sentido en mucho tiempo, pero no se me ocurría mejor plan en ese momento que disfrutar de la tranquilidad y de los rayos de sol bañando mi piel.

El sonido de algo golpeando el suelo provocó que abriese los ojos de golpe. Escudriñé los alrededores en busca del causante del ruido para ver a cuatro hombres ataviados con un mono de trabajo, construyendo algo. No sabría decir qué era, ya que apenas estaban comenzando. Solo había unos ladrillos puestos unos encima de otros.

Ellos parecían ajenos a mi presencia, lo que me permitió observarlos con más detenimiento. Los cuatro eran jóvenes, altos y musculosos. Y aunque no hablaban entre ellos, manipulaban los ladrillos con tan poco cuidado que golpeaban unos con los otros, eso cuando no se les caían al suelo y se rompían en mil pedazos.

Sabiendo que no iba a poder encontrar la tranquilidad que deseaba, me levanté. Recorrí la propiedad, pasando por los lugares que me había enseñado Noreen. Rodeé la pista de tenis hasta llegar a un conjunto de cuatro cabañas donde, como me había contado Noreen, dormía el servicio.

Saqué el móvil del bolsillo de mi sudadera, pensando que, tal vez, podría tener cobertura. Pero, de nuevo, no tuve suerte.

Una chica, posiblemente a principios de sus treinta, se fumaba un cigarrillo apoyada en la puerta de madera de una de las cabañas. Iba ataviada con un pantalón oscuro y una camisa de manga corta negra, tal y como había visto que llevaban las empleadas del hogar de la mansión.

Quizá ella podría ayudarme.

—Disculpa, ¿sabes si hay alguna zona en la que pueda tener algo de cobertura? —le pregunté, señalando mi móvil.

Ansiaba poder hablar con Bindi y contarle todos los detalles de mi estancia en Irlanda hasta ese momento. Estaba segura de que ella se subía por las paredes al no poder hablar conmigo. Aunque mi *email* había evitado que entrase en pánico, Bindi estaría preocupada por mí.

La atención de la chica se centró en mí y sus facciones relajadas mudaron al desconcierto. Miró hacia los lados y tiró el cigarrillo al suelo. Fui a acercarme a ella, pero antes de que pudiera dar un solo paso, se giró y se metió dentro de la cabaña, cerrando la puerta de un portazo.

—¿En serio? —pregunté al aire. Puede que mi acento fuese diferente al de ellos, pero se me entendía a la perfección.

Con el pensamiento de que hay gente extraña en todos lados, paseé por el jardín. Soy de esas personas a las que les gusta caminar durante horas, solo por el placer de andar, pero dar vueltas por el mismo sitio no me resultaba placentero.

La puerta de la verja estaba abierta, así que decidí ir a conocer los alrededores. Solo veía árboles y vegetación. Un bosque rodeaba la propiedad. Siempre me había gustado disfrutar de la naturaleza. Cuando era pequeña y la salud de mi abuelo era buena, solía llevarme de excursión al monte. Acampábamos en un bosque y disfrutábamos juntos de los cantos de los pájaros. Él me había enseñado a amar la naturaleza. Miré al cielo como si pudiese ver a mi abuelo entre las nubes blancas. No sabía si él estaría muy contento conmigo por haber ido a Irlanda, pero esperaba que, dondequiera que estuviese, comprendiese que estaba haciendo aquello que creía que era lo correcto. Aquello que necesitaba.

No había dado ni dos pasos fuera de la propiedad, cuando una mano sujetó mi hombro. Me sobresalté, pegando un pequeño brinco.

—Señorita Perkins, el bosque es peligroso.

Al reconocer la voz de Noreen me relajé, aunque mi mano seguía colocada en mi corazón.

—Me has asustado.

—Perdóneme, no quería asustarla.

—No te preocupes, ya estoy bien. —Esbocé una sonrisa—. Estoy acostumbrada a pasear por los bosques, no corro ningún peligro.

—Va a llover —dijo, mirando el cielo, que pese a que estaba repleto de nubes, no auguraba lluvia—, será mejor que entremos dentro y te enseñe la biblioteca.

Iba a replicar, pero me di cuenta de que Noreen tan solo estaba siendo protectora conmigo, actuando igual que lo hubiese hecho mi abuelo.

—Está bien —cedí—. Aparte de Cian, ¿quién más vive dentro de la mansión? —pregunté, mientras seguía a Noreen por el empedrado camino de entrada.

—Sullivan y, ahora, usted. Al señor no le gusta que los empleados duerman dentro de la mansión.

Mi hermano era un elitista. Negué con la cabeza ante este pensamiento. No le conocía, no tenía derecho a juzgarle.

—Yo durante un máximo de quince días, después tengo que regresar a Melbourne.

Esperaba que Connor regresase antes, sino iba a tener que marcharme sin haber resuelto ninguna de mis dudas.

Noreen se paró en seco y sus ojos castaños se fijaron en los míos.

—Es una pena que tengas que irte tan pronto —respondió.

—Si Cian quiere, regresaré en cuanto tenga vacaciones en la universidad.

Ella asintió, pero no dijo nada más.

(SEPARADOR)

La biblioteca era una estancia preciosa. Con sus estanterías llenas de libros y hasta una escalera para poder coger los libros más altos. Había pasado unas cuantas horas allí, ojeando las novelas que habían llamado mi atención. Algunas era ediciones antiguas que valían una fortuna y me sentía incómoda manipulándolas. Tenía miedo de estropearlas.

Al final, encontré una novela que parecía actual. Era de un escritor irlandés que no conocía. Un *thriller* que me mantuvo inmersa en las letras sin apenas levantar la cabeza de las hojas. En un momento dado, me di cuenta de que me costaba ver las letras. Miré hacia el exterior por el enorme ventanal detrás del cómodo sillón de cuero negro en el que estaba sentada. Aunque aún había luz, los tonos anaranjados de la puesta de sol iluminaban el cielo.

Bajé mi vista hasta mi reloj de muñeca, sorprendiéndome de que eran pasadas las ocho de la noche. Iba a llegar tarde a la cena.

Dejé el libro en la estantería y me peiné el pelo con las manos. Por suerte, no se me enredaba demasiado y podía evitarme tener que subir hasta mi habitación a por un cepillo. Lo último que quería es hacer esperar a Cian.

Para cuando llegué al comedor, Cian ya estaba allí. Aunque había visto esa mañana la mesa al pasar de pasada por el comedor, no le había prestado demasiada atención y, sobre todo, no me había fijado en lo excesivamente grande que era. Parecía una mesa de la realeza. El mantel de lino beis que la adornaba le dotaba de una elegancia digna de las mesas de hombres y mujeres acaudalados.

Mi hermano estaba sentado en la cabecera derecha de la mesa, con esa expresión desinteresada que había descubierto que era habitual en él. Cian alzó la vista cuando me escuchó llegar y sus labios se curvaron en una sonrisa cordial.

—Buenas noches, Enya —me saludó. Sus ojos se centraron en mí mientras su mirada me

recorría de arriba abajo. Su ceño se frunció levemente, como si hubiera algo que no le gustara. Solamente fue una milésima de segundo, apenas imperceptible, pero lo sentí—. ¿Se te ha hecho tarde? —me preguntó y al ver la expresión confundida de mi rostro, añadió: —Llevas el mismo pijama de esta mañana —añadió, señalando mi sudadera azul marina de Winnie The Pooh—. No era necesario que bajases sin prepararte. Podías haber avisado a Noreen que ibas a retrasarte.

—No es un pijama —aclaré, un poco confusa. Miré mi sudadera y después, mis *leggings* negros—. De hecho, es una de mis sudaderas favoritas. —Puede que mi atuendo fuera un poco informal, pero no le veía nada malo en ello. Solía llevarla con frecuencia a la universidad. ¿Quizá en Irlanda se arreglaban para ir a cenar?

Cian curvó sus labios, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Vamos, siéntate —me ofreció, señalando la otra cabecera de la mesa algo confusa al darme cuenta de que solo su sitio y el mío tenía cubiertos.

—¿Solo somos tú y yo? —pregunté a la vez que me sentaba. No sabía qué esperaba—. ¿Sullivan no se une a nosotros?

—Sullivan no va a poder acompañarnos, ya que ha tenido que acudir a una reunión de trabajo en Dublín.

—Si solo vamos a ser tú y yo, voy a cambiarme de sitio —dije, levantándome con la intención de coger los cubiertos y acercarme a él, pero Cian no me lo permitió con sus palabras.

—Quédate dónde estás. —Su tono de voz bajo, pero no daba lugar a réplicas—. Hay unas normas de que me gusta que se sigan en mi casa.

¿Y una de esas eran comer a dos kilómetros de distancia? Me guardé la pregunta mordaz para mí. Su casa, sus normas; podía respetar eso, aunque no lo entendiese.

—Como quieras.

La mujer que había visto fumando un cigarro apareció con una bandeja que contenía una sopera. Como había ocurrido horas antes, apenas me miró. Sirvió a Cian y después recorrió la distancia que le separaba de mí.

—Gracias, es suficiente —le dije antes de que me sirviera el segundo cazo.

—Como desee, señorita Perkins.

—Solo Enya.

—¿Quieres agua o vino, Enya? —me preguntó.

—Agua, gracias.

—Karen —le llamó Cian—. No tutees a Enya, ella es mi invitada.

La mujer tragó saliva y aceptó con la cabeza.

—No la regañes, yo la he pedido que me tutee —aclaré, aunque era obvio que él me había escuchado hacerlo.

Al parecer, mi hermano no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—Aun así, es irrespetuoso.

—No volverá a suceder, señor —se disculpó Karen.

Le ofrecí una sonrisa amable a la que ella no respondió. Llenó mi vaso de agua y se marchó.

Cian le dio un trago a su copa de vino mientras yo probaba la sopa. Estaba deliciosa, aunque los nervios que afloraban en mi estómago impidieron que disfrutara del sabor.

Puede que se tratase de mi hermano, pero era un completo desconocido para mí. Sin embargo, Sullivan también lo era y, por alguna razón, su presencia me hubiese hecho sentirme más relajada. Cian provocaba que todos mis sentidos estuviesen alerta.

—¿Te gusta la sopa de pescado? —me preguntó Cian, rompiendo el silencio—. Me he tomado la libertad de elegir el menú para la cena. No tienes ninguna alergia, ¿verdad?

—Oh, no. En realidad, como de todo.

Otra chica, a la que no había visto hasta ese momento y que parecía tener una edad parecida a la mía, se acercó a nosotros con unas servilletas de papel.

—Karen me ha pedido que las traiga —se justificó. Parecía nerviosa. Se acercó a Cian, dejando una servilleta a su lado, sin mirarle a la cara. Sus manos temblaron, incluso cuando rodeó la mesa para entregarme una a mí.

—Gracias, eres muy amable. —Le ofrecí una sonrisa, tratando de tranquilizarla. Ella pareció calmarse, pero dio un brinco cuando escuchó la voz de Cian.

—¿Te ha gustado mi biblioteca? —me preguntó.

La chica se marchó rápidamente.

—Mucho —le respondí, centrando mi atención en él—. Tienes libros muy valiosos.

Cian me miró mientras alzaba la copa y le daba un trago.

—Me gusta poseer lo que otros ansían tener y no pueden.

—¿Eres coleccionista? —inquirí.

—Sería una manera de decirlo. —Aunque su rostro estaba serio, sus labios se curvaron en una especie de sonrisa.

—Yo nunca he coleccionado nada —dije, a pesar de que él no me había preguntado. Agarré el vaso y le di un largo trago—. ¿Qué edad tienes?

Cian agarró la copa y le dio un pequeño trago. Por un instante, temía que él tampoco pudiera responderme a algo tan banal como eso. Por fortuna, no fue así.

—Veinticuatro —contestó, dejando la copa sobre la mesa.

—Cuatro más que yo —murmuré, haciendo mentalmente la sencilla cuenta—. Mi abuelo me contó que tenía cuatro años cuando mi madre falleció. Tú debías tener ocho, ¿tienes recuerdos de ella? —inquirí, deseando que así fuera—. Mi abuelo me relató anécdotas de ella cuando era pequeña, pero nunca de su vida como adulta.

—La recuerdo —respondió brevemente. Esperé a que continuase hablando, pero Cian se limitó a tomar la sopa.

Me limpié la boca con la servilleta, dándole tiempo. Sin embargo, no parecía que él fuese a decir nada.

—¿Ella me amaba? —Era una pregunta absurda por hacer, pero siempre me había preguntado si había sido una niña amada por sus padres.

—¿Una madre no debe amar siempre a un hijo?

—Sí, supongo que es así. —Un suspiro brotó de mis labios—. Sé que ella me amaba, mi abuelo me lo dijo. Pero hay tantas cosas que él me ocultó que ya no sé qué pensar. Hasta me he preguntado si mi madre está verdaderamente muerta —confesé.

—Lo está. —A pesar de que estaba comenzando a dudar de todo, le creí. ¿Por qué me mentiría de todos modos?

—Mi abuelo me contó que ella falleció en un accidente de coche junto a mi padre. Ahora que sé que él no murió ese día, me pregunto si ella falleció verdaderamente así.

Cian me observó con intensidad durante unos segundos que parecieron horas. Él parecía indeciso, como si no estuviese seguro de qué respuesta darme.

—No, no murió en un accidente de coche —dijo, optando por la verdad.

—¿Y cómo murió?

—Estoy seguro de que nuestro padre lo explica en su carta. No me corresponde a mí contártelo.

—Por lo menos, ¿puedes decirme dónde está su tumba? —Aunque entendía sus razones, me

estaba cansando de no obtener respuestas.

Cian entrecerró los ojos.

—En el cementerio de Glasnevin.

—¿Está muy lejos? —inquirí—. Me gustaría ir a dejarle flores.

—Te acompañaré a su debido tiempo. Debes ser paciente, Enya.

Suspiré. No iba a conseguir nada presionándolo.

—Intentaré ser paciente —respondí.

—Las personas pacientes obtienen su recompensa. —A pesar de que sus ojos azules estaban fijos en los míos, tuve la sensación de que hablaba para sí mismo—. ¿No te gusta el vino? —preguntó, cambiando de tema y observando mi vaso de agua.

—La verdad es que no.

—Eso es porque no has tomado el vino adecuado. Tenemos una amplia vinoteca en la casa. Tal vez, podemos encontrar un vino que sea de tu agrado.

—Bindi lleva años intentándolo —dije, mientras me llevaba la cuchara a los labios y tomaba la sopa—. Si tú lo consigues, ella se enfadará. —No pude evitar sonreír al hablar de Bindi. No llevaba ni tres días sin verla, pero ya la echaba de menos—. Bindi es mi mejor amiga —le expliqué a Cian cuando este arqueó una ceja—. Experta en vinos y en todo tipo de bebida alcohólica. Lo dice ella, no yo —aclaré, riéndome—. Te caería bien, ella cae bien a todo el mundo.

—No lo dudo. ¿Es la chica a la que le enviaste un *email* desde mi ordenador?

—La misma. Por cierto, ¿no tendrás un portátil que pueda conectar a la red que puedas prestarme? Si no la escribo a menudo, se va a enfadar. Y no quiero molestarte usando tu ordenador personal.

—Mi ordenador portátil está en mi oficina. No tengo ninguno de sobra, pero puedo conseguirte uno.

—Estaría muy agradecida si lo consiguieses.

Me abstuve de preguntarle donde se encontraba su oficina. Él me había pedido paciencia e iba a concedérselo. En unos días obtendría todas las respuestas.

—¿Qué tal ha sido tu día? —preguntó justo en el momento en el que Karen apareció con el segundo plato.

Dejó una bandeja con carne en el medio de la mesa y se llevó los platos vacíos. No dijo ni una palabra y yo me limité a darle las gracias.

—Ha sido entretenido —le dije en cuanto Karen nos dejó solos—. Noreen ha sido muy agradable. He intentado salir al bosque, pero Noreen me ha dicho que no puedo andar por los alrededores.

El rostro de Cian permaneció impasible, pero pude notar una ligera tensión, casi imperceptible, en los músculos de sus hombros.

—Noreen es muy protectora. Es peligroso que vayas al bosque sola, Enya.

—Eso me ha dicho ella, pero sé arreglármelas en la naturaleza. Tengo un buen sentido de la orientación.

—Hay lobos salvajes. Podrían arrastrarte hasta su cueva e incluso, asesinarte.

—¿Lobos? —repetí, asustada—. No puede ser… Pero ¿y si atacan la casa? —La vivienda de Cian estaba al lado del bosque, fácilmente podían acceder—. ¿No tenéis miedo?

Cian se encogió de hombros.

—No te preocupes, son criaturas inteligentes. Ellos saben respetar el espacio que no les pertenece. Siempre y cuando nosotros respetemos el suyo, convivimos en armonía.

—Pero son criaturas salvajes —repliqué—. Podría haber un accidente. —Eran lobos, por el amor de Dios, nunca se sabía cómo podían actuar.

Cian sonrió.

—En eso te tengo que dar la razón. A veces, las cosas pueden salirse de control. Pero no te preocupes, estamos protegidos. Ya sabes… Por cualquier imprevisto.

Me limité a servirme un trozo de carne. Cian parecía muy seguro, pero yo no lo estaba. Me gustaba la naturaleza y también los animales. Aunque siempre les había tenido cierto respeto. Especialmente, si eran unos salvajes como esos.

—Ahora que lo sé, voy a intentar tener cuidado. Pero ¿no hay algún lugar cercano al que pueda ir? No quiero pasarme el día en casa.

—En realidad, no hay mucho que hacer por aquí. Es todo naturaleza.

—Me encanta la naturaleza. ¿Sabes de algún lugar que alquilen bicicletas o tienes alguna que no uses? Así podría explorar un poco la zona.

—No creo que sea una buena idea salir por ahí sin conocer la zona. Ya te he dicho que podría ser peligroso.

—¿Y si me acompañas? —le propuse.

—Me temo que no voy a poder. Están siendo días complicados para el negocio familiar.

Aunque Cian estaba siendo cordial y hospitalario conmigo, podía ver que mi excesiva compañía le molestaba. Al fin y al cabo, él tenía su vida y tampoco iba a interrumpirla por mí.

—Claro… entiendo. Lo último que quiero es molestar, Cian. Solo quería conocer un poco la zona antes de irme.

—Oh, tú no molestas, Enya. Es un placer tenerte en mi casa.

—Y para mí es un placer estar aquí. Tu casa es muy bonita. Aunque demasiado grande para mi gusto. Ni siquiera he podido conocer todas las estancias. Estoy segura de que, si quisiese esconderme, nunca me encontrarías.

—No puedes esconderte de mi, Enya. Siempre te voy a encontrar. —La intensidad y dureza en su voz me provocó un escalofrío.

—¿Siempre me encontrarías? —repetí, tragando el nudo que se había alojado en mi garganta. Por alguna razón, su afirmación sonaba a amenaza.

—Conozco todos los rincones de esta casa a la perfección, podría recorrerla con los ojos cerrados —me aclaró con una sonrisa en sus labios.

—Entiendo —respondí, con una risa nerviosa. Por supuesto que él no me estaba amenazando, tan solo estaba bromeando conmigo.

Cian bajó su mirada hasta su Rolex de oro y frunció el ceño, mascullando unas palabras que lo logré entender.

—Se me ha hecho tarde. Lo siento, pero voy a tener que retirarme. —Cian se levantó.

—¿Todo bien? —pregunté con preocupación.

—Sí, tengo una reunión de negocios tardía. —Fui a levantarme, pero él me lo impidió con sus palabras—. Quédate al postre. Noreen ha preparado tarta de manzana.

—Bueno… Está bien. Nunca le puedo decir que no a un postre. Y más cuando Sullivan esta mañana me ha dicho que es la mejor tarta del país.

—No hagas caso a todo lo que Sullivan te dice.

—¿No confías en nuestro primo?

—Con mi vida —respondió sin ningún atisbo de duda—. Tengo que irme ya. Nos vemos mañana —dijo, saliendo de la sala.

Capítulo 5

¡Auu!

El aullido de un lobo provocó que me sobresaltase. Había sido una completa estúpida al no escuchar las advertencias de Cian.

¿En qué momento había creído que salir en medio de la noche a pasear por el bosque era una buena idea?

Ni siquiera lo recordaba. Me encontraba en medio de la naturaleza, completamente perdida a merced de los lobos. Miré a mi alrededor, tratando de buscar el camino de regreso a casa, pero todos los caminos lucían iguales. Los árboles eran tan altos que parecía que sobrepasaban las nubes. Estaba segura de que si subiese a lo alto de uno de ellos podría tocar el cielo con mis dedos. Esa era una buena solución, los lobos no podrían atraparme. El problema era que no sabía trepar, ya que mi abuelo nunca me había dejado intentarlo, él siempre había sido muy protector conmigo.

—No debiste irte de nuestro hogar. —La voz de mi abuelo retumbó en el aire.

—¿Abuelo? —pregunté, mirando hacia todos los lados—. Pero no había rastro de él. No podía haberlo porque él estaba muerto. Me había imaginado su voz.

De repente, se hizo de noche. El sol desapareció para dejar su trono a una orgullosa luna llena que reinaba el cielo dando algo de luz a la tierra y avisándome de que algo malo y iba a suceder.

A cada paso que daba intentando alejarme de los lobos, el bosque se volvía más aterrador. Los árboles parecían aún más grandes y frondosos, dándole al ambiente un aire tenebroso típico de las películas de miedo.

Yo me encontraba en mi propia película de terror. Una donde la protagonista crédula no hacía caso de las advertencias y terminaba metida en graves problemas.

—Por lo menos, la protagonista suele ser la única que queda viva. —Una risa amarga salió de mi interior al darme cuenta de que lo había dicho en voz alta. Genial, ahora hablaba sola. El terror me estaba haciendo perder la cordura.

Gruñidos provocaron que saliese de mi ensoñación y comenzase a caminar más rápido, sintiendo mis pies descalzos contra la tierra. Ni siquiera me había puesto unas playeras, ¿en qué estaba pensando? Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Los lobos me iban a alcanzar. Seguí caminando y me detuve cuando vi un lobo a lo lejos. El animal no me había visto, pero no tardaría en hacerlo.

Miré hacia atrás, sintiendo las pisadas de los demás lobos acercarse. No tenía escapatoria. Iba a morir en ese momento. Iba a morir sin saber quien había sido mi padre, sin obtener las respuestas adecuadas.

—La verdad no te hará libre, la verdad te matará. Huye mi pequeña, huye. —La voz de mi abuelo resonó contra los troncos de los árboles. El apelativo cariñoso que siempre usaba para dirigirse a mí provocó que las lágrimas se arremolinasen en mis ojos. Lejos de hacerle caso, me quedé allí, quieta; incluso no me moví cuando vi como el lobo frente a mí enseñaba los dientes y se preparaba para abalanzarse encima de mí.

—Lo siento, abuelo. Es tarde para huir —dije, cerrando los ojos y preparándome para el

dolor. Pero este nunca llegó. No llegué a sentir los colmillos del lobo desgarrando mi piel porque alguien agarró mi muñeca y tiró con fuerza de mí, alejándome de los lobos.

El grito que a duras penas había estado conteniendo se escapó de mis labios, pero fue silenciado por la palma de una mano.

Intenté deshacerme del agarre cuando unos ojos azules que había llegado a conocer muy bien estos últimos días se fijaron en los míos. Una sensación de tranquilidad se apoderó de mi cuerpo. Cian nunca permitiría que nada malo me pasase. Apenas lo conocía, pero sentía que era así en lo más hondo de mi ser. Él me protegería.

Pese a que Cian no pronunció ni una sola palabra, debió darse cuenta de que le había reconocido, porque bajó su mano y después, se la llevó a los labios en un gesto en el que me pedía que estuviera en silencio.

Asentí lentamente con la cabeza, aunque no le hice caso.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí? —le susurré al darme cuenta de que mi espalda estaba apoyada contra el tronco de uno de los árboles de Elwood Beach, mi playa favorita—. Estaba en Irlanda hace unos minutos, ¿cómo es que estoy ahora en Melbourne?

Cian me puso un dedo en los labios y señaló con su mano a lo lejos. Los lobos estaban recorriendo la orillas con sus ojos fijos en nuestra dirección. No podían vernos, pero no tardarían en adentrarse en la vegetación y encontrarnos.

Cian no se movió ni un solo milímetro. Podía sentir su cuerpo pegado al mío.

Mis labios se movieron en un gracias silencioso. Él me sonrió. A pesar de que Cian me había sonreído en otras ocasiones, sentí que era una sonrisa diferente a la de las otras veces. Sentí que era una sonrisa verdadera.

Él estiró su mano y metió un mechón de mi cabello detrás de mi oreja. Un gesto cariñoso que provocó que mi estómago revolotease.

—*A stór* —susurró.

Sentí la otra mano de Cian jugar con el borde de la camiseta de mi pijama y como sus pulgares tocaban mi piel. El toque se sentía natural. Sus dedos comenzaron a formar pequeños círculos en mi piel y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Debería haberme apartado, aquello no estaba bien, pero no quería hacerlo. Cian tiró lentamente de mi camiseta hacia arriba y entonces, antes de que pudiera reaccionar, un lobo apareció de la nada y se arrojó sobre Cian, alejándolo de mí. Ambos cayeron al suelo y se evaporaron.

Iba a correr, pero otro lobo apareció en mi campo de visión. Me miraba con furia, dispuesto a atacar. Permanecí inmóvil, como si así pudiera frenar su rabia, pero el animal se arrojó hacia mí.

En esos instantes, antes de que el lobo me matase, toda mi vida pasó por mi cabeza. A pesar de los pocos momentos que habíamos vivido juntos, la imagen de Cian era la que más se repetía. Iba a morir, pero lo iba a hacer feliz, porque me había reencontrado con él.

Me llevé la taza de café a los labios, dándole un largo trago mientras recordaba el sueño que había tenido esa noche. Apenas había podido conciliar el sueño después de que me hubiera despertado en medio de la madrugada, aterrada, creyendo que iba a ser devorada por un lobo. Aunque eso no había sido lo más perturbador; lo más perturbador era lo real que se había sentido el sueño. Había tardado varios minutos en ser consciente de que solo se trataba de una pesadilla y, en ese momento, fue cuando me había dado cuenta de que el dobladillo de mi camiseta de pijama estaba levemente levantado y la piel descubierta me ardía, como si echase de menos los dedos de Cian sobre ella. Como si ansiase su toque.

Apoyé una de mis manos sobre la valla blanca del porche. Aquella mañana le había preguntado a Noreen a ver si podía desayunar afuera. Me había mirado sorprendida, pero había aceptado con una sonrisa. Un poco de aire fresco me vendría bien. A pesar de que estábamos en verano, el aire era bastante gélido a las mañanas y había tenido que ponerme una sudadera y unos pantalones largos.

Disfrute de las vistas del jardín vació. La soledad siempre había sido mi fiel compañera. Me había acostumbrado a ella y me gustaba. En la soledad encontraba el refugio que necesitaba, siempre había sido así. Sin embargo, ahora ya no estaba tan segura. En vez de encontrar paz, me sentí inquieta. Como si alguien estuviese vigilándome, controlándome. Era absurdo, no había nadie cerca. Y aún sabiéndolo, no podía quitarme esa sensación. Todavía estaba demasiado afectada por la pesadilla.

—Enya. —Una voz masculina me devolvió a la realidad, provocando que pegara un brinco. Tuve que sujetar el asa de la taza de café con fuerza o se hubiera caído al suelo. Me di la vuelta para ver a Cian con su espalda apoyada en el marco de la puerta de entrada.

—¿Te he asustado?

—No, tranquilo… —Sentí que mis mejillas ardían con fuerza. Maldita sea, seguro que estaba roja como un tomate—. Solo estaba distraída.

Cian me miró durante unos segundos, pero no hizo ningún comentario al respecto. Se alejó de la puerta dirigiéndose al porche. Se sentó en una de las sillas de madera con soporte de hierro y me hizo un gesto con la mano para que me sentase en la que estaba a su lado.

A simple vista, parecían sillas incómodas, pero en cuanto me senté, me di cuenta de mi error: eran más cómodas que aquellas con mullidos cojines.

—¿Qué tal has dormido? —me preguntó.—. Pareces cansada —apuntó, señalando mi rostro.

Giré la cabeza para mirar mi reflejo en la cristalera del ventanal. Mi cabello enmarañado caía por mis hombros y pude ver unas ojeras profundas debajo de mis ojos. Parecía que no había dormido en años.

—Me he despertado unas cuantas veces —no era del todo una mentira, aunque solamente me había despertado una vez—, pero estoy bien. Dormir durante más de cinco horas en una noche es todo un logro para mí —dije, tratando de quitarle importancia—. Una buena dosis de cafeína y estoy como nueva. —Señalé la taza que sostenía en mi mano derecha.

—¿Tienes problemas para dormir?

—No… bueno… —Mordí mi labio inferior, sin saber qué responderle. Mis noches de sueño habían comenzado a empeorarse desde que mi abuelo enfermó—. A veces me cuesta dormir. Tranquilo, es algo normal en mí.

Cian hizo una mueca, pero no dijo nada.

—Hay un balneario natural cerca de casa. He pensado que te gustaría conocerlo, ya que ayer me dijiste que te apetecía explorar la zona.

—Me encantaría —dije, sonriendo.

Cian sonrío de vuelta, con esa sonrisa habitual en él. Pero no era la sonrisa del sueño. Esta no iluminaba su rostro.

—¿Has traído bikinis? —me preguntó a la vez que se levantaba.

—Un par de bañadores. Tenía la esperanza de poder ir a la playa. A fin de cuentas, estamos en una isla y es verano. Aunque el tiempo no acompaña.

—No hay ninguna playa cerca.

—No te preocupes, el balneario natural está bien. Más excitante —sentí que el calor se apoderaba de mi cara al darme cuenta de lo que acababa de decir—. Quería decir exótico —me

corregí—. Es más tranquilo que una playa y más bonito.

—Desde luego que lo es —dijo con una media sonrisa y no estaba segura si estaba diciendo que era excitante o bonito.

—¿Y los lobos? —pregunté, sintiendo que el corazón se me encogía recordando mi sueño.

—No se acercan a esa zona. Además, vas a ir conmigo, no corres ningún peligro.

Cian solo era un hombre, él no podría defenderme de una manada de lobos. Pero, así todo, le creí. Sentí la misma sensación de seguridad que había sentido en el sueño.

—Tengo que irme Enya —dijo, rompiendo el silencio—. Pasaré a buscarte a las tres. Esta vez, sé puntual. No me gusta la impuntualidad.

—Claro. —Para cuando contesté, ya se había marchado.

Mi hermano tenía una habilidad innata para pasar de ser encantador a borde en un segundo. Cian era un hombre bastante excéntrico, algo que no era raro en los millonarios. Como invitada en su casa, no tenía más remedio que acatar sus normas, aunque algunas me pareciesen absurdas.

Además, él estaba siendo muy amable conmigo, sacando tiempo para llevarme a explorar la zona, tal y como yo le había pedido. Él se estaba esforzando porque nuestra relación como hermanos se afianzase.

Pasar la tarde disfrutando de un balneario natural era uno de los mejores planes que se me podían ocurrir. Como amante de la naturaleza, iba a disfrutarlo.

Terminé de desayunar y me dirigí hacia mi habitación, no sin antes equivocarme en dos ocasiones. A pesar de que era buena orientándome, aquella casa era un laberinto. Y no terminaba de acostumbrarme. Ni siquiera la casa de los padres de Bindi era tan grande.

Abrí la puerta de la habitación para encontrarme mi maleta abierta encima de la cama y totalmente vacía.

¿Me habían robado? No, eso no era posible. Además, mi móvil estaba encima de la mesilla donde lo había dejado y el bolso encima de la butaca. Lo abrí para ver que la cartera con la documentación estaba dentro, al igual que mi pasaporte.

Alguien se había llevado mi ropa. ¿Con qué intención? No tenía ningún sentido.

Salí del dormitorio cuando me topé de bruces con Noreen.

—Señorita Perkins —Noreen me miró con preocupación—, ¿se encuentra bien?

—Sí, lo siento. —Me pasé una mano por el cabello. Estaba tan nerviosa que ni siquiera le pedí que me tutease—. Toda mi ropa ha desaparecido. Alguien ha entrado en mi habitación cuando yo no estaba. No quiero acusar a nadie de robar, pero…

—Oh, esa he sido yo —respondió, interrumpiéndome—. He visto que tenía ropa en la maleta y he creído que era la ropa sucia.

—Yo aún no había deshecho la maleta. —Solamente había sacado las prendas que ya me había puesto. Giré la cabeza para mirar a través de la puerta abierta de mi habitación. Eché un vistazo hacia la silla, donde había dejado la ropa del día anterior y también había desaparecido. A excepción de la sudadera de Winnie The Pooh, que me la había puesto ese día también. Lo único que me quedaba era el pijama de Piolín y la ropa que llevaba puesta.

—Oh, lo siento. Pensé que quería que le lavase la ropa. Le pido mil disculpas.

Noreen parecía preocupada y yo me sentí mal. A pesar de que no me había gustado que me hubiese abierto la maleta, ya que sentía que había vulnerado mi intimidad, su intención había sido buena.

—No te preocupes, Noreen. —Forcé una sonrisa.

Noreen asintió.

—Si no necesita nada más… —Noreen fue a darse la vuelta, pero yo la detuve.

—Espera, Noreen —dije cuando me di cuenta de algo—. ¿La ropa estará seca para hoy a la tarde? —le pregunté, al darme cuenta de que ella también se había llevado los dos bañadores que había traído.

—Me temo que no, señorita Perkins. La lavadora se ha estropeado mientras su ropa estaba dentro. No puedo abrir la puerta. Uno de los obreros que están construyendo una caseta de almacenamiento en el jardín va a echarle un vistazo en cuanto pueda. Le pido mil disculpas.

—No te preocupes. Los accidentes ocurren.

Mordí mi labio inferior. ¿Y ahora qué hacía? Dudaba que hubiera una tienda donde vendieran ropa de baño cercana, teniendo en cuenta que Cian me había dicho que no había civilización cerca. Aquella casa estaba en medio de la nada.

En el caso de que hubiera una, tampoco tenía cómo ir.

—¿Sucede algo? —me preguntó Noreen.

—No... —balbuceé—. Es que Cian me ha invitado a ir a un balneario natural esta tarde. Y ahora no tengo ningún bañador. —No es que ir desnuda fuese una opción.

—Si quiere, puedo pedirle a mi hija que le deje uno de sus bañadores —se ofreció Noreen—. Ella tiene una talla muy parecida a la suya. —Noreen me miró de arriba abajo, como si me estuviera evaluando—. Estoy convencida de que le quedará bien.

—¿No le importará? —Noreen negó con la cabeza—. Eso es muy amable de tu parte, Noreen. Muchas gracias.

Noreen sonrió.

—Si no necesita nada más, tengo mucho trabajo que hacer.

—No, claro, no pierdas el tiempo por mi culpa.

Cuando Noreen se marchó, regresé al interior de la habitación. Me senté en el borde la cama que alguien había hecho, ya que yo la había dejado deshecha. No estaba acostumbrada a tener servicio y mucho menos que la gente recogiese lo que yo tiraba. Iba a tener que ser un poco más ordenada.

Me levanté con intención de arreglar el desastre que había dejado esa mañana en el baño, pero al entrar en la estancia, me la encontré impoluta.

No podía ordenar la ropa en el armario, ni limpiar mi habitación. Tampoco usar Internet, porque no había cobertura y Cian no me había conseguido un portátil aún. Podía volver a la biblioteca, pero no me apetecía leer. No había descansado bien y tenía la cabeza dispersa.

Al final, me rendí y me tumbé encima del edredón con intención de descansar un poco. Antes de darme cuenta, me quedé dormida.

(SEPARADOR)

—Es precioso —dije, mirando a mi alrededor. Era asombroso lo que era capaz de hacer la naturaleza—. Aunque quizá hace algo de frío para bañarnos.

El cielo estaba despejado, los rayos de sol calentaban, pero el viento que soplaba de vez en cuando era frío.

—El agua está a treinta grados —me explicó Cian—.Ya en el siglo XVIII, las familias nobles que vivían por esta zona, lo usaban para fines terapéuticos.

—¿Y no viene la gente a disfrutar de esta maravilla? —pregunté con curiosidad.

—Los nobles lo mantuvieron en secreto. No es una zona conocida. Yo mismo, hasta que me compré la casa, desconocía de su existencia.

Observé las pozas, dos de ellas pequeñas y una más grande. El cauce de un río pasaba cerca de allí. Me sorprendió el color azul cristalino del río, estaba claro que la contaminación no le

había afectado.

—¿Sueles venir a menudo?

—De vez en cuando a nadar —dijo, señalando la poza más grande, que podía considerarse una piscina natural.

—¿La piscina de tu casa no está climatizada?

—Lo está, pero prefiero nadar en medio de la naturaleza. Es más, como dirías tú, excitante.

—No vas a olvidarlo, ¿verdad? —Le saqué la lengua.

Cian hizo una mueca, divertido, pero el ambiente relajado tan solo duró unos segundos, hasta que se puso serio de nuevo.

—¿Nos bañamos?

Era más que evidente que él no sabía cómo actuar conmigo. Era como si una parte de él le avisase de que no podía relajarse cuando estaba a mi lado.

—Claro —contesté. A pesar de que podía entenderlo, no podía evitar sentirme un poco decepcionada. No había ninguna razón para que mantuviese sus muros elevados a mi lado.

Cian se quitó los mocasines, dejándolos cuidadosamente sobre la hierba. Después, comenzó a desabrocharse los botones de la camisa blanca que llevaba puesta, mostrándome su piel bronceada. Una tinta negra ensuciaba su clavícula derecha, aunque no le presté demasiada atención, ocupada como estaba en seguir el movimiento de sus dedos desabrochando los botones con lentitud. Cuando levanté la mirada vi que sus ojos estaban fijos en los míos, atentos a mi reacción. Avergonzada, como una niña pequeña que había sido pillada en medio de una travesura, aparté la mirada de él y la centré en los alrededores. Observé los árboles como si fuesen lo más fascinante que hubiese visto nunca.

Cuando volví a mirar a Cian, este ya estaba dentro del agua. Recogí mi cabello en un moño desordenado con el coletero que llevaba en mi mano derecha. Me quité las deportivas blancas que llevaba puestas y los calcetines. Me llevé las manos al borde de mi camiseta, sin animarme a desprenderme de ella. No entendía por qué estaba tan avergonzada. Cuando miré a Cian, me di cuenta de que este estaba distraído. Ni siquiera me estaba mirando. Cian observaba el vuelo de un pájaro que revoleaba por encima de él.

Aunque estaba aliviada, ya que era muy vergonzosa, una parte de mí se sintió defraudada. Defraudada porque a él mi cuerpo no le causase la misma curiosidad que a mí el suyo. Lo cual era un pensamiento perturbador, ya que éramos hermanos. Pero éramos unos hermanos que no se habían visto hasta ese momento o, por lo menos, no recordaban haberlo hecho. Al fin de cuentas, Cian era un hombre hermoso, no había nada de malo en ser consciente de ello.

Me quité la camiseta y después los pantalones, tirándolos en la hierba. Sonreí cuando vi la ropa de Cian cuidadosamente doblada y colocada sobre una roca. Si hubiéramos llegado a criarnos juntos, mi desorden le hubiese sacado de quicio. No pude evitar que ese pensamiento me provocase una risa.

—¿He hecho algo que te resulte gracioso? —preguntó Cian, arqueando una ceja.

—No, me reía de mí misma.

Avancé hacia el agua, mirando a Cian. Toda su atención estaba en mí ahora y su mirada vagó libremente por mi cuerpo. Sus ojos se detuvieron en el lado izquierdo de mi cadera, en la marca de nacimiento. Por inercia, llevé mi mano hacia la marca, tapándola. Nunca usaba bikinis ni bañadores que dejasen mi marca de nacimiento a la vista, pero Noreen solo me había proporcionado un trikini verde.

Me metí en el agua. Me cubría hasta la cintura y efectivamente, tal y como Cian me había dicho, estaba caliente. Cian se encontraba en el lado contrario, con su espalda apoyada contra las

piedras.

—¿Por qué la ocultas? —me preguntó, frunciendo el ceño.

—¿Ocultarla? —repetí, confusa.

—La marca. —Cian señaló mi mano, que aún debajo del agua, seguía tapando esa zona de mi cadera—. ¿Te avergüenzas?

Al escuchar sus palabras, bajé mi mano.

—No —Cian había malinterpretado mis movimientos—, no me avergüenzo, es la costumbre. —Era una pequeña marca roja abultada con forma parecida a un corazón. No se veía demasiado y no era fea. Incluso me gustaba, me hacía diferente al resto; especial. Pero a mi abuelo le daba miedo que la expusiese al sol. Según me había contado, mi abuela había fallecido de un cáncer de piel debido a una mancha de nacimiento a la que el sol había convertido en maligna. Había buscado información al respecto, incluso había consultado con un dermatólogo y me había dicho que las posibilidades eran escasísimas, pero así todo, la había seguido tapando, ya que lo que menos deseaba era darle más preocupaciones a mi abuelo. Y cuando él murió, ya me había acostumbrado a taparla.

—No tienes que esconderla. Ya no. No de mí.

Fruncí el ceño, sin comprender las palabras de Cian.

—¿Te gusta nadar? —me preguntó, cambiando de tema.

—Sí, aunque en el mar. Nunca me han gustado las piscinas, me hace sentirme atrapada.

—A mí también —concordó.

—Aunque en este lugar no me importaría. En medio de la naturaleza, es mágico. Me hace sentirme como en un cuento de hadas.

—Los cuentos de hadas son fantasía y esto es la realidad.

—Sí, lo sé. —Cian me miraba con intensidad, como si estuviese buscando algo—. La verdad, que prefiero el surf a nadar.

—¿Te gusta el surf? —Era la primera vez que veía a Cian sorprendido.

—Sí y tengo que decir, que no se me daba mal. Estuve dando clases durante dos años, pero lo dejé cuando mi abuelo enfermó. Dejé muchas cosas cuando él se puso enfermo, pero no me arrepiento de haberlo hecho. Lo haría mil veces.

Aunque Cian no me estaba juzgando, sentí la necesidad de explicarlo.

—¿No has vuelto a dar clases desde entonces?

—No, aunque me gustaría.

—¿Y por qué no lo has hecho después de la muerte de tu abuelo?

Me mordí el labio inferior, sin estar segura de si decirle la verdad. Al final, opté por hacerlo, no había nada de lo que avergonzarse.

—Las clases son caras y estoy justa de dinero.

—El dinero ya no será una preocupación para ti.

—No voy a aceptar tu dinero, Cian. Puedo arreglármelas por mí misma.

—¿Y quién ha dicho que voy a darte dinero? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Lo he supuesto. Tú eres rico y …

—Se te está mojando el pelo —me advirtió Cian, cambiando descaradamente de tema y distrayéndome.

Me llevé una mano al cabello, dándome cuenta de que mi moño se estaba soltando.

—Espera. —Cian me rodeó y se colocó detrás de mí. Se apoyó en una roca y desató mi cabello, para luego comenzar a trenzarlo. A pesar de que no podía verle, podía sentir que lo estaba trenzando con mucha más destreza de la que yo misma tenía.

—Vaya, se te da muy bien —dije, sorprendida.

—Solía trenzarle el cabello a mi madre.

Era la primera vez que Cian mencionaba a su madre. Connor no me había contado nada sobre la anterior mujer de mi padre, aunque ni siquiera sabía si se había casado con ella.

—¿Voy a poder conocerla?

—No. —Su respuesta fue contenida—. Ella está muerta.

Me giré lentamente cuando Cian terminó de trenzar mi cabello, quedando frente a él.

—Yo… No lo sabía… Lo siento mucho, Cian.

—Fue hace años.

—¿Fue antes de que nuestro padre conociese a mi madre?

—Fue después.

El silencio se formó entre nosotros tras sus palabras. Cian no dijo nada más y yo no presioné. Entendía que la muerte de su madre era un tema doloroso para él. A mí me gustaba hablar sobre mi abuelo, recordar su vida junto a mí, pero no todas las personas llevaban el dolor de la misma manera. En ese momento, comprendí muchos de los comportamientos de Cian. Él había perdido a su padre y a su madre. Estaba tan solo como yo lo estaba. No éramos tan diferentes.

En un gesto que no me esperaba, Cian estiró su mano y la llevó hasta mi rostro, agarrando un mechón de mi cabello y colocándolo detrás de mi oreja. Un gesto tierno e inofensivo, que me recordó al sueño que había tenido la noche anterior.

Y entonces, todos los recuerdos me golpearon: los lobos, Cian susurrando «a stór», sus manos recorriendo la piel de mi cadera.

A stór. Esas palabras resonaron con fuerza en mi mente. Palabras que no había podido sacarme de la cabeza en todo el día. Palabras que ni siquiera sabía en qué idioma estaban dichas, pero que, de alguna manera, sentía como si fuesen conocidas para mí. Algo que tenía sentido, ya que los sueños eran fruto de nuestro subconsciente. Sin embargo, no recordaba haberlas escuchado antes. Y no podía buscarlas en Internet porque no tenía cobertura en el móvil.

Mi mirada se centró en su tatuaje. Un trébol de tres hojas de color rojo en vez de verde. Debajo del tatuaje, unas palabras que no entendía. Aunque, que llamó mi atención fue que parecían del mismo idioma de las palabras de mi sueño.

—¿En qué idioma están escritas? —pregunté, señalando el tatuaje.

La mirada de Cian siguió mi dedo.

—Gaélico irlandés.

—¿Mi madre lo hablaba? —Tal vez ella me lo había enseñado siendo pequeña y mi inconsciente recordaba palabras.

—No, tu madre era inglesa.

Sí, eso lo sabía.

—¿Y nuestro padre?

—¿Acaso eso es importante Enya? —Cian se alejó de mí.

Lo último que quería era que Cian se ofendiese.

—No, no lo es. Ya te dije que puedo esperar a obtener las respuestas sobre mi padre, pero si me gustaría aprovechar estos días para conocerte mejor.

Los labios de Cian se curvaron en una sonrisa juguetona.

—¿Conocerme mejor?

Sentí que mis mejillas ardían.

—Sí, y que tú me conozcas a mí. Ya sabes, tener una relación normal de hermanos.

—Nunca vamos a poder tener una relación normal, Enya.

Me pasé una mano por la cara.

—Ya sé que no podemos ser como esos hermanos que se conocen de toda la vida, pero podemos intentarlo, ¿no crees? Nosotros éramos niños cuando nos separaron, no tenemos la culpa de las decisiones de los adultos. Nunca te culparé de nada y espero que tú no me culpes a mí. Tampoco culpo a nuestro padre, estoy segura de que sus razones eran poderosas. Ni a mi abuelo, él me dio una buena infancia llena de amor.

—Eres demasiado buena para tu propio bien. —Cian estiró su brazo y acarició mi mejilla —. Pero ya lo sabes, ¿verdad? —preguntó en un susurro. Yo no respondí y él no parecía esperar que lo hiciese—. Demasiado buena para ser real —tarareó.

Inconscientemente, acuné mi mejilla en su mano. Me permití cerrar los ojos. Aunque siempre había pensado que Melbourne era mi hogar, siempre había sentido como si algo no terminase de cuadrar. Al llegar a Irlanda, ese sentimiento no había desaparecido. En cambio, en ese momento, en medio de la naturaleza, con el agua mojando mi piel y mi hermano acariciando mi mejilla, me sentí completa. Me sentí en casa.

—Mierda —gruñó Cian, apartando su mano de mi piel, como si le quemase.

Se alejó de mí y salió de la piscina natural, dándome la espalda.

—¿Sucede algo? —pregunté, confundida.

—Nada —respondió con voz ronca, a la vez que cogía una de las toallas que habíamos llevado y se secaba.

Salí del agua por el otro lado para darle un poco de intimidad. No entendía su cambio de actitud, pero tampoco me terminaba de entender a mí misma.

Para cuando recogí mi ropa y fui a coger mi toalla para secarme, Cian ya se había vestido.

—Te espero en el coche —dijo, sin ni siquiera mirarme.

Me tomé mi tiempo en secarme, aprovechando para poner mis ideas en orden. ¿Qué había sido eso tan malo que habíamos hecho que había enfadado a Cian? Quizá no debería haberle permitido que me acaricie la mejilla, pero solo era un gesto de cariño, nada más. Porque era eso, ¿verdad? No podía ser nada más. Por el amor de Dios, éramos hermanos.

Medio hermanos que han crecido separados, me susurró mi voz interior.

Era lo mismo. Eso no cambiaba nada.

Suspiré al ser consciente de que no habíamos actuado bien del todo.

Cian debió de estar de acuerdo conmigo, porque no pronunció ni una palabra en el corto camino en coche hasta la mansión.

Capítulo 6

No podía dormir, así que salí al porche con la esperanza de que el aire fresco me ayudase con conciliar el sueño. Después del momento incómodo en el balneario natural, había esperado poder aligerar el ambiente en la cena, pero Cian no se había presentado.

Por un instante, había llegado a pensar que me estaba evitando, escondiéndose de mí. Pero, entonces, había visto que el helicóptero no estaba. Y Noreen me había dicho que Cian se había tenido que marchar a una reunión laboral de urgencia.

Después de lo hospitalario que había sido conmigo, ¿cómo había podido dudar de Cian?

Yo no era así, no pensaba lo peor de las personas. Tampoco tenía ninguna razón para desconfiar de mi hermano. Si él no quería pasar tiempo conmigo, no tenía necesidad alguna de poner excusas. Él me había acogido en su casa cuando fácilmente podría haber dejado que me alojara en un hotel.

Me habían sucedido tantas cosas en los últimos días que no podía pensar con claridad. La pesadilla del día anterior tampoco ayudaba a mi cuerpo a relajarse. Necesitaba a Bindi. Necesitaba hablar con ella. Si alguien podía ayudarme a aclarar mis ideas, esa era ella.

Cogí el móvil que había dejado encima de la mesa blanca, pero, como siempre sucedía, estaba sin conexión. La verdad que llevaba el móvil conmigo más por inercia que por utilidad.

Bufé, dejándolo de nuevo en la mesa.

—¿Problemas?

Me giré para ver a Sullivan, sonriéndome. Llevaba una chaqueta de cuero y unos pantalones vaqueros rotos. Parecía que estaba a punto de salir.

—Ninguno —respondí—. He salido a tomar un poco de aire fresco porque no podía dormir

—¿Dormir? —repitió Sullivan con incredulidad—. Si aún son las nueve de la noche. ¿Qué eres, una abuela? —se burló.

Me reí, aunque me encogí de hombros. Pese a que todavía era temprano, tampoco era como si tuviera muchas cosas que hacer.

—Vamos, prima —Sullivan me hizo un gesto para que me levantara—, ven conmigo.

Dudé un segundo, pero terminé levantándome. No tenía ningún plan y Sullivan también era parte de mi familia. Quería pasar tiempo con él, conocerlo mejor. Hasta ese momento, apenas había hablado con él

Caminé junto a Sullivan, quien se dirigió hacia el vehículo aparcado en el camino de entrada. Mi primo se subió al Range Rover negro. No era una gran entendida en coches, pero un todoterreno parecía el coche ideal para un lugar lleno terrenos inhóspitos.

—¿Adónde vamos? —le pregunté cuando me monté en el asiento del copiloto. No era hora de dar un paseo por la naturaleza y por lo que Cian me había contado, no había mucho que hacer por los alrededores.

—A tomar una copa —respondió Sullivan como si fuera obvio—. ¿No creías qué te iba a dejar muerta del asco un viernes por la noche?

—¿A un *pub*?

—¿No te gustan los *pubs*? —preguntó, confundiendo mi asombro con disgusto—. Te llevaría a una cafetería, pero necesito algo más fuerte que un café.

—No, no es eso. —Aunque era cierto que prefería pasar mi tiempo libre dando un paseo o ir

al cine, que encerrarme durante horas en un local con música alta y abarrotado de gente, lo que me había sorprendido era que Sullivan condujera un trayecto tan largo para tomarse una copa. ¿A cuánto estaría el *pub* más cercano? ¿A una o dos horas de distancia? Sin embargo, al vivir tan lejos de la civilización, quizá a Sullivan no le importaba pasar tanto tiempo en la carretera con tal de relacionarse un poco—. Me parece un buen plan. —Era una verdad a medias, pero no quería ser desagradecida. Además, tampoco es que tuviera nada mejor qué hacer.

—Puede que el único *pub* del pueblo no esté al nivel de los locales a los que tú estás acostumbrada, pero confía en mí. Cumple con las medidas de sanidad.

Ladeé mi cabeza hacia Sullivan, arrugando el ceño.

—¿Pueblo?

—Sí, el pueblo —repitió Sullivan, pronunciando las palabras con lentitud, a la vez que hacía rugir el motor. Había cierto tono burlón en su voz, como si le divirtiera la situación—. ¿Cian no te ha llevado a conocerlo?

—No —contesté, negando con la cabeza—. De hecho, Cian me ha dicho que no había nada alrededor.

Sullivan mantuvo su mirada fija en la carretera.

—Tal vez no le has entendido bien.

—No, le he entendido perfectamente —repliqué, sin poder evitar la molestia reflejada en mi voz. Recordaba con claridad las palabras que Cian había pronunciado—. Le pregunté si había algún lugar cercano al que ir y él dijo que no había mucho que hacer y que era todo naturaleza —insistí.

Sullivan se encogió de hombros. Si se dio cuenta de mi enfado, no lo mostró.

—Es un pueblo pequeño y en comparación con la ciudad, no hay demasiadas cosas que hacer, pero estoy convencido de que encontrarás mucho entretenimiento en él. Aquí no nos aburrimos. —Sullivan me miró y me guiñó un ojo—. Estoy seguro de que te va a gustar.

Me hundí en el asiento al percatarme de que acababa de cambiar descaradamente de tema. Decidí dejarlo estar, porque no era Sullivan quien me había mentido, sino Cian. Mi hermano me ocultaba cosas, más allá de lo referente a mis padres y pese a que no dudaba que tenía sus razones para hacerlo, no me gustaba. Estaba cansada de vivir en la oscuridad.

Merecía saber la verdad. Había viajado hasta Irlanda para encontrar respuestas y hasta el momento, lo único que había logrado es aumentar mis dudas.

—¿Cómo es que vives con Cian? —le pregunté con curiosidad. Debían estar muy unidos si habían decidido vivir juntos.

—Es algo temporal. Cian me ha dejado vivir con él mientras logro desalojar a los okupas de mi casa en Dublín. —Al contrario que mi hermano, Sullivan no parecía ser tan reacio a hablar de sí mismo, algo de lo que me alegré.

—Vaya, lo siento. ¿Llevan mucho tiempo allí?

—Más del que deberían —dijo, curvando sus labios en una sonrisa, a la vez que giraba hacia la izquierda.

A pesar de la calidad del coche, los baches en el camino provocaban que botase de mi asiento cada poco. A esas carreteras no les vendría mal un arreglo. Aunque tampoco parecían demasiado transitadas, dado que no nos encontramos a nadie en el trayecto. Tenía que reconocer que daban un poco de miedo, ya que no había farolas en los arcenes. Yo no conduciría de noche por allí.

—Espero que consigas que los echen pronto. Me parece injusto que alguien se quede propiedades que no les pertenecen. Propiedades por las que su dueño ha tenido que trabajar duro para conseguir.

Sullivan dejó de mirar un instante la carretera para fijar sus ojos en mí.

—No podría estar más de acuerdo contigo, prima. Puedes estar segura de que tienen los días contados. —A pesar del humor habitual adyacente a sus palabras, pude percibir una amenaza en ellas.

Abrí la boca para responder, pero un bache especialmente profundo provocó que me mordiese la lengua.

—¡Arg! —me quejé.

Sullivan soltó una pequeña carcajada, pero preguntó: —¿Estás bien?

—Sí, me he mordido la lengua. —Las palabras salieron torpes de mi boca debido al dolor—. Las carreteras están fatal.

—No es para tanto, pero estoy más acostumbrado a transitarlas con la moto.

—¿También tienes una moto?

—En realidad, solo tengo una moto —aclaró—. Este coche es de Cian. Me he tomado la libertad de tomarlo prestado. He supuesto que no te gustaría montar en moto.

—¿Y por qué no?

—No tiene todas las comodidades de un buen coche como este —contestó, como si fuese la respuesta correcta.

—Por lo general, viajo en autobús. Conduzco, pero no tengo coche. Vendí el de mi abuelo para pagar un dinero que él debía al banco. —Mi abuelo estaba muy enfermo en aquel entonces y fue la única solución que tuve—. No necesito comodidades. Un medio de transporte sirve para eso, para desplazarte. Con que cumpla su función, me conformo.

Por alguna razón, sentí la necesidad de explicarme. Aunque Sullivan estaba siendo amable, sentía como si estuviese juzgándome. Lo que era una tontería, porque él no tenía ninguna razón para hacer algo así.

Sullivan no dijo nada, se limitó a seguir conduciendo. Tuve la absurda sensación de que él no creía lo que le acababa de decir.

—¿Cuántos coches tiene Cian? —pregunté, rompiendo el silencio. No es que me importase mucho, pero el ambiente se había tensado y necesitaba relajarlo.

—Varios —respondió a la vez que aparcaba frente a un pequeño local de piedra. El exterior estaba bien cuidado, aunque parecía antiguo. Un cartel luminoso anclado encima de la puerta de entrada nos daba la bienvenida.

Me desabroché el cinturón y abrí la puerta del copiloto para bajar del vehículo. Seguí a Sullivan hasta la entrada del local mientras escudriñaba los alrededores. No vi ninguna edificación más, solo árboles y un descampado. Parecía que el local se encontraba a las afueras del pueblo.

Lo primero que me sorprendió fue que las puertas de entrada eran dos y pequeñas, imitando a las de una cantina del oeste. Me pareció muy original, pero esperaba no encontrarme hombres pegando tiros adentro del local. Si había algo que me aterrorizaba, era el sonido de disparos. No podía ver películas de acción por esa razón. Cuando era pequeña, cualquier sonido parecido al de un disparo provocaba que me echase a temblar y me escondiese debajo de la cama. Afortunadamente, con los años, había logrado controlarme, pero seguía provocándome un miedo irracional.

Sullivan abrió las puertas y las sujetó durante un instante para que yo pudiese pasar. Los pocos clientes que se encontraban dentro miraron hacia nosotros y se quedaron paralizados al vernos. Aunque su vista estaba fija en mi primo, no en mí.

—Buenas noches, caballeros —saludó en un tono alegre, que fue respondido por un

asentimiento general de barbilla.

Sullivan emitió una carcajada y los hombres continuarán a lo suyo. No había ninguna mujer entre los clientes y aunque no me gustaba juzgar a las personas por su aspecto, si hubiera llegado a ir sola, me hubiese dado la vuelta inmediatamente.

Miré a los dos los hombres que jugaban al billar. El que estaba frente a mí, parecía estar en su treintena. Al igual que el resto de hombres que se encontraban en aquel local, era alto y fornido. Me fijé en la pronunciada cicatriz que lucía encima de su ceja derecha. Parecía reciente y no me sorprendió que fuera ocasionada por una pelea. Para despejar mis dudas, fui a bajar la mirada hasta sus manos, pero antes de que pudiera hacerlo, el otro hombre que estaba junto a él y de espaldas a mí, se dio la vuelta y me quedé paralizada. Nunca había visto tanto odio en unos ojos como en los de ese chico.

Odio que parecía dirigido a mí. Lo que no tenía ningún sentido, ya que era la primera vez que nos veíamos y ni siquiera nos habían presentado. Quizá en ese pueblo eran territoriales y no les gustaban los forasteros.

—¿Te gustan los dardos? —me preguntó Sullivan, provocando que centrase mi atención en él. Sullivan seguía teniendo ese aire relajado que le caracterizaba, lo que hizo que yo también me relajara. Él conocía a esos hombres, puede que fueran un poco rudos y hostiles, pero si representaran un peligro para mí, no me hubiera llevado hasta allí.

—He jugado alguna vez, pero soy bastante mala.

—Si quieres, podemos jugar —propuso, señalando la diana colocada en un extremo del local.

Con la poca destreza que tenía, los dardos terminarían en cualquier parte menos en la diana. Y teniendo en cuenta que la mala suerte parecía perseguirme en los juegos, lo más seguro sería que acabaría lanzando uno de los dardos a algunos de los *simpáticos* clientes del bar. Algo a lo que prefería no arriesgarme.

—¿Por qué no empezamos tomando algo? —sugerí en su lugar. Sullivan asintió y se dirigió hacia la barra. Le seguí—. ¿Vienes aquí muy a menudo?

Tres hombres que se encontraban allí cogieron sus bebidas para ir a sentarse en una de las cuatro mesas colocadas por el local, dejándonos la barra libre. Sullivan se lo agradeció levantando su mano derecha.

—Es el único *pub* por los alrededores donde se puede beber alcohol en condiciones y escuchar buena música.

Algo parecido a un berrido salió de los altavoces, seguido de un solo de guitarra, a mi gusto, bastante desafinado. Pero no sería yo quien cuestionase su gusto musical.

Sullivan se sentó en una de las banquetas altas y yo ocupé un lugar a su lado. Chasqueó los dedos y el barman, un hombre de mediana edad con barba oscura, se acercó a nosotros.

—Has regresado —dijo—. Creí que aún estarías ocupado unos días más. —Pude percibir la cautela en sus palabras.

Sullivan hizo un gesto con su mano.

—Todo ha ido mejor de lo esperado. —Una expresión de alivio se formó en el rostro del *barman*, aunque la tensión formada en sus hombros no desapareció del todo—. Y como tenía la noche libre —continuó Sullivan en tono alegre—, he decidido salir a tomar algo en compañía de esta jovencita.

—Oye, que no soy mucho más joven que tú —dije, haciéndome la indignada, pero fallando estrepitosamente.

—Cierto. Ahora que te miro bien, posiblemente me saques varios años. Tienes una arruga aquí. —Tocó la piel debajo de mi ojo con un dedo.

Negué con la cabeza, soltando una carcajada. Había tomado una buena decisión saliendo un rato. Me iba a venir bien para distraerme un poco.

—¿Qué quieres beber? —me preguntó.

—Una limonada con extra de azúcar.

Sullivan arrugó el ceño.

—¿Una limonada, en serio?

—Es una bebida como cualquier otra —me defendí, encogiéndome de hombros.

Sullivan se rio.

—Si tú lo dices… —Miró de nuevo al *barman*—. Una cerveza y una limonada, Aiden.

El *barman* desvió su mirada de Sullivan a mí con una expresión que interpreté como incredulidad y después, asintió lentamente con la cabeza.

Sullivan se quitó la chaqueta de cuero negra y la dejó a un lado de la barra. Llevaba una camiseta de tirantes negra que dejaba al descubierto parte de la piel de su pecho. Como su cuello y sus manos, su piel estaba cubierta de tinta negra, pero un tatuaje en su clavícula llamó mi atención.

—¿Qué significa? —le pregunté. El trébol se veía a la perfección, aunque alguna de las letras estaban tapadas por el tirante. Así todo, no tuve dudas que eran las mismas palabras que Cian llevaba tatuadas—. Cian tiene uno igual, pero no me ha querido decir su significado —añadí. Sullivan arrugó el ceño, como si aquella información le sorprendiera.

—¿Te ha enseñado el tatuaje?

Junté mis manos y entrelacé mis dedos entre ellos, sintiéndome inexplicablemente nerviosa. A pesar de que no había nada extraño en la pregunta que había formulado Sullivan, ni tampoco en la forma en la que le había visto el tatuaje, me arrepentí de haber pronunciado esas palabras. Me sentí como si acabara de meter la pata, como si acabara de contarle un secreto. Como si acabara de confesarle un pecado.

Y por la manera en la que Sullivan bajó la mirada hasta mis manos, él pudo sentirlo.

—No —me apresuré a aclarar, separando mis manos y apoyándolas sobre la barra. Solamente estaba complicando las cosas—. Cian me ha llevado a explorar los alrededores y me ha enseñado la piscina natural que tenéis cerca de casa. Nos hemos bañado y se lo he visto —traté de mantener mi voz neutral, porque eso era lo que había ocurrido. No había nada que esconder. Entonces, ¿por qué tenía la sensación contraria?—. Ha llamado mi atención.

Sullivan me miró con un gesto de desaprobación que hizo que mi estómago se revolviera. Me sentí inexplicablemente mal, inexplicablemente juzgada. ¿Tal vez Cian había hablado con él sobre lo ocurrido a la tarde? Sin embargo, descarté rápidamente esa posibilidad por dos razones: la primera, porque de haber hablado con él, ¿qué le había podido decir Cian cuando no había nada qué contar? Y la segunda, porque Sullivan parecía desconocer esa información.

—¿Es un tatuaje de la amistad? —pregunté.

—¿Un tatuaje de la amistad? —repitió con los ojos muy abiertos.

—Sí, de esos que los amigos se hacen para sentirse más unidos. —¿Por eso ambos tenían el mismo tatuaje?

Sullivan movió su cabeza de un lado hacia otro y después curvó sus labios en una sonrisa divertida.

—Has acertado. Cian y yo nos lo hicimos una noche de borrachera. Justo en la fase de exaltación de la amistad. Te cuento el significado de las palabras si prometes nunca decírselas a nadie.

Asentí.

—Claro.

Sullivan hizo un gesto con su dedo para que me inclinase hacia él. Su boca se acercó a mi oído.

—Todo el mundo tiene un culo, pero verdadero amigo solo hay uno.

Me enderecé en mi silla con la sorpresa dibujando mi rostro. ¿De verdad se habían tatuado eso? No me extrañaba que Cian no hubiese querido decírmelo. Pero entonces vi cómo el labio inferior de Sullivan temblaba.

—Te estás riendo de mí —dije, cruzando mis brazos frente a mi pecho con enfado.

Sullivan no pudo contenerse más y soltó una carcajada.

—Tengo que reconocer que eres muy divertida.

—Oye, tampoco sería tan extraño —me defendí, aunque sentí que mis mejillas ardían en sangre. A veces, era tan fácil tomarme el pelo…—. Mi mejor amiga Bindi lleva insistiéndome en que nos hagamos uno desde que tenemos dieciséis años. Dos corazones unidos. No quería escribir nada alrededor de él, pero si llega a querer, seguro que la frase no sería mucho mejor.

Sullivan se rio.

—Esa Bindi parece una chica divertida —declaró.

—Lo es y también la mejor amiga que podía tener.

—¿Y entonces por qué no os habeís hecho el tatuaje? ¿Te dan miedo las agujas? —preguntó Sullivan con burla.

Negué con la cabeza.

—No. —Sullivan arqueó una ceja con gesto interrogante y yo mordí mi labio inferior, pensando en si decir las siguientes palabras o no: —Un tatuaje es para toda la vida. Una vez hecho, no puedes dar un paso atrás. Es para toda la eternidad y eso… Eso asusta un poco.

—Cuando tienes claras tus lealtades, la eternidad no resulta tan abrumadora —La expresión de Sullivan era seria por primera vez.

—No dudo de mi relación con Bindi —tuve la necesidad de aclarar, a pesar de que Sullivan no había hecho ninguna alusión directa—. Estoy convencida de que será mi amiga durante toda la vida. —Una de las razones por las que había preferido evadir el tema era porque sabía que Bindi podía tomarse mi negativa como una ofensa, una duda sobre nuestra amistad—. Pero es una decisión que hay que pensar bien antes de tomarla. A veces, la gente se hace tatuajes de borrachera y luego se arrepienten. No puedo hacerme un tatuaje como una decisión impulsiva.

—¿Y tú eres del tipo de personas qué piensan mucho las cosas antes de hacerlas? —A pesar de que Sullivan lo formuló como una pregunta, estaba convencida de que era una afirmación.

—Generalmente, sí. Me gusta pensar bien las cosas antes de hacerlas, incluso me hago una lista mental con los pros y los contras. —Me reí—. Esta es la única decisión que he tomado de manera impulsiva.

—¿Esta? —inquirió Sullivan.

—El venir aquí a conocer a mi hermano —respondí—. A conoceros —añadí un segundo después—. Reconozco que cuando Connor me llamó y me contó que mi padre había muerto recientemente y que quería que fuese a Irlanda a conocer a mi familia, tuve ciertas dudas. No dudas en conoceros, eso es algo que tenía muy claro que quería hacer, sino dudas en coger un avión sola y viajar a un país del que no tengo recuerdos. Vamos, salir de mi zona de confort. Pero, al final, ganaron las ganas de conocer a Cian, de saber las razones por las que mi padre me dejó con mi abuelo. De saber sobre mi familia, de dónde provengo.

—¿Y esa es la única razón? ¿Conocer a tu familia? —A pesar de que la expresión relajada de Sullivan no cambió, no me gustó el tono de voz que empleó para hacerme ese pregunta.

—¿Y qué otra razón iba a tener?

Sullivan me observó fijamente durante unos segundos, después rompió la mirada y estiró el brazo para coger su cerveza de la barra. No me había dado cuenta de que Aiden nos había preparado las bebidas.

Le dio un trago y yo observé como nuez de adán trabajaba mientras el líquido recorría su garganta.

—La más poderosa de todas, el dinero —contestó Sullivan sin titubear—. ¿Me vas a decir que no tienes interés en saber cuánto dinero te ha dejado tu padre?

Me congelé al escuchar sus palabras, que eran claramente una acusación. ¿Eso era lo que pensaba, que era una aprovechada?

—No me interesa lo que ponga en ese testamento. Cuando acepté venir, ni siquiera sabía si mi padre tenía dinero o incluso tenía que entregar mis pocos ahorros para pagar deudas que él había dejado. No podía importarme menos y sigue sin hacerlo. Estoy deseando que regrese Connor, pero para poder leer la carta que mi padre escribió antes de morir explicándomelo todo. Quiero saber qué sucedió para que no me criase con él. Sea cual sean sus razones las aceptaré, no voy a juzgarle ni a él ni a mi abuelo ni a nadie —dije, repitiendo las palabras que le había dicho esa tarde a Cian—. Pero quiero saber la verdad, no quiero seguir viviendo en la ignorancia—. Ninguno de los bienes materiales de mi padre me pertenecen. Si me dejo algo, no pienso aceptarlo. No lo quiero. Solo quiero tener una buena relación con mi hermano, contigo y con el resto de nuestra familia.

Aunque no me resultaba agradable y no me había gustado su tono de voz, podía entender que Sullivan desconfiara de mí e intentase proteger el patrimonio de Cian.

Estiré mi mano y agarré el vaso de limonada, dándole un largo trago. Aiden le había puesto el extra de azúcar, tal y como le había pedido.

—No te ofendas, Enya —por el tono de su voz, podía ver que ofenderme era precisamente lo último que le importaba—, dudo que ese sea tu único motivo. Eres humana, el poder y la ambición están en ti, como en todos.

—Tengo ambición, cierto—repliqué y vi cómo una sonrisa burlona se dibujaba en el rostro de Sullivan—. Ambición por tener una familia que me ame. Familiares que se preocupen por mí, con los que poder celebrar mi cumpleaños, a los que poder llamar solo para hablar. Familiares que me aprecien, que quieran conocerme y pasar tiempo conmigo. —Hice una pausa, un segundo para coger fuerzas antes de seguir hablando—. Siempre hemos sido mi abuelo y yo y desde que él falleció hace dos años, estoy sola. ¿Sabes lo que es sentir que no hay nadie en el mundo al que verdaderamente le importes? —No era cierto del todo, ya que tenía a Bindi, pero necesitaba que él me entendiese—. ¿Sabes lo que es sentir que si te mueres nadie va a llorar tu muerte? ¿Qué no queda nadie de tu sangre para hacerlo? —No le di tiempo a Sullivan a que respondiese, ya que lo hice yo por él: —Claramente no, tú tienes familiares a tu lado.

La expresión burlona de Sullivan desapareció.

—Sí que lo sé.

—Lo dudo.

—No des por supuesto cosas de las que no tienes ni idea, Enya. —Su tono de voz duro y serio. Por una vez, cualquier atisbo de broma había desaparecido de su voz.

—No tengo ni idea, tienes razón. Cuéntamelo todo. Así no me equivocaré.

Sullivan se rio sin humor.

—Buen intento Enya, pero me temo que no te ha funcionado. Tendrás que esperar a que Connor regrese.

—Bien, pero, hasta entonces, abstente de juzgarme y dar por hecho que soy de una manera que no soy. Si no te gusta que hable de lo que no sé, aplícate el cuento. —Aborrecía las discusiones y no me gustaban los problemas, pero no pensaba dejar que nadie me pisoteara. Aunque podía comprender su desconfianza hacia mí, Sullivan había sido grosero e hiriente conmigo.

Mis palabras rudas no parecieron afectar a Sullivan.

—No eres cómo pensaba —dijo, señalándome con el botellín de cerveza que sostenía en su mano izquierda.

—¿Y eso es bueno o malo?

Sullivan sonrió.

—Depende para quien.

—¿Y para ti?

Sin embargo, Sullivan no respondió. Le dio un trago a su cerveza y después, dejó el botellín sobre la barra.

—He dejado la moto aparcada en el aparcamiento detrás del *pub* —dijo al cabo de unos segundos—. Podemos regresar en moto.

Jugué con la pajita de mi limonada.

—No creo que sea una buena idea —declaré—. No me va mucho montar en moto.

—Tú misma has reconocido que necesitas salir más de tu zona de confort.

—Yo no he reconocido eso —refuté, aunque él tenía razón, necesitaba hacerlo.

—Decidido entonces, regresaremos en moto. ¿Quieres otra? —preguntó, señalando mi vaso vacío.

—Sí

Sullivan le pidió otra cerveza y una limonada al camarero.

—¿Otra cerveza? Tienes que conducir y encima una moto. Tienes que tener todos tus sentidos alerta.

—Mis sentidos siempre están alerta. Pero no te preocupes, la he pedido sin alcohol.

—No, no lo has hecho.

Sullivan soltó una carcajada.

—Eres muy observadora, prima. Solo es una cerveza. Además, de vez en cuando, está bien saltarse las normas, ¿no crees?

—Depende —respondí, negando con la cabeza, aunque sonreí.

—Y si no, siempre puedes conducir tú —sugirió Sullivan.

—Nunca he conducido una moto, Sullivan.

Hizo un gesto con su mano, despreocupado.

—Lo harás bien, es bastante fácil.

—Lo dudo. Ambos terminaríamos estampados contra un árbol antes de llegar a la carretera.

Sullivan se rio.

—¿Y?

—Terminaríamos en el hospital, Sullivan —apunté, negando con la cabeza—. Gracias, pero no. Prefiero seguir de una pieza.

—Yo también lo prefiero —concordó conmigo, guiñándome un ojo.

Sullivan apartó la mirada de mí para centrarla en un punto fijo. Miré en esa dirección, viendo a un hombre acercándose a nosotros. Llevaba una camiseta de manga corta color beis y una cazadora. Lo había visto antes, era Dugan, el chófer de Cian.

Dugan se detuvo frente a nosotros.

—Hola, Dugan —le saludé con una sonrisa.

Él ni siquiera me miró, ya que sus ojos estaban fijos en Sullivan. Ambos hombres compartieron una mirada que no supe interpretar, pero por la forma en la que todo el humor desapareció del rostro de Sullivan, intuí que no significaba nada bueno. Después, sin pronunciar una sola palabra, Dugan se giró y caminó hacia una puerta del *pub* con un cartel que ponía: solo personal.

—Vaya, qué simpático —no pude evitar murmurar.

Aunque, por fortuna, Sullivan no me escuchó. Él parecía perdido en sus pensamientos. Su expresión volvió a la habitual y me miró con una sonrisa despreocupada.

—Hora de irnos, prima —dijo, mientras se levantaba del taburete.

Un poco confundida, imité sus movimientos mientras Sullivan se ponía su chaqueta. Aquel encuentro había sido extraño, pero, tal vez no se llevaban bien. Teniendo en cuenta las pocas habilidades sociales que Dugan parecía tener, no debía sorprenderme tanto.

—Espera, no hemos pagado —dije, cuando estábamos fuera del *pub*. Fui a entrar dentro, pero Sullivan me detuvo.

—No te preocupes, mañana le pagaré a Aiden. —Antes de que pudiera insistir, añadió: —No hay honor en robar, prima. —Agarró mi muñeca y tiró de mí con suavidad.

Regresamos a la mansión en el coche. No me atreví a preguntarle a Sullivan si lo de la moto había sido una broma, porque aunque charlo conmigo durante el breve trayecto y su sonrisa habitual iluminaba su rostro, algo había cambiado en su actitud. No podía decir qué, pero podía notarlo.

Cuando entramos en la casa, la luz del *hall* estaba encendida. Cian estaba en medio de la estancia, apoyado contra la pared. Llevaba una americana negra, una camisa blanca y unos pantalones de traje negros. Me fijé en la corbata verde de lunares, perfectamente anudada y que combinaba con su cinturón. Mi hermano siempre cuidaba hasta el más mínimo detalle de su aspecto. Me pregunté cómo hacía para verse siempre tan perfecto; ni siquiera había una sola arruga en su traje.

—Cian —le saludé, acercándome a él—. ¿Qué tal ha ido la reunión? —le pregunté.

Cian se separó de la pared, aunque no se movió.

—Bien —respondió escuetamente.

Y fue entonces cuando lo sentí. Esa tensión palpable, esa alarma sonando en el fondo de mi mente, advirtiéndome de que algo no iba bien. Sin embargo, observando la expresión imperturbable de Cian, pensé que, tal vez, me lo estaba imaginando. Por un instante, llegué a creerlo, porque todo parecía estar como siempre. Hasta que Cian fijó su mirada en Sullivan y pude ver un destello de ira brillando en sus ojos. Solamente fue instante, apenas imperceptible, pero suficiente para darme cuenta.

—Me voy a dormir —dije, despidiéndome. Cian y yo teníamos una conversación pendiente, pero no era el momento de mantenerla—. Ha sido un día bastante largo. —Era una media verdad. En realidad, sentía la sofocante necesidad de salir de ahí. Ladeé la cabeza hacia mi primo —. Sullivan, me lo he pasado muy bien. —A pesar de los pequeños momentos de tensión que habíamos mantenido, había sido un detalle de su parte que él me hubiera invitado al *pub*. —Sullivan me respondió con una sonrisa y yo me di la vuelta, dispuesta a subir por las escaleras.

—Enya —Cian me detuvo a medio camino—, te lo has dejado afuera. —Cian me entregó el móvil.

—Gracias.

Cian movió su cabeza en un asentimiento como respuesta y después, en voz suave dijo: —Que descanses. —Busqué esa ira que había visto momentos antes en sus ojos, pero no encontré nada. Estaban tan vacíos como siempre.

—Tú también.

Sosteniendo el teléfono en mis manos, me di la vuelta y subí las escaleras. Había atravesado el pasillo y estaba llegando a mi habitación, cuando escuché el fuerte estruendo de un objeto impactando contra el suelo.

Sostuve el picaporte de la puerta de mi dormitorio y abrí la puerta, cerrándola rápidamente detrás de mí. Apoyé mi espalda contra la madera, con la mirada fija en un punto oscuro de la habitación. Sabía que lo correcto era regresar al *hall* para ver qué había sucedido, pero no lo hice. Seguramente, solo se trataba de algún pequeño accidente sin importancia; tal vez se había caído alguno de los jarrones. ¿Qué otra cosa podía ser?

Capítulo 7

Era de esas personas que intentaban levantarse por las mañanas con optimismo renovado. Segura de que ese día iba a ser mucho mejor que el anterior. No es que el día anterior hubiese sido malo, al contrario. Había pasado tiempo con mi hermano y con mi primo. Con ambos había vivido una mezcla de comodidad e incomodidad. Nada que no fuese normal cuando acabábamos de conocernos.

Salí en pijama de la habitación, ya que aún no tenía mi ropa. No me importaba; de hecho, por lo general, en mi casa solía estar en pijama. Si había evitado hacerlo desde que había llegado, era porque no tenía la confianza suficiente. Pero, en esos momentos, era eso o salir desnuda. Me reí de mi ocurrencia a la vez que caminaba por el pasillo.

Me detuve cuando vi a Noreen subir las escaleras a toda prisa.

—Señorita Perkins, la estaba buscando —dijo, las palabras saliendo entrecortadas de su garganta por el esfuerzo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté, observando la expresión compungida en el rostro de Noreen.

—Sí, sí. Yo estoy bien. —A pesar de su respuesta, una arruga de preocupación decoraba su entrecejo. Inhaló aire por la nariz antes de volver a hablar, pensando las palabras que iba a pronunciar a continuación. Abrió la boca, pero, como si hubiera cambiado de opinión, volvió a cerrarla un segundo más tarde.

Era evidente que algo no iba bien. Un nudo se formó en mi garganta cuando la imagen de Cian pasó por mi cabeza. ¿Y si le había pasado algo? La noche anterior había estado tan raro…

—Ha habido un problema con su ropa. —Mi cuerpo se relajó al escucharla. Un alivio que duró lo que Noreen tardó en hablar de nuevo: —El técnico ha logrado abrir la lavadora, pero su ropa se había quedado enganchada y estaba hecha jirones.

—¿Toda mi ropa? —pregunté, atónita.

Noreen me dio una mirada avergonzada.

—Me temo que sí. Nunca pensé que eso podía pasar.

Si no hubieras metido tus manazas donde nadie te lo pidió, esto no hubiera pasado. Las palabras se formaron agrias en mi cabeza.

Aunque me guardé el pensamiento para mí misma, Noreen debió de ver mi mirada molesta, porque me dijo: —Lo siento mucho, señorita Perkins.

Mi irritación se evaporó al sentir su arrepentimiento. Noreen parecía muy disgustada y, al fin al cabo, tan solo era ropa.

—No te preocupes, Noreen. Hay cosas más graves que preocuparse en esta vida que unas pocas prendas de ropa, ¿no crees? —dije, tratando de quitarle importancia—. Además, hacía tiempo que necesitaba un cambio de armario —mentí.

Noreen me devolvió una pequeña sonrisa, aunque no parecía muy convencida.

—Si hay algo que pueda hacer por usted, señorita Perkins.

Mordí mi labio inferior, pensando en una solución provisional. Iba a necesitar un conjunto de ropa limpia y sobre todo, ropa interior.

—¿Puede pedirle a su hija…?

—¿Qué necesitas, Enya? —Cian se adentró en el comedor, interrumpiéndome.

La mirada de Noreen se desvió de mí a Cian. Entonces, recordé lo atemorizadas que habían estado las otras empleadas. Mi hermano parecía bastante estricto con sus empleados y lo último que deseaba era que Noreen se metiese en problemas por ese pequeño incidente. ¿Y si la despedía? Noreen tenía una hija, una familia.

—Nada —me apresuré a responder—. Está todo bien, Cian. —Aquel pequeño percance podía quedarse entre nosotros, no hacía falta involucrar a mi hermano.

Sin embargo, Noreen no parecía opinar como yo.

—Le estaba contando a la señorita Perkins que ha habido un problema con la lavadora y su ropa se ha estropeado. Ella no tiene nada que ponerse.

—¿Toda su ropa? —preguntó Cian, enarcando una ceja—. ¿Era necesario lavarla toda a la vez? —Ladeó la cabeza para centrar sus ojos en mí.

—Ha sido mi culpa —contestó Noreen antes de que yo pudiese hacerlo—. Pensé que la ropa olería después de estar horas en la maleta y me tomé la libertad de echarla a lavar. Quería ayudar y lo he empeorado todo.

La miré. ¿Es qué acaso no le importaba cavar su propia tumba? Sin embargo, ella lucía tranquila. No parecía sentirse intimidada por Cian como las otras empleadas, ni tampoco parecía preocupada por las consecuencias que ese error le podía traer.

—Lo has hecho con buena intención Noreen —salí en su defensa de todas formas—. Y eso es lo que importa. Ojalá todos los problemas fuesen solo eso. Es solo ropa —dije, tratando de quitarle importancia—. Además, país nuevo, ropa nueva —intenté bromear, aunque la verdad estaba bastante desolada. Era solo ropa, pero era mi ropa.

—Sí, pero no puedes ir todo el día en pijama —insistió Noreen—. Y, sobre todo, necesitas ropa interior limpia.

Sentí cómo una oleada de calor me subía por todo mi cuerpo y mis mejillas se enrojecían. Por Dios, ¿de verdad era necesario que dijese eso delante de Cian? Era una adulta, no debería darme vergüenza hablar de mi ropa interior o falta de ella delante de un hombre y más si ese hombre era mi medio hermano, pero lo cierto era que, en ese momento, deseé que se abriese un agujero en el suelo y poder meterme dentro.

Cian me miró con desaprobación.

—El pijama únicamente debe llevarse dentro de la habitación —dijo de manera mecánica, como si estuviese recitando una norma de protocolo que todos deberíamos conocer—. Tengo una reunión esta mañana; sin embargo, puedo cancelarla. Te llevaré de compras.

—No es necesario —rechacé con una sonrisa nerviosa—, puedo arreglármelas sola. Si me dejas tu ordenador, puedo comprar algo por Internet —sugerí. Tan solo necesitaba unas pocas prendas con las que salir del paso durante mi estancia allí—. ¿Los repartidores llegan hasta aquí?

Cian me miró como si estuviese hablando en un idioma que no entendía o más bien, él ya había tomado su decisión y nada de lo que dijese iba a hacerle cambiar de opinión.

—Te veo en una hora —dijo, demostrando que mis pensamientos eran ciertos—. Noreen, pide a una de las sirvientas que le preste algo de ropa.

Noreen asintió y Cian se giró para marcharse sin esperar una respuesta de mi parte. No era como esperaba pasar el viernes, pero no era un mal plan. Intenté verle el lado positivo a todo ese accidente. Al menos, me iba a servir como una excusa para pasar algo de tiempo con Cian.

(SEPARADOR)

Cuando Cian me había dicho que me acompañaría a comprar ropa, lo último que esperaba era que fuésemos en helicóptero. Aunque no sabía por qué me sorprendía, ya que parecía ser su

medio de transporte preferido.

Tenía que reconocer que era más rápido que el coche. Te evitabas las caravanas, las carreteras que necesitaban un arreglo con urgencia y las horas dentro del vehículo.

Cian se encontraba sentado a mi lado, mirando por la ventana del helicóptero. Tal y como era habitual en él, se había mantenido en silencio desde que habíamos subido. Ni siquiera lo había roto cuando Dugan, quien estaba pilotando el helicóptero, había hecho un giro inesperado y yo había pegado un grito que, si no le había dejado sordo, había sido por suerte.

—¿Sabes algo de Connor? —le pregunté.

Durante unos segundos, ni siquiera hizo ademán de moverse, por lo que pensé que al final sí que le había creado algún problema de audición.

—Nada nuevo —contestó escuetamente, dejándome claro que me había escuchado a la perfección.

Moví mi cabeza en un asentimiento, aunque Cian ni siquiera me estaba mirando. Estaba deseando encontrarme con Connor para descubrir las razones que le llevaron a mi padre a no comunicarse conmigo durante todo este tiempo. Necesitaba respuestas y estaba comenzando a impacientarme, pero no quería ser insensible con la situación de Connor.

—Gracias por acompañarme, Cian —le agradecí—. No tenías que haberte molestado.

Cian ladeó la cabeza en mi dirección y curvó sus labios en una sonrisa.

—No es ninguna molestia, Enya. —Tras decir eso, volvió a mirar hacia la ventana.

Crucé mis piernas y mordí mi labio inferior con frustración. Por más que lo intentaba, era imposible llegar a Cian. Sí, había sido un detalle por su parte haberme acogido en su casa y él me había tratado muy bien desde que había llegado a Irlanda, pero detrás de sus palabras amables y sus sonrisas cordiales no había nada. Era todo vacío, casi como si lo hiciera de manera mecánica; como un trabajo que tenía que hacer y no porque realmente lo sintiera.

Y luego tenía esa constante manía de no contestar a ninguna de mis preguntas. Todo parecía ser una molestia para él, hasta las preguntas más simples. ¿Acaso creía que no me daba cuenta cómo cambiaba de tema, como si fuera una niña pequeña a la que podía distraer con facilidad?

Tampoco ayudaba el hecho de que me había mentido. Todavía seguía molesta con él por haberme ocultado que existía un pueblo al lado de su casa.

—Estoy empezando a hartarme. —Las palabras salieron por mi boca antes de ser consciente de que las estaba diciendo en voz alta, aunque en vez de callarme, continué dejando salir toda la impotencia que sentía—. Estoy intentando ser paciente, juro por Dios que lo estoy intentando, pero estoy llegando a mi límite. No sé nada de Connor y me paso el día encerrada entre cuatro paredes…—Desde luego, así no era como me imaginaba mi estancia conociendo a mi familia.

—No son cuatro paredes. Tienes un jardín enorme por el que pasear —dijo Cian con un tono de voz bajo, pero serio. Él me estaba mirando fijamente. Al menos, había logrado captar toda su atención.

—Eso no invalida mi argumento —refuté—. No he venido de vacaciones, he venido a por respuestas.

—Pensaba que también habías venido a conocerme.

Un suspiro brotó de mis labios y me pasé una mano por el cabello, enterrando mis dedos en él con cansancio. Los ojos de Cian siguieron mis movimientos mientras esperaba una respuesta de mi parte. Traté de leer su rostro, buscar algún tipo de emoción en él. Pero, como siempre, no encontré nada más que esa habitual expresión de imperturbabilidad a la que me había acostumbrado.

—Y quiero conocerte —no había hecho más que intentar acercarme a él desde que había

llegado a Irlanda—, pero tú no pareces dispuesto a ello. —Cian ni siquiera pareció inmutarse ante mi acusación—. Además, me has mentido —espeté, incapaz de contenerme durante más tiempo.

—¿En qué te he mentido? —A pesar de que su tono se mantuvo neutral cuando formuló la pregunta y se acomodó en el asiento de manera despreocupada, pude sentir cierta cautela en sus palabras.

Me pasé la lengua por los labios, indecisa. No había querido abordar el tema de esa manera, ni tampoco en el helicóptero, delante de Dugan, aunque él parecía estar concentrando en el vuelo. Pero no había podido dejar de pensar en ello y ahora no podía retractarme o no tendría otra oportunidad.

—Me dijiste que solo había naturaleza alrededor de tu casa y me he enterado por Sullivan de que hay un pueblo.

Si esperaba algún tipo de remordimiento o reacción por parte de Cian, no la obtuve.

—¿Yo te dije eso? —preguntó—. ¿No será que tú entendiste mal?

¿Otro qué me daba la misma excusa? Encima Cian tenía la poca vergüenza de negármelo y echarme la culpa a mí.

—Sé perfectamente lo que me dijiste, Cian —recalqué con irritación—. Lo que me pregunto es por qué lo hiciste.

Cian alzó los hombros.

—No tengo ningún motivo para mentirte, Enya. Y menos con algo así —lo dijo con tanta convicción, que si no estuviera completamente segura de lo que había escuchado, me hubiera hecho dudar—. No acepto que se ponga en duda mi palabra. No permito que nadie me llame mentiroso, ni siquiera tú. —Hizo una pausa, como si quisiera que asimilara sus palabras—. ¿He sido claro?

Apreté mis dientes con fuerza, negándome a contestar y darle lo que quería. Ambos sabíamos que había mentido, ¿cómo podía tener tanto morro? Sin embargo, Cian no apartó sus ojos de los míos, dejándome claro que no pensaba dar su brazo a torcer.

Quise desafiarlo, pero la parte de mí que ansiaba una familia y estaba dispuesta a aceptar casi todo por obtenerla no me lo permitió.

—Sí —me encontré a mí misma diciendo. La palabra salió estrangulada de mis labios.

El brillo de satisfacción que vi reflejado en los ojos de Cian no hizo más que aumentar la furia que se había ido construyendo en mi cuerpo. Cian me observó durante unos segundos y después, miró hacia delante, dando por terminada la conversación.

Yo debería haber seguido su ejemplo, pero no pude. Toda mi vida había hecho lo que mi abuelo deseaba. Había aceptado sus secretos, me había callado para no hacerle daño, porque él era la única persona que se preocupaba por mí. Sin embargo, ya había terminado con eso.

Si Cian quería formar parte de mi vida, tendría que empezar a poner de su parte.

—¡Quiero la verdad! —grité, perdiendo los estribos—. Tú no me permites que te llame mentiroso, pero lo que yo no permito es que me trates como si estuviese loca. Sé bien lo que me dijiste. Y sinceramente, me da igual, es una tontería, pero sí me has mentido con eso, ¿cómo sé que no me has mentido con nada más?

Un silencio sepulcral invadió el helicóptero después de mi estallido. Durante un instante, los dos hombres que se encontraban en el interior se congelaron. Dugan, quien se había mantenido al margen durante toda la conversación, ladeó la cabeza hacia nosotros. Parecía inquieto cuando compartió una mirada con Cian que no entendí. Cian le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza y Dugan volvió a darse la vuelta.

Cian giró su cuerpo hacia mí. Estiró sus piernas y apoyó una mano sobre el respaldo de su asiento. Sus movimientos eran lentos y me dio la sensación que estaba intentando ganar tiempo, como si no tuviera claro lo que me iba a decir a continuación.

—No te he mentido, Enya. He dejado que pienses que no hay civilización cerca porque no quiero que corras ningún peligro.

—¿Qué peligro hay en que vaya al pueblo? ¿Es un lugar peligroso?

Un escalofrío recorrió mi cuerpo cuando recordé el odio con el que aquel hombre me había mirado la noche anterior. No obstante, aparte de eso, nada más había pasado. Nadie se había acercado a nosotros durante todo el tiempo que había estado en el *pub* junto a Sullivan.

—No —negó—. Supongo que soy sobre protector contigo —me dijo—. Siempre lo he sido. Nunca he podido evitarlo. —Su voz bajó cuando pronunció esas últimas palabras y tuve la sensación de que iban más dirigidas a sí mismo que a mí. Quizá por la revelación que acababa de hacer con ellas.

—¿No dijiste que apenas habíamos tenido relación? —pregunté, sabiendo que, seguramente, no iba a conseguir una respuesta, pero siendo incapaz de guardármelo para mí misma—. Tú mismo me dijiste en el coche que no te acordabas de mí.

Cian tragó saliva y por primera vez, vi en su rostro algo parecido a la vergüenza.

—Me acuerdo perfectamente de ti.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¿Por qué debería hacerlo cuando tú no tenías ni un solo recuerdo de mí, Enya? Borraste de tu mente todos los recuerdos juntos.

—Solo era una niña, Cian. Tú eras cuatro años mayor. —No era excusa, él también era solo un niño. Desde que había sabido que tenía un hermano, me había preguntado cómo podía ser que no recordase nada, ni un solo fragmento de mi vida en Irlanda.

—O tal vez preferías no recordar nada —replicó Cian—. No recordarme a mí.

Había un hilo de vulnerabilidad en sus palabras que hizo que mi corazón se encogiera. Estiré mi mano, agarrando su rodilla como muestra de afecto.

—Eso no es verdad, Cian —dije con suavidad—. Daría lo que fuese porque nos hubiésemos criado juntos. Por tener recuerdos de esa época.

Cian negó con la cabeza y se movió para separarse mi agarre.

—Si fuese, así lo recordarías. Recordarías… —Cian apretó sus labios con fuerza, silenciándose a sí mismo, como si se hubiese dado cuenta de que estaba hablando de más—. Da lo mismo, es pasado. —Giró su cuerpo para darme la espalda, dando la conversación por terminada.

La tensión se podía cortar con un cuchillo. Durante el resto del trayecto, que por fortuna no había durado más de media hora, ninguno de los dos habíamos pronunciado una sola palabra. Tiempo que yo había aprovechado para reflexionar y pensar en lo que había sucedido.

Ya se me había pasado el enfado porque no me contase que había un pueblo cerca y podía entender que intentase protegerme, aunque no hubiese peligro alguno en el pueblo. Por lo que había podido ver, sus habitantes parecían ser un poco hostiles con los forasteros. Puede que Cian temiese que alguno de ellos pudiese incomodarme más de la cuenta.

Lo que no podía borrar de mi cabeza era la vulnerabilidad que había sentido en sus palabras cuando me había reprochado que no tenía recuerdo alguno de él. Cian parecía dolido conmigo por no haberme acordado de él, como si eso fuese una traición por mi parte. Y aunque sabía que

aquello no era mi culpa, no podía evitar sentir remordimientos por ello. Tal vez tenía que haber insistido más a mi abuelo o haber investigado por mí misma. Si lo hubiese hecho, quizá las cosas serían diferentes.

—Cian —llamé la atención de mi hermano antes de que se bajase del helicóptero. Él se giró y yo avancé un paso hacia él—. Sobre lo que ha pasado antes… —comencé, entrelazando los dedos de mis manos, nerviosa—. Lo siento, no tenía que haberte gritado. —Pese a que seguía creyendo que él se había equivocado conmigo, no me había gustado cómo habían terminado las cosas. Apreté mis labios, esperando a que él se disculpase para poder continuar. Reprimí un suspiro cuando Cian se limitó a mirarme en silencio y hablé de nuevo: —Aunque no lo creas, ojalá te recordase. Ojalá hubiésemos tenido una relación de hermanos normal. Sé que hubieses sido un gran hermano mayor. —A pesar de que no estaba mintiendo, aquellas palabras se sintieron agrias en mi garganta, como si hubiera algo incorrecto en ellas. Y, por la forma que Cian arrugó el ceño en disgusto, él también pudo sentirlo—. No tienes que protegerme, sé protegerme sola.

Cian entrecerró los ojos.

—No, no sabes.

—De acuerdo, no sé —acepté, porque no quería seguir discutiendo con él. Aquello no nos llevaría a ningún lado—. ¿Podemos empezar de cero? —le pregunté, a la vez que estiraba mi mano hacia él, esperando que cerrase el trato.

Cian bajó su mirada hasta mi mano y después volvió a centrarla en mi rostro.

—Nunca se puede empezar de cero, Enya. —Mis esperanzas comenzaron a desvanecerse cuando no hizo ningún amago de moverse—. No podemos borrar nuestras acciones. No podemos cambiar lo que hemos hecho en el pasado. —Fruncí mis cejas en confusión, sintiéndome decepcionada por su rechazo. Había sido una discusión sin importancia. Fui a bajar el brazo cuando Cian habló de nuevo: —Pero está todo bien. —La esquina de la boca de Cian se dobló en una sonrisa y él estrechó mi mano.

El aire que no sabía que había estado conteniendo se escapó de mis labios. No quería perder la oportunidad de conocerlo por una tontería como la que acaba de pasar en el helicóptero.

Cian se apartó de mí y se dio la vuelta para bajar del helicóptero. Imité sus acciones, aunque mientras él se bajó con habilidad, yo estuve a punto de que mi cara golpease contra el duro suelo. Por suerte, no sucedió y mi orgullo no quedó maltrecho.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

Un coche nos estaba esperando en el helipuerto. Esta vez, Dugan se había quedado en el interior del helicóptero, por lo que no era él quien iba a ser nuestro chófer.

El viento golpeaba con fuerza y el jersey fino que llevaba puesto no ayudaba mucho. Por suerte, Noreen me había conseguido ropa de una de las empleadas que tenía una talla parecida a la mía, aunque los vaqueros me quedaban un poco sueltos de cintura, nada que no hubiese arreglado el cinturón negro con hebilla que llevaba puesto.

—En Waterford —respondió Cian, a la vez que le hacía un gesto de asentimiento con la cabeza al chófer que había salido del coche para abrirnos la puerta.

El nombre no me sonaba de nada, aunque suponía que era una ciudad de Irlanda.

Cian se hizo a un lado para que entrase yo primero y él entró después. Se sentó detrás conmigo, pero en la ventanilla contraria, dejando un hueco entre nosotros.

—Pensé que iríamos a Dublín.

Antes de conocer a Cian en persona, había fantaseado con que él me llevase a conocer el barrio en el que me había criado. Quizá de esa manera podría conectar con mi pasado, tener

algún recuerdo. También deseaba poder visitar la tumba de mi madre antes de irme.

Aunque sabía que iba a tener que esperar para todo eso.

—Está demasiado lejos —dijo con voz cortante.

—¿No vas todos los días?

—No.

Genial, ya volvíamos a las conversaciones con monosílabos. Pensaba que habíamos avanzado algo después de mi estallido y disculpa posterior, pero estaba equivocada.

—No sé si te lo han dicho alguna vez, pero es muy complicado hablar contigo.

Cian no solo no me respondió, sino que giró la cabeza para mirar por la ventana, tal y como siempre hacía cuando no quería seguir hablando. Algo que, aparte de ser una falta de educación, me ponía de los nervios.

Esta vez, en vez de enfadarme, hice algo estúpido. Me quité el cinturón de seguridad y me senté en el asiento de en medio. Coloqué mi mano en su hombro derecho para llamar su atención.

—Sé que no puedes contarme nada hasta que Connor regrese, pero no tienes por qué ser tan distante conmigo.

Cian no solo no me contestó, sino que tan siquiera me miró, ignorándome por completo. Dándome por vencida, iba a volver a sentarme en mi asiento, pero antes de que lo pudiese hacer, el conductor dio un volantazo y perdí el equilibrio, terminando en el regazo de Cian.

—Lo siento —me disculpé, levantando la cabeza para mirarle, pero Cian no me estaba prestando atención. Entrecerró los ojos y aletas de su nariz se ensancharon inhalando aire.

—Cereza —murmuró.

—¿Qué? —pregunté, desconcertada.

—Hueles a cereza —dijo a modo de explicación.

Entonces, me di cuenta de que estaba hablando de mi gel de baño —en realidad, del de él—. Cian estaba tan cerca de mí que el aroma a cereza debía estar golpeándole en el rostro. Siendo consciente de la posición en la que estábamos y sintiéndome avergonzada por ello, traté de levantarme, pero Cian intensificó su agarre en mi cintura, impidiéndomelo.

—Es mi olor favorito —dije, no pudiendo evitar ponerme un poco nerviosa. Estar sentada en su regazo se sentía algo demasiado íntimo, demasiado personal—. Y, curiosamente, es el que tus empleadas dejan en los baños de las habitaciones de invitados —apunté, diciendo lo primero que se me pasó por la cabeza, como hacía cada vez que estaba nerviosa—. Ha sido todo… —Las palabras murieron en mis labios cuando sentí la punta de la nariz de Cian sobre mi cuello. ¿Él estaba inhalando el olor de mi piel? Observé a Cian, con los ojos entrecerrados, parecía estar tan perdido en el momento, que dudaba que fuera consciente de lo que estaba haciendo y por un instante, solo por uno, incliné mi cabeza hacia él, como si esa fuera la reacción natural. Hasta que me di cuenta de lo que estaba haciendo y mortificada, y me removí en su regazo—. Cian —le llamé, a la vez que le daba un golpecito en el hombro.

Él me miró a los ojos por un segundo, aún aturdido, aunque rápidamente se recompuso y me soltó de su agarre para bajarme de su regazo.

—Ponte el cinturón, Enya —ordenó con voz grave—. Ha sido una irresponsabilidad por tu parte quitártelo, podías haberte hecho daño.

Moví mi cabeza en un asentimiento y regresé a mi asiento. Aún podía sentir el cosquilleo de su nariz en mi cuello y mis manos temblaban ligeramente, lo que hizo que tuviera dos intentos fallidos antes de lograr abrocharme el cinturón.

—Estaba intentando llamar tu atención —me defendí—. No me hacías caso.

Cian curvó sus labios en una mueca de evidente desaprobación.

—¿Nadie te ha enseñado a respetar que otra persona no quiera seguir hablando?

Crucé mis brazos.

—¿Y a ti no te han enseñado a no dar la espalda a la persona que te está hablando? —repliqué.

Cian entrecerró los ojos y una exhalación brotó de sus labios.

—Joder, sigues siendo igual de tozuda —murmuró.

—Nunca nadie me había acusado de algo así, deber de ser el aire de Irlanda.

Cian no respondió, se limitó a darme la espalda y mirar por la ventana, dando por terminada la conversación. Y quizá fue mi imaginación, pero antes de que girara la cabeza, me pareció ver una sonrisa en su rostro. Una como la que había visto en mi sueño.

Capítulo 8

Observé mi reflejo en el espejo del probador. Aunque no era mi estilo, tenía que reconocer que el vestido largo de color morado que llevaba puesto me quedaba como un guante y parecía una princesa de cuento. Una sexi, teniendo en cuenta el escote pronunciado en forma de V y la abertura que dejaba descubierta parte de mi pierna derecha.

Mordí mi labio inferior mientras pasaba una mano por la suave tela de la prenda. El vestido era precioso y se ajustaba a la perfección a mi cuerpo, pero no había ninguna razón que justificase esa compra. Era demasiado elegante, demasiado sofisticado para el tipo de actividades que formaban parte de mi día a día. No me veía yendo así vestida a Lovely Cakes a comprarle un cruasán a Bindi y definitivamente, había grandes probabilidades de que mi jefa pensase que había perdido la cabeza si me presentaba con ese vestido en la biblioteca. Además, dudaba que tuviese gran libertad de movimiento; seguramente, con lo torpe que era, me enredaría con la tela y terminaría de bruces en el suelo antes de conseguir dar dos pasos.

Aun así, busqué el precio en la etiqueta para llevarme la sorpresa de que no lo ponía. Aunque, posiblemente, no podría pagarlo a no ser que me metiese en un crédito a cincuenta años. No hacía falta ser una gran entendida en ropa para saber que cualquier prenda de esa tienda costaba más que todo mi armario. Inocentemente, había esperado que Cian me llevase a un centro comercial, no a una boutique de lujo.

Una boutique que, como había descubierto cuando habíamos llegado y había visto que el establecimiento estaba cerrado, tan solo habían abierto para nosotros. Al parecer, ir a una tienda a comprar como el resto de mortales no era algo que fuese con Cian. Mi hermano vivía en su propio universo.

Sabiendo que hacer alguna pregunta o comentario al respecto no iba a ser bien recibido por su parte, había optado por guardarme todos los pensamientos para mí misma.

—Señorita, ¿necesita algo? —La voz de Susan, que así era como se llamaba la dependienta que nos había recibido, interrumpió mis cavilaciones.

Tanto ella como sus otras dos compañeras se habían mostrado muy serviciales conmigo. Y estaba muy agradecida, pero nada de la ropa que me habían dado me servía para el día a día. Ni las blusas de seda, ni los pantalones de vestir y mucho menos, los vestidos más propios para la alfombra roja de Hollywood que para pasear por el jardín de la casa de Cian.

Abrí la puerta del probador, dispuesta a pedirle a Susan ropa más sencilla cuando los ojos de Cian se clavaron en mí. Por la expresión aburrida de su rostro en el momento en el que habíamos entrado en la tienda y el poco interés que mostraba a la hora de relacionarse conmigo, había pensado que se había marchado a dar una vuelta por la ciudad o a tomarse un café mientras yo me probaba ropa. Al parecer, estaba equivocada. Cian se encontraba frente al probador, sentado en un cómodo sillón de cuero negro. En su mano izquierda, sostenía una copa que contenía un espumoso líquido dorado.

No intercambiamos ni una sola palabra. La mirada de Cian recorrió lentamente mi cuerpo. Él curvó sus labios en una mueca de aprobación, como si el vestido fuese lo que él esperaba, pero también percibí algo más: sus pupilas se oscurecieron y ¿era deseo eso que brillaba en sus ojos?

—¿Señorita? —me llamó Susan, provocando que dejase de mirar a Cian para centrar mi atención en ella. Debió de ver mi expresión aturdida, porque repitió: —¿Necesita algo?

Ah, sí, la ropa. Maldita sea, por un instante, hasta había olvidado dónde estaba.

—Las prendas de ropa son preciosas —dije, aclarando mi garganta y poniendo todo mi esfuerzo en no sonrojarme. Susan sonrió con orgullo—, pero ¿no tendrías algo más casual?

La sonrisa de Susan se congeló y arrugó el ceño, confundida.

—Le he dejado ropa casual. ¿No son de su talla?

—Sí, toda la ropa me queda muy bien. —Cuando Susan había insistido en ser ella misma quien eligiera las prendas, había tenido mis dudas, pero ella, con tan solo una mirada rápida, había acertado con mi talla. Aunque no tanto con el estilo de ropa que yo necesitaba.

—¿No le ha gustado la camisa de lunares? —La mujer miraba hacia el vestuario.

Había dejado la puerta abierta y la camisa decoraba el suelo. Maldita sea, tenía que haberla colgado en las perchas.

—No, sí que me ha gustado. Es muy bonita, solamente que no creo que vaya a darle mucha utilidad —me excusé, sintiendo que mis mejillas se teñían en sangre—. ¿Podrías conseguirme camisetas, vaqueros y una sudadera? —pregunté—. También me vendrían bien un par de *leggins*.

Susan miró a Cian, pero este no estaba prestándonos atención. Había sacado su teléfono móvil y estaba tecleando en la pantalla. Susan tragó saliva y esbozó una sonrisa temblorosa.

—Voy a pedirle a Ronda que busque camisetas de su talla. Vaqueros no tenemos, pero, tal vez…

—No será necesario, Susan —dijo Cian, sin dejar de teclear y sin levantar la cabeza—. Tenemos mesa en el Transferent y llegamos tarde. Envuelve toda la ropa y zapatos que se ha probado Enya. Añade lencería, un par de pijamas y un bolso a juego con el vestido que lleva.

Susan asintió y llamó a Ronda para que le ayudase.

—Cian —le llamé, pero este seguía ocupado con el teléfono—. Cian —insistí, hablando más alto.

Cian levantó su mirada hacia mí y guardó su teléfono en el bolsillo derecho de sus pantalones de traje. Cruzó sus piernas y cogió la copa que había dejado en la mesita que se encontraba a su lado derecho.

—Corre de mi cuenta —dijo, antes de que pronunciara una sola palabra—. Considéralo una disculpa por lo ocurrido.

Crucé mis brazos, sin saber muy bien qué decir.

—Te lo agradezco, pero no es necesario. Los accidentes ocurren, no ha sido culpa de nadie. —No necesitaba que Cian se hiciera cargo de la ropa. Bastante había hecho por mí ya desde que había llegado—. Además, debe de ser muy cara. —Por no decir que, seguramente, no iba a tener la ocasión de utilizar la mayor parte de las prendas que me había probado—. ¿Por qué no vamos a un centro comercial? —sugerí.

Cian dio un trago a su copa, terminando el contenido. La dejó sobre la mesa y se levantó.

—No tenemos tiempo, Enya. Tenemos una reserva a las siete y media y son las siete y diez. Odio llegar tarde, es una falta de respeto. —Abrí la boca para seguir insistiendo, pero Cian habló antes de que yo pudiera hacerlo—. Vamos. —Me hizo un gesto con la mano para que le siguiese.

—Tengo que cambiarme —le dije, señalando el probador. Y, sobre todo, tenía que quitarme las sandalias plateadas que Susan había escogido para mí. No tenían mucho tacón, por lo que no corría riesgo de caerme, pero no tenía la sensación de que fueran demasiado cómodas.

Cian arqueó una ceja.

—El restaurante tiene un protocolo de vestimenta. Y, como te he dicho, vamos tarde. —A pesar de que su tono de voz era tranquilo, pude percibir cierta irritación en él—. Así vas perfecta.

Sabiendo que discutir con Cian no me iba a llevar a ninguna parte, moví mi cabeza en un asentimiento como respuesta, derrotada. Susan apareció un segundo más tarde, con unas tijeras en su mano con las que cortó la etiqueta. Susan me entregó un bolso y una americana negra para que me pusiese por encima. Allí adentro hacia calor, así que la llevé en la mano.

Para cuando fui a la caja, los dos guardias de seguridad cargaban varias bolsas y se dirigían con ellas al exterior. Cian estaba pasando su tarjeta por el datáfono. La dependienta, una chica joven y rubia, tenía su mirada fija en el suelo, aparentemente incómoda.

—Vamos, Enya —me dijo Cian cuando terminó de pagar.

Caminé junto a Cian hasta la salida, pero cuando estábamos a punto de cruzar la puerta, me detuve. Cian ladeó la cabeza hacia mí, arqueando una ceja en gesto interrogante.

—Se me ha olvidado la ropa en el probador —. Fui a darme la vuelta, pero Cian me detuvo.

—No te preocupes por eso. Susan ya se ha encargado.

—De acuerdo.

En cuanto salimos a la calle, sentí cómo Cian se tensaba a mi lado. Mi cintura fue rodeada por su brazo mientras su mirada estaba fija en una limusina negra parada en la acera. Dos hombres jóvenes estaban apoyados en la carrocería y en cuanto vieron a Cian, se irguieron. Uno de ellos abrió la puerta de detrás y de ella salió un hombre a finales de sus cincuenta, vestido de traje y con una barriga prominente.

Cian masculló unas palabras que no entendí. Miró hacia nuestro coche y el chofer, que se encontraba fuera esperándonos, comenzó a caminar hacia nosotros.

—Acompaña a Enya al coche —le ordenó cuando llegó a nuestro nivel. El hombre asintió—. Adelántate Enya, ahora mismo voy.

—¿Va todo bien? —pregunté con preocupación. Miré hacia el hombre de traje, quien nos observaba de pie junto a su limusina, esperando a que Cian se acercase a él.

—Sí, es solo trabajo —me respondió Cian en tono tranquilo. Su cuerpo se mostraba relajado ahora y tenía esa expresión imperturbable en su rostro. Sin embargo, tuve la sensación de que algo no iba del todo bien.

—Señorita. —El chofer hizo un gesto para que le acompañase.

Miré a Cian por última vez y después, caminé junto al chofer hasta el vehículo. Estaba a punto de ponerme el cinturón de seguridad, cuando me di cuenta de que había perdido la americana. Seguramente, se me había caído en medio de la acera. Abrí la puerta para ir a recogerla.

—¿Adónde va, señorita? —preguntó el chofer, que estaba sentado en el asiento del conductor.

No le respondí, preocupada como estaba de que alguien pisase la americana. Aunque, lo cierto era que, parecía ser una zona bastante solitaria. En rápidos pasos llegué hasta el lugar donde se me había caído la americana. Con un suspiro de alivio, la recogí, sacudiéndola con suavidad para quitarle la suciedad. Solo faltaba que se estropease ante de usarla.

Iba a regresar al coche cuando una voz llamó mi atención.

—No me toques las pelotas, Cian —Ladeé la cabeza para ver al hombre de traje mirar con furia a mi hermano, quien me estaba dando la espalda—. Esa jodida disputa entre Arlan y tú se os está escapando de las manos. Hasta para nosotros hay líneas que no debemos cruzar —Su voz se alzó varios tonos.

—No tenías tantos reparos cuando aceptaste mi dinero y mi ayuda para que solucionase ese pequeño problema tuyo—respondió Cian, con un tono de voz mortal que erizó los pelos de mi brazo. Uno que nunca antes le había escuchado. Uno que nunca había escuchado a nadie.

Una mano tocando mi hombro hizo que pegara un pequeño brinco, aunque me puse la mano en la boca y evite llamar la atención. El chofer se encontraba a mi lado.

—Señorita, ¿está todo bien? —preguntó. A pesar de la sonrisa amable que curvaba en sus labios, pude ver que sus ojos se tensaron con preocupación en el instante en el que miró hacia donde se encontraba Cian.

Ambos hombres habían bajado la voz, pero seguían absortos en su conversación ajenos a nuestra presencia.

—Sí, solamente se me había caído la americana y venido a recogerla, no quería que sufriese ningún daño —dije, sintiéndome inexplicablemente nerviosa.

El hombre asintió y me acompañó de nuevo hacia el vehículo.

El restaurante al que Cian me llevó era un bonito local en la calle principal de la ciudad. Demasiado lujoso para mí, que no estaba acostumbrada a comer en lugares como aquel. Desde que puse un pie en el interior, fui consciente de que, por mucho que llevase un vestido sofisticado, no encajaba allí. Los comensales no eran de mi escala social, se notaba en esa manera engreída de relacionarse que poseen las personas que tienen la vida solucionada.

El *maître* se acercó a nosotros y nos saludó con educación. Cogió mi bolso y nuestras chaquetas y se las entregó a una camarera. No nos preguntó el nombre, ni buscó nuestra reserva en el enorme libro que decoraba el atril. Se limitó a llevarnos por las escaleras de madera al piso de arriba hacia una mesa frente a unos grandes ventanales. La mesa, decorada con un mantel blanco y cubiertos para dos, estaba separada del resto por un biombo.

—Ahora les traigo la carta.

—No será necesario —le cortó Cian—. Lo de siempre para dos —dijo, a la vez que retiraba mi silla para que me sentase. Me pareció un gesto muy caballeroso.

El hombre asintió, marchándose y dejándonos solos.

—¿Vienes muy a menudo? —le pregunté a Cian con curiosidad—. El camarero parecía conocerte.

—Mucha gente me conoce, Enya.

—¿Eres famoso o algo así? ¡Va a resultar que eres una celebridad y no lo sabía! —bromeé.

Cian no se rio, se limitó a mirarme con expresión seria.

—No es necesario ser una celebridad para que las personas te conozcan y respeten.

—No, supongo que no —musité, sin entender a qué venían esas palabras, ya que tan solo estaba haciendo una broma. Aunque, mira que pensar que Cian podía tener sentido del humor—. No has respondido a mi pregunta —le recordé, en un intento por sacar algún tema de conversación.

Cian suspiró.

—Haces demasiadas preguntas.

Me encogí de hombros. ¿Desde cuándo eso era algo malo? Aunque, por supuesto que para él lo era.

—Y tú te repites mucho.

Cian entrecerró los ojos.

—Sí, Enya, vengo a menudo.

Sonreí, tomándome aquella respuesta como una pequeña victoria e ignoré por completo el tono de cansancio en su voz. Tenía la sensación de que, independientemente de que había temas de los que no quería hablar hasta que viese a Connor, Cian era una persona a la que no le gustaba

mucho responder a preguntas sobre sí mismo. Podía parecer absurdo, pero eso no conseguía más que aumentar mi curiosidad.

—¿Y siempre pides esta mesa? —inquirí, recordando la breve conversación que había mantenido con el *maître*.

—Sí.

—¿Por qué?

Cian negó con la cabeza, pero esa debía de ser mi noche de suerte, porque, así todo, respondió.

—Porque es la que mejor vistas tiene y porque está separada del resto, proporcionando privacidad.

En eso tenía razón. Desde esa mesa no podían verse el resto de comensales ni ellos podían vernos a nosotros. Apenas se escuchaban los murmullos de las conversaciones que estaban teniendo lugar en el resto de mesas de esa planta. Era idónea para una cita.

Hasta ese momento ni siquiera me había planteado la posibilidad de que Cian tuviese citas, lo cual era absurdo. Cian era un chico atractivo y joven, no sería de extrañar que fuera exitoso entre las mujeres. No pude evitar preguntarme cómo sería una cita con él. Parecía educado, pero sin llegar a ser demasiado galán. También tenía ese aire distante que le hacía parecer desinteresado. Estaba convencida de que él no era de los que llamaba primero; no, parecía demasiado orgulloso para eso.

¿Sería de los que besaba en la primera cita? ¿O quizá prefería que la mujer tomase la iniciativa? ¿Sus besos serían tiernos y dulces o abrasadores y apasionados, de esos que te dejan sin aliento?

—Enya —la voz de Cian me sacó de mi ensoñación y me di cuenta de que me había perdido en mis pensamientos—, ¿me estás escuchando? —Me pareció percibir cierta molestia en sus palabras, lo que no tenía ningún sentido, ya que la mayor parte de las veces Cian ni siquiera me hablaba.

—Seguro que a ellas les encanta que les traigas aquí. —Las palabras se escaparon de mis labios antes de darme cuenta.

—¿Cómo dices? —preguntó, enarcando una ceja.

Por suerte, un camarero apareció con una botella de vino blanco y una botella de agua. Mientras Cian probaba el vino, aproveché para intentar enmendar el error que acababa de cometer. Había pensado en voz alta. Yo no decía cosas tan inapropiadas, ¿qué narices me pasaba?

—Perdón, he sido grosera —me disculpé, sintiéndome avergonzada—. Lo que quería decir es que es un bonito lugar para traer a tu cita.

Me arrepentí de haber pronunciado esa frase en el instante en el que Cian me miró fijamente con una intensidad que me hizo encogerme en mi asiento. Un destello de una emoción que no reconocí brilló en sus ojos y su rostro adquirió una expresión indescifrable, haciendo que fuera imposible para mí saber si mi comentario le había molestado o no.

—No llevo a mis citas a cenar —dijo finalmente, cogiendo la copa de vino para darle un sorbo.

—¿Ah, no? ¿Y adónde las sueles llevar?

—¿Me lo estás preguntando en serio? —Sus labios se curvaron en una sonrisa maliciosa.

—Sí —le contesté—. No hace falta que me respondas si no quieres —traté de mantener mi tono de voz neutral, aunque, en el fondo, sabía que me iba a sentir un poco decepcionada si él evitaba mi pregunta—. No he tenido muchas citas en mi vida, pero en casi todas ha habido una

cena. No en un lugar como este, claro.

—A la habitación de un hotel, Enya —respondió Cian, como si fuera obvio—. ¿Para qué voy a invitar a una mujer a cenar cuando puedo follarla durante toda la noche? Eso sería una pérdida de tiempo para ambos.

Ese fue mi turno de coger mi copa. No era muy fan del vino blanco, pero bebí toda la copa antes de ser consciente de que lo estaba haciendo.

—Mi mejor amiga Bindi estaría de acuerdo contigo —dije, cuando logré recuperarme de sus palabras. Porque, definitivamente, aquella no era la respuesta que había esperado.

—Pero tú no —señaló Cian, mirándome con diversión.

—No —reconocí, aclarando mi garganta—. Seguramente, te parecerá ridículo, pero para dar un paso más allá con un chico, necesito tener una conexión antes. —Y esa era la razón por la que seguía virgen a mis veinte años, aunque eso no se lo dije.

Todo atisbo de burla había desaparecido del rostro de Cian y volvía a observarme con esa intensidad con la que lo había hecho unos minutos antes, como si estuviese mirando en todos los rincones de mi alma en busca de algo. ¿Qué era ese algo que buscaba? No tenía ni la menor idea.

—No me parece ridículo.

—Pero no lo compartes —me aventuré a apuntar.

—No.

Cian alzó su copa y le dio un trago. Permanecí en silencio, esperando a que añadiese algo más, pero él no lo hizo. Así era Cian, tan pronto parecía estar cómodo hablando de un tema, como de repente lo daba por finalizado. Cuándo él quería y cómo él quería.

Por fortuna, el camarero apareció en ese momento con dos platos de ensalada. Le di una sonrisa de agradecimiento al camarero antes de que se marchase. Iba a coger el tenedor cuando Cian me detuvo con sus palabras.

—Ponte la servilleta. —Parpadeé, confusa, creyendo que no le había escuchado bien. Cian señaló la servilleta y después, a mí—. No querrás mancharte el vestido, ¿verdad?

Me reí, negando con la cabeza.

—No te preocup…

—Enya, la servilleta —me interrumpió.

¿Quién se creía qué era, mi padre? Cian me miró, desafiándome a replicar. Podía ver en su rostro que no estaba dispuesto a dejarlo pasar y yo no tenía ganas de discutir con él. No otra vez y no por algo tan absurdo como eso. Cogí la servilleta y me la coloqué extendida encima de mis muslos.

Cian hizo un gesto con su barbilla, complacido y yo agarré el tenedor con tanta fuerza que, por un instante, pensé que llegaría a doblarlo. Reprimiendo los impulsos de clavar el tenedor en otro lugar, pinché un trozo de queso de cabra, llevándomelo a la boca. Mastiqué despacio mientras el silencio se apoderaba del ambiente.

—Gracias por la ropa —agradecí de nuevo—. De verdad que no hacía falta que te hicieras cargo de todos los gastos. —Aunque no había podido ver los precios, sabía que había sido una cantidad desorbitada.

—Ya te lo he dicho, ha sido fallo de Noreen. Lo menos que puedo hacer por ti es comprarte nueva ropa.

Ambos sabíamos que una sola prenda de ropa que Cian me había comprado costaba más que toda la maleta que había traído.

—Aun así. Ha sido un accidente —sentí la necesidad de defender al ama de llaves—. No le eches la culpa a Noreen, Cian —le pedí.

Cian sonrió.

—¿Acaso crees qué soy un monstruo?

—No. —Mi respuesta era honesta—. Un monstruo jamás hubiera hecho todo lo que estaba en su mano para cumplir la última voluntad de su padre, ni me hubiera acogido en su casa. Pero sí que creo que eres un poco estricto con tus empleados.

Cian no pareció tomarse a mal mi comentario.

—Es necesario ser autoritario y establecer límites para que te respeten.

—No hay nada para que te respeten como la confianza —repliqué. Mi experiencia laboral era limitada y nunca había tenido a nadie trabajando para mí, pero si tus empleados te tenían aprecio, nunca te fallarían.

—Es importante, pero no es suficiente.

A pesar de que no estaba de acuerdo con él, no repliqué.

—Aunque sea, déjame pagar la cena. —Tenía la sensación de que iba a costar el equivalente a tres meses de sueldo en la biblioteca, pero me sentía mal no habiendo pagado nada desde que había llegado.

—No tienes que pagar nada, Enya —dijo Cian, llevándose a la boca un trozo de nuez.

—No quiero que pienses que soy una aprovechada.

Cian arrugó el ceño.

—¿Por qué iba a pensar eso?

Suspiré, mientras dejaba el tenedor sobre el plato.

—Sullivan me dio a entender que nuestro padre tenía mucho dinero. Él creía que yo busco mi parte de la herencia. No quiero nada, Cian.

Cian no pareció sorprendido por mi confesión. Quizá Sullivan ya le había trasladado sus dudas hacia mis intenciones anteriormente o quizá, él también lo creía.

—No puedes rechazar tu herencia, Enya. Debes aceptar aquello que te pertenece.

—Solo estoy interesada en aquello que me gane por mí misma.

Cian me miró con algo parecido al ¿respeto? Fue tan fugaz, que no estaba segura.

—Sullivan no debió de acusarte de interesada.

—No me molestó. Bueno, en realidad, sí —reconocí—. Pero puedo entenderlo, él no me conoce. Supongo que intenta protegerte.

—Sé protegerme solo. —Cian no disfrazó la molestia en su voz.

—¿Os criasteis juntos? —pregunté, sintiendo curiosidad por la relación entre ambos. Sullivan apenas me había hablado sobre Cian y ellos parecían estar muy unidos.

—No, pero hemos crecido juntos —dijo, a la vez que se llevaba el tenedor hacia la boca.

—La verdad es que, a pesar de su acusación, me lo pasé bien —le conté, aunque Cian no me había preguntado—. Me llevó a al *pub* del pueblo. —No sabía su nombre, de hecho, no recordaba haber visto ningún letrero con el nombre, tal y como era habitual en la mayor parte de los bares—. Fue divertido. Me vino bien salir. ¿Quizá podamos ir juntos otra noche?

Cian masticó lentamente el tomate que se había llevado a la boca un segundo antes y después, dejó el tenedor sobre el plato vacío.

—Estoy ocupado. Tengo cosas más importas que hacer que salir de fiesta.

A pesar de que apenas conocía a Cian, tuve la sensación de que no había tenido demasiado tiempo de ocio a lo largo de su vida.

—Todo el mundo tiene que divertirse de vez en cuando. —No tenía por qué ser saliendo de fiesta, había muchas más maneras de pasárselo bien—. No todo puede ser trabajo, Cian.

—No todo el mundo puede permitirse divertirse, Enya. No cuando hay personas que están

esperando el mínimo fallo para arrebatarte lo que has logrado con mucho esfuerzo. Y menos cuando aún te queda mucho por conseguir.

Detrás de aquellas palabras duras pude ver un sufrimiento que encogió mi corazón. No sabía qué había pasado, pero, en ese instante, me di cuenta de que la vida de lujos de Cian no era tan reluciente como aparentaba. Había una historia detrás, una que esperaba descubrir pronto.

El camarero regresó con unos platos de un pescado que no reconocí.

—Está buenísimo —dije en cuanto lo probé—. Tengo que admitir que el menú ha sido todo un acierto.

—Yo nunca me equivoco. —Pese a que la expresión de Cian era seria, sus labios se curvaron ligeramente. Él estaba bromeando.

Me reí suavemente y me llevé otro trozo de pescado a la boca.

—¿Qué has estudiado? —le pregunté con curiosidad. A pesar de que no me lo había preguntado nunca, por lo que me había contado a lo que se dedicaba, imaginaba que se había graduado en empresariales. Ciertamente, pensándolo, era una carrera que le pegaba.

—No he ido a la universidad —respondió Cian, sorprendiéndome—. No tuve tiempo —dijo y antes de que pudiese hacer otra pregunta, él habló de nuevo: —¿Y tú?

—Ingeniería industrial. Estoy en mi segundo año.

Cian me miró durante unos segundos, entrecerrando los ojos.

—¿Te gusta?

De todas las preguntas que podía haberme hecho, esa era la que menos me esperaba. Intuía que su repentino interés hacia mí estaba relacionado con evitar mis interrogatorios, pero, al menos, estaba poniendo de su parte para que pudiésemos mantener una conversación fluida. Eso era todo un avance viniendo de Cian.

—Sí, supongo que ¿sí?

Cian arqueó una ceja mientras le daba un sorbo a su copa de vino.

—¿Me lo estás afirmando o me lo estás preguntando?

Un suspiro brotó de mis labios a la vez que me pasaba una mano por mi cabello.

—Afirmando —contesté, aunque Cian estaba en lo cierto—. Si te soy completamente honesta, no lo sé. —Había evitado hablar de ese tema con Bindi, incluso había evitado pensarlo —. Es lo que mi abuelo había estudiado y él esperaba que yo siguiese sus pasos. Cuando me aceptaron en la universidad, él ya estaba muy enfermo, pero, así todo, se levantó de la cama e hizo un esfuerzo por salir conmigo a comer y celebrarlo. Él estaba radiante. —Hice una pausa, conteniendo las lágrimas que se arremolinaban en mis ojos—. Supongo que siento que es mi deber como nieta.

—Entiendo la sensación —dijo Cian.

Mis notas eran excelentes y me esforzaba al máximo en cada una de las asignaturas. Sin embargo, lo hacía de manera mecánica. Lo veía como una obligación, algo qué tenía que hacer. Los primeros meses ni siquiera había pensado en ello, no hasta que había comenzado a prestar atención a la forma tan entusiasta en la que Bindi me hablaba de sus clases, cómo se emocionaba cada vez que tenía que hacer un trabajo.

Bindi había querido ser diseñadora de moda desde que tuvo uso de razón y ella amaba su futura profesión. Sin embargo, yo no tenía esa devoción por la ingeniería.

—No todo el mundo tiene que tener pasión por lo que estudia, ¿no? —pregunté, pensando en alto, con la mirada fija en mi plato. Eso no tenía por qué ser algo malo.

—Todos los hijos heredamos los pecados de nuestros padres, pero deberías seguir tu propio camino.

Solté el tenedor y miré a Cian al escuchar sus palabras.

—¿Sigues tu consejo o el camino que nuestro padre te marcó?

Por un instante, estuve segura de que Cian no iba a contestarme. Era una pregunta que estaba relacionada con nuestro padre y nunca respondía a esas preguntas.

—El camino que mi padre me marcó es el camino que quiero seguir —contestó, sorprendiéndome—. Nací para ello. Hasta el último átomo de mi cuerpo lo siente así. Hago aquello que debo hacer, pero que, sobre todo, deseo hacer.

Me llevé otro trozo de pescado a la boca, pensativa. La pasión que Cian acababa de transmitirme con sus palabras era la misma que veía en Bindi cada vez que llegaba a casa después de la universidad. También era la que había visto en mi abuelo cuando me recogía de la escuela y me contaba cómo había sido su día en el trabajo.

Maldita sea, me estaba engañando a mí misma. Así era cómo debería ser.

—¿Has pensado en tomar el año libre? —me preguntó Cian, devolviéndome a la realidad.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Cian alzó sus hombros.

—Pareces confundida —dijo, mientras se llevaba otro pedazo de pescado a la boca—. Es lo que hace la gente cuando no tiene claro lo que quiere hacer.

Nunca había pensado en tomarme un año sabático. Detener mi vida durante doce meses para poder reflexionar sobre lo que quería hacer en un futuro. Recordé que un par de chicas de mi clase de secundaria lo habían hecho cuando habíamos terminado el instituto.

No quería decepcionar a mi abuelo, pero seguir estudiando ingeniería solamente porque era lo que él deseaba, no era lo correcto. No quería decepcionarlo, pero a él tampoco le gustaría que yo no fuera feliz.

Cian estaba en lo cierto: tenía que seguir mi propio camino.

—Hace unos días te hubiese dicho que no —dije, agarrando el tenedor y partiendo un trozo de pescado—, pero este viaje me ha ayudado a plantearme las cosas. —Me sentía más aventurera. Lo cierto era que, aparte de Bindi, ya no había nada que me atara a Australia—. Voy a pensármelo. —Me llevé el tenedor a los labios y mastiqué lentamente el pescado, mientras reflexionaba en ello—. El año pasado colaboré en una ONG de ayuda humanitaria. He visto que tienen un proyecto de cooperación en África y están buscando voluntarios para ir seis meses. A lo mejor, puedo hacerlo.

Cian agarró su copa y le dio un sorbo.

—Es una buena idea —me animó Cian—. Aunque también puedes quedarte en Irlanda si quieres. Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para ti, Enya.

—¿Quieres qué me quede un año?

—Un año, seis meses… —Cian se encogió de hombros—. Puedes quedarte el tiempo que quieras. Aún te queda mucha familia por conocer. —Apoyó su mano sobre la mesa y sus dedos tamborilearon sobre el mantel—. Incluso podrías combinar tu estancia aquí con el proyecto de cooperación.

—No lo sé… —musité, mordiendo mi labio inferior. Pero, lo cierto era que, la idea de quedarme durante una temporada en Irlanda no sonaba nada mal. Además de tomarme un tiempo para poder pensar en qué quería hacer en el futuro, podría conocer a mi familia paterna; recuperar todos esos años que no había estado junto a ellos. Y también podría estar junto a Cian.

—Piénsatelo —dijo Cian—. No tienes por qué decidirlo ahora.

Asentí.

—Gracias. Es un gesto muy amable por tu parte. —A pesar de que se mostraba distante la

mayor parte de las ocasiones, en el fondo, Cian era un encanto. Se estaba portando tan bien conmigo cuando no tenía por qué hacerlo. No todo el mundo tenía tan buen corazón.

Cian me sonrió.

El camarero apareció con una carta en la mano.

—¿Puedo ofrecerle un postre? —El camarero tan solo me miró a mí.

—¿Tú no quieres? —le pregunté a Cian.

Este negó con la cabeza.

—No, pero tú pide lo que quieras, Enya.

Cogí la carta que me ofreció el camarero. Con lo golosa que era, la elección era bastante complicada, todos los postres me parecían igual de apetecibles.

—¿Cuál me recomiendas? —le pregunté al camarero.

El hombre dudó durante unos segundos antes de contestar, sus ojos vagando de Cian a mí.

—La especialidad de la casa es el *puding* de queso, pero personalmente prefiero la tarta de tres chocolates.

—Me fío de ti. —Sonreí y cerré la carta para entregársela al camarero—. Una tarta de tres chocolates.

—¿Tu abuelo no te enseñó a no confiar en los desconocidos? —me preguntó Cian cuando el camarero se alejó de nosotros.

—Por supuesto —respondí, un poco desconcertada por su pregunta—. Mi abuelo era un hombre muy desconfiado. —*Demasiado desconfiando*, pero esa última parte decidí guardármela para mí misma.

Cian suspiró.

—Y tú decidiste no hacerle ningún caso —dijo entre dientes.

¿Él estaba enfadado?

—Por el amor de Dios, Cian. Es solo un postre, no es como si fuese confiando en cualquiera.

—¿Tú crees? ¿Y si después de la tarta te invita a tomar algo, te irías con él?

Abrí los ojos, sin poder creer lo que acababa de decir. ¿Pero qué narices le pasaba? Entonces miré su rostro, la manera en la que sus labios formaban una fina línea y bajé mis ojos hasta sus manos, sus dedos estaban apretando el mantel con fuerza, arrugando la tela.

Definitivamente, estaba molesto. ¿Quizá era uno de esos *numeritos* de hermano protector qué había escuchado contar a mis compañeras de colegio? ¿Él temía que me pasase algo? Mi abuelo se había pasado toda su vida con miedo a que alguien me hiciese daño, como si en algún momento pudiesen arrebatarme de sus brazos. Esperaba que con Cian no fuese de la misma forma.

—Agradezco tu preocupación por mí —traté de decir las palabras con la mayor suavidad posible, no queriendo comenzar una discusión, ya que sabía que, al igual que mi abuelo, las intenciones de Cian eran buenas—, pero no necesito que seas sobre protector conmigo. Soy una mujer adulta, no una niña. Puedo tomar mis propias decisiones.

—Confía en mí, Enya, soy consciente de que no eres una niña. —Cian cogió la copa y le dio un último trago. Sus ojos descendieron de mi rostro a mi pecho, quedándose más tiempo en esa zona de lo que debería, abrasando mi piel. ¿Me acababa de mirar el escote? No, no podía ser, tenía que haberlo imaginado.

El camarero apareció con mi tarta antes de que pudiese darle más vueltas al asunto.

Cualquier pensamiento que cruzase por mi mente se evaporó en cuanto la fusión de chocolates se derritió en mi boca. No sabía si existía el paraíso, pero si lo hacía, desde luego que estaría compuesto por chocolate.

—¿Seguro qué no quieres? —le pregunté a Cian, que me estaba mirando.

Cian negó con la cabeza.

—No me gusta el dulce.

—¿A quién no le gusta el dulce? —pregunté, abriendo los ojos, mientras me llevaba la cuchara a la boca—. A mí me encanta.

Cian sonrió.

—Es algo que no me sorprende.

Durante los siguientes minutos, me limité a saborear el postre. Era la mejor tarta de tres chocolates que había probado nunca. Desgraciadamente, la porción era pequeña y ya la había terminado. Aunque quedaba un poco pegado en la cuchara. Lamí el metal por ambos lados hasta dejarlo limpio. Y luego, como si fuese una niña pequeña, pasé el dedo por el plato para después metérmelo en la boca y pasar mi lengua por él, saboreando los últimos restos de chocolate.

Un profundo gruñido me sacó de mi universo de felicidad creado por las cantidades ingentes de azúcar.

Levanté la cabeza para mirar a Cian, que estaba tragando saliva compulsivamente. Sus ojos estaban fijos en los míos, siguiendo todos mis movimientos. Estaba inclinado ligeramente hacia delante, con el codo apoyado en la mesa y su barbilla descansando sobre la palma de su mano, parte de su rostro oculto por sus dedos.

Mierda. Cian era muy estricto con las normas y los protocolos. A pesar de que no podía leer su expresión, nunca podía hacerlo, era muy probable que él estuviera molesto conmigo por lo que acababa de hacer.

—Discúlpame. —Cuadré mis hombros y me acomodé en la silla, sentándome más correctamente—. Cuando hay chocolate de por medio, me olvido de todo.

—No te preocupes. —Su voz más ronca de lo normal, pero, sorprendentemente, no parecía enfadado. Echó su espalda hacia atrás y alzó su mano para señalar la esquina superior de mis labios—. Tienes chocolate ahí.

Saqué la lengua, pasándola cuidadosamente por los labios.

—¿Ya? —pregunté.

Cian inspiró y después, movió su cabeza en un asentimiento como respuesta.

—Deberías haber probado la tarta —le dije, apuntando hacia el plato vacío—. Estaba buenísima. Aunque no seas mucho de dulce, estoy segura de que la hubieses disfrutado.

—Oh, no te preocupes por eso, Enya. —Había una mezcla de satisfacción y travesura en su tono que no acabé de entender. Una lenta sonrisa curvó sus labios—. He disfrutado.

Antes de que pudiera responderle, el camarero se acercó a nosotros con la cuenta. Cian pagó sin tan siquiera molestarse en mirar el importe. Fui a levantarme de la silla, pero me detuve cuando Cian no hizo amago alguno de moverse.

—¿Vamos?

Cian sacó el móvil de su bolsillo y tecleó algo en él, para después, dejarlo boca abajo encima de la mesa.

—Vete yendo. —Cian se removió en la silla, parecía incómodo—. El coche está esperando frente al restaurante.

—¿No vienes? —pregunté, extrañada.

—No puedo levantarme en estos momentos. Necesito unos minutos.

Su pie golpeó el mío cuando estiró una de sus piernas.

—¿Se te ha subido la bola?

—Algo así —respondió con una media sonrisa.

—A mi abuelo le pasaba mucho, un masaje en el muslo le ayudaba. Aprendí a darlos. ¿Quieres que te ayude?

Me levanté con intención de rodear la mesa para ayudarlo. Sabía por experiencia que podía ser muy doloroso. Cian entrecerró los ojos, a la vez que negaba con la cabeza y su rostro se arrugaba por el dolor.

—No —dijo de manera brusca—. Vete yendo, Enya.

Un suspiro brotó de mis labios.

—Como quieras —dije, resignada. Tampoco podía obligarle—. Pero que sepas que podría quitarte el dolor en tres minutos. No es bueno ser tan orgulloso.

Me di la vuelta para dirigirme hacia la salida cuando le escuche decir: —Tal como estoy, con treinta segundos te bastaría.

Giré la cabeza para mirarle, pero él había centrado su atención en el teléfono. Los hombres y su orgullo, nunca se dejaban ayudar.

El trayecto a casa fue agradable. Mantuvimos una conversación fluida; en realidad, era yo hablando la mayor parte del tiempo, pero Cian me escuchó sin quitarme la mirada ni cortar las conversaciones. Por primera vez desde que había conocido a Cian, sentí que estaba comenzando a llegar a él.

—Gracias —le dije cuando llegamos a su casa—. Me lo he pasado muy bien. —Me puse de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Una emoción que identifiqué como asombro brilló en los ojos de Cian y después, una sonrisa se dibujó en sus labios. No como las que me daba habitualmente, sino *esa* sonrisa, la misma que había visto en el sueño.

—Tengo que ir a mi despacho a terminar unos asuntos de trabajo. Ten una buena noche.

Desapareció por el pasillo y yo subí las escaleras.

Entré en mi habitación con una estúpida sonrisa adornando mis labios, pensando que por fin estaba comenzando a tener esa familia que tanto había anhelado. Ahora ya no estaba sola, tenía un hermano que se me preocupaba por mí. Sin embargo, cuando me metí en la cama y la oscuridad se adueñó de la estancia, la imagen que se reprodujo en mi mente de Cian sentado en el sofá de cuero mientras me observaba con el vestido morado poco tenía de fraternal.

Capítulo 9

—Tú debes ser Enya. —Una voz femenina desconocida para mí provocó que abriese los ojos.

Estaba sentada en el banco de piedra en la propiedad de Cian disfrutando de un raro día soleado.

—Sí. ¿Y tú quién eres? —pregunté a la joven que se encontraba frente a mí con una sonrisa iluminando su rostro.

—Mi nombre es Nessa y he venido a librarte del aburrimiento.

—¿Librarme del aburrimiento?

La chica se sentó a mi lado. Su largo cabello negro, recogido en una coleta alta, se balanceaba de un lado para otro. Sus grandes ojos azules me miraron con simpatía.

—No me vas a decir que te estás divirtiendo mientras ves a los obreros trabajar. —Ella señaló con su dedo índice a los cuatro hombres que trabajan en la construcción del cobertizo. Aunque trabajar tal vez era una palabra demasiado grande para definir lo que estaban haciendo. Uno de ellos ponía cemento entre los ladrillos y los otros tres miraban.

—La verdad, que no estaba ni mirándolos. —Era la primera vez que les prestaba atención desde que había llegado—. Igual soy yo, pero no avanzan demasiado. Para mí que sigue igual que hace dos días. De hecho, hasta tengo la sensación de que las paredes son más bajas ahora. —A pesar de que tuve la delicadeza de bajar la voz y estábamos suficientemente alejadas de ellos, uno de los hombres ladeó la cabeza hacia nosotras y nos miró con el ceño fruncido. Aparté la mirada, avergonzada. Nessa, en cambio, le saludó con la mano y este negó con la cabeza, para acto seguido, decirle algo al oído a su compañero—. Qué vergüenza, nos ha escuchado.

—Eso parece, sí. —Nessa se tapó la boca con la mano para disimular una risa—. No te preocupes, son inofensivos.

—¿Los conoces? —le pregunté.

—No —respondió con rapidez.

—Y entonces, ¿cómo sabes que son inofensivos?

—En realidad, no lo sé —reconoció, girando su cuerpo hacia mí, pero evitó mirarme a la cara. Alzó su mano derecha y jugueteó con uno de los pendientes en forma de aro que llevaba puestos —. Soy la hija de Dugan, tengo carta blanca. Nadie se atreve a enfrentarse a su ira —bromeó.

—¿Dugan es padre? —pregunté con sorpresa. No debería parecerme extraño, ya que no conocía en absoluto a ese hombre. Sin embargo, me costaba imaginar que tuviera una familia. No veía a Dugan como un padre amoroso que pasase los domingos yendo al parque con su mujer y sus hijos. Él parecía más bien solitario.

—Y en partida doble —apuntó Nessa—. Tengo un hermano pequeño. Allí, dónde le ves, es un padre cariñoso. Gruñón, pero cariñoso. —Aunque Nessa estaba bromeando y la sonrisa seguía en su rostro, pude notar la seriedad en su tono de voz. No le había hecho gracia mi pregunta.

—Lo siento, no tiendo a juzgar a las personas sin conocerlas. No dudo que sea un magnífico padre. Y un buen esposo.

—Lo fue. —Hizo una pausa, se mordió el labio inferior y supe que había metido la pata hasta el fondo—. Mi madre falleció hace muchos años.

—Lo siento. Entiendo lo difícil que tiene que ser para ti. —Fui a estirar la mano para agarrar la de ella a modo de consuelo, pero me detuve a medio camino, temiendo que mi gesto no fuera

bien recibido. Aunque Nessa estaba siendo agradable conmigo, acababa de conocerla—. Yo ni siquiera tengo recuerdos de la mía.

—Yo recuerdo a la perfección a la mía —dijo Nessa—, y las promesas que le hice —susurró, pero estaba lo suficientemente cerca de ella para poder escucharla a la perfección. Con la mirada fija al frente, ella parecía perdida en sus recuerdos—. Bueno, ya está bien de hablar de cosas tristes. —Se levantó de un salto del banco y me hizo un gesto para que imitase sus acciones—. Hace una tarde estupenda para salir a pasear.

—¿Salir? ¿Adónde? —pregunté, levantándome.

—Al pueblo. Es un lugar pequeño, pero te aseguro que los lugareños hemos encontrado maneras de divertirnos. —Me guiñó un ojo.

Junté mis manos y entrelacé los dedos entre ellas.

—Te lo agradezco, Nessa, pero no sé si a Cian le parecerá bien. —Noreen me había informado de que estaría fuera la mayor parte del día y lo último que me apetecía era volver a discutir con él. No después de lo bien que habíamos estado el día anterior.

—¿Y haces todo lo que él quiere? —me preguntó Nessa con burla.

—No, pero… —La noche anterior había demostrado que era muy protector conmigo. No quería que se preocupase; sin embargo, tampoco me apetecía estar todo el día encerrada en casa esperando a que él tuviese un rato libre para acompañarme. Además, Nessa era la hija de Dugan, uno de los empleados de Cian, con quien parecía tener mucha confianza. Solamente sería una pequeña vuelta; estaría de regreso antes de que Cian volviese—. Tienes razón, me vendrá bien salir un poco. Voy a por mi bolso y vamos.

—Así me gusta. —Nessa me ofreció una gran sonrisa—. Te espero en el coche. Él mío es el verde. Aunque, en realidad, es el único que está ahora aparcado frente a la casa.

Nessa era una conversadora muy versátil. Podías hablar con ella de cualquier cosa. Desde política, hasta de un *reality* de cambio de imagen. Ella se mostraba entusiasmada y entregada con cualquier conversación. Y eso era un alivio para mí. No era una persona muy sociable, pero me sentía muy sola desde que había llegado.

—¿Bajas? —me preguntó Nessa, esperándome fuera de su coche.

Me había quedado como una tonta observando desde la ventanilla. Habíamos aparcado frente a lo que parecía ser la plaza principal. Un grupo de niños jugaban con una pelota que terminaba la mayor parte de las veces dentro de la fuente que decoraba el centro de la plaza. Aunque no tenían ningún reparo en meterse dentro y recuperar su balón, a pesar de terminar mojados.

Las madres, sentadas en los bancos de madera, hablaban animadamente con la despreocupación que da vivir en un pueblo pequeño, sabiendo que tus hijos están seguros. No parecía un mal lugar en el que vivir y criar a tus hijos.

—Voy.

Descendí del coche y desvié la mirada hacia lo que supuse que sería la calle principal. Es lo que tienen los pueblos pequeños, que todo está concentrado en la misma parte. Divisé una pequeña floristería con arreglos florales decorando su escaparate, pegada a una tienda de comida de animales.

—Al otro lado hay una cafetería donde hacen un batido de oreo que te mueres —me dijo Nessa—. ¿Te apetece? —preguntó.

—Nunca le digo que no a un batido —le respondí, entusiasmada.

Hacía una tarde preciosa, aunque hubiese aceptado un batido o un helado a menos cinco

grados. Seguí a Nessa mientras continuaba deleitándome con la arquitectura antigua de los edificios. La mayor parte eran de piedra, de máximo dos plantas. Observé las puertas, cada una de diferente color, algo que me llamó mucho la atención. Cruzamos la carretera por un paso de cebra, aunque no circulaba ningún coche en ese momento. Dos ancianas, cada una de ellas con un carrito de la compra, se cruzaron con nosotras saludando a Nessa, pero lanzándome una mirada de desprecio.

—Y luego dicen que los pueblerinos son personas abiertas y amables —murmuré, pero Nessa me escuchó.

—No hagas ni caso —me dijo, colocando una mano en mi hombro—. Son dos chismosas.

Suspiré, moviendo mi cabeza de un lado a otro.

—No es solo por ellas. Tengo la sensación de que no soy bienvenida. El otro día, estuve en el *pub* y los clientes me miraron mal. —Volví a recordar el odio en los ojos de ese hombre.

Nessa abrió la boca, pero no llegó a decir nada, porque fue interrumpida por un chico.

—¡Nessa! —gritó.

—Él es mi hermano —me explicó Nessa antes de girarse hacia él.

Observé al chico. Aunque tan solo era un adolescente de no más de catorce o quince años, ya era unos cuantos centímetros más alto que yo. Tenía el cabello negro, ligeramente ondulado y los mismos ojos azules que Nessa. El parecido entre ambos era más que evidente.

—¿Qué estás haciendo con *esa*? —preguntó, poniendo un mohín de desagrado y señalándome con su barbilla. Me fijé en el chico que estaba a su lado, que tendría una edad parecida, quien me miró con el ceño fruncido.

En serio, ¿qué les pasaba a todos en ese pueblo? Al final, iba a resultar que Cian iba a ser el más simpático de todos.

—Estás siendo maleducado —le regañó Nessa con dulzura. Ella no parecía sorprendida con la reacción de su hermano; más bien, comprensiva—. *Esa* tiene un nombre, se llama Enya —dijo, apuntando hacia mí con su dedo índice—. Enya, este es Declan, el insoportable de mi hermano menor.

—Encantada, supongo. —Forcé una sonrisa, sin saber cómo actuar. Sabía que tan solo eran adolescentes, pero no entendía por qué en ese pueblo eran tan antipáticos conmigo. Ni siquiera me conocían—. Vivís en un precioso pueblo. Por lo poco que he visto, me parece una maravilla.

—Nessa, respóndeme —exigió su hermano sin mirarme.

El otro joven me lanzó una mirada de desagrado que me dejó congelada. ¿Pero qué era lo que le había hecho a esa gente?

—Declan —la expresión de Nessa se endureció—, papá no va a estar contento cuando se entere de que tratas de esta manera a la invitada de Cian. No os sorprendáis ninguno de los dos si recibís un castigo por ello.

El chico que me estaba mirando tragó saliva y su rostro mudó de furia a preocupación. Declan se pasó una mano por el pelo, luciendo repentinamente nervioso.

No podía culparles, lo cierto era que Dugan imponía un poco.

—Yo no voy a decir nada —dije, en un intento por aligerar la tensión. Habían sido desagradables conmigo, pero, al fin y al cabo, solo eran unos críos—. No voy a causarte problemas con tu padre.

Declan giró la cabeza para mirarme.

—A mi padre le gustas tan poco como a mí. Nadie de este pueblo te quiere por aquí —escupió con rabia.

Me quedé muda. Nunca antes nadie me había hablado de esa manera, con tanto odio. Podía

ser solo un adolescente y los adolescentes decían muchas tonterías, pero aquello me hizo sentir mal.

—Mierda, D —le dijo su amigo, dándole un codazo—, nos vas a meter en un gran problema —. Vámonos —ordenó, tirando del brazo de Declan.

Nessa miraba a su hermano con la estupefacción bañando sus facciones. Estaba tan sorprendida que para cuando reaccionó, su hermano y el amigo de este ya habían desaparecido.

—No me puedo creer que te haya hablado de esa manera. Lo siento mucho.

—No importa —dije y aunque traté de mantener un tono de voz neutral, el temblor de mi labio inferior me delató. Cian era la única familia que me quedaba, aquella con la que tanto había soñado y tenía tanto miedo al rechazo, a quedarme sola de nuevo, que hasta la cosa más pequeña me afectaba—. En realidad, no está tan equivocado. A tu padre no creo que le caiga muy bien. En la casa nadie me habla a no ser que no les quede otra. —Incluso Noreen se mostraba distante conmigo la mayor parte del tiempo—. Pensaba que era porque mi hermano es muy estricto con el servicio, pero estoy empezando a pensar que es personal.

Nessa enredó su brazo con el mío y comenzó a andar.

—A mi padre no le cae bien nadie que no sean sus hijos. Y a veces, no le caemos bien ni nosotros —bromeó—. En este pueblo son todos muy territoriales, Enya. Nos conocemos desde hace años, casi todos estamos relacionados de una manera u otra. A la gente de por aquí le cuesta aceptar a los nuevos, pero te aseguro que cuando lo hacen, son las personas más leales que vas a conocer nunca.

Eso esperaba, porque la idea de quedarme un tiempo en Irlanda estaba empezando a tomar cada vez más fuerza en mi cabeza.

—Es el mejor batido de oreo que he tomado en mi vida —dije, tocándome la tripa.

Nessa, a mi lado, sorbía por su pajita. A ella aún le quedaba la mitad del batido. Estábamos sentadas en una de las mesas de la terraza de la cafetería. Desde allí, se podía ver la iglesia del pueblo. El reloj de la torre marcaba las siete y diez de la tarde. Las cinco y diez de la mañana en Melbourne. Demasiado pronto para llamar Bindi, aunque no podía hacerlo, ya que… Me interrumpí a mí misma al darme cuenta de que en el pueblo sí que debería tener cobertura. Recordé que había visto a varias personas con el móvil en la mano.

Busqué en mi bolso mi teléfono para darme cuenta de que no lo tenía. Estaba completamente segura de que lo había metido allí la noche anterior. Por lo visto me había equivocado.

—¿Buscas algo? —me preguntó Nessa.

—Sí, mi móvil. Pensaba que lo llevaba en el bolso.

—Si necesitas llamar a alguien, puedes usar mi móvil —me ofreció Nessa, sacando su *smartphone* del bolso y dejándolo en mitad de la mesa.

—Quería llamar a mi mejor amiga, pero tal vez es un poco pronto en Melbourne. Aunque, ahora que lo pienso… —Me callé, mordiendo mi pajita—. Bindi debe seguir con sus padres en Bali. ¿Qué hora es allí? —le pregunté a Nessa.

Ella se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Nunca he salido de Irlanda. —Nessa cogió su móvil y tecleó en él —. La una y cuarto de la madrugada.

—Conociéndola, aún no se habrá acostado.

Nessa desbloqueó la pantalla de móvil y me lo entregó. Por suerte, mi abuelo me había obligado a memorizar su número de teléfono y el de Bindi cuando era más joven. Él decía que no

podía depender de la tecnología. A mi abuelo le preocupaba que si necesitaba ayuda, mi móvil estuviese sin batería y no pudiese ponerme en contacto con él.

Tecleé el número de teléfono de Bindi con nerviosismo. Tenía tanto que contarle… Aunque me conformaba con escuchar su voz. Sonó varios timbres, pero ella no lo cogió. Esperé a que la llamada se colgase para volver a llamar. Al ser un número desconocido para ella, seguramente pensaría que quería venderle algo. No fue hasta la cuarta vez cuando me cogió al segundo timbre.

—Seas quien seas, has elegido el peor momento para llamarme. Estoy muy contenta con mi compañía de teléfono. Adiós.

—Espera… No cuelgues —pedí, desesperada.

—¿Enya, eres tú?

—La misma.

—Dame un segundo. —Escuché el sonido como de un colchón y sabanas siendo movidas. Tal vez sí que estaba en la cama.

—Nena, ¿adónde vas? —La voz ronca de un hombre se filtró por la otra línea.

Bindi dijo algo, pero no la entendí, ya que alejo el móvil. La escuché moviéndose y la línea se quedó en silencio. Fui a hablar a Nessa, pero esta se había levantado de la mesa y estaba conversando animadamente con una chica en la puerta de la cafetería. Me había dejado intimidad para hablar con mi amiga a solas.

—Mierda, Enya. Estaba preocupadísima por ti —me dijo Bindi unos minutos después.

—Para estar preocupada, parecía que te lo estabas pasando muy bien —bromeé—. Siento la interrupción.

Bindi resopló.

—La verdad, es que me has hecho un favor. Es un desastre en la cama. Acabábamos de empezar y ya quería marcharme. Me has dado la excusa perfecta. —Escuché el sonido de una puerta cerrándose.

Una risa se escapó de mis labios a la vez que negaba con la cabeza.

—¿Dónde estás?

—Sentada en el porche de la casa de un casi desconocido. —Se rio—. Oye, ¿qué es eso de que no tienes cobertura en la casa de tu hermano?

—Que no la tengo. —Suspiré—. Vive en una mansión en medio de la nada. Pero hay un pueblo cerca y es donde estoy.

—¿Me estás llamando desde su número?

—En realidad, desde el de Nessa. —Antes de que Bindi me preguntara quién era, le expliqué: —Es la hija de uno de los trabajadores de mi hermano.

—Imagino que no has leído ninguno de mis *emails*, ni de mis mensajes.

—La verdad es que no.

—¿Ha regresado el abogado? ¿Ya sabes por qué has vivido en Australia con tu abuelo cuando tenías una familia en Irlanda?

—Aún no —le respondí, antes de que pudiera hacerme otra pregunta más que no iba a saber cómo contestar—. Mi hermano no quiere contarme nada. Mi padre dejó una carta en el testamento explicándomelo todo, él pidió expresamente a Cian que se asegurase que yo leía la carta antes de que nadie me envenenase con otras versiones. Y él está decidido a no darme ninguna pista. No puedo juzgarle por querer llevar a cabo la última voluntad de nuestro padre.

—Vaya mierda, estoy superintrigada.

—Pues imagínate yo.

—¿Tu hermano es tal y como esperabas? ¿Es pelirrojo natural como tú? Me ponen mucho los pelirrojos… —Entorné los ojos ante su comentario, pero solté una pequeña carcajada. La echaba tanto de menos.

—Es rubio.

—¿Y está bueno? —Por fortuna, Bindi volvió a hablar antes de que pudiera contestar a su pregunta—. Imagínate que me convierto en tu cuñada. ¿Qué mejor novia para tu hermano que tu mejor amiga?

Ella tenía razón. Bindi tenía un corazón de oro y cualquier hombre en la tierra sería afortunado de tener a una chica como ella a su lado. Sin embargo, imaginarme a Cian y a Bindi juntos hizo que mi estómago se revolviera.

—En realidad, no creo que sea tu tipo. —Las palabras se escaparon de mis labios antes de que pudiera pensar en ellas—. Pero tengo un primo. Se llama Sullivan y es alto, guapo y tatuado.

—Sullivan… —repitió Bindi—. Me gusta. Cuando puedas, envíame una foto.

—Lo haré —dije, sintiendo que la tensión que se había formado en mi cuerpo se evaporaba un poco.

—Tengo miles de preguntas más para ti —continuó Bindi—, pero me conformo con que me respondas a una. ¿Eres feliz?

Me quedé en silencio. ¿Era feliz? Aún no había resuelto ninguna de mis dudas, en ese pueblo no me sentía bienvenida y estaba lejos de todo lo que era conocido para mí. Quería estar junto a Bindi, no hablando por teléfono a miles de kilómetros. Pero, entonces, la imagen de Cian se adueñó de mi cabeza. Sus ojos azules mirándome con esa intensidad que hacía que me olvidara de todo lo que tenía a mi alrededor y esa bonita sonrisa que había visto en mis sueños y que me perseguía desde entonces.

—Sí, soy feliz —respondí con seguridad.

—Eso es lo que importa.

Por el rabillo del ojo vi a Nessa acercándose.

—Voy a tener que dejarte, Bindi.

—¿Tan pronto? —se quejó.

—Tengo que devolverle el teléfono a su dueña, pero intentaré no olvidarme el mío la próxima vez que venga al pueblo. Lo único que el horario puede ser un poco malo.

—No importa, llámame a la hora que sea.

Me despedí de mi amiga justo cuando Nessa se sentó en la silla frente a mí.

—No quería interrumpir tu llamada —se disculpó cuando le devolví el móvil—, pero tengo que ir a comprar queso para la cena antes de que cierren la tienda. Le he prometido a mi padre que le prepararía unas hamburguesas y él no las concibe sin mucho queso.

—No te preocupes. —Bastante amable había sido ya dejándome su teléfono—. ¿Crees que tendrán tinte de pelo?

—¿Tinte? —preguntó.

—Sí, aún no necesito teñirme, pero prefiero tener un bote en casa. Dentro de poco las raíces pelirrojas se apoderarán de mi pelo.

—¿Eres pelirroja? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación.

—Sí.

—¿Y por qué te tiñes? ¿En Australia están mal vistos los pelirrojos?

—No hay muchos, pero no es esa la razón. Simplemente, me gusta más este color. —No conocía lo suficiente a Nessa para darle más explicaciones.

Nessa sonrió.

—Entiendo, cada uno tenemos nuestras manías. Seguro que encuentras uno en la tienda de la señora Brady. Tiene de todo.

Capítulo 10

Nessa había tenido razón, había encontrado el tinte adecuado para mí en la tienda. Ella había comprado queso, aunque no parecía tener prisa en ir a casa porque me había llevado a dar un paseo por las calles.

No era una persona que hiciese amistades con facilidad, ya que al contrario de lo que Cian pensaba, me costaba confiar en las personas. Mi abuelo se había encargado de eso y ahora me preguntaba si había tenido una razón para ello.

—Lo siento, te estoy aburriendo —dijo Nessa de repente, deteniéndose.

—No, en absoluto. —Me pasé una mano por el pelo, avergonzada—. Es solo que, a veces, me sumerjo en mi propia mente, pero no es nada personal. Al contrario, eres una compañía magnífica.

—¿Seguro? —preguntó—. No serías la primera persona que me dice que puedo llegar a ser un poco pesada —dijo, intentando poner cara seria, pero fallando. Si era verdad que se lo decían, no parecía importarle lo más mínimo.

—O, tal vez, hay gente que se siente intimidada por tu inteligencia y por eso no quieren escucharte.

Nessa sonrió.

—Chica, me gusta tu manera de ver las cosas. Me lo voy a apuntar como *mantra* todas las mañanas.

Solté una pequeña carcajada y mi risa debía de ser contagiosa, porque Nessa se echó a reír conmigo.

—¿Qué es eso tan gracioso? —preguntó una voz ronca que había comenzado a conocer muy bien.

—Cian. —La expresión de Nessa se endureció y su cuerpo se tensó—. Enya y yo nos hemos hecho amigas.

—Ya veo —respondió, pasando su mirada de una a la otra.

Cian estaba frente a nosotras. Llevaba un polo blanco y unas bermudas de color azul marino que conjuntaban con los mocasines del mismo color. Cian guardó sus manos en los bolsillos de sus pantalones mientras nos observaba con expresión cansada.

—Le he pedido a Nessa que me traiga a pasar la tarde al pueblo. —dije, antes de que Nessa pudiese hablar y contarle la verdad. Aunque Cian no parecía enfadado ni molesto, sabía lo inflexible que era en ciertos aspectos y podía tomarse como una falta de respeto la invitación de Nessa—. Necesitaba salir un poco y conocer a los lugareños. Han sido todos muy cariñosos y amables conmigo. —No sé por qué dije esa mentira, posiblemente porque no quería que Cian pensase que los habitantes del pueblo me hacían sentirme incómoda. No quería que sintiese la necesidad de protegerme y se metiese en problemas por mi culpa.

—¿Cariñosos? —preguntó, entrecerrando los ojos—. ¿También los hombres?

—¿Cómo? —pregunté tontamente. Como siempre, era incapaz de saber si Cian hablaba en serio o estaba bromeando.

—En realidad, la mayor parte se han mantenido distanciadas de nosotras —dijo Nessa, saliendo a mi rescate.

—Eso imaginaba —le respondió Cian con una sonrisa torcida.

Yo no sabía qué decir y parecía que ellos tampoco, porque el silencio se hizo dueño y señor del ambiente. Como era un pueblo pequeño y tranquilo, ni siquiera fue interrumpido por el ruido de motores de coches ni de gente gritando.

—Noreen tiene que estar que echa chispas, son más de las ocho y la cena debe estar quedándose fría. Deberíamos regresar —solté lo primero que se me pasó por la cabeza. Algo que era absurdo, porque dudaba que Noreen se enfadara conmigo por eso y mucho menos cuando estaba con Cian.

Cian se dio cuenta de mi patética excusa, porque arqueó una ceja en mi dirección. Después, miro a Nessa, quien aunque curvaba sus labios en una sonrisa, podía notarse lo tensa que estaba. Cian podía ser un poco estricto y mandón, pero no imponía tanto. Aunque, al fin y al cabo, Nessa era la hija de Dugan y este trabajaba para Cian.

—Tu padre está esperándote en casa, Nessa —le dijo Cian a mi nueva amiga—. Ya llevo yo a Enya a casa.

—Claro —contestó la joven y se giró para darme un breve abrazo—. Ha sido un placer conocerte, Enya. Espero que quedemos pronto de nuevo.

—Cuando quieras —respondí con sinceridad. Nessa me había hecho desconectar y había sido muy amable conmigo—. Sabes dónde encontrarme.

Nessa se rio y se despidió de Cian.

—Has hecho una buena elección —me dijo, mirándome de arriba abajo cuando Nessa se alejó de nosotros.

—¿Tú crees? —Agarré un poco de tela del borde del vestido entre mis dedos. Esa mañana, antes de bajar a desayunar, no había sabido qué ponerme. Mi nuevo armario era muy diferente a la ropa que yo había traído. No tenía prendas cómodas, todas eran demasiado sofisticadas. Así que al final, me había decantado por un vestido de tirantes color azul pastel y unas sandalias blancas, que había conjuntado con una americana del mismo color—. No sé si el color me favorece mucho…

Cian sonrió.

—Estás perfecta, Enya. —Aquellas palabras no deberían haberme hecho sentir cosquillas en mi estómago, pero lo hicieron.

—Gracias.

—¿Qué has comprado? —me preguntó Cian, señalando la bolsa de plástico que sostenía en mi mano derecha con la barbilla.

—Un tinte de pelo.

El ceño de Cian se arrugó en disgusto.

—No deberías teñirte. Eres muy joven para eso.

—Quizá algún día deje de hacerlo, pero, de momento, no ha llegado ese día. Tú has tenido suerte, no has heredado el pelo de nuestro padre.

—Las herencias que nos dejan nuestros progenitores son un orgullo, no una vergüenza, Enya.

—No estaba diciendo que me avergüence, solo que el cabello pelirrojo no es… —me interrumpí, porque, en realidad, no sabía explicarlo—, muy atractivo —dije al final. La razón era mucho más profunda que esa, pero no estaba preparada para hablarlo en voz alta. No con Nessa, ni tampoco con Cian. ¿Qué iba a decirles de todos modos? Maldita sea, ni siquiera yo misma era capaz de justificar mi rechazo hacia mi cabello natural.

—Estás equivocada —replicó, a la vez que me quitaba la bolsa y comenzaba a andar hacia su coche, que estaba aparcado a pocos metros de donde estábamos—, el pelirrojo es un color de pelo muy atractivo.

—Tal vez en algunas mujeres sí, pero no en mí.

Cian se metió en el interior del automóvil y yo me senté en el asiento del copiloto. Estiro su brazo para dejar la bolsa en los asientos de detrás. El motor del coche rugió.

—A veces, no estoy seguro de si finges para hacerte la interesante o realmente no eres consciente de tu belleza. —Cian no me estaba mirando, sus ojos estaban fijos en la carretera y su expresión era imperturbable, como si estuviera hablando del tiempo.

¿Él creía qué era guapa? ¿Me consideraba atractiva? Una sonrisa bobalicona que conseguí disimular amenazó con aparecer en mis labios. Me hundí en el asiento, centrándome en el maravilloso paisaje que podía admirar a través de la ventanilla.

Pensé que íbamos a ir a casa, pero Cian solo condujo unos pocos minutos hasta las afueras del pueblo. Bajó del coche en silencio sin explicarme dónde estábamos, ni que hacíamos allí. Ya acostumbrada a su forma de actuar, le seguí sin hacer preguntas, aunque me quedé sorprendida al ver la torre de piedra que se hallaba frente a nosotros. Estaba en ruinas y era una edificación antigua, de la Edad Media probablemente.

—¿Vienes? —me preguntó Cian, ya dirigiéndose hacia la edificación

—¿Vamos a subir? —le pregunté a Cian al ver que este se disponía a entrar en su interior.

Cian ladeó su cabeza hacia mí.

—¿Tienes miedo?

—No, pero soy cauta. Parece peligroso… —dije dubitativa. La torre era antigua y tenía la suficiente altura como para desnucarte si te caías.

—Hay algunos escalones que están rotos, pero no te preocupes. La conozco como la palma de mi mano, no permitiré que te pasé nada.

—No sé. Sube tú, te esperó aquí.

Cian negó con la cabeza.

—Va a merecer la pena, confía en mí.

Suspiré, desviando mi mirada de Cian a la torre. Mi abuelo me había enseñado desde que era una niña, a tener los máximos cuidados posibles y tratar de evitar cualquier peligro. A él le hubiera dado un infarto si me subiera en una torre medio derruida. Sin embargo, si algo había aprendido en este viaje a Irlanda, era que no podía vivir eternamente con miedo.

Además, si Cian me miraba con esa sonrisa confiada, ¿cómo le iba a decir que no? A pesar de que apenas le conocía, tenía la seguridad de que Cian jamás haría algo que me dañase.

—Está bien —cedí finalmente—, pero si me rompo una pierna, vas a tener que aguantar mis quejas y te aseguró que puedo ser muy pesada cuando tengo dolor.

—¿Solo cuando tienes dolor? —Cian hizo una mueca y esta vez, no tuve ninguna duda de que se estaba metiendo conmigo.

—Oye… —me adentré en el interior con intención de golpearle el hombro, pero él ya había comenzado a subir las escaleras. Me gustaba ese Cian, el que se mostraba relajado a mi alrededor e incluso, hasta, bromeaba.

Para mi sorpresa, pude subir la torre con facilidad. Sin embargo, el problema vino cuando llegamos al final de la escalera de piedra. El último escalón estaba roto. Cian saltó llegando a la cima con destreza, como si lo hubiera hecho cientos de veces antes, algo que posiblemente era así.

—Si salto, hay posibilidades de que encuentre la manera de que parte de mi cuerpo se cuele por el hueco y caiga al vacío.

—Es demasiado pequeño para que entres. —Cian se giró para mirarme.

—Créeme, encontraré la manera y si no, tropezaré y caeré rodando por las escaleras. De una

otra manera, acabaré muerta.

—Puedes estar tranquila, no voy a permitir que mueras —dijo con tanta convicción que parecía capaz de luchar contra la muerte para que me llevase con ella—. Vamos, déjame ayudarte. —Agarró mis muñecas y tiró de mí mientras yo ponía el pie en la cima.

—Creo que no he traído el calzado adecuado —dije, señalando las sandalias. Eran poco apropiadas para subir los escalones de una torre medio derruida y para caminar por la naturaleza. Desde que había llegado, solía utilizar mis deportivas blancas, pero no había podido conjuntarlas con ninguna de mis nuevas prendas.

Cian me observó, pensativo.

—Debería conseguirte un par de conjuntos deportivos.

—No te preocupes, Nessa me ha enseñado las tiendas del pueblo y puedo conseguirlo yo sola.

—Puedes, pero no es necesario. Yo me encargo.

Suspiré, resignada. No me gustaba que gastase dinero en mí, pero era una batalla perdida. Y además, tampoco tenía nada de malo que un hermano regalase ropa a su hermana. Supongo que me debía muchos cumpleaños. Lo que me recordó que yo también debería regalarle algo a él. Aunque ¿qué se le regala a alguien que lo tiene todo?

Cian avanzó unos pasos por la cima de la torre, que no era demasiado amplia. Se detuvo frente al hueco de dos de las almenas.

—Es impresionante —dije, maravillada con la vista. El pueblo y el bosque parecían aún más hermosos desde las alturas. E incluso, a lo lejos, en lo alto de la montaña, me pareció divisar la casa de Cian.

—Sabía que te gustaría.

—Definitivamente, se acaba de convertir en mi lugar favorito.

—También lo es el mío. Lo lleva siendo desde que vine por primera vez hace veinte años. —Ladeé mi cabeza hacia él para mirarlo. Quería preguntarle si había vivido aquí durante mucho tiempo, pero sabía que él no me respondería. Sin embargo, Cian debió de ver la pregunta en mis ojos, porque dijo: —Solía venir cuando era pequeño. Mi madre nació aquí y tenía una casa por la zona.

—¿Yo vine alguna vez? —pregunté.

—No.

Cian miro al horizonte sin añadir nada más y yo no hice ninguna pregunta más. En realidad, prefería disfrutar del momento y no estropearlo hablando de un pasado que yo no recordaba.

—¿De qué siglo es?

—Del siglo XI —respondió Cian—. Cuando era pequeño, me gustaba venir aquí y me imaginaba que era un poderoso guerrero y que esta torre era mi castillo. —Una risa ahogada se escapó de sus labios—. Desde aquí, repelía los asedios a los que era sometido. Nadie que se enfrentaba a mí salía vivo para contarlo.

Durante un instante, me imaginé a Cian de pequeño. Inocente y despreocupado, corriendo por los alrededores de la torre.

—Vaya, sí que eras sanguinario de pequeño.

—Luchar para proteger o recuperar lo que te pertenece no es ser sanguinario, es justicia.

—Si tú lo dices… —Me encogí de hombros. Esa era una de las cosas que más confusas de Cian. A veces, estabas bien con él, hablando sobre cualquier tema trivial y de repente, te soltaba una frase que hacía que la conversación se enrareciera. En ocasiones, tenía la sensación de que sus palabras tenían un doble significado; uno que yo no comprendía—. Mi abuelo me construyó

una casa de princesas en el jardín —recordé, entrecerrando los ojos. Una sonrisa tierna adornó mis labios cuando esos viejos recuerdos regresaron a mi mente. Me pasaba muchas horas allí, dándole el té a mis muñecas.

—Siempre te han gustado las muñecas —murmuró Cian—. Especialmente la Barbie. Te encantaba cortarles el pelo.

Ladeé la cabeza para mirar a Cian, pero este tenía la vista fija en el horizonte.

—¿Cómo lo sabes?

—Te lo dije, me acuerdo de ti.

Me pregunté qué otras cosas recordaba de nuestra infancia juntos, pero no me atreví a preguntárselas. No después de nuestra discusión en el helicóptero. Que yo no me acordará de él parecía ser un tema delicado para Cian y yo no quería reabrir esa herida. Al menos, hasta que pudiera leer la carta que mi padre me dejó y pudiéramos hablar abiertamente del tema.

Volví a fijar la mirada al frente, admirando los paisajes. Durante unos minutos, ninguno de los dos dijo nada. Pero, al contrario de las otras veces que habíamos permanecido callados, en esta ocasión me sentía cómoda.

—Es increíble el silencio que se escucha —le dije a Cian.

—Eso no debe ser algo positivo para ti. Por lo que he descubierto estos días, no eres una gran amante de los silencios.

Me reí.

—Eso es cierto —reconocí—, pero he vivido toda mi vida en una ciudad. Voy a echar de menos la calma que se siente aquí.

Cian me miró.

—Como ya te he dicho, no tienes que irte cuando regresé Connor. Puedes quedarte todo lo que quieras.

—Si, lo sé —había estado pensando en ello—, pero no puedo dejarlo todo de golpe. No puedo tomar una decisión así en pocos días. Tengo que regresar a Melbourne y aclarar allí mis ideas.

Aunque, por un instante, imaginé cómo sería mi día a día allí: paseando por el bosque, admirando el paisaje y rodeada de naturaleza. Por un instante, me imaginé cómo sería dejarlo todo y quedarme en Irlanda durante un tiempo.

Y la idea sonaba mucho más tentadora de lo que debería.

Cian movió su cabeza en un asentimiento a modo de respuesta.

Él estaba siendo tan comprensivo conmigo ofreciéndome esa posibilidad… No era estúpida y podía ver que el que me quedara más tiempo del acordado sería una responsabilidad para Cian. Al fin y al cabo, él tenía su propia vida.

Observé la almena de mi derecha. La tinta negra sobre la vieja piedra llamó mi atención. Ladeé la cabeza para leer la inscripción: «A y C julio 2006».

—¿Lo has escrito tú?

En el momento en el que los ojos de Cian se centraron en la inscripción, sentí que la atmósfera relajada que se había creado entre nosotros desde que habíamos llegado a la torre se evaporaba.

—Sí —respondió entre dientes.

—¿Quién es A? —pregunté con curiosidad, recorriendo el contorno de la letra con la yema de mis dedos. ¿Tal vez era un viejo amor?

Cian me miró durante unos segundos y por un momento, tuve la sensación de que me miraba como si yo supiese la respuesta a esa pregunta.

—Era mi mejor amigo —contestó—. Éramos unos críos y creímos que era una buena idea grabar nuestras iniciales en la piedra como símbolo de nuestra amistad.

—¿Ya no es tu amigo?

—No.

—Arlan. —El nombre salió de mi boca antes de que pudiese controlarlo.

Los hombros de Cian se tensaron, su mandíbula se apretó y entrecerró sus ojos. Todo su cuerpo se puso en alerta.

—¿Lo conoces?

—No, pero a la salida de la boutique, cuando me mandaste ir al coche, se me cayó la chaqueta y al regresar a por ella, escuché parte de la conversación que estabais manteniendo ese hombre y tú. Solo fueron dos segundos, pero oí el nombre de Arlan. He supuesto que ese era tu amigo.

—¿Tienes por costumbre escuchar a escondidas? —me preguntó con irritación.

Mordí mi labio inferior, nerviosa.

—No. Lo siento, es algo que nunca hago.

—Para no hacerlo, es la segunda vez que te pillo haciéndomelo a mí.

—Las dos han sido sin querer —me defendí, porque era cierto—. Pero como ya no tiene remedio, ¿puedo darte un consejo? —Él abrió la boca, pero yo no esperé la respuesta, ya que me imaginé cuál iba a ser—. Arreglad las cosas. Sea lo que sea lo que te ha hecho, te sentirás mejor si le perdonas.

—La traición no se puede perdonar, Enya.

Podía ver el rencor y el dolor en los ojos de Cian. Fuese lo que fuese lo que hubiera pasado entre ambos, parecía ser muy doloroso para él.

Cian se mantuvo en silencio, con su mirada fija en las iniciales, perdido en sus recuerdos. Durante unos instantes, ninguno de los dos pronunció una sola palabra.

Tiré de la correa de mi bolso y lo abrí, buscando un objeto que rápidamente encontré. Siempre solía llevar uno conmigo, era otra de las costumbres que había heredado de mi abuelo. Sostuve el bolígrafo azul entre mis manos.

Cian arqueó una ceja con gesto interrogante mientras veía cómo le quitaba la tapa al bolígrafo. Por primera vez, pude ver una expresión de sorpresa en su rostro.

—Hay recuerdos que aunque queramos no se pueden olvidar —dije, acercándome a la piedra y escribiendo una E debajo de la A y una y—, pero se pueden construir unos nuevos —añadí, mientras le pasaba el bolígrafo.

Cian me miró durante unos segundos y, por un momento, temí haber metido la pata, pero él estiró su mano y sostuvo el bolígrafo entre sus manos, para después, inclinarse hacia la piedra y escribir su inicial al lado de la mía junto a agosto de 2023.

Esperaba que algún día Cian perdonara a Arlan. No por Arlan, sino por él mismo. El rencor y el odio eran dos sentimientos que te iban consumiendo por dentro. Perdonar te hacía libre. Aunque eso era algo que no iba a discutir con Cian en esos momentos, no cuando ni siquiera sabía qué había sucedido exactamente entre ellos.

—Así, cada vez que mires esa inscripción, no solo te acordarás de él, sino también lo harás de mí —expliqué cuando Cian se giró hacia mí y me devolvió el bolígrafo—. Espero haberte ayudado un poco. —Sostuve el bolígrafo y lo apreté con fuerza entre mis dedos.

—Créeme, has ayudado —murmuró—. Mucho más de lo que crees —agregó, curvando sus labios en una sonrisa. No en una sonrisa cualquiera, sino en *esa* sonrisa.

Abrí mi bolso y guardé el bolígrafo en él, sintiéndome feliz. Podía parecer absurdo y hasta

una completa locura, pero estaba comenzando a pensar que haría cualquier cosa con tal de que me ofreciese *esa* sonrisa.

—Enya —alcé la mirada al escucharle. Cian avanzó un paso hacia mí y estiró su brazo, pasando su dedo índice por debajo de mi ojo—, tienes una pestaña. —Giró su dedo para que viese mi pestaña sobre la yama de su dedo—. Pide un deseo.

Me sorprendía que él tuviera esa costumbre y más que la compartiese conmigo. Algo que me pareció muy tierno. Cerré los ojos y soplé la pestaña, mientras pedía un deseo.

—Aunque, en realidad, mi deseo ya se ha cumplido —confesé, a la vez que abría los ojos—. Reencontrarme contigo —susurré un segundo después.

Cian tragó saliva y colocó una de sus manos en mi barbilla, sujetándola con dulzura. Acercó su rostro al mío y sus ojos se centraron en mis labios. Y, tan demente como podía parecer, en ese instante, tuve la certeza de que, de un momento a otro, sus labios se estrellarían contra los míos.

Pero, lo peor de todo no era eso, sino que yo no iba a hacer nada por evitarlo; no quería hacerlo. Cerré los ojos, dispuesta a dejarme llevar. Porque, en los lugares más oscuros de mi cabeza, deseaba sentir su sabor, deseaba sentir como era ser besada por Cian. Aquello no tenía ningún sentido, Cian era mi hermano. Pero, en aquella torre donde Cian había fantaseado de niño con ser un guerrero, yo fantaseé con ser una princesa atrapada a la que él iba a liberar con un beso. Su otra mano acarició mi mejilla y sentí su aliento mentolado contra mi rostro. Iba a suceder. Abrí la boca un poco para darle acceso. Suspiré, nerviosa de anticipación. No sabía qué iba a pasar después de eso y por primera vez en mi vida, no quería pensar en las consecuencias. Solo quería sentir, experimentar.

Sin embargo, lo único que experimenté fue la agria sensación del rechazo y de la decepción cuando una gota de agua cayó sobre mi rostro. Toda la emoción que había recorrido mi cuerpo se evaporó en el momento en el que escuché a Cian.

—Es hora de irnos —dijo con una frialdad que heló mis venas.

Para cuando abrí los ojos, él ya estaba bajando las escaleras.

Por más vueltas que daba en la cama, Morfeo se negaba a hacer acto de presencia. Mi mente estaba demasiado exaltada para que mi cuerpo entrase en ese estado de relajación en el que el sueño se apoderaba de mí.

No lograba entender cómo había podido desear de una manera tan ardiente un beso de mi hermano. Porque por mucho que mi mente quisiese negarlo, Cian compartía parte de mi sangre. Desearle no estaba bien. Aunque no podía dejar de pensar si él también me deseaba a mí.

Por un lado, estaba segura de que él había estado a punto de besarme, que no me había imaginado nada. Pero, por otro, no lo sabía. Él se había mostrado normal en el viaje de vuelta. No parecía ni alternado, ni nervioso. Parecía que nada había sucedido entre nosotros. Lo que me hacía preguntarme si, tal vez, sí que estaba fantaseando con cosas que no eran reales. ¿Y si dónde yo había creído ver deseo tan solo existía un aprecio fraternal?

Derrotada, segura de que no iba a poder dormir, me levanté de la cama. Necesitaba un vaso de leche caliente. La leche por la noche me ayudaba a relajarme y si no era así, por lo menos, esperaba que el paseo hasta la cocina lograse poner mis ideas en orden.

Salí al pasillo para dirigirme hacia las escaleras, pero al llegar a la bifurcación, escuché unos sonidos ahogados, unidos a un objeto golpeando el suelo procedente del otro pasillo. No debí ir a mirar, debí bajar las escaleras. Sin embargo, ¿no dicen que la curiosidad mató al gato? Pues eso me sucedió a mí.

Tal vez alguien se estaba atragantando y no quería tener que vivir con su muerte en mi conciencia. Esa posibilidad era escasa, pero, así todo, me adentré en el pasillo. Irlanda me estaba convirtiendo en una cotilla. Aunque más que el país, en ese momento, lo que me hizo actuar así, fue la necesidad de ocupar mi mente con otros pensamientos que no fuese el deseo de que los labios de Cian se estrellasen contra los míos.

Una de las puertas de ese pasillo estaba medio abierta y una tenue luz salía por ella. Me acerqué sigilosamente y miré por la abertura. Ni en mis fantasías más salvajes me hubiese esperado encontrarme lo que vi.

Cian estaba tumbado encima del edredón, completamente desnudo. La luz de la lámpara de noche colocada en la mesita bañaba su rostro y su cuerpo, dándole la apariencia de un dios griego. Sus músculos esculpidos en piedra y ni un solo gramo de grasa. Aunque eso no era lo más excitante y lo que provocó que no pudiese mover ni uno solo de mis músculos, sino el hecho de que su mano estaba apretando su miembro. Cian se estaba dando placer así mismo.

Sus ojos cerrados y su rostro contraído por el placer. Su mano izquierda se acercó a sus testículos, presionándolos. Movía su mano derecha con tanta fuerza que, por un momento, tuve miedo de que se hiciese daño. Pero, lejos de eso, él abrió la boca y un gemido salió de ella.

Aquello estaba mal, tenía que marcharme. Pero, por primera vez en mi vida, mi cerebro no respondía, mi cuerpo había tomado el control. Sabía que lo que estaba haciendo estaba mal, que ese era un acto privado y que yo estaba vulnerando la intimidad de Cian. Sin embargo, cuando Cian agarró la sábana con su otra mano, no me moví ni un solo ápice.

Porque solo podía mirar, deleitarme con el cuerpo bronceado de Cian y con los movimientos de su mano. Un gemido bajo y profundo brotó de su garganta, avivando la necesidad que había estado formándose dentro de mí desde el instante en el que le había conocido.

Siempre había sido una buena chica. Nunca llegaba tarde al colegio, ni siquiera me había atrevido a faltar a las clases ni una sola vez. Me gustaba hacer lo correcto y odiaba saltarme las reglas. Pero, en ese instante, todas las líneas del bien y del mal se habían desdibujado en mi mente y solo podía ver a Cian.

—Oh, joder. —Aquella palabra malsonante acompañada de la voz gutural de Cian hizo vibrar todo mi cuerpo, aumentando el dolor palpitante entre mis piernas.

Maldita sea, iba a arder en el infierno. Ese chico que estaba tumbado sobre la cama era mi hermano. Compartíamos la misma sangre. Y, aun así, saber eso no fue suficiente para darme media vuelta y marcharme. Porque nunca antes ningún hombre me había atraído tanto como Cian.

Ya no podía seguir negándomelo a mí misma. Me sentía atraída hacia mi hermano. ¿Qué tan retorcido era eso?

Jamás había sentido esa necesidad bajo mi piel. Tan profunda, tan urgente y tan devastadora que tan solo podía pensar en apagarla. Aquello era demencial, era asqueroso y depravado. Pero no para mi cuerpo, que estaba ardiendo. Coloqué mi mano sobre mi estómago, sintiendo la tela de mi camiseta bajo mi palma mientras iba descendiendo hasta llegar al elástico de mis pantalones de pijama.

Cian aumentó sus movimientos y echó su cabeza hacia atrás y juraría que le vi sonreír. Escuché cómo su respiración se volvía a cada segundo más agitada y cuando puso los ojos en blanco, me di cuenta de que estaba a punto de correrse.

Y entonces, la neblina de deseo en la que me había sumergido desde el instante en el que me había asomado por la puerta, se evaporó. No era así como quería que un hombre llegase al clímax frente a mí. Quería que fuese porque ese hombre me deseaba y se estaba tocando

pensando en mí. Cian posiblemente estaba pensando en alguna de sus citas.

Aparté mi mano con rapidez, sintiéndome avergonzada y horrorizada por lo que había hecho y había estado a punto de hacer. Me di la vuelta y corrí por el pasillo hasta llegar a mi habitación, no deteniéndome hasta que había cerrado la puerta y estaba dentro de mi dormitorio. Nunca me había sentido tan humillada como en ese momento.

¿Qué hubiese pasado si llega a descubrirme? ¿Qué hubiese pensado de mí?

Un monstruo. Un bicho raro. Eso era lo que era.

Me coloqué las manos en la cabeza y me derrumbé de rodillas en la alfombra blanca frente a la cama.

No sabía si iba a ser capaz de mirarle a la cara de nuevo.

Tras más de media hora en el suelo, logré calmarme. No iba a poder esconderme en esa habitación el resto de mi vida. Y lo peor, no podía esconder mis sentimientos. Sentimientos por Cian, sentimientos por mi hermano.

Me levanté y me metí en la cama, deseando que todo lo que había pasado no fuera más que parte de una pesadilla. Esperando que, tal vez, cuando me despertase al día siguiente, me diese cuenta de que nada de lo que había sucedido era real.

Capítulo 11

—¿Qué estás haciendo? —La voz de Cian me sobresaltó y a punto estuve de escupir el café por toda la cocina.

Al despertarme por la mañana, después de unas horas de sueño y con la cabeza más lucida, había decidido borrar de mi mente el evento ocurrido de madrugada, pero ahora que Cian se encontraba detrás de mí era incapaz de girarme. No me atrevía a mirarle a la cara, no cuando había invadido su intimidad de esa manera.

—Enya, te estoy hablando.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, me di la vuelta. Tragué saliva e intenté mostrarme estoica, fallando estrepitosamente, sobre todo cuando los ojos de Cian brillaron con ira. ¿Él me había visto la noche anterior? Mis mejillas ardieron con fuerza.

—Yo… no quería… —me interrumpí a mí misma. No tenía ni idea de cómo me iba a disculpar, lo que había hecho no tenía perdón. Pero, la peor parte era que, si pudiese retroceder en el tiempo, lo haría de nuevo. Porque Cian dándose placer era lo más hermoso que había visto en mi vida.

¿Qué tan enferma estaba?

—¿No vas a cambiarte? —me preguntó Cian, arqueando una ceja.

Un suspiro que no sabía que estaba conteniendo salió de lo más profundo de mi ser. Él no me había descubierto, tan solo estaba enfadado conmigo porque había bajado en pijama.

Podía decir que no recordaba esa norma absurda, pero lo hacía. Simplemente, había pensado que al ir con uno de mis pijamas nuevos no le importaría. Por Dios, si ese pijama de seda rojo que llevaba puesto podía ser usado como ropa de etiqueta para un evento de mañana.

—Termino de desayunar y me cambio.

—Enya, son casi las once de la mañana.

—Lo sé —dije, observando el enorme reloj que adornaba una de las paredes de la cocina. Los recuerdos de la noche anterior regresaron de nuevo a mi cabeza. Cogí la taza de café y le di un largo trago, aliviando la sequedad que se había apoderado de mi garganta—. Se me han pegado las sabanas, aunque tampoco es como si tuviese nada que hacer —intenté que mi voz sonase neutral, intentando aparentar normalidad, pero las palabras salieron de mi boca de forma más aguda que lo habitual.

—Es domingo. Si no te das prisa, vamos a llegar tarde a misa.

—¿A misa? —pregunté, sorprendida, dejando la taza sobre la mesa con más brusquedad de la que me hubiera gustado, formando un pequeño estruendo. Ladeé mi cabeza hacia Cian, quien me observaba con una mueca de desaprobación dibujada en su rostro.

—Sí, a misa —repitió las palabras con irritación. Aunque, al ver la perplejidad en mis facciones, su expresión se suavizó—. ¿Tu abuelo no te ha criado en el catolicismo?

—En absoluto. Mi abuelo no quería saber nada de religión ni de iglesias. Es más, me pidió expresamente que no le hiciese ninguna misa cuando falleciese.

Cian se congeló. Él murmuró unas palabras ininteligibles a la vez que pasaba la lengua por los dientes, luciendo desconcertado. Alzó su mano derecha para enterrar sus dedos en su cabello. Y, entonces, dijo algo más y esas palabras sí que las entendí.

—Eso no era parte del acuerdo —susurró, en un tono de voz tan bajo, que tuve la sensación

de que no estaba hablando conmigo, sino para mismo.

—¿Qué acuerdo? —pregunté.

Cian abrió los ojos y sus labios se apretaron en una fina línea, como si se hubiera dado cuenta de que había rebelado más de lo que debería.

—Sube a cambiarte —dijo, ignorando mi pregunta.

—Cian —le llamé antes de que se dispusiera a salir de la cocina, anticipando sus movimientos. Era una de las cosas que él siempre hacía cuando quería evitar hablar de un tema. Y yo ya estaba empezando a cansarme—. No sé si voy a poder aguantar mucho más tiempo con esta incertidumbre. Necesito respuestas —intenté que mi tono de voz fuera suave.

—He hablado hoy con Connor. Él va a tardar más de lo esperado en regresar. Se encuentra fuera del país. —Levantó una mano impidiéndome hablar cuando me vio abrir la boca—. Ha preparado un papel legal para que su socio pueda leer el testamento por él. Después de misa, iremos a Waterford.

—¿Voy a poder leer hoy la carta que me dejó nuestro padre? —pregunté, emocionada.

Cian negó con la cabeza.

—Tenemos que firmar el papel dando nuestro consentimiento. Mañana su socio lo llevará al juzgado para que tenga validez legal y, en unos días, podrás leerlo.

No era lo ideal, pero me conformaba con eso.

—De acuerdo —acepté, deseando que ese día llegara ya. Cian fue a darse la vuelta para abandonar la cocina, dando la conversación por terminada, pero yo le detuve con mis palabras—: Espera, Cian. ¿Qué me tengo que poner para ir a misa?

Observé a Cian. Este llevaba una americana azul marina, a conjunto de sus pantalones de traje y una camisa blanca. Incluso llevaba una corbata de rombos de azules y marrones. A pesar de que Cian siempre vestía elegante, tenía la sensación de que tan solo llevaba corbata en las ocasiones más importantes.

—La blusa blanca con el pantalón de traje de color vino —respondió sin titubear—. Combínalo con la americana negra y las sandalias doradas, las que tienen un poco de tacón. —añadió, para segundos después, girarse y desaparecer.

Aquella respuesta había sido mucho más concisa de la que esperaba. Ni siquiera sabía que tenía esas prendas en mi armario y tampoco entendía cómo Cian lo sabía. Él había estado en la boutique conmigo, pero solamente le había mostrado el vestido morado con el que había ido a cenar.

Sin embargo, Cian no se equivocaba. Todas esas prendas estaban perfectamente ordenadas en mi armario.

Una vez vestida, decidí aplicarme un poco de maquillaje y recoger mi cabello en una coleta alta. Traté de ser lo más rápida posible, no queriendo tener que soportar el sermón que Cian me daría por llegar tarde.

Antes de salir de la habitación, busqué mi teléfono por toda la estancia. Si iba a ir al pueblo, podía aprovechar a para llamar a Bindi. En ese momento, más que nunca, necesitaba su consejo. Además, sabía que Bindi no me juzgaría y trataría de restarle importancia con una de sus bromas, haciéndome reír. Y después, para aplacar mi turbación, me diría que estaba feliz porque ya no tendría que pasar la eternidad en el infierno sin mí. Desgraciadamente, no encontré mi móvil por ninguna parte.

Para cuando llegamos al pórtico de la iglesia, la única persona que se encontraba allí era Sullivan, apoyado contra uno de los arcos. La puerta de la iglesia estaba abierta y se escuchaba el

murmullo de las voces de los feligreses.

—La impuntualidad es un pecado que Dios ve con muy malos ojos —dijo Sullivan con un tono de broma que provocó que Cian emitiese una especie de gruñido.

—Enya no era consciente de que hoy íbamos a acudir a misa —dijo, deteniéndose frente a nuestro primo y compartiendo una mirada con él que no entendí.

—¿En Australia los católicos no van por costumbre a misa los domingos? —me preguntó Sullivan.

A diferencia de Cian y de mí, él iba vestido de una manera casual. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta negra. Esta vez, no vi roturas ni suciedad en su ropa como el día en el que le había conocido. No parecía el atuendo apropiado para ir a misa, pero eso no parecía importarle.

—Imagino que sí.

—¿Imaginas? —repitió Sullivan, frunciendo sus cejas en confusión.

—Ella no es católica —le respondió Cian, a la vez que me hacía un gesto para que pasase por delante del él hacía interior.

—¿Entonces ella no es…? —comenzó a preguntar Sullivan, pero fue interrumpido por un carraspeo procedente de la garganta de Cian.

Me pregunté qué era a lo que se refería Sullivan, pero no pude dedicarle mucho tiempo a ese pensamiento, porque el silencio se adueñó de la pequeña iglesia y los feligreses sentados en los bancos fijaron su mirada en mí; desde los niños hasta los ancianos.

La iglesia estaba a rebosar y no pude ver ni un hueco libre. Parecía que todo el pueblo se encontraba allí. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Nunca me había gustado ser el centro de atención y aún menos cuando me miraban de esa manera, como si fuese una impostora que estaba dónde no debía estar. A pesar de que nadie dijo nada, podía sentir el rechazo, la hostilidad.

Me paré en seco, dispuesta a girarme y marcharme, pero Cian colocó su mano en mi hombro en señal de apoyo. Ladeé la cabeza para mirarle, pero él no me estaba mirando a mí. Su mirada estaba dirigida a los feligreses. Giró la cabeza y con sus ojos recorrió todos los bancos situados a ambos lados de la casa de Dios. Y entonces, se obró un milagro.

Los rostros serios se convirtieron en sonrisas. Algunas más tensas y otras parecían más reales. Con solo una mirada, Cian había logrado que me aceptasen. O, por lo menos, que fingiesen que lo hacían.

Un niño lanzó un grito de ira, rompiendo el silencio. Su madre le riñó, pero solo logró que el pequeño llorase con más fuerza. Gracias al niño, el ambiente se relajó. Todos volvieron a sus conversaciones susurradas.

Miré hacia delante para ver un sencillo altar, aunque no por eso menos bello. A pesar de que mi abuelo aborrecía las iglesias y me mantenía alejada de ellas, había acudido a un par de misas. Lo había hecho motivada por la curiosidad y con el pretexto de acompañar a Bindi. Los padres de mi amiga eran muy católicos. No me había aburrido, pero tampoco se había apoderado de mí una fe cristiana apabullante, por lo que no había visto la necesidad de seguir desobedeciendo a mi abuelo.

No podía negar la belleza que albergaba en las iglesias y en esta, no era menos. Pese a que se encontraba en un pequeño pueblo perdido entre la naturaleza, su interior emanaba un encanto modesto que la hacía especial. Observé los sencillos techos con vigas de madera y después, miré las paredes de piedra. No había riquezas, ni frescos en el techo, ni un altar lleno de adornos. Al contrario, el altar constaba de un sencillo crucifijo de madera y un atril frente al que se

encontraba el sacerdote; aquella escasa decoración la hacía especial. Por primera vez en una iglesia, me sentí cómoda. Tuve la sensación de que, si Dios de verdad existía, ese era lugar del que se sentiría orgulloso. Uno donde no se despilfarraba riqueza y todo el mundo era igual a sus ojos.

Un carraspeo me sacó de mi ensoñación. Cian me hizo un gesto para que entrase en uno de los largos bancos de madera que se encontraban en la mitad de la iglesia. Ladeé la cabeza para ver a Nessa sonriéndome. A su lado, estaban su padre y su hermano. Ninguno de los dos miraba hacia mí, ambos centrados en el sacerdote que había comenzado a hablar. Me coloqué de pie a su lado y Cian lo hizo al mío, justo en la esquina del banco. Por el rabillo del ojo vi cómo Sullivan se adelantaba en busca de un asiento libre.

—¿Le he quitado el asiento a nuestro primo? —le susurré a Cian.

—No tenemos asientos asignados, pero he pensado que te sentirías cómoda cerca de Nessa —me dijo en un tono de voz bajo, acercando su oreja a mi oído. Su aliento fresco golpeó la sensible piel y un escalofrío me recorrió todo el cuerpo.

—Gracias, ha sido un detalle muy bonito por tu parte. —En el fondo, Cian era un encanto. Siempre preocupándose por mí. Aunque, en muchas ocasiones, no lo hiciera de la manera más apropiada, sus intenciones eran buenas.

Él asintió y centró su mirada en el altar. Cuando el sacerdote nos dio permiso para sentarnos, Nessa colocó una mano en mi muslo.

—¿Todo bien? —preguntó entre susurros.

—Sí —respondí—, ¿por qué lo preguntas?

—Estás temblando.

Inmediatamente, mi vista se dirigió a mis manos y después a mis piernas. Ella tenía razón, estaba temblando y ni siquiera me había dado cuenta. Nessa fue a decir algo más, pero Dugan tocó su hombro y le lanzó una mirada de advertencia. Ella esbozó una sonrisa angelical y levantó su mano hacia su boca, haciendo un gesto de una cremallera que se cerraba. Dugan negó con la cabeza, pero sus ojos brillaban con cariño y amor. Parecía que al final ese hombre sí que tenía sentimientos.

Mientras el cura seguía dando su sermón, empleé toda mi paz interior para calmarme. Ni siquiera sabía la razón exacta por la que estaba tan nerviosa. Hacia el final de la misa el sacerdote nos pidió que nos diéramos la paz entre nosotros y Cian apretó mi mano. Un nudo se me arremolinó en el estómago al sentir sus dedos contra los míos y entonces, entendí la razón de mi turbación. No podía seguir negando lo que el cuerpo de Cian me hacía sentir.

—Declan y yo vamos a ir a comer a la cafetería, ¿quieres venir? —me ofreció Nessa a la salida de la iglesia.

Su padre había intercambiado un par de palabras con Cian y después, había desaparecido. Escudriñe el pórtico para encontrarme a Cian conversando con dos hombres. Aunque, en realidad, él era quien hablaban y ellos asentían. Ambos hombres miraban a Cian con respeto, algo que había observado que habían hecho todos los habitantes del pueblo que se encontraban en la iglesia.

Tal vez Cian era muy querido en el pueblo. Al fin y al cabo, él mismo me había dicho que solía venir desde que era un niño. Sin embargo, tenía la sensación de que había algo más. No era solo la simpatía que había podido ver que despertaba Sullivan entre los pueblerinos. No, era casi como una sumisión completa hacia él.

Antes de que pudiese responder, Declan, que se encontraba al lado de Nessa, giró la cabeza para mirarme.

—Siento la manera en la que te hablé el otro día, Enya. Estuvo mal —se disculpó. A pesar de sus palabras, sus ojos azules brillaban con ira contenida. Esa ira que se apodera de los adolescentes cuando son obligados a hacer algo que no quieren.

—Está olvidado —dije, forzando una sonrisa e intentando no darle importancia a su inexplicable hostilidad. A fin de cuenta, era un adolescente—. Me encantaría ir a comer con vosotros, pero no puedo —me excusé, mirando a Nessa—. Cian me va a llevar a Waterford a hablar con el ayudante de nuestro abogado.

Nessa asintió.

—Ahora entiendo por qué mi padre no puede venir a comer con nosotros. Os lleva él en el helicóptero. —Nessa sonaba decepcionada.

—Siento que vuestro padre tenga que trabajar un domingo —dije, sintiéndome mal—. Puedo pedirle a Cian que vayamos en su coche.

—Gracias, Enya, pero no va a servir para nada. En coche se tarda varias horas y seguramente, tengáis que estar allí a una hora concreta.

No dudaba de que fuese así. Mi hermano era un obseso de la puntualidad y de la organización. Posiblemente, el ayudante ya estaba en el despacho esperando nuestra llegada.

—Cian debería aprender a pilotar si va a necesitar el helicóptero los domingos.

—Cian sabe pilotar un helicóptero, pero mi padre es un experto y Cian confía en él —añadió Declan con el orgullo bañando sus palabras.

A diferencia de su hermana, él no parecía apenado porque su padre no comiese con él, más bien estaba orgulloso de que Cian confiase en su padre para llevarnos en helicóptero. Había visto la devoción con la que Declan miraba a su padre, pero también la veneración con la que se había dirigido a Cian.

Parecía que Cian era un ejemplo para los habitantes del pueblo.

Capítulo 12

—No es el lugar donde pensaba que Connor tendría su despacho —comenté mientras nos adentrábamos en el local situado en un barrio pobre de la periferia.

Había esperado que el despacho de Connor se encontrase en una de las mejores zonas de la ciudad, en un edificio lujoso con conserje, dos ascensores de cristal y muchas medidas de seguridad. El tipo de despacho en el que trabajaría el abogado de un hombre adinerado.

—¿Decepcionada? —preguntó Sullivan. Tanto él como Dugan habían venido con nosotros.

Me había sorprendido de que Sullivan nos acompañase, pero aún me había parecido más extraño que Dugan no se quedase en el helicóptero. Aunque no había hecho ninguna pregunta porque, la realidad era que, quedarme a solas con Cian, me daba miedo. Miedo a no saber controlarme, miedo a hablar más de la cuenta, miedo a hacer algo que no debería.

—Solo sorprendida. Tenía otra idea en mente.

—Estás siendo prejuiciosa, Enya —me recriminó Sullivan, a la vez que una mujer de mediana edad detrás de un escritorio nos saludaba—. Que no quiera pagar miles de euros por un alquiler no le convierte en un mal abogado.

—Yo no he dicho eso. Solo que cuando hablé con Connor me dio la impresión de… —me interrumpí a mí misma porque era absurdo lo que iba a decir. Había hablado con él por teléfono en un par de ocasiones, no sabía nada de él.

—Brian estará en un momento con ustedes —dijo la mujer, señalando la única puerta que había en el local. A pesar de que una sonrisa curvaba sus labios, nos observaba con cautela, como si no supiera cómo actuar frente a nosotros.

—Gracias, Alana —le dijo Cian.

La mujer palideció y sus ojos se tensaron con preocupación.

—¿Sabes mi nombre?

Cian la miró con indiferencia.

—Trabajas para mi abogado —dijo, como si no entendiera la pregunta—. Eres importante para él y él lo es para nosotros. ¿Por qué no te conocería?

—Claro —respondió con una sonrisa, pero su labio inferior tembló ligeramente, como si estuviera nerviosa—, entiendo.

Cian le devolvió la sonrisa y se dio la vuelta para dirigirse hacia el despacho en el que se encontraba Brian. Dugan y Sullivan le siguieron. Alana centró rápidamente su mirada la pantalla de su ordenador y comenzó a teclear en él. Era como si estuviese deseando que nos marchásemos. ¿Qué estaba pasando?

—Vamos, prima. —Sullivan agarró mi muñeca y tiró de mí para que entrara en el despacho.

El despacho seguía la decoración simple del exterior. Las paredes blancas, un escritorio de madera y varias sillas negras de cuero.

—¿Ella no te conocía?

A pesar de que mi pregunta era dirigida hacia Cian, fue Sullivan el que respondió.

—Es la sustituta de Cara, la secretaría de Connor. Todos los veranos se va un mes de vacaciones a la Toscana junto a su familia.

Así que Alana estaba cubriendo temporalmente el puesto, por eso parecía sorprendida de que Cian supiese su nombre. ¿También esa era la razón por la que se había comportado de esa

manera tan extraña delante de él?

Me quité la americana que llevaba puesta y la dejé en el respaldo del asiento, para sentarme en él un segundo más tarde. Cian se colocó frente a la silla que se encontraba a mi derecha, pero no se sentó en ella. Sullivan ocupó un sitio a mi derecha y Dugan permaneció detrás de nosotros, apoyando su espalda contra la pared.

—Bonito conjunto —me dijo Sullivan, mirando mi camisa y mis pantalones—. El rojo te favorece. —Señaló mis pantalones de traje—. ¿Son nuevos?

A pesar de que sus palabras eran amables, no había nada de gentileza en su tono de voz. Apoyé mis manos sobre mis muslos mientras movía mi cabeza en un asentimiento, sintiéndome inexplicablemente incómoda.

—Gracias —respondí, forzando una sonrisa—. Sí, en realidad, toda la ropa es nueva.

—¿Ah, sí?

—Sí, digamos que mi ropa sufrió un pequeño incidente y tuve que ir el sábado a comprar algo nuevo. Cian me trajo a una boutique en esta ciudad. No es mi estilo, pero me estoy acostumbrando.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Sullivan con los labios apretados. A pesar de que estaba hablando conmigo, su mirada estaba fija en Cian. Sin embargo, este parecía ajeno a la conversación, con su mirada fija en uno de los cuadros de paisajes que decoraban las paredes.

Iba a preguntarle a Sullivan a qué se refería cuando la puerta se abrió y un hombre de mediana edad atravesó la sala. Tenía el cabello castaño y llevaba un traje de color gris. En su mano derecha, sostenía una carpeta que dejó sobre su escritorio, para después, darle la mano a Cian.

—Imagino que eres Enya. —El hombre fue a dar un paso hacia mí para saludarme, pero su mirada se detuvo en Cian. Parecía inseguro, como si, al igual que Alana, no supiera cómo comportarse. Aunque él no lucía tan nervioso como su secretaria.

—Imaginas bien —respondí con una sonrisa.

—Brian, tengo asuntos que atender. Date prisa —dijo Cian, como siempre, haciendo alarde de su buen talante.

Brian asintió y rodeó su escritorio para abrir la carpeta que había dejado un minuto antes sobre la mesa y sacar unos papeles que entregó a Cian. Esté se tiró unos minutos leyéndolos detenidamente, asegurándose que todo estaba en orden.

Me acomodé en el asiento mientras sentía cómo el cansancio se apoderaba de mí. Ahogué un bostezo. Estaba agotada, cuando regresásemos a casa aprovecharía para dormir un poco.

Finalmente, Cian apoyó el papel sobre el escritorio y se inclinó para firmarlo. Acto seguido, deslizó el papel por la madera hasta colocarlo a mi altura. Me entregó el bolígrafo y señaló el hueco vacío al lado de donde él había firmado. Mientras lo hacía, sus dedos rozaron accidentalmente los míos y sentí que un hormigueo recorría mi piel.

Apreté con fuerza el bolígrafo entre mis dedos con la mirada fija en el hueco vacío donde debía firmar. Estaba tan confundida y cansada, tanto emocional como físicamente, que lo único que deseaba en esos momentos era terminar con todos aquellos trámites lo antes posible para poder leer la carta que mi padre me había dejado. Esa fue la razón por la cual, sin tan siquiera molestarme en leer el documento, firmé con rapidez. Cian recogió los papeles, entregándoselos a Brian.

—¿Cuánto tarda en hacerse oficial? —le pregunté a Brian.

—Tengo que llevarlo al juzgado primero —respondió Brian guardando los documentos en la carpeta.

—¿Cuántos días? —insistí, porque no había contestado a mi pregunta.

—No te lo puedo decir con exactitud, ya que es un tema que no dependa de mí. Imagino que no más de una semana. —Brian desvió su mirada de mí hacia la de Cian.

—¿Una semana? —repetí con decepción. No tenía tanto tiempo.

—Vamos, Enya —intervino Cian mientras se levantaba de la silla—. Brian nos avisará cuando todo esté listo.

Resignada, porque no podía hacer otra cosa más que esperar, me levanté de mi asiento. Me despedí de Brian, quien me ofreció una sonrisa amable y después seguí a Cian hasta la salida del despacho.

—¿Tienes hambre? —me preguntó.

—Un poco, la verdad. —Mi estómago gruñó en protesta—. Vale, mucho —reconocí, un poco avergonzada. Ayer me había ido a la cama sin cenar y después de la noche que había pasado, solamente había sido capaz de darle dos mordiscos a una tostada y tomarme un café.

—Te invito a comer entonces.

Era un bonito gesto por su parte, pero una comida con Cian era lo que menos necesitaba en esos momentos. Necesitaba… Maldita sea, ni siquiera lo sabía.

—No hace falta —rechacé—. Puedo esperar a…

—Acabo de reservar una mesa para dos —me interrumpió. No me había dado cuenta de que Cian había sacado su móvil y estaba tecleando en él.

Asentí, dándome por vencida. Conocía lo suficiente a Cian como para saber que no iba a aceptar un *no* por respuesta y lo que menos me apetecía era discutir con él.

—¿Sullivan y Dugan no nos acompañan? —pregunté, mirando a mi alrededor y dándome cuenta de que ellos no habían salido del despacho. La puerta estaba cerrada.

—Ellos tienen asuntos pendientes que resolver con Brian. Negocios.

Asentí mientras atravesaba el local junto a Cian. Cuando llegué a la puerta, me di la vuelta para despedirme de Alana, pero me di cuenta de que el mostrador estaba vacío y ella no se encontraba tras él.

—Antes, ella parecía nerviosa —dije señalando el asiento vacío.

Cian se encogió de hombros.

—No me he dado cuenta.

Por supuesto que él no lo había hecho. Cian nunca se daba cuenta del efecto que causaba en la gente. Ni siquiera en el que me causaba a mí.

—¿No te ha gustado la comida? —me preguntó Cian, arqueando una ceja.

Cian me había llevado al mismo restaurante en el que habíamos comido días antes. A diferencia de la otra vez, no había disfrutado de la comida. Mi estómago estaba cerrado y el nudo en mi garganta me impedía ingerir ningún alimento. No sabía cuánto tiempo iba a poder seguir aguantando en esa situación. Regresar a Melbourne sin saber la verdad sobre mi pasado había cruzado por mi mente durante la hora que habíamos estado en el restaurante. Pero no podía huir como una cobarde, no cuando la única culpable era yo.

Era una persona adulta, tenía que ser capaz de luchar contra la atracción que sentía hacia Cian. No podía ser tan difícil, miles de mujeres y hombres lo hacían todos los días. Aunque claro, con una *pequeña* diferencia: no compartían sangre entre ellos.

Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba a mi mejor amiga, ella me escucharía sin juzgarme y me aconsejaría. Aunque, conociendo a Bindi, me diría que me acueste con Cian para sacarlo de

mi sistema. Pensándolo mejor, no se lo iba a contar a Bindi. Aún así, hubiera dado cualquier cosa porque ella estuviera a mi lado en esos momentos; con una sola mirada, ya me hacía sentir mejor.

Por desgracia, Bindi se encontraba a miles de kilómetros de distancia. Lo más cercano a una amiga que tenía en Irlanda era Nessa. Pero ¿cómo le iba a contar que me sentía atraída hacia Cian? Por Dios, se creería que estaba enferma. Y su padre trabajaba para Cian. Si a Nessa se le escapaba y Dugan se enteraba, este podía decírselo a Cian.

¿Qué iba a hacer si Cian se enteraba?

—Enya —repitió Cian, devolviéndome a la realidad. Fruncí mis cejas en confusión, atreviéndome a mirarlo a la cara por primera vez desde que habíamos llegado al restaurante. Estaba tan avergonzada por lo que había ocurrido la noche anterior…—. Te preguntaba si no te había gustado la comida —dijo con irritación al darse cuenta de que no le había estado escuchando—. Apenas has comido nada y ni siquiera has pedido postre.

—Estaba todo muy rico, es solo que me duele un poco el estómago. —Aquello no tenía ningún sentido, ya que le había dicho que me estaba muriendo de hambre una hora antes. Sin embargo, si Cian se dio cuenta de mi contradicción, fingió no haberlo hecho.

—¿Quieres que le pida una manzanilla al camarero?

—No, gracias.

Como si nos hubiera escuchado hablando de él, el camarero apareció justo en ese momento con una bandeja. Dejó frente a Cian el café que este había pedido minutos antes y después, se alejó de nosotros.

No pude evitar mirar la taza con anhelo y un pequeño bostezo que no pude reprimir se escapó de mis labios. La falta de sueño estaba comenzando a pasarme factura.

—Pareces cansada —señaló Cian—. ¿Has descansado bien esta noche?

Junté mis manos, entrelazando los dedos entre ellas, nerviosa.

—Sí —contesté con rapidez, demasiada rapidez—. He dormido muy bien esta noche. De hecho, no me he despertado ni una sola vez —mentí descaradamente. Estaba dando demasiada información, me iba a pillar… ¿Y si sospechaba? Observé con ansiedad a Cian, pero la expresión del rostro de este era tan imperturbable como siempre—. No sabía que eras católico —dije, cambiando de tema antes de que pudiera hacer otra pregunta que me comprometiera. Aunque, un segundo más tarde, me di cuenta de que si me hubiera callado, lo más seguro era que la conversación se hubiera terminado. Algo que, viéndolo en retrospectiva, tendría que haber hecho.

—Es que no lo soy. —Cian cogió la cuchara y removió su café.

—Entonces, ¿por qué vas a la iglesia todos los domingos? —Por la forma en la que Cian me había hablado esa mañana, me había dado la sensación de que no había sido algo puntual.

—Es cuestión de respeto hacia mi gente. Ellos sí son católicos.

—Tu gente —repetí—. Una palabra curiosa para referirte a la gente del pueblo —no pude evitar mencionar. Cian se limitó a alzar sus hombros en respuesta, pero pude ver cómo se tensaba ligeramente, como si ese fuera un tema importante para él—. Pobre cura, no me imagino lo que tiene que ser confesarte —bromeé, en un intento por aligerar el ambiente.

—No me confieso, Enya. Mis pecados no tienen perdón.

—Vamos, Dios lo perdona todo. —Cian era complicado de leer y bastante peculiar, como había descubierto que eran casi todos los habitantes de ese pueblo, pero no era un mal hombre. ¿Qué cosas tan graves podía haber hecho para decir eso?—. Todos pecamos, Cian.

—¿Incluso tú? —preguntó él—. Dudo que tú tengas pecados que confesar, Enya. Tú eres

demasiado buena para pecar.

Oh, si él supiera…

Mi mirada bajó hasta su mano, removiendo el café con la cucharilla y la imagen de él acariciándose la noche anterior apareció en mi cabeza. Había intentado borrar el recuerdo de mi mente, distraerme hasta que fuese capaz de convencerme a mí misma que nunca había pasado, pero todos mis esfuerzos habían sido en vano. Ahora estaba por todas partes, se había adueñado de cada rincón de mi cabeza. Cuando Cian alzó la cucharilla y se la llevó a su boca para saborear los restos de café que quedaban en ella, pude escuchar su voz gutural de la noche anterior retumbando por cada poro de mi cuerpo mientras echaba su cabeza hacia atrás y…

—¡No! —exclamé, apoyando mis manos sobre la mesa con tanta fuerza que la taza de Cian se tambaleó y varias gotas de café se derramaron sobre el mantel, manchándolo. Algo que estaba convencida de que molestaría a Cian—. Quiero decir… —carraspeé, nerviosa—. He cambiado de opinión, voy a pedirle una infusión al camarero. —Me levanté de la silla sin tan siquiera esperar una respuesta por parte de Cian y caminé por el local fingiendo buscar al camarero, cuando lo único que quería hacer era salir corriendo de allí y esconderme debajo de una piedra durante el resto de mi existencia.

¿Podía hacer más el ridículo?

Al parecer, sí, tal y como descubrí media hora más tarde, cuando estábamos en el helicóptero de regreso a la casa de Cian.

—Prima, creo que es la primera vez que te veo tan callada —dijo Sullivan. Al parecer, era un libro abierto. ¿Por qué no podía ser como Cian?—. ¿Estás bien?

—Sí, tan solo estoy cansada —respondí a modo de excusa.

—¿Y eso? —preguntó Cian, uniéndose a la conversación—. ¿No me has dicho que has dormido muy bien esta noche?

—Y lo he hecho.

—¿Entonces? —insistió.

Cian era como un perro con un hueso, no iba a dejarlo pasar, así que no me quedó otro remedio que contestar con una mentira. Odiaba mentir, pero ese día lo había hecho varias veces. Algo que no me hacía sentirme bien conmigo misma. Yo no era una mentirosa. Ni por muy piadosas que fuesen las mentiras, eso no estaba bien. Mi vida se había tejido alrededor de una mentira, una de la que, en el fondo, siempre había sido consciente. No quería que siguiese siendo así.

Y, entonces, supe lo que tenía que hacer. No iba a ser fácil, pero era la única solución posible.

—Mentí. No he dormido más que unas pocas horas.

—¿Y por qué mentiste? —inquirió Cian. Su rostro parecía esculpido en piedra, no había ninguna emoción en él.

—No quiero decirlo.

—¿No quieres decirlo?

—¿Estás sordo? —respondió Sullivan por mí—. Vas a tener que ir al otorrino, mi querida prima ha hablado en un tono alto y claro —bromeó aligerando el ambiente y provocando que Cian emitiese una especie de gruñido, pero dejó el tema.

Si no fuese tan vergonzosa, le hubiese dado un beso en la boca en los labios a Sullivan por salvarme. Aunque, por otro lado, eso no estaría bien, era mi primo. ¿Pero qué me pasaba con los hombres de mi familia?

Me eché a reír sola ante este pensamiento; carcajadas histéricas provocadas por los nervios se

escaparon de mis labios. Cuatro ojos se centraron en mí, incluso hasta Dugan giro ladeó la cabeza levemente desde el asiento del piloto para mirarme con el ceño fruncido.

Debían pensar que estaba chalada. Y, posiblemente, no estaban tan desacertados.

—¿Podemos hablar? —le pregunté a Cian en el mismo momento en el que entramos en la casa.

Sullivan se había quedado en el jardín y Dugan en el interior del helicóptero. Aunque no podía ver a las empleadas de hogar, escuchaba el ruido de pasos y susurros.

—¿Sucede algo? —preguntó con preocupación—. Estás actuando de una manera extraña.

—No, bueno… sí. Estoy bien, pero… —Un ruido me interrumpió. Noreen estaba bajando las escaleras, dirigiéndose hacia el *hall*—. ¿Podemos ir a un lugar tranquilo?

Cian escudriñó mi rostro en busca de algo. No sé si lo encontró, pero, de todas formas, asintió. Me hizo un gesto con su brazo para que le siguiese.

Aunque estaba segura de que era un error y no debería hacerlo, iba a sincerarme con él. Era una persona demasiado expresiva. En unas solas horas, todos los que habían pasado un rato conmigo se habían dado cuenta de que algo no iba bien. No podría ocultarlo durante días. Y además quería ser honesta con él.

Cian me llevó hacia su despacho. Esta vez, me fijé en cómo tecleaba en la pantalla la contraseña numérica: 160409. Por alguna razón, esos números me resultaban conocidos, aunque no sabría decir por qué. Y tampoco podía pararme a pensarlo demasiado, ya que mi mente estaba ocupada buscando las palabras adecuadas con las que comenzar a hablar con Cian.

—Siéntate —me pidió, señalando el sofá colocado frente al ventanal.

Obedecí a la vez que observaba a Cian sacar un mando de uno de los cajones del escritorio y darle a un botón. Los estores se bajaron, tapando los ventanales e impidiendo miradas indiscretas desde el exterior. Aunque permitían la entrada de una luz tenue que me permitía ver con claridad.

Cian se apoyó contra el escritorio, dándome tiempo para que hablase.

—Mira, Cian, sé que puede parecerte absurdo, pero… —balbuceé. Aquello era mucho más difícil de lo que pensaba—. Eres mi hermano, pero no nos hemos criado juntos y no puedo evitar… —Volví a interrumpirme a mí misma, sin saber cómo expresar lo que sentía. Apoyé los codos sobre mis muslos y enterré mi rostro sobre las manos—. No sé cómo decirlo —me lamenté, las palabras saliendo entrecortadas de mis labios.

Escuché los pasos de Cian cuando sus zapatos golpearon la madera. Segundos después, sentí cómo se sentaba a mi lado.

—Enya, mírame —pidió. Su voz más dulce de lo que le había escuchado nunca. Aparté mi rostro de mis manos, incorporándome, aunque siendo incapaz de mirarle. Cian colocó un dedo en mi barbilla, ladeando mi cabeza hacia él—. Sea lo que sea, puedes decírmelo. Puedes confiar en mí.

Cian se estaba mostrando comprensivo. Sin embargo, ¿seguiría entendiéndome una vez supiese la verdad?

—Lo sé, solo que… —Una vez más, no fui capaz de terminar la frase.

—Respira hondo, sea lo que sea lo solucionaremos. —Cian me ofreció una sonrisa y bajó su mano, dándome el tiempo que necesitaba.

—Me siento atraída hacia ti —solté de golpe. Era mejor así—. Sé que somos hermanos y está mal. También sé que es algo que pasará con el tiempo. —Debería de hacerlo, ¿no?—. Pero,

ahora mismo, se me hace difícil estar cerca de ti. Estoy confundida y no sé cómo actuar a tu alrededor. Así que, he pensado que cuando pueda leer la carta que dejó nuestro padre, regresaré a Melbourne. Ahora mismo, lo mejor es poner algo de distancia entre nosotros. —Al menos, durante unos meses.

Cian me miraba con intensidad. Esperé unos segundo para ver si decía algo, pero como no lo hizo, continué.

—Espero que nuestra relación no se enrarezca. Quiero seguir formando parte de tu vida. —Las palabras salían atropelladas de mi boca—. Sé que te va a costar entenderme, porque ¿quién en su sano juicio se sentiría atraído por alguien con el que comparte su misma sangre? —Al parecer, había perdido la cordura por completo—. No quiero hacerte…

No pude seguir hablando, porque Cian estrelló sus labios contra los míos. No lo vi venir y por esa razón intenté apartarme, pero él colocó una mano alrededor mi nuca, impidiéndomelo.

—¿De verdad crees que no te deseo? —dijo, hablando sobre mis labios—. Joder, te deseo desde hace mucho tiempo.

La cabeza me daba tantas vueltas que sus palabras no terminaron de llegar a mi cerebro, lo único en lo que estaba absorta era en los movimientos de su lengua, que se adentró en mi boca, buscando a la mía.

Su beso no era como ninguno que hubiese experimentado antes. Su beso era profundo, enérgico y desesperadamente hambriento. Me perdí en sus labios. Me sentía transportada por una ola de sensaciones que crecía sin cesar y me olvide completamente de que aquello estaba mal.

Rodeé mis brazos alrededor de su cuello mientras su lengua caliente se movía dentro de mi boca, investigando y torturando. Un gemido involuntario salió de mis cuerdas vocales, muriendo en su boca. Esa mañana habíamos estado en misa purgando nuestros pecados y ahora estábamos pecando de la manera más brutal. Estaba segura de que, de un momento a otro, un rayo enviado por Dios nos atravesaría.

Le pasé las manos por su sedoso cabello mientras seguíamos besándonos. No quería que se separase de mí, quería que durara para siempre. Pero, como todo lo bueno, tenía que terminar en algún momento.

—¡Cian! —La voz de Sullivan, seguida de unos fuertes golpes en la puerta, nos interrumpieron.

—Vete —dijo Cian, separándose brevemente de mí, aunque sus labios seguían a escasos centímetros de los míos.

Mi respiración era entrecortada y el corazón me iba a cien por hora.

—No has cerrado la puerta, puede entrar. —Intenté alejarme de Cian, pero este rodeó mi cintura con su brazo, impidiéndomelo.

—Solo se puede abrir desde dentro —me susurró.

—¡Cian, es importante! —gritó Sullivan.

Cian masculló algo que no entendí y volvió a unir sus labios con los míos. Esta vez, el beso fue calmado y dulce. La vibración que produjeron los golpes que Sullivan volvió a dar contra la puerta me recorrió todo el cuerpo. Él no se iba a marchar.

—¡Cian, joder! ¡Abre!

Cian suspiró, apoyando su frente en la mía.

—No abras —pedí.

—Tengo que hacerlo. —Ladeó la cabeza y me dio un beso en la mejilla.

Se levantó del sofá para dirigirse hacia la puerta, pero agarré su muñeca, deteniéndolo.

—Él va a sospechar.

Ahora que la lujuria se había enfriado, me sentía avergonzada. Sullivan no podía enterarse de lo que acabábamos de hacer.

En cambio, Cian parecía tranquilo, ajeno a mis preocupaciones.

—No pasa nada. —Cian se soltó de mi agarre con suavidad y fue a abrir la puerta. Ni un segundo más tarde, Sullivan entró como un vendaval. Nunca le había visto alterado, él siempre parecía tan despreocupado.

—Joder, tío. ¿Qué cojones hacías? Tenías… —Se interrumpió al verme sentada en el sofá.

Instintivamente, me pasé la mano por los labios, que notaba hinchados. Aunque, rápidamente la quité, ya que ese gesto solo ayudaría a que Sullivan averiguase lo que habíamos estado haciendo. Si sospechó, no dio ninguna pista sobre ello.

—Hola, prima —me saludó alegremente. Su expresión se suavizó, pero podía seguir viendo esa tensión en sus ojos, como si algo le preocupase—. Pensaba que estabas en tu habitación, descansando.

Me levanté del sofá.

—Había algo que tenía que hablar con Cian, pero ya me voy —traté de que mi tono fuera neutral e hice todo lo posible para permanecer tranquila—. ¿Hablamos luego? —le pregunté a Cian cuando pasé al lado de él.

Esté asintió, aunque su mirada no estaba en mí, sino en Sullivan.

Salí del despacho sintiendo que me había quitado un peso de encima. No fue hasta media hora más tarde, cuando ya estaba en mi habitación, tumbada en la cama y había cerrado la persiana para poder dormir un poco, que fui consciente de que, aunque Cian se sintiese de la misma forma que yo, no seguía cambiando el hecho de que compartíamos la misma sangre. Puede que no hubiésemos crecido juntos, pero seguía siendo mi hermano.

¿Cómo algo qué estaba tan mal podía sentirse tan bien?

Capítulo 13

Cuatro días, noventa y seis horas sin tener noticias de Cian. Era como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Lo único que sabía de él era que había tenido que viajar a la ciudad por trabajo y se estaba quedando allí. Y eso no me lo había dicho él, sino Noreen.

No era tan crédula como para no darme cuenta de que me estaba esquivando después de lo que había pasado entre nosotros. Podía entender que estuviera confundido, yo también lo estaba, pero estaba comenzando a enfadarme.

No se había dignado a darme una sola explicación. Y lo que aún era peor, no tenía noticias sobre Brian. No sabía si había sido aceptado en el juzgado el documento legal que habíamos firmado.

Y para más inri, seguía sin encontrar mi móvil. Noreen me había ayudado a buscarlo, pero no aparecía por ninguna parte.

—Tierra llamando a Enya. —Nessa estaba pasando una mano por delante de mi cara.

—Lo siento, me he distraído.

Nessa hizo una mueca, pero no parecía enfadada, más bien, divertida.

—Te decía que no entiendo qué le veis al café —me repitió mientras sorbía de la pajita de su *smoothie* de plátano.

Miré mi vaso de plástico de café lleno de hielos. Era de las que prefería el café con leche caliente; sin embargo, hacía un día especialmente caluroso.

—Si te soy sincera, no soy gran *fan* del café —de hecho, tomaba más azúcar que café—, solo lo tomo porque necesito mi dosis de cafeína diaria. —Normalmente, solo me tomaba uno a la mañana, pero esos últimos días en los que apenas había podido pegar ojo, había tenido que aumentar la cantidad de tazas a dos.

Nessa puso cara de asco.

—Adictos.

—Qué exagerada eres —repliqué de broma.

Esos últimos días, Nessa había sido una gran compañía para mí. Me había salvado de estar todo el día aburrida y sola dando vueltas por la propiedad de mi hermano. Era divertida, tenía un buen sentido del humor y era una gran conversadora.

—¿Te apetece venir a cenar a mi casa con Declan y conmigo? —me preguntó—. Luego te acercó a tu casa.

Me mordí el labio inferior, pensativa.

—Supongo que sí. No es como si nadie me estuviese esperando para la cena. Llevo días sin ver a Cian.

—Mi padre tampoco está en casa. Él está en Dublín junto a Cian.

—¿Y sabes cuándo regresan? —inquirí, dándome cuenta de que Noreen no me había mentido y yo estaba siendo una mal pensada. Había creído que Cian me estaba esquivando y simplemente le había surgido una emergencia laboral.

—No —respondió con rapidez, mientras le daba un sorbo a su bebida y giraba su cabeza hacia el paisaje.

—Me gustaría conocer Dublín —reconocí—. ¿Crees que podríamos ir a pasar un par de días?

Nessa se rio.

—Ojalá, pero no puedo. No sabes lo que me gustaría regresar.

—¿Hace mucho que no vas? —le pregunté, sorprendida. Noreen me había dicho que nos encontrábamos a dos horas en coche de Dublín. No es como si no hubiese podido hacer una escapada.

—Desde que viví allí cuando era pequeña, pero no tengo demasiados recuerdos de la ciudad. Me gustaría ir a la universidad y estudiar Historia del Arte.

—¿Te estás tomando un año sabático? —Nessa tan solo era un año más pequeña que yo.

—Algo así —dijo, mordiendo la pajita—. Digamos que, de momento, no es recomendable que vaya a estudiar a Dublín.

—¿No hay universidades en otras ciudades del país? —pregunté, sin entender muy bien las razones por las que no podía ir a Dublín. De hecho, Nessa podía vivir en una residencia estudiantil o alquilar un piso con otros estudiantes y los fines de semana regresar al pueblo.

—Sí, pero mi padre prefiere que, de momento, me quede en casa con él y Declan.

—Tu padre es tan protector como lo era mi abuelo —dije, entendiendo esa sensación—. A mi abuelo le aterrorizaba que saliera de casa. Pero, si algo he aprendido en este viaje, es que no puedes vivir toda la vida teniendo miedo. Tienes que vivir tu propia vida, piensen lo que piensen los demás.

—A veces, es preferible ser cautos.

—Mírame a mí. —Me señalé con la mano con la que no estaba sosteniendo el vaso de café —. Me aterrorizaba salir de Melbourne y aquí estoy, en Irlanda, vivita y coleando. —A pesar de todo lo que había pasado, no me arrepentía de haber hecho este viaje.

Nessa curvó sus labios en una sonrisa que no llegó a sus ojos. Me pareció una sonrisa triste. ¿Tal vez hablar sobre Dublín le había puesto nostálgica? Aunque me había dado la sensación de que Nessa respetaba la decisión de su padre. Ella estaba de acuerdo con él.

—Oye, Nessa. Muchas gracias por todo. Has sido muy amable conmigo.

—Está siendo un placer. —Nessa era un auténtico encanto. Pensé que, algún día, debería presentarle a Bindi. Estaba segura de que ellas dos se llevarían muy bien—. ¿Damos un paseo? —preguntó, mirando nuestros vasos vacíos.

Acepté y paseamos por las calles del pueblo. Los pueblerinos se habían acostumbrado a mí y ya ni siquiera me miraban cuando pasaba a su lado; algunos, hasta, me saludaban. Aunque seguían sin parecer demasiado cómodos con mi presencia allí.

Gritos y risas me sobresaltaron cuando pasamos por la orilla del río. Un grupo de adolescentes vestidos con traje de baño corrían hacia el muro. Unos ya estaban encima de él y saltaban al agua, haciendo acrobacias que, si intensase imitar, me rompería el cuello.

—¿No es peligroso? —le pregunté a Nessa con preocupación.

Nessa se encogió de hombros.

—No es lo más peligroso que hacen —respondió.

—Adolescentes —murmuré, haciéndola reír—. Mi adolescencia ha sido bastante tranquila. En realidad, no tuve la oportunidad de ser una adolescente normal. Tuve que cuidar a mi abuelo.

—Yo tampoco —reconoció—. Mi padre se pasa la mayor parte del día trabajando. Soy como una madre para Declan. Él ya tiene quince años, pero, algunas veces, se sigue comportando como un niño —dijo, señalando a su hermano, que justo en ese momento estaba encima del muro y empujó a uno de los chicos. Acto seguido, se tiró al agua, dando una voltereta en el aire.

—Supongo que nunca es tarde para vivir la adolescencia. ¿Nos tiramos? —le pregunté, mordiéndome la mejilla interior para reprimir la carcajada que amenazaba con escaparse de mis labios cuando vi la cara de Nessa.

—¿Lo dices en serio?

—No, este viaje me ha cambiado, pero no tanto.

Nessa me miró, aliviada. Ambas nos echamos a reír hasta que Declan, que había salido del agua, pasó por nuestro lado y sacudió su cabello, mojando a su hermana y salpicándome a mí.

—¡Declan, voy a matarte! —gritó Nessa.

Declan le respondió algo, pero yo no le escuché, porque mi mirada estaba fija en el tatuaje que lucía en su clavícula derecha. Un trébol con una frase debajo que no pude leer porque Declan echó a correr, alejándose de nosotras. Sin embargo, no necesitá leerla para saber lo que ponía. Era el mismo tatuaje que llevaban Cian y Sullivan.

Mi mirada se desvió hacia los otros cuatro chicos que estaban junto a Declan. Todos llevaban el mismo tatuaje.

—¿Por qué llevan el mismo tatuaje que Cian? —le pregunté a Nessa.

La sonrisa de Nessa se congeló en el instante en el que me escuchó. Dejó de mirar a su hermano para centrar su atención en mí, aunque no fue capaz de mirarme a los ojos.

—Ya te habrás dado cuenta de que Cian es muy querido en el pueblo —dijo, las palabras saliendo atropelladas de sus labios—. Su familia materna era originaria de aquí. —Eso me lo había contado él—. Cian ha hecho mucho por este pueblo y por nosotros. Todos los jóvenes quieren imitarle.

Durante unos segundos, ambas permanecimos en silencio. Podía ver la ansiedad en el rostro de Nessa, como si me suplicara que no le hiciera más preguntas. Y, quizá, por esa razón, moví mi cabeza en un asentimiento y fingí que me creía sus palabras. Desconocía cuál era la explicación real, pero había mucho más de lo que Nessa me había contado.

—¿Vamos a comprar masa de pizza? —sugirió Nessa. Al parecer, ella llevaba tan mal los silencios como yo—. Tengo verduras, queso y salsa carbonara. Puedes ayudarme a preparar unas pizzas.

—Claro —respondí. Cocinar me relajaba, pero en casa de Cian no tenía posibilidad de hacerlo. Dudaba que Noreen me dejase. Ya no por ella, sino por Cian.

Nos alejamos del río en dirección a la calle principal donde se encontraba la tienda cuando el teléfono de Nessa sonó.

—Es mi padre —me explicó, a la vez que lo cogía.

No podía escuchar lo que este le decía, pero sí me di cuenta cómo fruncía el ceño por la preocupación. Para cuando colgó, me estaba mordiendo las uñas por los nervios. ¿Y si les había pasado algo?

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Sí, sí —respondió, aunque no sonaba muy convincente—. Solo me ha llamado para decirme que está en casa y quiere cenar con Declan y conmigo. ¿Te importa dejar las pizzas para otro día?

—Claro. ¿Cian también ha regresado?

—Sí —contestó escuetamente, pero fue suficiente para que mi corazón diese un vuelco.

—Vamos, te llevo a casa —se ofreció.

No recuerdo demasiado del viaje de regreso a casa, ya que solo podía pensar en lo que iba a decirle a Cian. Teníamos que hablar. En realidad, no sabía que le iba a decir, pero teníamos que aclarar lo que sucedía entre nosotros. En estos últimos cuatro días había estado pensando mucho, dándole vueltas una y otra vez a lo que había pasado. A pesar de que no nos habíamos criado juntos y éramos dos desconocidos, compartíamos la misma sangre. Lo que habíamos hecho estaba mal.

Lo primero que iba a decirle es que no podía volver a suceder, solo esperaba que él no decidiese callarme con un beso de nuevo, porque dudaba que pudiese resistirme.

Capítulo 14

En cuanto Nessa me dejó en la casa de Cian lo primero que comprobé era que el helicóptero se encontraba en la propiedad. Por eso me di una vuelta por el jardín. Aunque aún estaba de día, los empleados me observaban con atención, pese a que disimulaban cuando yo les devolvía la mirada.

Dos de los obreros, que por cierto todavía no habían terminado de construir el cobertizo, se encontraban vestidos con ropa de calle, apostados en la puerta de la enorme verja. Parecía que estaban vigilando que nadie ajeno a la propiedad entrase.

Posiblemente, simplemente estaban esperando a sus compañeros para salir a tomar algo al pueblo y yo estaba paranoica. El trayecto hasta casa en el coche había sido extraño. Nessa estaba particularmente nerviosa y su móvil no había dejado de sonar hasta que ella había terminado apagándolo. Tampoco ayudaba que mi cuerpo estuviese en alerta ante la perspectiva de enfrentarme a Cian después de nuestro beso.

Me dirigí al camino de entrada y lo recorrí despacio, aprovechando para poner mis ideas en claro. No es que lo consiguiese, pero sí sirvió para relajarme un poco.

—Ha llegado pronto, señorita —me saludó Noreen en cuanto entré por la puerta.

—Nessa se ha tenido que ir a casa. ¿Dónde está Cian?

—¿Cian? —me respondió con una pregunta. Parecía sorprendida, como si acabase de pedirle que resolviese la Conjetura de Collatz.

—Sí, ya sabes. Joven, alto, rubio y de ojos azules. —Cuerpo de dios griego, pero eso no lo dije en alto—. El dueño de esta casa —Señalé exageradamente el *hall.*

A Noreen no pareció relajarse mi broma. Ella continuó observándome con expresión seria y los labios apretados.

—No está en casa.

—¿Cómo no va estar? Nessa me ha dicho que su padre y él han regresado. Además, he visto el helicóptero.

—Él señor y Sullivan han regresado señorita, pero se han vuelto a marchar. —Hizo una pausa—. En el coche del señor —aclaró.

—¿Y adónde han ido?

Noreen dudó durante unos segundos antes de contestar. No sabía si conocía la respuesta y no estaba segura de si decírmelo o desconocía el paradero de Cian y Sullivan. Quizá era el cúmulo de la falta de sueño y todo lo que había pasado con Cian, pero estaba comenzando a tener la sensación de que todo el mundo estaba ocultándome cosas.

—No me lo ha dicho, pero les he escuchado decir que habían quedado para cenar.

¿Con mujeres? Aunque la pregunta estuvo a punto de salir de mi boca, fui capaz de contenerla a tiempo. Sentí que la ira se apoderaba de mí. Una ira potente que amenazaba con destruirlo todo. Nunca me había sentido de esa manera.

Cian había regresado a casa después de varios días, tras desaparecer sin darme ninguna explicación. Y ahora que había vuelto, ni siquiera se había molestado en intentar hablar conmigo.

Había justificado su ausencia, porque una parte de mí no quería pensar que yo era tan poco importante para él que no me merecía ni una explicación. Quería pensar que él estaba tan confundido como yo, pero que intentaría aclarar las cosas conmigo en cuanto tuviésemos

ocasión.

No teníamos un futuro juntos, no podíamos tenerlo. El destino caprichoso había elegido para mí al único hombre que nunca podría tener; no de la manera que me gustaría. Porque, a esas alturas, ya estaba mentalmente preparada para reconocer, tan loco como sonaba, que tenía sentimientos por Cian. Sentimientos que no podía permitir que arraigasen, sentimientos que tenía que matar antes de que comenzasen a crecer. Pero había querido pensar que él se encontraba en la misma situación que yo, que lucharíamos juntos contra ellos. Me había equivocado.

Él había decidido huir de mí, darme la espalda.

—Señorita, ¿me está escuchando? —me preguntó Noreen.

No, no lo estaba haciendo.

—Lo siento, Noreen —me disculpé—. ¿Qué me decías?

—El señor me ha entregado el tinte que usted se había dejado en su coche. Se lo he dejado en su baño.

El tinte. No me había acordado de él. Instintivamente, me llevé una mano al pelo y agarré uno de los mechones oscuros. Había estado tan ocupada dándole vueltas al beso con Cian, que me había olvidado de mi cabello.

—Gracias, Noreen.

—¿Quiere que mande que le sirvan la cena?

—No, gracias. Voy a dar una vuelta por el jardín.

Necesitaba aire fresco.

—Será mejor que se quede en el interior de la casa. Uno de los empleados ha visto un lobo en las inmediaciones.

Aunque los lobos me aterrorizaban, era demasiado temprano para encerrarme en mi habitación hasta el día siguiente.

—La verja es muy alta, no puede colarse. —No podían hacerlo, ¿no?

—Es mejor que no se arriesgue. Varios empleados han salido a asegurarse de que se ha marchado y que no hay más. Pero, hasta entonces, es mejor que se quede dentro.

Noreen no iba a ceder y yo no tenía ganas de discutir.

—Está bien, pero no es necesario que me preparéis la cena. No tengo hambre. Voy a la biblioteca a leer.

Noreen asintió y se marchó, dejándome sola.

Tal como le dije a Noreen, me dirigí a la biblioteca, pero solo fui capaz de pasar dos páginas del libro que estaba leyendo. Cada vez que leía una línea, mi cabeza comenzaba a pensar en Cian y tenía que regresar de nuevo para concentrarme en el texto. Al final, resignada, desistí y cerré el libro.

Centré mi atención en los ventanales de la estancia, viendo cómo estaba comenzando a oscurecer. Varios hombres, algunos que no conocía de nada se encontraban en el jardín. Parecían nerviosos. Un joven, que había visto arreglando el jardín en una ocasión, corrió hacia ellos y les dijo algo. Debía de ser importante, porque todos echaron a correr. Les vi alejarse, dirigiéndose a la puerta de salida hacía el bosque.

¿Había más lobos? Esperaba que una camada de lobos no se encontrasen cerca.

Viendo que no iba a poder leer, subí a mi habitación, dispuesta a descansar un rato. Me puse mi pijama de Piolín y me tumbé en la cama. Aunque no tardé ni cinco minutos en darme cuenta de que no iba a ser capaz de descansar. Así que, fui al baño en busca del tinte. Al menos, teñirme el cabello me mantendría distraída durante un rato.

Noreen había dejado el tinte encima de la balda de cristal. Miré mi reflejo en el espejo, que

decoraba la pared, arriba del mueble del lavabo. Las raíces comenzaban a ser visibles. Desde que me lo había empezado a teñir, nunca había dejado que creciesen tanto.

Me apliqué el tinte en el pelo y mientras esperaba que se impregnase, hice acopio de todas mis fuerzas para seguir adelante. Si Cian no quería hablar conmigo, lo respetaría. Fingiría que no había sucedido nada, que no nos habíamos besado. Podía hacerlo. Me convencí a mi misma de ello hasta que me aclaré el cabello.

Cerré los ojos para que el tinte no me escociese, por lo que hasta que me miré en el espejo no me di cuenta de lo que estaba sucediendo. Pegué tal grito que estaba bastante segura que me habían escuchado desde la otra punta del país, por eso me sorprendió que nadie interrumpiese en el baño. Esperé unos minutos segura de que, por lo menos, Noreen aparecería mientras miraba mi reflejo en el espejo, deseando que mi vista estuviese fallando.

Sin embargo, Noreen no apareció y tampoco cambio el color de mi pelo. pelirrojo, me había teñido de pelirrojo. Un tono prácticamente igual al que yo tenía al natural. ¿Cómo había sucedido eso?

Cogí la caja y la botella. El tinte era el que yo había comprobado, el mismo que utilizaba desde siempre. Incluso la misma marca. Solo había una explicación: que Cian lo hubiese cambiado. Pero, aquello no tenía sentido, ¿por qué él habría hecho algo así?

Recordé las ocasiones en las que Cian me había preguntado por mi cabello natural. Él se había mostrado en contra de que tiñese mi pelo. Pero eso, en ningún caso, justificaba que Cian hiciese algo así. Él no sería capaz.

Y, entonces, me di cuenta de que nunca hubiera pensado que Cian sería capaz de ignorarme de esa manera y dejarme sola después de lo que había pasado entre nosotros.

En realidad, no sabía de lo que Cian era capaz, porque apenas lo conocía. Por Dios, qué había hecho. Había recorrido medio país para conocer a un hermano del que no sabía nada.

Tenía que marcharme, no podía seguir allí. Pero ¿cómo lo iba a hacer? Tome una decisión rápida, sin pensar y bajé las escaleras, dirigéndome al despacho de Cian. No me encontré a nadie por las escaleras. La casa estaba inusualmente silenciosa, no se escuchaba ningún sonido, ni el murmullo de los empleados preparando la cena ni pasos, absolutamente nada.

La puerta estaba cerrada, pero me acordaba de la contraseña que le había visto introducir a Cian en el panel: 160409. Por suerte, Cian no la había cambiado. Aún no había anochecido del todo, por lo que entraba algo de luz por la ventana, evitándome tener que encender la lámpara y correr el riesgo de que me pillasen. Con rapidez, intentando que los nervios no me jugasen una mala pasada, rodeé el escritorio y encendí el ordenador. Tenía que enviarle un *email* urgente a Bindi para que me comprase un billete de avión para primera hora de la mañana. Después, iría andando hasta el pueblo y allí buscaría un taxi para llegar hasta el aeropuerto. Era un plan impulsivo, pero esperaba que funcionase. Y como todo plan improvisado, el primer escollo apareció rápidamente: no me sabía la contraseña para entrar en el ordenador de Cian y la de la puerta de entrada al despacho no era válida.

Antes de probar alguna más al azar y correr el riesgo de bloquearlo, busqué en los cajones del escritorio por si estaba escrita en algún papel. Era una posibilidad muy remota, pero tenía que probar suerte.

En los tres primeros, no encontré nada. El tercero tenía cerradura, pero los astros se alinearon y no estaba cerrada. Arrugué el ceño cuando vi lo que había en su interior. No contenía papeles, solo un objeto: una muñeca Barbie.

Me senté en la silla giratoria mientras observaba con más detenimiento la muñeca. Era rubia y su cabello estaba mal cortado, de manera que lucía una melena desigualada. Llevaba puesto un

vestido rosa de tirantes. Aunque lo que llamó mi atención fue su brazo derecho en el que tenía dibujada una pequeña mariposa roja. No parecía venir con la muñeca, daba la sensación de que había sido pintada por alguien.

Yo había visto esa mariposa antes. Pero… ¿dónde?

Aquello no tenía ningún sentido. Solamente era un dibujo de una mariposa, por supuesto que había visto cientos de ellos a lo largo de mi vida. Todos los nervios de esos últimos días y la falta de sueño estaban comenzando a pasarme factura. Estaba comenzando a delirar. Fui a guardar de nuevo la muñeca en el cajón cuando me congelé. Sabía que tenía que ser rápida si no quería que alguien me pillase, pero no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Porque, acababa de recordar dónde había visto esa mariposa antes.

—¿Por qué le pintas una mariposa? —preguntó una niña pequeña con el cabello pelirrojo mientras un niño con el pelo rubio usaba el rotulador permanente en el brazo de la muñeca.

—Porque te gustan las mariposas —respondió el niño, entrecerrando los ojos, concentrado en lo que estaba haciendo.

—¿Por qué roja?

—Es del mismo color que tu pelo.

La niña observó el dibujo y sonrió.

—Me encanta, Ci. Vamos a enseñárselo a mi papá

—Tu papá está reunido con el mío y no podemos molestarles —le contestó el niño, entregándole la muñeca.

La niña cruzó sus brazos e hizo un mohín.

—Él siempre está ocupado, igual que mi mamá. Siempre estoy sola con la niñera.

—No estás sola, yo siempre estaré contigo —dijo el niño con una confianza de un adulto.

La niña volvió a sonreír y abrazó al niño.

Durante unos minutos, traté de identificar ese recuerdo. El *flashback* había aparecido en mi mente como el fragmento de una película, como si fuera algo ajeno a mí. Sin embargo, no lo era. La muñeca se escapó de mis dedos y cayó contra el suelo.

Porque esos niños no eran los actores de una película. No, éramos Cian y yo.

Maldita sea, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué Cian guardaba esa muñeca como si fuera un secreto? ¿Por qué no me la había enseñado antes? ¿Había sido por respetar el acuerdo al que había llegado con nuestro padre antes de que este falleciera?

Entonces, fui consciente de algo: Cian y yo no compartíamos el mismo padre. Los recuerdos se disipaban como la niebla y no era capaz de retenerlos, pero de lo que sí estaba segura era de que Cian no era mi hermano.

Entonces, ¿por qué me había mentido?

Me agaché para recoger la muñeca y presa de un ataque de ansiedad, salí del despacho. Corrí a través de la casa, sin importarme sin alguien podía verme. Solo podía pensar en escapar, en huir de allí. Conseguí atravesar la puerta y continué corriendo sin rumbo fijo, mientras el sol terminaba de esconderse. No me importaba que la oscuridad me engulliese y ni siquiera fui consciente de que había salido de la propiedad y estaba en el bosque.

Cuando ya no pude más y el cansancio cayó encima de mí como una pesada losa, me detuve. Me incliné, colocando las manos encima de mis muslos, haciendo un esfuerzo por recuperar la respiración.

¿Por qué Cian se había hecho pasar por mi hermano? ¿Por qué me había dejado pensar que estaba haciendo algo malo al sentirme atraída hacia él?

Una vez más calmada, fui consciente del peligro que corría allí fuera. Había lobos, había

anochecido y estaba en un bosque. Sin embargo, no tenía adónde ir. El último lugar al que quería regresar era a casa de Cian. ¿Y si intentaba llegar al pueblo? Aunque, en el improbable caso de que lograse llegar, ¿qué haría allí?

Nessa me ayudaría. Ella me dejaría su móvil para que pudiese llamar a Bindi. Aunque ella estaba con Dugan y este trabajaba para Cian. Al verme, le avisaría a Cian que estaba allí.

Maldita sea, no sabía qué hacer.

Escuché un sonido que identifiqué como disparos y mi mente se quedó en blanco. Los disparos me aterrorizaban, lo habían hecho desde que era pequeña. Me quedé paralizada y me senté en el suelo, dejando la muñeca a mi lado mientras me tapaba los oídos. Los disparos siguieron resonando contra los árboles. Un grito desgarrador atravesó la oscuridad.

No podía respirar, el aire no llegaba a mi garganta. Me estaba ahogando. Impotente, sentí como mi visión se llenaba de puntos blancos. Iba a desmayarme.

La imagen de un Cian de niño apareció en mi mente. Este recuerdo era diferente al otro. Los ojos azules de Cian estaban cubiertos de dolor. A su lado, estaba yo, llorando, con mis manos sobre una mujer que se estaba desangrando en el suelo.

—¡Enya, tenemos que irnos! —me gritaba Cian, desesperado.

Sin embargo, yo no le estaba escuchando.

—Tienes que despertarte, mamá. Tienes que despertarte.

Cian agarró mi muñeca y tiró de mí. Aunque me resistí, él era más mayor y más fuerte y ganó la batalla.

—Vamos, Enya.

Intenté deshacerme de su agarre para regresar al lado de mi madre, pero Cian rodeó mi cintura con sus brazos, impidéndomelo.

—No puedo dejarla aquí.

—Tenemos que hacerlo, Enya. Es lo que ella querría.

—Tengo miedo, Ci.

—No tienes que tenerlo. Te voy a poner a salvo, a stór.

«A stór».

Ese era el apodo que Cian utilizaba para mí cuando éramos pequeños. Él decía que era su gran tesoro, por eso me llamaba así. No me había inventado esas palabras, tal y como había creído.

—Enya, ¿estás bien?

Aunque la oscuridad me impedía verlo, sabía que Cian se encontraba a mi lado. Él era el motivo por el que había escapado al bosque en medio de la noche y sin embargo, sentí que mi cuerpo se relajaba al reconocer su presencia, como si tuviera vida propia. Él siempre lograba eso de mí. Lo consiguió incluso aquella tarde, años atrás.

Las tinieblas se estaban apoderando de mí, pero no luché contra ellas, permití que tomasen el control. Porque Cian estaba allí y él nunca permitiría que nada malo me sucediese.

Capítulo 15

—Quiero hablar con Cian —le dije a Noreen por enésima vez en la última hora.

Me había despertado en mi cama el día anterior, con un fuerte dolor de cabeza y con la mente nublada. Al principio, había pensado que todo lo ocurrido las horas anteriores tan solo había sido un sueño, pero, poco a poco, al ir recobrando todos los recuerdos, me había dado cuenta de que todo había sido real. Estaba tan desconcertada, que cuando intenté levantarme de la cama, comencé a marearme y terminé cayéndome al suelo. Por suerte, no me golpeé en la cabeza, pero me llevé por delante el despertador que adornaba la mesilla, provocando un fuerte estruendo que llamó la atención de varios sirvientes.

Noreen había acudido en mi rescate, ayudándome a regresar a la cama y proporcionándome un calmante para el dolor de cabeza, que permitió que pudiese dormir durante el resto del día. Para cuando me volví a despertar, ella se encontraba en la habitación sentada en una silla. Se negó a irse hasta que comí toda la comida que me había traído y le prometí que me quedaría descansando.

Sin embargo, ya estaba cansada de esperar. Un nuevo día había llegado y necesitaba respuestas.

—El señor ha ordenado que descanses —me respondió Noreen.

—¡No quiero seguir descansando, Noreen! —Mi grito retumbó por las paredes de mi habitación. Esa mañana había intentado ir en busca de Cian, pero siempre había una de las empleadas en el pasillo que me obligaba a regresar a mi habitación—. Sé que está en casa, le he visto en el jardín hace menos de una hora. O me dejas ir dónde él o salto por la ventana. —Aunque no me gustaba tener que ponerme de esa manera, no me estaban dejando otra opción.

Noreen suspiró.

—Está bien —cedió, levantándose de la silla en la que se encontraba sentada—. El señor se encuentra en el gimnasio.

—¿Hay un gimnasio en la casa?

—En el sótano —respondió—. Que tenga un buen día. Si no necesita nada más… —Noreen se despidió de mí. Se dio la vuelta y abandonó la habitación, cerrando la puerta detrás de ella con cuidado.

Resoplé, frustrada. Había pagado mi enfado con Noreen cuando esta no tenía la culpa de nada. Noreen, al igual que todos los empleados, solo seguía órdenes. Pero ninguno de ellos me había dicho que Cian no era mi hermano. En realidad, no podía enfadarme con ellos, porque no tenía ni idea de lo que realmente ellos sabían.

Iba a salir de la habitación en pijama, pero, en el último momento, decidí vestirme. No porque me importase que a Cian le molestase, sino porque mi pijama de Piolín estaba en la lavadora y llevaba uno de los que Cian me había comprado. No quería ir a hablar con él con nada que le perteneciese, por eso me puse la única ropa mía que me quedaba.

Estuve deambulando por la casa durante más de quince minutos hasta que encontré las escaleras que llevaban al sótano. No había descendido ni dos pasos cuando escuché el sonido entrecortado de la respiración de Cian. Bajé las escaleras a paso lento, sintiendo que mi determinación descendía varios grados. No estaba segura si enfrentarme a él era lo correcto. En realidad, estaba convencida de que no lo era.

Cian me había mentido, se había hecho pasar por mi hermano. No había sido capaz de decirme la verdad, ni siquiera cuando le había confesado mi atracción hacia él. Incluso había llegado a cambiarme el tinte. No tenía pruebas de eso último, pero tampoco dudas. ¿Cómo de demente era eso por su parte?

Llegué al final de las escaleras y allí estaba Cian. Tumbado en la máquina de musculación, levantando una pesa con las dos manos; sus brazos presionados, dejando a la vista unos músculos perfeccionados con horas de entrenamiento. No pude evitar notar que tan solo llevaba puesto un pantalón corto de chándal.

Dejo la pesa en la barra al ser consciente de mi presencia.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, sentándose. Él parecía genuinamente preocupado, pero yo no sabía qué pensar.

—Tenemos que hablar —respondí, quedándome quieta. No me atrevía a acercarme a él. Toda la ira que sentía se había diluido como un azucarillo de azúcar en la leche en cuanto le había visto. Cian tenía ese poder en mí, pero no podía permitirlo.

Cian se levantó.

—Déjame ducharme y hablamos.

—No, no voy a dejar que sigas evitándome. Vas a decirme toda la ver… —Las palabras murieron en mis labios cuando vi que el pantalón de chándal que colgaba de sus caderas dejaba a la vista un tatuaje en la cadera derecha. Unos números. No podía verlos con claridad, pero un sexto sentido me decía que eran importantes. Mis piernas se movieron antes de que les diese permiso y para cuando me di cuenta, estaba frente a él con mis ojos fijos en los números.

No eran números al azar, era una fecha: 16/04/09. Los mismos números que componían la contraseña para entrar a su despacho.

—La última vez que te vi —dijo Cian con voz ronca.

Levanté la cabeza para ver que Cian me estaba mirando. Sentí cómo las lágrimas se arremolinaban en mis ojos.

—El día que murió mi madre —dije con seguridad. No sé cómo lo sabía, pero lo hacía.

—¿Lo has recordado? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, era una afirmación.

—Solo flashes. He recordado que ella… —Una lágrima solitaria brotó de mi ojo, recorriendo un camino hacía la mejilla. Cian estiró su dedo para limpiarla.

—Todo va a ir bien, Enya.

—No, nada puede ir bien —dije, dando un par de pasos hacia atrás, separándome de él. Me quedé en silencio, pensando en mis siguientes palabras. Cian aprovechó para coger la camiseta que estaba en el suelo y ponérsela, tapando su torso—. No cuando me has mentido, cuando no sé ni quién soy. —Había viajado hasta Irlanda para obtener respuestas sobre mi pasado y no solo no había conseguido ninguna, sino que estaba más perdida que nunca—. No eres mi hermano.

Cian me observó durante unos segundos, parecía cauteloso, como si no supiese bien cómo actuar alrededor de mí.

—No, no lo soy —reconoció—. No quería mentirte, Enya, fue idea de Connor. Él pensó que era la única manera en la que aceptarías venir a Irlanda. Yo no me enteré hasta que estaba hecho. Pensaba decirte la verdad al verte, pero no me reconociste, no te acordabas de mí y me enfadé.

—¿Tú te enfadaste? ¿En serio? ¡No me jodas! —Cian abrió los ojos ante mi estallido, yo no maldecía. Pero, en esos momentos, estaba demasiado alterada para importarme—. Vi a mi madre muerta, desangrándose en el suelo. Alguien le pegó un tiro. Por eso me aterrorizaban los disparos. —Lo último lo dije más para mi que para él.

—Enya… —Él estiró el brazo para tocarme, pero yo se lo impedí, alejándome—. ¿Puedo

darme una ducha y hablamos arriba tranquilamente?

—No. Habla ahora. —Ya me había cansado de aceptar órdenes con sumisión. Me había hartado de ser la chica buena que para no hacer daño dejaba sus intereses a un lado. Estaba cansada de ser la eterna engañada.

La expresión de Cian se endureció al escuchar mi negativa. Cian no estaba acostumbrado a escuchar un *no* por respuesta, ni tampoco a recibir órdenes. Él prefería darlas. Sin embargo, las cosas iban a empezar a cambiar entre nosotros.

—Está bien —cedió finalmente. Sus facciones se suavizaron, pero el tono de su voz salió ligeramente estrangulado—. ¿Puedes sentarte por lo menos? —Señaló un largo banco de madera.

—No —dije con tozudez, aunque las rodillas me fallaron y me acerqué al banco y me senté —. Lo he hecho porque he querido, no porque tú me lo hayas ordenado.

Una media sonrisa apareció en su rostro, pero tuvo el buen tino de no hacer ningún comentario.

—Tu padre y mi padre eran empresarios de éxito con negocios en común. Vivíamos cerca y prácticamente nos criamos juntos. —Hizo una pausa antes de continuar—. Como todos los hombres de éxito, cosecharon muchos enemigos por el camino. Uno de esos enemigos mandó a unos hombres para que os secuestrasen a ti y a tu madre. Ese día, yo iba con vosotras. Tú habías insistido en que te acompañase a la heladería. Intentaron atraparos en un callejón cuando regresábamos al coche. Vuestros guardaespaldas lo impidieron, pero hubo un tiroteo y tu madre falleció.

—Tú me sacaste de allí.

—Fuimos hasta el coche donde nos esperaba el chofer. Él nos llevó a la comisaría.

—Me salvaste la vida. —Aunque no había vuelto a tener ningún recuerdo, tenía esa certeza.

—Sí.

—¿Por qué no me dijiste quién eras? —Había tenido tantas oportunidades para ser honesto conmigo… Y una tras otra había decidido seguir mintiéndome.

Cian suspiró y se pasó una mano por su cabello, enterrando sus dedos en él.

—Porque he sido un idiota, Enya. Connor te había engañado, pero se suponía que tú sabrías la verdad incluso antes de verme en cuanto leyeses la carta que tu padre te dejo. Pero le surgió una urgencia familiar y tuve que ir yo a buscarte. Todo se complicó. —Cian hizo una pausa, mordiendo su labio inferior, como si no estuviese seguro de lo que iba a decir a continuación: —Sigues siendo esa niña de buen corazón que quería ver a todos felices, pero también eres una mujer hermosa. Una por la que me sentí terriblemente atraído desde el primer momento en el que te vi. —Sus ojos azules me miraban con intensidad, no había duda en ellos.

—Me dejaste creer que estaba mal desearte.

—Iba a decirte la verdad en el despacho el otro día, pero Sullivan nos interrumpió. Surgió algo importante en el trabajo, Enya. Pensaba hablar contigo, contártelo. —Cian se sentó a mi lado y sujetó uno de mis mechones pelirrojos y jugueteó con él—. Siempre me ha gustado tu pelo.

Su rostro estaba cerca del mío, nuestros labios casi rozándose. Cerré los ojos, dejándome llevar por el momento, pero una alarma sonó alta y clara en mi cabeza.

—Tú cambiaste el color del tinte.

—Sí —reconoció—. Tu color de cabello natural es pelirrojo, no deberías de llevarlo de otra manera. —Su tono de voz era demandante. No había vergüenza ni arrepentimiento en sus palabras. Él se mostraba de nuevo como lo había hecho durante las semanas que llevaba en Irlanda, exigente e intransigente. ¿Cómo podía creerme sus disculpas cuando un segundo más

tarde volvía a actuar de la misma forma?

¿Quién eres, Cian? La pregunta estuvo a punto de salir de mis labios, pero no la formulé en voz alta. Porque sabía que eso era algo que Cian jamás me respondería, era algo que iba a tener que averiguar por mí misma.

—No tenías derecho a tomar esa decisión por mí —dije, separándome de su agarre. Me levanté del banco, poniendo distancia entre nosotros—. No tenías ningún derecho a hacer algo así.

El rostro de Cian se convirtió en piedra. Era como el cielo antes de la tempestad, no auguraba nada bueno.

—Olvidaste tus raíces, Enya. Te olvidaste de ti misma. Eras una niña aventurera, decidida, que no permitía que nadie le dijese qué hacer. Te cambiaste hasta el color de pelo. Te olvidaste de todo, te olvidaste de mí —espetó—, cuando yo me he acordado de ti todos los putos días de mi vida. —Cian se levantó, pero no se acercó a mí.

—Tenía cuatro años, Cian.

—Seis años, Enya. Tenías seis años.

¿Seis? No podía ser. Pero entonces, recordé la fecha que él tenía tatuada en su piel. Hice los cálculos y si Cian tenía razón, en aquel momento tenía seis años.

—Mi abuelo me dijo que tenía solo cuatro años cuando fui a Australia con él, que por eso no recordaba nada.

—Te mintió.

Quise decirle que eso no era cierto, que mi abuelo jamás haría algo así. Pero, si me había mentido con la muerte de mis padres, ¿por qué no lo haría con eso también? Dos de las tres personas en las que había confiado alguna vez me habían engañado. Primero, mi abuelo y después, Cian.

¿Por qué basar mi vida entera en mentiras? ¿Por qué no decirme la verdad desde el principio?

—No le creo a él —mi tono de voz salió en un hilo de voz. Aunque las lágrimas amenazaban con brotar de mis ojos, las contuve—, pero tampoco te creo a ti —señalé—. No has hecho más que mentirme desde que he llegado. ¿Por qué debería de creerte ahora?

—Porque no te estoy mintiendo. Jamás te mentiría con nada referente a tu pasado. No lo haría, porque mereces saber la verdad. —Fui a replicar sus palabras, pero él debió de ver mis intenciones, porque habló antes de que yo pudiera hacerlo—. Creo que necesitas estar sola. Me voy a duchar y luego hablamos. —Cian se dio la vuelta y subió las escaleras, dejándome con más dudas que certezas.

Me senté en la alfombra blanca que adornaba el suelo de la biblioteca con un libro en mi regazo. Había cogido uno al azar, ya que no me apetecía seguir leyendo el que tenía a medias. Solo cuando ya estaba acomodada, sentada a lo indio, me di cuenta de que se trataba de un manual de mecánica. Algo que no podía importarme menos.

No habían pasado ni diez minutos cuando la puerta se abrió. Ladeé la cabeza para ver a Cian, con una camisa blanca y unos pantalones de traje azules. Su cabello estaba perfectamente peinado, como siempre. No me saludó, sino que se limitó a acercarse a una de las estanterías. Aparté la vista de él para centrarla en el manual, abriéndolo por la mitad.

—Si quieres que me crea que estás leyendo, deberías ponerlo del derecho —dijo, sentándose a mi lado, encima de la enorme alfombra.

Observé el libro para darme cuenta de que, efectivamente, lo estaba mirando mal. Lanzando un resoplido, lo dejé apoyado en la alfombra.

—¿Qué quieres, Cian?

—Tienes razón, no debí engañarte con el tinte. Y tampoco debí culparte de olvidarlo todo. Seguramente, el *shock* de lo que viste te causó una especie de amnesia.

Era una posibilidad, pero también lo era el que no quisiese recordar. Aunque dudaba que le hubiese olvidado a él voluntariamente.

—No, no debiste. No tenías derecho.

Cian se acercó a una de las estanterías y cogió un libro que, acto seguido, me ofreció. Dudé, pero terminé cogiéndolo. Era un libro infantil, los bordes estaban gastados por el uso y el tiempo. Leí el título: *Roja salva al conejito*.

En la portada aparecía una niña pequeña con el pelo rojo y un peto vaquero. En sus brazos, un conejito acurrucado.

—Era uno de tus libros preferidos. Tenías la serie entera. Solías fantasear con que eras la protagonista y vivías cientos de aventuras, como ella. Estabas muy orgullosa de tu color de pelo. Pensé que, si volvías a ser pelirroja, te acordarías de mí. Pero no fui consciente de que recordarías también ese fatídico día.

—No fue el color de pelo el que me hizo recordar, sino la muñeca que guardabas en tu despacho. La llevaba conmigo cuando fui al bosque. —Entonces, me di cuenta de que no la había visto en mi habitación—. ¿Dónde está?

—No lo sé —respondió Cian, encogiéndose de hombros—. Estaba preocupado por ti. Te encontré tirada en la hierba, tiritando por el frío. Estabas gritando, asustada y llamando a tu madre. Imaginé que había tenido un recuerdo doloroso y mi único interés era ponerte a salvo. Si la llevabas contigo, estará en el bosque. Enviaré a un empleado a buscarla.

—¿Por qué la guardabas en tu despacho?

—Me regalaste la muñeca días antes de que tu abuelo te llevase con él. La guardé con la esperanza de devolvértela algún día. Por eso, ahora la tenía en mi despacho, esperando el momento de poder entregártela.

—¿Por qué mi padre permitió que mi abuelo me llevase a Melbourne? ¿Por qué no me mantuvo a su lado?

—Él tenía miedo que corrieses peligro, Enya. Le dio la custodia temporal a tu abuelo para que estuvieses protegida. Por eso te cambiaron el apellido.

—¿Y cuál es mi apellido de nacimiento?

—Todo a su debido tiempo, Enya.

Él no estaba dispuesto a darme más datos de los necesarios, pero decidí que el apellido era lo de menos, había otras preguntas más importantes de las que necesitaba una respuesta.

—Pero han pasado muchos años, Cian. ¿Por qué nunca fue a buscarme?

—No lo sé. Después de que mi padre falleciese, poco después que tu madre, perdí el contacto con tu padre. Me enteré por Connor que él había muerto, cuando me llamó, diciéndome que me había dejado como albacea de su testamento. Fue él quien me pidió que no te contara nada hasta que leyeras la carta que tu padre te dejó. Connor me dijo que fueron los últimos deseos de tu padre.

Cerré los ojos con fuerza. Un dolor de cabeza atronador amenazaba con apoderarse de mí.

—Es todo tan confuso… —reconocí, abriendo los ojos—. ¿Cuándo podré leer la nota que me dejó mi padre?

—Espero que pronto —reconoció—. No quise hacerte daño, Enya. Nunca podría hacértelo.

Cian parecía tan sincero… Me había mentido, así todo, en lo más hondo de mi corazón, sabía que no me estaba engañando con eso. Tal vez era por todos esos momentos del pasado que

habíamos vivido juntos o porque Bindi tenía razón y era una ingenua, pero le creí.

—Desde que era pequeña he temido el sonido de los disparos. Ahora sé por qué.

—Tu subconsciente quería que recordases. No se puede escapar del pasado.

No, estaba claro que no se podía.

—¿Cuándo estuve en el bosque, hubo muchos disparos y escuché un grito, hay alguien herido?

—No. —Cian respondió rápidamente, aunque hizo una pequeña pausa antes de hablar de nuevo—. Uno de mis empleados fue atacado por un lobo, pero está bien. Los disparos eran para ahuyentar a los lobos.

Recordé que Noreen me había contado que un lobo se había colado en la propiedad esa noche.

—¿Y dónde estabais Sullivan y tú? Noreen me dijo que os habíais ido a cenar.

—Habíamos quedado con unos clientes en el pueblo, pero no llegamos a ir. Un empleado me avisó de que había una manada de lobos cerca de la casa y regresamos. —Observé su rostro, intentando buscar algún tipo de indicio que me dijera que estaba mintiendo. Sin embargo, Cian era tan difícil de leer, que si lo había, no encontré ninguno—. ¿Estamos bien, Enya? —me preguntó con voz suave.

Tragué saliva.

—Necesito tiempo Ci…an. —El diminutivo que había utilizado para él cuando era una niña se escapó de mis labios, pero lo corregí con rapidez—. Tengo la cabeza echa un lío.

Instintivamente, apoyé mi cabeza en su hombro. Como si ese fuese el lugar en el que pertenecía, como si lo hubiese hecho un millón de veces antes.

Cian pasó un brazo alrededor de mi hombro, abrazándome.

—El tiempo que necesites, *a stór*.

Capítulo 16

—No es tu hermano. —Nessa repitió las palabras que yo le había dicho—. ¿Y por qué no te dijo la verdad desde el principio?

Le había contado a Nessa parte de lo sucedido con Cian, aunque había omitido el asesinato de mi madre y el beso que Cian y yo nos habíamos dado, al igual que la atracción física. En realidad, apenas le había contado nada. No era porque no confiase en ella, era porque había cosas que aún no estaba preparada para decir en alto.

—Fue todo una mentira de Connor, el abogado de mi padre —aclaré—, para asegurarse de que venía a Irlanda. Y Cian no encontraba el momento para decirme la verdad.

—Por lo menos, ha terminado encontrándolo —dijo Nessa, estirando la cabeza para que le diese el sol en la cara.

Estábamos sentadas en uno de los bancos de la plaza del pueblo. Los últimos dos días me los había pasado en la mansión junto a Cian. Habíamos estado hablando, paseando por el jardín y compartiendo comidas y cenas. No habíamos hablado del pasado, sino que habíamos aprovechado el tiempo para conocernos. Aunque todavía sentía que había una parte de él que no quería que viese, una que guardaba sus secretos más oscuros. No sabía si era una sensación provocada por la desconfianza que sentía hacia él después de que me hubiese mentido o si realmente era cierta.

Aun así, había decidido darle un voto de confianza. A Cian y a nosotros.

Ese día Cian había tenido que regresar al trabajo, por lo que yo había aprovechado para reunirme con Nessa.

—Supongo que sí. Me gusta estar aquí —dije, acomodándome en el banco.

Observé a mi alrededor. Un niño pequeño corría por la plaza, seguido de su madre, que se aseguraba de que no se cayese. Dos niñas se encontraban sentadas en el suelo, jugando con unos bloques de madera. Y sentadas en el banco frente al que Nessa y yo nos encontrábamos, dos ancianas hablaban animadamente. Me gustaba el pueblo. Era un lugar tranquilo y apacible. Un lugar donde me veía viviendo y criando a mis hijos. Teniendo una familia.

—No tienes por qué irte. Ahora que los habitantes de Grewood te han aceptado, te prometo que serás muy feliz aquí.

—¿Grewood? ¿Ese es el nombre del pueblo? —No me podía creer que nunca me hubiese ni siquiera molestado en preguntar el nombre.

—¿No lo sabías? —preguntó Nessa con sorpresa.

—No —reconocí—, soy un poco desastre.

Nessa se rio. Su teléfono comenzó a vibrar dentro de su bolso y se incorporó, cogiendo el bolso por la correa y apoyándolo sobre sus muslos. Lo abrió y sacó su móvil. Nessa soltó un bufido cuando miró la pantalla.

—Lo siento, el hijo de mi compañera se ha puesto enfermo y tengo que ir a sustituirla.

Nessa trabajaba a tiempo parcial en la heladería del pueblo.

—Vaya.

—¿Quieres que te acerque a tu casa? —me preguntó.

Estaba a punto de decirle que sí, pero entonces otra idea vino a mi mente, otro lugar en el que me apetecía estar.

—¿La vieja torre queda muy lejos desde aquí?

La primera y última vez que había estado allí había ido en coche con Cian.

—A las afueras —respondió Nessa, frunciendo el ceño—. Andando tardarás como media hora. Puedo dejarte allí si quieres.

—No es necesario. Si me indicas como llegar, puedo ir sola. Me vendrá bien dar un paseo.

Nessa me miró con indecisión. Ella movió su cabeza de un lado a otro mientras jugaba con la correa de su bolso. Parecía nerviosa y no entendí por qué lo estaba. Tan solo era un paseo y dudaba que hubiera lobos por esa zona. ¿Qué problema había?

Iba a preguntárselo cuando Nessa habló.

—Es fácil. —Nessa me ofreció una sonrisa suave, pero pude ver la tensión en sus ojos—. Solo tienes que…

Nunca había visto una puesta de sol tan bonita como la que estaba viendo en esos momentos. A pesar de que estaba sentada en una piedra en el suelo, en lo alto de la torre, podía contemplar el horizonte en todo su esplendor.

Desde siempre había pensado que la puesta de sol era uno de los espectáculos más impresionantes de la naturaleza. También me recordaba que estaba viva. Después del fallecimiento de mi abuelo, me había olvidado de vivir y estar en Irlanda me lo había recordado. Tal vez Irlanda era el país al que pertenecía, quizá Melbourne nunca había sido mi hogar.

—¿Disfrutando del atardecer?. —Una voz conocida para mí me devolvió a la realidad y yo di un brinco, asustada. No había escuchado los pasos por las escaleras, tan ensimismada como estaba en mis propios pensamientos.

—Me has asustado, Cian —me quejé, aunque no pude evitar la sonrisa que iluminó mi cara al verle. Me gustaba pasar tiempo con él.

—Estaba seguro de que me habías escuchado.

Me encogí de hombros.

—Cuando estoy sumida en mis pensamientos, puede caer una bomba delante de mí, que no me entero.

—¿Y en qué pensabas? —preguntó, sentándose a mi lado y ofreciéndome una tarrina de helado que sostenía en su mano derecha.

—Iba a preguntarte cómo te has enterado de que me encontraba aquí, pero el helado te delata. Nessa se ha chivado.

Cogí el helado para descubrir que se trataba de mi preferido: cereza con pepitas de chocolate.

—No pensaba que fuese un secreto.

—No lo es —respondí—. Te acuerdas de mi helado favorito. —Mi corazón se derritió ante aquello. Era un gesto simple, pero que después de tantos años, siguiese acordándose, hacía que comenzase a olvidar todos los errores que había cometido conmigo.

—Tampoco es muy difícil. De niña te gustaba todo lo referente a las cerezas menos las cerezas. ¿Sigue siendo así?

—Si —afirmé, metiéndome una cucharada de helado a la boca y disfrutando de su sabor—. Me gusta el olor, me gusta en helado, en batido y en yogur, pero la fruta es como una lotería, puede saber ácido como dulce y además, no me gusta su textura. Eso sí, me parece una fruta preciosa, con ese color rojo tan llamativo.

—Igual que tu pelo —respondió, agarrando un mechón entre sus dedos, algo que había descubierto que le gustaba hacer.

—Mi color de pelo no se parece al color de la cereza —repliqué—. Y que sepas que aún no

te he perdonado por eso. —Saqué la cuchara de mi boca y le señalé con ella en una fingida actitud amenazante, pero solo conseguí que Cian me diera *esa* sonrisa. Y, maldita sea, no podía luchar contra eso.

—¿Y qué penitencia tengo que pagar para que me perdones?

—Déjame pensar —dije, colocándome una mano debajo de la barbilla y fingiendo que pensaba—. Comer el helado conmigo —añadí segundos más tarde.

—¿Me vas a obligar a comer dulce? —preguntó, horrorizado.

—¿No merece la pena?

Cian suspiró, derrotado, aunque un brillo travieso se dibujó en sus ojos azules.

—Si me prometes que no vas a volver a teñirte.

—No funciona así —me quejé—. Te prometo que no me voy a teñir mientras esté en Irlanda.

No sabía si quería volver a teñirme o dejarme mi pelo natural, pero era algo que iba a decidir yo. Mis planes con respecto a regresar a Melbourne no habían cambiado. Necesitaba reflexionar con tranquilidad y decidir qué iba a hacer.

—Mmm… —Cian me miró con fingida indecisión—. Está bien.

—Entonces, prometido. —Cogí un poco de helado con la cuchara y la estiré hacia él.

En un movimiento que no me esperaba, Cian se inclinó, metiéndose la cuchara en la boca. Un sonido primitivo salió de sus cuerdas vocales mientras saboreaba el helado. Aquel sonido hizo que el fuego recorriese mis venas.

Durante mi vida, me había sentido atraída por otros chicos. Pero esa atracción nunca había sido tan fuerte como lo era con Cian. Él despertaba reacciones en mi cuerpo que no había sentido antes. Y eso ya no era enfermizo ni extraño, porque Cian no era mi hermano. No compartíamos la misma sangre; ya no era un amor prohibido. ¿Amor? Me estaba precipitando.

Salí de mi neblina de deseo cuando vi cómo Cian cerraba los ojos, disfrutando de la mezcla de la cereza con el chocolate.

—Me has engañado —espeté—. Este helado te gusta. Has hecho trampa.

Cian abrió los ojos y una sonrisa traviesa se dibujó en sus labios.

—Es el único helado que me gusta —reconoció—. En realidad, es el único dulce que como. Me obligabas a comerlo cuando éramos niños y me acostumbré al sabor. Me recuerda a ti.

«Me recuerda a ti».

La frase significaba mucho más de lo que él era consciente. Cian había mudado de ese chico distante a uno dulce. En cuanto la mentira había caído y la verdad había asomado su cara, él había dejado caer los muros detrás de los que se escondía.

—Siento mucho haberme olvidado de ti. Te hubiese buscado. —No lo dije por decir, estaba segura de ello. No había recordado más de mi infancia en Irlanda, pero en mi corazón sentía lo importante que Cian había sido para mí. Nunca le hubiese olvidado voluntariamente, hubiese luchado por nuestra amistad.

Las facciones de Cian se endurecieron al escucharme, pero él hizo un gesto con su mano y después, me sonrió. Sin embargo, no era la sonrisa genuina que tanto me gustaba. No, esta era más fría y distante, como la que curvaba sus labios en la mayor parte de las ocasiones.

Aquello hizo que una sensación amarga me invadiera, esa misma sensación que había tenido durante los últimos días, pero fue opacada por las siguientes palabras que Cian dijo: —Me ha llamado Brian. Ya le han dado el visto bueno. En dos días, iremos a su despacho.

—Gracias a ti sé que mi padre me dejó con mi abuelo para protegerme y que mi abuelo me mantuvo escondida por lo mismo, pero, así todo, necesito leer la carta que me dejó. Es un capítulo que necesito cerrar.

Cian asintió.

—Y después, ¿te irás?

—Tengo que regresar a Melbourne, pero voy a volver. —Dejé el helado sobre el suelo, a mi lado izquierdo y estiré mi mano, apoyándola encima de la de Cian—. Si tú quieres que regrese, claro.

Como respuesta, Cian unió sus labios a los míos. Esta vez, el beso fue diferente. No había culpa ni miedo, solo seguridad. Seguridad de que lo que sentíamos era tan fuerte que no podía romperse. No era capaz de ponerle nombre, pero era un sentimiento que había perdurado desde que éramos pequeños.

Sus dedos agarraron mi pelo con firmeza, como si tuviese miedo de que me fuese a escapar, como si eso pudiese suceder ni un tsunami podría hacer que dejase de besarle. Ladeó la cabeza para tener mejor acceso, tomando lo que quería de mi. No me importó, al contrario, sentí cómo mis pezones se endurecían, pidiendo más. Las pocas veces que había besado a un chico era yo la que llevaba el control, pero con Cian deseaba cedérselo, someterme a él, someterme a su toque. Cian bajó su mano, levantando el dobladillo de mi vestido. Su palma tocó mi mulso desnudo, a la vez que uno de sus dedos jugaba con el elástico de mi ropa interior, para después, colarse dentro.

—Estás muy mojada —dijo, rompiendo el beso, pero con sus labios cerca de los míos—. ¿Estás preparada para mí? —preguntó con voz ronca.

Tragué saliva. Mi cuerpo lo estaba, sin duda alguna. Y mi mente también, era como si hubiese estado esperando por él. Comprendí entonces por qué no había querido dar el paso con ningún chico antes, porque nunca había querido llegar tan lejos: porque ninguno de ellos era Cian.

—Sí, pero yo nunca… —Sentí cómo mis mejillas enrojecían.

El dedo de Cian seguía investigando mis pliegues de una manera descuidada, sin hacer ninguna presión, pero logrando que todo mi cuerpo ardiese en llamas.

—¿Nunca has dejado que otro hombre entre en tu interior? —preguntó, con una sonrisa ladeada. Uno de sus dedos entró en mi interior, provocando que gimiese—. ¿Vas a dejar que sea el primero en enterrarme dentro de ti?

Sus palabras sucias, lejos de ruborizarme, lograron que me excitase más.

—Sí —respondí con seguridad. Puede que me arrepintiese más tarde, pero quería que mi primera vez fuese con él.

Una emoción que no reconocí brilló en los ojos de Cian. Hubo una pequeña pausa entre nosotros y después, el toque de Cian desapareció. Él se había apartado de mí.

—Levántate —me dijo con suavidad.

A duras penas logré ponerme en pie, ya que las piernas me fallaban. Cian sujetó mi brazo, ayudándome. Me llevó hasta el muro de la torre, girándome para que mi espalda quedase apoyada en él.

—¿No nos pueden ver? —pregunté. Aunque más por los nervios que por importarme si aparecía alguien. En aquel momento, podía aparecer un coro de góspel cantando, que mi única preocupación sería disfrutar del momento.

—Nadie viene por aquí. Estamos solos —lo dijo con tanta convicción, que no lo puse en duda.

—¿Duele mucho la primera vez? —pregunté, mordiéndome el labio inferior.

Cian pasó una de sus manos por mi mejilla con dulzura.

—No lo sé. Nunca he estado con una virgen, pero ahora solo voy a darte placer.

No entendí a que se refería hasta que se puso de rodillas. Levantó mi vestido hasta la cadera

y agarró mis muslos con sus fuertes manos, separándolos. Antes de darme cuenta, mis bragas estaban arremolinadas en mis tobillos.

Cian posó sus labios sobre mi cadera, justo en mi marca de nacimiento. Una de sus manos se posó en el interior de mi muslo derecho. Sus dedos se acercaron a mi centro. Con el pulgar jugó con mi clítoris mientras metía otro dedo en mi interior.

Eché la cabeza hacia atrás a la vez que gemía.

—Eres muy receptiva —susurró—. Me pregunto si…

Sacó el dedo de mi interior y lentamente se lo llevó a la boca. Cerró sus labios alrededor y lo chupó con los ojos cerrados mientras emitía un gruñido de placer.

—Joder, sabes aún mejor de lo que me había imaginado.

Tragué saliva, esperando. Aunque no sabía lo que estaba esperando, pero Cian si lo sabía, porque abrió los ojos, pero su mirada se centró en mis labios inferiores. Acercó su boca a ellos y los lamió frenéticamente con su lengua.

Mis manos agarraron sus hombros, sujetándome en él para no perder el equilibrio.

—¿Te tocas con los dedos o usas aparatitos? —preguntó, separándose de mi centro y estirando el cuello para mirarme.

—¿Apararititos? —repetí, sin entender, tan aturdida como me encontraba.

—Un consolador.

—Tengo uno —confesé. Bindi me lo había regalado—, pero suelo utilizar mis dedos.

—Un día vas a enseñarme cómo te tocas, pero ahora quiero hacerte llegar con mi boca. Voy a darte el mejor orgasmo que hayas tenido nunca.

Cian no estaba de farol. Su boca volvió a apoderarse de mis labios inferiores. Cuando la punta de su lengua torturó a mi clítoris, un millón de escalofríos me atravesaron. Afiancé el agarre en sus hombros, dejándome llevar por las sensaciones.

Mi cuerpo era como una maraña de lujuria, ansia y deseo, todos ellos acumulado durante los últimos días. Ahora era libre para sentir, libre para desear a Cian sin sentirme culpable.

El orgasmo no tardó en atravesarme. Cian estaba en lo cierto, nunca antes había sentido nada igual; nunca antes el aire se había quedado atascado en mis pulmones y había sentido que podía volar. Nunca me había sentido tan libre, tan satisfecha, tan feliz.

Mientras me recuperaba, Cian subió mi ropa interior por mis piernas y después, me bajó el vestido. Poco a poco, abrí los ojos para verle de pie, a mi lado.

Ahora que la excitación había bajado varios grados, la vergüenza se apoderó de mí.

Cian debió notarlo, porque me agarró por la cintura acercándome a él. Se inclinó hacia mí y me dio un beso en la nariz.

—Eres una mujer preciosa.

—Gracias, tú también eres muy guapo.

Cian sonrió.

—Está refrescando, es hora de regresar.

—¿Regresar? Yo pensé que…

—¿Me acostaría contigo?

Asentí con la cabeza.

—Quiero ser el primero y el único que esté en tu interior, pero te mereces que sea en una cómoda cama, no en el frío suelo.

En lo de la cama estaba de acuerdo con él, aunque hubiese estado dispuesta a hacerlo allí.

—Vamos a buscar esa cama, entonces —dije.

Cian estalló en carcajadas y nunca había escuchado un sonido más bonito.

—¿Y si cenamos un par de sándwiches en la biblioteca? —pregunté cuando Noreen nos recibió en el *hall*—. Puedo hacerlos yo —propuse, al ver la cara de estupefacción de la ama de llaves.

Me gustaba cenar con Cian, pero él insistía en mantener las distancias en el comedor. Odiaba esos protocolos de hace dos siglos que él se empeñaba en seguir. Por una noche, quería cenar en mis términos, en un lugar que me daba tranquilidad y una cena sencilla, sin platos elaborados ni cubiertos.

—Eso no será necesario, señorita. La cocinera puedes hacerlos. ¿Pero no prefiere cordero con mantequilla de avellanas y trufa negra? —Aunque me hablaba a mí, Noreen estaba mirando a Cian.

—Los sándwiches están bien, Noreen —respondió Cian antes de que yo pudiese hacerlo.

Noreen movió su cabeza en un asentimiento. Cian pasó su mano por mi cintura, llevándome por el pasillo hacia la biblioteca.

—Pensé que dirías que no —confesé.

—Tampoco me has preguntado —apuntó, frunciendo el ceño.

—Tienes razón —dije, sintiéndome un poco mal por ello—. Debí preguntarte.

—No me gusta que me digan lo que tengo que hacer —reconoció—, nunca lo ha hecho. Pero tú siempre conseguías hacer conmigo que lo que te daba la gana. —Aunque su voz era amable, había un tono de amargura en ella.

—Supongo que era una niña muy concienzuda y rebelde. He cambiado mucho desde entonces.

Cian no dijo nada. Abrió la puerta de la biblioteca para que entrase.

Me senté en la alfombra, cogiendo entre mis manos el cuento que habíamos dejado allí dos días antes. Me extrañó que nadie lo hubiese recogido, pero no lo dije en alto por miedo a que Cian se enfadase con sus empleadas.

—Los dos hemos cambiado mucho —reconoció, rompiendo el silencio.

—¿Eso es malo?

Él estaba de pie frente a mí.

—Es ley de vida. Ya no soy ese niño confiado e ingenuo. —La máscara que siempre llevaba puesta en su rostro cayó unos segundos y pude ver el dolor dibujado en sus facciones. Duró poco tiempo, porque rápidamente la expresión de indiferencia que siempre tenía en su rostro regresó a su lugar.

—¿Estos años han sido difíciles para ti? —Di unas palmadas a la alfombra, a mi lado, para que se sentase. No lo hizo, se quedó de pie, mirándome con intensidad. No sabía casi nada de él, pero sí que sus padres habían fallecido y eso marcaba a cualquiera. Bien lo sabía yo.

—Me han convertido en quién soy hoy en día. Y estoy orgulloso del hombre que soy.

Iba a seguir indagando, pero una de las empleadas apareció con los sándwiches, impidiéndolo. Tras pedirle que nadie nos molestase, Cian se sentó a mi lado y dejó el plato frente a nosotros.

Pude ver reflejado en sus ojos que no quería seguir hablando sobre ese tema, así que no presioné. Cogí el libro y lo abrí por la mitad.

—Conejito, ¿por qué no quieres ser libre? —le preguntó Rojo al animalito, que no se había movido de su lugar, a pesar de que la niña le había abierto la puerta.

Leí un fragmento del cuento y se lo pasé para que él leyese la parte del conejito.

Cian me miró cómo si me habrían salido cuatro ojos y negó con la cabeza.

—Por favor, Cian —pedí—. Puede que me ayudé a recordar, a recordarte a ti.

—No siempre es bueno recordar, Enya. A veces, es mejor no hacerlo.

Quizá él tenía razón, pero yo deseaba hacerlo. Quería recordar mis primeros seis años de vida. Quería recordar mi vida en Irlanda. A mi madre, a mi padre, y sobre todo, nuestra infancia juntos.

Coloqué el libro en su regazo y él suspiró.

—Nunca lo he sido y tengo miedo —reconoció el animalito.

Cian puso los ojos en blanco y yo me tuve que morder el labio inferior para no echarme a reír.

Estiré la cabeza para leer mi parte.

—No tengas miedo. Yo estaré a tu lado.

El conejito hizo caso a Roja y salió de la jaula. Por fin era libre. Por fin era feliz.

—Ahora entiendo por qué me gustaba este libro de pequeña. Y me siento un poco identificada. Aunque amo a mi abuelo y no me arrepiento de cuidarle, me sentía como en una jaula, atrapada. Incluso después de que muriese, me sentía así. Venir a Irlanda me ha liberado.

—Salir de una jaula pequeña con barrotes no te hace libre —dijo Cian, mirándome.

—¿No? —pregunté.

—No, no ver los barrotes no te convierte en una persona libre. Simplemente, la jaula es más cómoda, más grande y engañosa. Crees que eres libre cuando no lo eres.

—Esa es una manera muy negativa de ver la vida —dije, a la vez que estiraba mi brazo para coger un sándwich y entregárselo.

—No por ello menos cierta —apostilló Cian, cogiendo el sándwich que le ofrecí.

—Yo prefiero ver la vida como libertad, felicidad y nuevas oportunidades. No como una cárcel.

Cian le dio mordisco a su sándwich sin responder. No me molestó, ya me había acostumbrado a que se quedase en silencio cuando no quería seguir la conversación.

Acepté su silencio y cogí mi sándwich. No sabía si era el hambre, porque solo había comido el helado desde la cena y en realidad, ni siquiera lo había terminado, pero me supo a gloria. En cuanto lo terminé, no pude seguir callada y comencé una conversación trivial sobre la belleza del pueblo. Para mi sorpresa, Cian participó.

Aunque no, no estaba atenta a lo que él decía, ni siquiera a las palabras que salían de mi boca. Mi mente estaba ocupada con las imágenes de esa tarde en la torre. Nunca había visto mi virginidad como un bien a mantener ni nada por el estilo, simplemente no había surgido ni el hombre adecuado ni el momento, pero Cian lo era. Era ese hombre y estaba deseosa de sentirle en mi interior. De saber si el sexo era tan maravilloso cómo Bindi me contaba. Aunque no tenía ninguna duda de que lo sería, porque iba a ser con él.

—¿Por qué no subimos a mi habitación? —La pregunta salió de mi boca antes de ser consciente de que la estaba formulando.

Un brillo de lujuria iluminó los ojos azules de Cian.

—Antes quiero darte algo. —Cian metió su mano en el bolsillo derecho de sus pantalones y sacó una pequeña caja negra que extendió hacia mí.

Con manos temblorosas, la abrí para encontrarme un precioso collar de oro con un colgante con forma de cereza.

—Madre mía, es precioso —dije, a la vez que le rodeaba el cuello con las manos, abrazándole—. Muchas gracias, Cian. —Me separé de él con una sonrisa en los labios.

—¿Puedo? —preguntó Cian, señalando el collar.

—Claro. —Me giré para darle mayor acceso.

Los dedos de Cian tocaron mi piel mientras me colocaba el collar alrededor del cuello, provocándome escalofríos. Después, agarró mis hombros para que me diera la vuelta hacia él y observó el colgante con una sonrisa en sus labios.

—Te queda perfecto.

—¿No hay ningún espejo para verme? —pregunté, escudriñando la estancia. No recordaba haber visto ninguno.

—No —contestó—. ¿Por qué no subes a tu habitación y así te ves? Ahora subo yo.

Asentí. Cian me ayudó a levantarme y me acompañó hasta la puerta. Él se quedó allí y yo me dirigí hacía la planta de arriba. Abrí el armario, pero en vez de mirarme en el espejo, busqué el camisón que la dependienta había incluido en mi ropa y que pensé que jamás me pondría.

Pero quería estar atractiva para él. En cuanto me vi en el espejo de cuerpo entero del baño, me di cuenta de que no me había equivocado. El camisón blanco me quedaba como un guante. El escote en forma de V permitía que el collar de cerezas se mostrase en todos su esplendor. Era precioso, el color rojo conjuntaba con el de mi pelo.

Escuché la puerta abrirse y salí del baño más segura de mí misma que nunca, a pesar de que las transparencias de la tela del camisón dejaban muy poco a la imaginación.

Cian abrió la boca y la cerró como si fuese un pez. Sus ojos azules escudriñaron mi cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en mis pechos. Dio un par de pasos, venciendo la distancia que no separaba. Colocó una mano en mi nuca y estrelló sus labios contra los míos.

—Eres preciosa —dijo separándose de mí.

—Gracias. —Era algo tonto por decir, pero estaba demasiado nerviosa para decir otra cosa.

—Voy un momento al baño —me dijo, dándome un tenue beso en los labios.

Con piernas temblorosas, me acerqué a la cama. Me metí debajo de las sábanas a la vez que escuchaba el grifo abrirse. Cuando se cerró, tome una decisión, separé el edredón y las sabanas para que Cian pudiese verme.

Esperé lo que me parecieron horas, pero apenas fue unos minutos. Él emergió por la puerta solo en calzoncillos. A pesar de que había visto más veces con el torso desnudo, esa vez provoco que las mariposas en mi estómago se pusiesen a dar brincos.

—¿Estás nerviosa? —Aunque lo hizo sonar como una pregunta, no lo era.

—Un poco, pero se me pasará.

Cian se tumbó a mi lado de costado y acarició mi mejilla con su mano. Un temblor me recorrió todo el cuerpo.

—No estás preparada.

—Sí, sí que lo estoy. —Y no decía una mentira, lo estaba, a pesar de que todo mi cuerpo temblaba.

Cian sonrió y se movió para taparnos con las sábanas y el edredón.

—No hay ninguna prisa, Enya. Vamos a dormir.

—No quiero dormir.

Cian tiró de mí, colocando mi cabeza encima de su pecho. Con su mano acaricio mi pelo.

—Y lo haremos, pero no hoy. —Me dio un beso en el pelo.

Mi cuerpo se relajó al instante soltando la tensión que no sabía que tenía. Quería tener sexo con Cian, pero no había ninguna prisa. No tenía por qué ser hoy, ni mañana.

Acomodé mi brazo y sin querer, rocé su erección. Con algo parecido a un suspiro de dolor, Cian separó mi mano. Levanté la cabeza para mirarle a la cara. Su rostro estaba contraído por la frustración. Él deseaba tenerme, pero se estaba conteniendo por mí. Estaba siendo considerado, mirando por mi bienestar antes de por el suyo. En ese momento, tuve la certeza de que me estaba

enamorando de él.

Volví a acomodarme en su pecho y el sueño no tardo en llegar a mí.

—*A stór*.

La voz ronca de Cian se filtró en la neblina provocada por el sueño. No tenía ninguna duda, al lado de Cian era mi hogar, al lado de él era dónde pertenecía.

Capítulo 17

Me desperté a mitad de la noche con ganas de ir al baño. Sabía que era de madrugada por la oscuridad que reinaba en la habitación, a pesar de que había dejado la persiana a la mitad. Toqué a mi lado en busca del cuerpo de Cian, pero solo encontré aire. Aunque Cian no se encontraba allí, ese lado del colchón estaba caliente, no hacía mucho que se había levantado.

—Cian, ¿estás en el baño? —pregunté, pero no obtuve ninguna respuesta.

Me levanté de la cama y el frío me golpeó en la piel desnuda. El camisón apenas me protegía. Desde donde estaba, podía ver el baño: la puerta estaba medio abierta y no salía ninguna luz del interior. Él no se encontraba allí.

Encendí la luz de la lampara de la mesita de noche para que mis ojos se habituasen mejor a la luz. Entré en el baño para vaciar mi vejiga. Iba a volver a la cama, pero la curiosidad de saber dónde se encontraba Cian me superó.

Miré mi reloj de muñeca, eran las cuatro de la mañana. ¿Por qué razón se habría ido de mi cama a esas horas?

Posiblemente, había bajado a la cocina a por un vaso de agua. Sentí la boca seca, no me vendría mal conseguir otro para mí y de paso traer a Cian de regreso a la cama. Estaba segura de que no lograría volver a conciliar el sueño sin él a mi lado.

Abrí la puerta del armario empotrado para cambiarme el camisón por un pijama. No tenía ninguna bata y no quería congelarme. Además, no me sentía cómoda llevándolo fuera de la habitación. Cogí de las perchas mi pijama de Piolín y me cambié. Cuando iba a colgar el camisón en una percha, algo llamó mi atención. Las tablas del fondo del armario estaban movidas y entre ellas penetraba una luz cálida.

Moví las perchas por la barra para que toda la ropa quedase en el lado izquierdo y pude ver la abertura. Era extraño, porque se suponía que al otro lado había una pared. Me metí en el enorme armario e introduje mi mano por la abertura, empujando los paneles. Como por arte de magia, se abrieron, dejando un pasillo iluminado a la vista.

Por un momento, me sentí como si estuviese en alguna especie de película en la que la protagonista estaba pernotando en una mansión antigua y encontraba una puerta secreta. Pero, esto era la vida real y me encontraba en una casa de construcción moderna, no había ninguna razón para que hubiese pasadizos secretos en ella.

No debería haber entrado en el pasillo, pero, así todo, lo hice. Recorrí el estrecho pasillo blanco iluminado por unas lamparas en el techo. Alguien debía haberlas dejado encendidas, lo que significaba que ese pasadizo había sido usado hacía poco. Al llegar a una puerta blanca, la abrí. Cuál fue mi sorpresa al descubrir que me encontraba en un enorme baño con azulejos blancos. Entré, pero me quedé quieta cuando escuché la voz de Cian al otro lado de la puerta de madera oscura frente a mí, la cual se encontraba entreabierta.

No podía escuchar lo que decía, por lo que me acerqué a la abertura para poder oir mejor. Cian se encontraba de espaldas a mí, pero no estaba solo, frente a él estaba Sullivan. Aunque nunca había estado en esa habitación, la reconocí de la noche que había visto a Cian dándose placer a sí mismo. Era su habitación.

¿Por qué la habitación de Cian tenía un pasadizo secreto que le conectaba con la mía? No tenía que ser muy lista para darme cuenta que él lo acababa de usar, lo que quería decir que,

posiblemente, lo había utilizado más veces.

Aquello no tenía ningún sentido, pero no pude dedicarle mucho tiempo a aquel pensamiento porque las palabras de Sullivan me lo impidieron.

—Te estás desviando del plan, Cian. Como tu segundo es mi deber recordártelo. —En su tono de voz no había un ápice de broma. Y su rostro estaba cubierto por una máscara de seriedad que nunca antes había visto.

—Baja la voz, Enya está durmiendo.

—Ella no puede escucharnos, tu habitación está en la otra punta del pasillo —dijo Sullivan —. ¿Qué narices te pasa? ¿Por qué actuás de esa manera tan rara con ella?

¿Sullivan se había dado cuenta de lo que pasaba entre nosotros? Él tenía que saber que no éramos hermanos y ahora que lo pensaba posiblemente era primo de Cian, pero no mío. ¿Por qué le molestaba que tuviésemos algo? Porque era evidente que él estaba muy molesto.

No podía ver el rostro de Cian porque estaba de espaldas a mí, pero su tono de voz era mortal cuando habló.

—¿Qué estoy actuando de una manera rara? —repitió Cian.

—No te hagas el gilipollas, Cian. Sabes muy bien a qué me refiero.

—Cuidado, Sullivan. Recuerda quién manda. Muestra un poco de respeto—siseó Cian, provocando que un escalofrió recorriese mi columna vertebral, pero Sullivan no pareció preocupado.

—¿Cambiarle el tinte, en serio? La he visto en el jardín. Ella es pelirroja natural, como su hermano ¿verdad?

¿Mi hermano? ¿Tenía un hermano? Intenté que algún recuerdo llegase a mí, pero no lo conseguí.

Cian no respondió.

—¿Y lo de la ropa? ¿Vestirla como una muñeca? ¿A qué ha venido eso?

—Eso no es de tu incumbencia, Sullivan.

—No, no lo es, siempre y cuando no te desvíes del plan. Ella es solo medio para un fin, ¿lo recuerdas? Lo dijiste tú mismo.

—Y es es lo que es.

—Entonces, ¿te las has follado? ¿Le has quitado su valiosa virginidad?

—Todavía no. Ella no está preparada, necesita tiempo.

Tragué saliva y me sujeté con una mano en la pared. Mi cerebro no podía procesar las palabras que estaba escuchado, pero tampoco era capaz de moverme de allí.

—Tiempo es lo que no tenemos. Tras el intento fallido de sus hombres por rescatarla de nosotros, su hermano está hablando con el resto de jefes de las familias. Está intentando convencerles de que ella se encuentra aquí en contra de su voluntad. Si les convence antes de que la desvirgues, nunca recuperarás el legado de tu padre. Jamás podrás regresar a Dublín.

—¿Crees que no lo sé? —Aunque parecía imposible, el tono de Cian se endureció aún más. Sentí como la habitación descendía varios grados de golpe—. Nada me va a impedir recuperar lo que me pertenece por nacimiento. Y una vez lo consiga, voy a expulsar a la maldita familia Wolf de Dublín. Voy a vengar a mi padre, Sullivan. De eso no tengas ninguna duda.

¿Pero de qué estaban hablando?

—No tengo dudas. Pero, joder —Sullivan se pasó una mano por la cabeza—, ha sido una puta suerte que siga siendo virgen. Su abuelo incumplió el trato con el padre de Enya. Ella no es la católica beata en la que debía haberse convertido.

—Por suerte para mí o me hubiese costado mucho más que me permitirse follarla con mi

boca. —La burla en el tono de Cian casi provocó que me cayese al suelo.

—Con lo que la tienes que follar es con tu polla. Tienes que demostrar a los demás jefes de las familias que ella se entregó voluntariamente a ti y que ya no se puede casar con el imbécil del hijo de O'Donnell porque no es virgen.

—No es la única razón por la que no se puede casar con él. —El tono de Cian era burlón.

—Eso tan solo es una parte del trato, sino cumples la otra, no servirá para nada. Esa parte se puede deshacer. Lo sabes tan bien como yo. —¿Trato? ¿De qué estaba hablando?—. Una vez hayas debilitado a Wolf, entrégale a su hermana, ya no nos servirá para nada.

—Tampoco le servirá a él.

—Ese es el problema de Wolf, no el nuestro.

Se hizo el silencio un segundo en la habitación, pero en mi cabeza los pensamientos gritaban, provocándome un dolor de cabeza abrasador.

—Enya confía en mí, se ha creído hasta la última mentira que le he dicho. Si no me la he follado esta noche es porque no estaba preparada. Cuando me la folle, ella tiene que disfrutarlo, tiene que implorar por mi polla. A los jefes de las familias no puede quedarles ninguna duda de que ella lo deseaba, de que no la obligué.

No pude seguir escuchando más. No había entendido la mayor parte de lo que había escuchado, pero sí que tenía claro que Cian era un psicópata, uno peligroso. Corrí hacia mi habitación. Me acerqué a la ventana y miré por ella. Una luna llena reinaba el cielo. Mi abuelo había tenido razón, la luna llena no presagiaba nada nuevo. Nunca debí coger el avión rumbo a Irlanda, jamás debí marcharme de Melbourne.

Aunque una parte de mí estaba paralizada, mi instinto de supervivencia tomó el control. Me puse mis playeros y salí de la casa, intentando hacer el menor ruido posible.

Pese a que no sabía adónde ir y si podía confiar en alguien, sabía que tenía que huir de allí. Una vez en el jardín, miré al cielo. Esta vez, a las estrellas, buscando a mi abuelo en ellas. Necesitaba su ayuda. No sé si fue mi abuelo, la suerte o que todos en esa casa pensaban que era tan estúpida que no tenían que tomar medidas de precaución conmigo, pero la verja estaba abierta y, como siempre, el coche aparcado en el camino de entrada tenía las llaves puestas.

Me monté en él y encendí el motor.

Epílogo

Cian

Había cometido un error, no cometería otro. Había dejado el pasadizo que unía mi habitación con la de Enya abierto y ella lo había descubierto

La había subestimado y ese era un error que no volvería a cometer.

No sabía cuánto había escuchado de mi conversación con Sullivan, pero sí lo suficiente para huir en plena madrugada en uno de nuestros coches. La razón por la cual la verja estaba abierta a esas horas aún era desconocida para mí, pero en cuanto encontrase a Enya, tendría una conversación *muy agradable* con mis hombres encargados de la seguridad y en el mejor de los casos, no podrían andar en meses.

Iba a encontrarla, tenía que hacerlo. Ella era mía, de nadie más.

Quedártela nunca fue parte del plan.

Mi subconsciente gritaba, pero yo no estaba preparado para hacerle caso. Sabía que no podía quedármela, que ella solo era un medio para un fin, pero no estaba preparado para perderla aún. Había echado a perder un plan arduamente elaborado. Había sido una suerte que ella no me recordase, que no recordase nada de su vida en Irlanda o jamás se hubiese venido conmigo en el aeropuerto.

Enya no sabía que su padre había sido el jefe de una de las familias más importantes de la mafia irlandesa. Ella era completamente inocente y yo había disfrutado demasiado corrompiéndola. Qué me jodiesen si no quería seguir haciéndolo.

Ella era mía hasta que yo decidiese lo contrario y ni ella misma podría evitarlo.

Aparqué el coche y bajé con rapidez en cuanto vi el vehículo en el que Enya se había escapado en medio de la carretera. El corazón me corría a toda velocidad cuando pensé que ella había tenido un accidente y se encontraba desangrándose dentro, pero no era así.

—Ella no está —dijo Sullivan, apareciendo a mi lado.

No le contesté, eso podía verlo por mí mismo. Las puertas estaban abiertas de par en par. Un móvil comenzó a sonar. Lo busqué con los ojos para encontrarlo encima del asiento de copiloto. No era el teléfono de Enya, ya que yo me había encargado de quitárselo cuando le pedí a Nessa que se hiciese su amiga y la llevase al pueblo.

—No me jodas —musitó Sullivan cuando reconoció el número de teléfono en la pantalla.

Arlan Wolf.

Me llevé el móvil al oído.

—¿Buscas algo, Maccarthy? —me preguntó al otro lado de la línea.

—¿Dónde está?

Maldito cabrón. Él se la había llevado. Debería haber supuesto que había dejado a sus hombres vigilando después de su intento fallido por recuperarla. Por supuesto que él no se daría por vencido. A él su medio hermana le importaba una mierda, nunca lo había hecho; probablemente, si no necesitase la unión con los O'Donnell para deshacerse de mí, ya la habría matado. Arlan siempre había odiado a Enya, ya lo hacía cuando tan solo éramos unos niños.

—Mi hermana está con su familia. —Arlan hizo una pausa—. Con quién debe estar. Pagarás por secuestrarla.

¿Secuestrarla? Esa había sido mi idea cuando me enteré de que el padre de Arlan había fallecido. Este tardó un mes en localizarla. No necesité más de diez minutos para que el hombre de Wolf que había atrapado cantara como un loro y me lo contara todo. Arlan había mandado a su abogado ponerse en contacto con Enya para atraerla a Dublín con falsos pretextos.

Su única intención era casarla con Callum O'Donell. El padre de Enya y el de Callum habían sellado el compromiso cuando sus hijos eran unos niños. Arlan necesitaba esa unión para mantenerme alejado de Dublín, pero los O'Donell eran demasiado tradicionalistas, no aceptarían una novia que no fuese virgen.

Por eso, yo necesitaba que esa unión no sucediese. Con los O'Donell fuera de juego, conquistaría Dublín, recuperaría lo que me pertenecía y vengaría a mi padre.

Me cargué a los hombres que fueron a recogerla al aeropuerto, pero no tuve que secuestrarla, ella se vino conmigo por propia iniciativa.

—Tu pequeña hermana quería estar conmigo. Su coño me desea —dije para desestabilizarlo, algo que logré.

—Más vale que la muy zorra no se haya abierto de piernas contigo o juro que te cortaré los huevos.

Su amenaza me hizo reír, pero cómo habló de Enya provocó que la ira se apoderase de mí. Una ira que amenazaba con destruirlo todo. Nadie hablaba de esa manera de Enya, nadie la hacía daño. Ella era mía. Mía para follar, mía para corromper, mía para hacer lo que quisiese con ella. Nadie más tenía ese derecho.

—Cómprate un esmoquin bonito, la boda será pronto. —Arlan colgó el teléfono antes de que pudiese responderle.

Apreté el móvil con tanta fuerza que la pantalla se resquebrajó. Después, lo lancé contra un árbol.

—Encontraremos otra manera de que recuperes lo que te pertenece. No la necesitamos —me dijo Sullivan, a la vez que me colocaba una mano en el hombro.

—Vamos a ir a por Enya. Esta vez, haré lo que debo.

—Es un acto suicida, Cian. Ella nos escuchó y su hermano le va a comer la cabeza. El plan se ha ido a la mierda. Ya no nos sirve. Además, no va a querer regresar por propia iniciativa.

—Entonces, ella lo hará a la fuerza. Ella va a regresar conmigo.

—Arlan le obligará a casarse.

—No puede casarse dos veces, Sullivan. Enya es mi mujer. —Ella había confiado tan ciegamente en mí que ni siquiera había leído los papeles que le había hecho firmar en el despacho de Brian. Eso era algo que Arlan no sabía y nos daba algo de ventaja.

Sullivan abrió la boca para decir algo más, pero yo no estaba escuchándolo. Me dirigí al coche y me senté en el asiento del piloto. Encendí el motor y me marché, dejando a Sullivan allí. Pronto llegarían mis hombres para limpiar la escena.

Tenía que regresar a casa y pensar. Pensar en la manera de recuperar a Enya.

Ya me la habían arrebatado una vez, no habría una segunda.

Continuará...

REDES SOCIALES

Instagram: lexi_thurman03